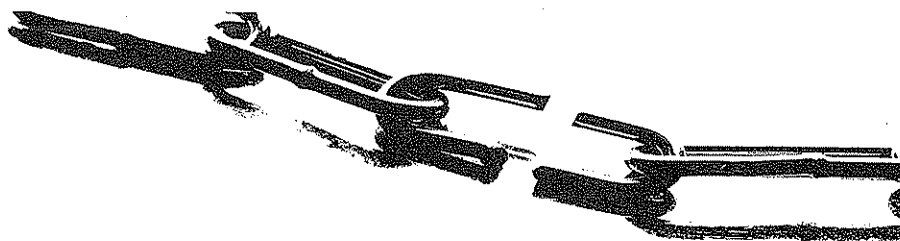


El vino a dar libertad a los cautivos



Por Rebecca Brown, MD



WHITAKER
HOUSE

Also by Rebecca Brown, M.D.:
Becoming a Vessel of Honor
Cómo Llegar a Ser una Vasija para Honra
He Came to Set the Captives Free
Prepare for War
Preparémonos para la Guerra
Unbroken Curses
Maldiciones sin Quebrantar

El texto bíblico—a menos que se indique lo contrario—está tomado de la versión Reina-Valera 1960, usado con el permiso correspondiente, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina.

EL VINO A DAR LIBERTAD A LOS CAUTIVOS

Rebecca (Brown) Yoder, M.D., D.D.
Harvest Warriors
P.O. Box 65
Clinton, AR 72031 USA
e-mail: warriors@artelco.com
website: www.harvestwarriors.com

ISBN-13: 978-0-88368-320-0
ISBN-10: 0-88368-320-2

Impreso en los Estados Unidos de América
© 1989 por Rebecca Brown, M.D.

Whitaker House
1030 Hunt Valley Circle
New Kensington, PA 15068 USA
www.whitakerhouse.com

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Brown, Rebecca, M.D.
[He came to set the captives free. Spanish]
El vino a dar libertad a los cautivos / por Rebecca Brown.
p. cm.
ISBN 0-88368-320-2 (trade paper : alk. paper)
1. Devil—Controversial literature. 2. Spiritual warfare.
3. Satanism—Controversial literature. 4. Witchcraft—United States—
Controversial literature. 5. Brown, Rebecca, M.D. I. Title.
BT981.B7 1997
235'.4—dc21 97-109

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, cinta magnetofónica, sistema de almacenaje y recuperación (o reproducción) de información, sin el debido permiso escrito de los publicadores. Por favor envíe sus preguntas a permissionseditor@whitakerhouse.com.

12 13 14 15 16 17 18 19  14 13 12 11 10 09 08 07

Contenido

Capítulo 1	
<i>Aparece Rebecca</i>	7
Capítulo 2	
<i>Aparece Elaine</i>	23
Capítulo 3	
<i>Ingreso en La Hermandad</i>	28
Capítulo 4	
<i>Ascenso al poder</i>	40
Capítulo 5	
<i>Vida como gran sacerdotisa</i>	51
Capítulo 6	
<i>La boda</i>	57
Capítulo 7	
<i>Disciplina en La Hermandad</i>	63
Capítulo 8	
<i>La misa negra y los sacrificios</i> <i>humanos</i>	67
Capítulo 9	
<i>La encrucijada</i>	75
Capítulo 10	
<i>El encuentro</i>	83

Capítulo 11	
<i>Comienza la guerra espiritual</i>	90
Capítulo 12	
<i>La batalla</i>	103
Capítulo 13	
<i>Entradas</i>	133
Capítulo 14	
<i>El espíritu humano, en la brecha y el mundo espiritual</i>	159
Capítulo 15	
<i>¿Por qué debemos pelear?</i>	185
Capítulo 16	
<i>Cómo luchar</i>	196
Capítulo 17	
<i>Destrucción de iglesias cristianas</i>	232
Capítulo 18	
<i>Enfermedades demoníacas</i>	245
Capítulo 19	
<i>Directamente a los que desean salir del ocultismo</i>	265
Capítulo 20	
<i>Definiciones</i>	276
<i>En conclusión</i>	286

¡CUIDADO!

Este puede ser uno de los libros más difíciles que hayas leído jamás. ¡SATANAS NO QUIERE QUE LO LEAS!

Padre celestial, te pido que escudes y protejas al que lea este libro y le des un claro entendimiento de lo que has querido que digamos. Te lo pido y agradezco en el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El propósito de este libro es mostrar las muchas maneras en que Satanás y sus demonios están activos en el mundo de hoy, y cómo usted puede luchar eficazmente contra ellos, y cómo puede librarse de los lazos de Satanás.

Satanás hará cualquier cosa para impedir que usted lea esto. Le afligirá con avasallador insomnio, confusión, interrupciones constantes y muchas otras cosas. El MIEDO es una de las principales armas de Satanás. El se valdrá del miedo para no dejarle leer este libro. Rechace el miedo directa y audiblemente en el nombre de Jesucristo para vencerlo. Ore y pida protección si va a leer y tratar de entender lo que este libro contiene.

Mi más profundo agradecimiento primero al Señor, y después a Elaine. No hubiera sido posible escribir este libro sin la información que me dio ella, y la fortaleza, dirección y aliento que me impartió el Señor.

Los nombres han sido cambiados para proteger a las personas mencionadas aquí. Oramos fervientemente que el Señor Jesucristo le bendiga ricamente con salvación y comprensión de las páginas que leerá.

«Y vino [Jesús] a Nazaret, donde había sido criado; y entró, conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó a leer. Y fuele dado el libro del profeta Isaias, y como abrió el libro, halló el lugar donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres: Me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados: Para predicar el año agradable del Señor.

Y rollando el libro, lo dio al ministro, y sentóse: y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos».

Lucas 4:16-21

¡EL VINO A LIBERTAR A LOS CAUTIVOS!

Capítulo 1

Aparece Rebecca

DESDE EL PRIMER momento que entró al edificio por aquella puerta, sintió que aquel lugar tenía un algo diferente. Era como una oscuridad flotante, o algo que no podía definir, pero que estaba allí. Sabía que era algo que no había experimentado antes.

Rebecca es doctora. Llegaba al Memorial Hospital para comenzar su entrenamiento en medicina interna. Había terminado en la Escuela de Medicina el mes anterior y por primera vez en sus treinta años de vida había salido de su casa. No podía imaginarse que las tragedias que presenciaria en aquel hospital la cambiarían a ella y el curso de su vida. Aquella oscuridad que percibía su espíritu parecía acecharla . . . esperarla. En cualquier momento atacaría, y lanzaría a Rebecca a una serie de acontecimientos que probarían hasta lo sumo su consagración a su Señor y Salvador Jesucristo.

La primera prueba llegó pronto. Llevaba ya unos dos meses en el hospital cuando una noche como a las 2 A.M. en que trabajaba en el Salón de Emergencias, llevaron a un hombre de unos 30 años de edad. Rebecca se estremeció de horror al ver aquel cuerpo magullado y mutilado. A pesar de que tenía seis años de experiencia como enfermera de primera en salones de emergencia en grandes hospitales del centro de la ciudad, nunca había visto nada igual. Mientras trabajaba desesperadamente junto con el personal de emergencia para salvar la vida del paciente, su mente volaba. ¿Cómo era posible? ¿Quién había sido capaz de hacer algo semejante? A todas luces se veía que había sido torturado. Tenía el cuerpo parcialmente despellejado, múltiples quemaduras, puñaladas, azotes y, lo peor de todo, punzadas de clavos que le atravesaban la

palma de las manos. Estaba inconsciente y en una profunda conmoción.

Después de que el paciente hubo recibido los primeros cuidados médicos, se estabilizó por lo que lo transfirieron a la Unidad de Cuidado Intensivo, Rebecca miró a los policías que lo habían traído. No tenían mucho que contar excepto que se trataba de un caso de secuestro. Al hallar el cuerpo pensaron que estaba muerto. No quisieron decir más sobre el caso y se marcharon rápidamente refunfuñando algo sobre el informe que tendrían que presentar.

Los demás de Emergencia continuaron en sus labores como si nada hubiera sucedido. A nadie le parecía sorprender ni molestar la condición del paciente. De nuevo Rebecca sintió la avasalladora sensación de oscuridad que ya había percibido antes. Se sentía muy intrigaada y preocupada, pero no tardó en dejarse llevar de nuevo por la presión del trabajo. Nada de lo que había vivido hasta ese momento podía haberle sugerido siquiera la conmoción que le produciría el testimonio de aquel hombre, que no era otra cosa que un joven pastor. Tampoco sabía que el siguiente golpe lo recibiría uno de los pacientes a quien ella más apreciaba.

Pero antes de seguir, veamos cómo el Señor había preparado a Rebecca para todo lo que tendría que enfrentar.

Había tenido el gran privilegio y bendición de nacer en el hogar de unos fieles cristianos que oraban a diario por ella. Había aceptado a Jesús como Salvador a muy temprana edad, pero no sabía nada de lo que era caminar con Él. Se había criado en un estricto y estrecho grupo religioso que no le había permitido entablar amistad ni interactuar con personas de fuera del mismo. Pero, extrañamente, siempre se había sentido rechazada por el grupo hasta el punto que nunca se sintió parte de él. Había sufrido burlas y escarnio en la escuela y dentro del grupo religioso. Había crecido con una profunda sensación de soledad. Además había sido enfermiza, y la niñez la había pasado entre la casa y el hospital. Luego, al crecer, se descubrió que tenía una enfermedad neu-

romuscular incurable y progresiva. Sus amantes padres le habían proporcionado estabilidad en la vida y sus oraciones la rodeaban y protegían, obviamente evitando que entrara en ese mundo de lo oculto que atrapa a tantos jóvenes con antecedentes similares.

Durante el primer año en la Escuela de Medicina por fin llegó a entregarle al Señor todos los aspectos de su vida, y situó a Jesús no solo como su Salvador sino como el *amo* de su vida. Los cuatro años en la Universidad fueron duros no solo por la enfermedad neuromuscular sino también por la falta de dinero. Durante aquel tiempo Rebecca aprendió a confiar en el Señor, a caminar con él día a día, a escucharle en lo profundo del alma, a seguir sus directrices, a recibir su sustento cotidiano.

Antes de estudiar para médico había sido enfermera registrada durante siete años. Pero como resultado de la poderosa obra de Dios en su vida y de una cadena de milagros, había dejado la enfermería para volver a la escuela y estudiar para médico.

Cuando entró en el Memorial Hospital no sabía absolutamente nada de satanismo ni sabía de la existencia de Elaine, una poderosa bruja que vivía cerca de allí. Jamás pensó que su caminar con Cristo en aquel hospital iba a causar tanta conmoción en el mundo espiritual que las fuerzas de las tinieblas llegarían a encolerizarse de tal manera que buscarían su muerte. En efecto, se vio envuelta en una lucha titánica cuando Elaine, una de las principales brujas de Estados Unidos, a la cabeza de otras brujas armadas de todo el poder y las habilidades de la brujería, trataron de matarla.

El año de internado es el primer año de entrenamiento que recibe un médico que acaba de graduarse. Es con mucho el año de más intenso trabajo, y el más aterrador. Para Rebecca en el Memorial no fue diferente que para los demás, excepto que estaba constantemente consciente de que había algo extraño pero indefinible en cuanto a aquel hospital. Nadie parecía notarlo, ni siquiera sus colegas cristianos. Desde el principio halló una asfixiante atmósfera de odio, murmuración y lucha en el departamento y, sin duda, en todo el hospital. Era un ambiente

de extrema frialdad. Esto, además de las enormes presiones físicas y emocionales del año, lo usó el Señor para que ella se acercara mucho más a El.

Desde el principio notó una inusitada resistencia al evangelio. Cada vez que hablaba de Cristo se negaban redondamente a escuchar. Es más, en sus primeros seis meses en el hospital, la administración mandó a retirar las Biblias que los Gedeones habían colocado en los cuartos de enfermos y colocó un aviso en cada estación de enfermería en el que advertía que cualquier empleado que fuera sorprendido «evangelizando» a los pacientes sería despedido en el acto. Y a cualquier pastor que fuera al hospital se le impedía visitar a quienes no fueran miembros de su iglesia; si las enfermeras lo sorprendían «evangelizando» a otros pacientes tenían la obligación de ordenar que los guardias lo sacaran del hospital y no lo dejaran entrar más. No se permitía servicio de capellanía, lo cual es inusitado. Era como si se estuviera haciendo un esfuerzo por impedir cualquier mención de cristianismo dentro del edificio del hospital.

A Rebecca la asignaron primero a la Unidad de Cuidado Intensivo. De inmediato se vio envuelta en un remolino de actividad. Trabajaba hasta 120 horas a la semana. Dado ese horario tan agotador, atribuía al cansancio el constante empeoramiento de sus condiciones físicas.

Entonces el Señor empezó a poner en su corazón que debía ir al hospital una hora antes todas las mañanas para pasarla en oración por aquella institución y aquella ciudad, para que el evangelio fuera proclamado y produjera fruto. Al empezar a obedecer y orar todas las mañanas antes del trabajo, repetidas veces se vio compelida por el Espíritu Santo a orar que el Señor frenara el poder de las tinieblas en aquel lugar. A menudo se encontraba citando Números 10:35 donde Moisés dijo:

«Levántate, Jehová, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen».

No sabía por qué oraba de aquella manera, y a veces hasta sentía que era extraño que lo hiciera, pero el Espíritu Santo siempre la impulsaba a orar así.

A medida que el Señor iba aumentando la carga que sentía por las almas de aquel lugar empezó a orar diariamente que el Señor le permitiera ponerse en la brecha del hospital y de la ciudad como en Ezequiel 22:30-31:

«Y busqué de ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese al portillo delante de mí por la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé. Por tanto derramé sobre ellos mi ira; con el fuego de mi ira los consumí: torné el camino de ellos sobre su cabeza, dice el Señor Jehová».

Rebecca no estaba segura de lo que aquello de ponerse «en la brecha» o «al portillo» significaba, pero le pedía al Señor que la usara.

Durante sus primeros meses en el Memorial, Dios le enseñó una valiosa lección de dependencia total en Él para su trabajo médico. En una ocasión, ya tarde en la noche, un paciente ingresó en la Unidad de Cuidado Coronario con un agudo dolor en el pecho, presión alta y posible ataque al corazón. Rebecca debía examinar y cuidar al paciente aquella noche. Este le dio una lista de las medicinas que estaba tomando, entre las que había una que era particularmente buena para bajar la presión arterial y simultáneamente disminuir el trabajo del corazón. Sin vacilar le dijo que estaba tomando cierta dosis y Rebecca lo creyó. Entonces le dio la misma dosis para bajarle la presión y aliviar el trabajo del corazón con la esperanza de prevenir un ataque. Lo que no sabía ella era que aquella dosis era muy peligrosa a menos que el paciente hubiera llegado gradualmente a acostumbrarse a ella.

Una hora más tarde, las enfermeras la llamaron para decirle que la presión del paciente había descendido mucho, que estaba en shock y que al parecer iba a morir. Rebecca llamó a su superior, le explicó la situación y le preguntó qué podía hacer para contrarrestar los efectos de la medicina que le había dado. Su jefe, con toda frialdad, le dijo que había cometido un error estúpido y que no había nada que pudiera hacerse, excepto esperar a ver si el paciente vivía o moría. No había medicina que contrarrestara el efecto de la que le había dado. Y añadió

que él mismo había cometido un error semejante como interno y que el paciente había sufrido serios daños en el corazón como resultado del shock y que casi había muerto.

Muchos pensamientos se arremolinaban locamente en la cabeza de Rebecca mientras caminaba a solas por los oscuros pasillos de la Unidad de Cuidado Coronario (UCC) para ir a ver al paciente. Sentía remordimientos, temor y autorreproche. Un sudor frío le recorría la espalda al pensar que con toda probabilidad había matado a una persona. De pronto el Espíritu Santo le mostró el error de los pensamientos que la atormentaban. Había estado pensando: «Dios hizo un universo de orden en el que las causas y los efectos se suceden en forma ordenada. Por culpa de aquel estúpido error aquel hombre probablemente morirá. Como la medicina era absolutamente irreversible, el efecto se produciría, por lo que no había necesidad ni siquiera de orar o esperar que Dios interrumpiera el orden universal por aquella estupidez».

Con suavidad el Espíritu Santo inundó todo su ser con el conocimiento cierto de que ella era diferente. ¡Ella era hija del Rey! Por tanto, tenía un privilegio especial que los demás médicos no tenían. Tenía derecho a pedirle a Dios el Padre, en el nombre de Jesús, que corrigiera su error. Esa era una de las muchas cosas por las que Jesús había muerto en la cruz.

Abruptamente dio media vuelta y corrió a la capilla y se echó sobre sus rodillas delante del Señor. Le pidió fervientemente que corrigiera su error, ya que era una hija del Rey afianzada en Hebreos 4:16:

«Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro».

Se levantó y regresó a la UCC. Al llegar encontró que la presión del paciente había vuelto a la normalidad, ¡y no tenía dolor! Un nuevo electrocardiograma reveló que el corazón estaba trabajando perfectamente bien. Lo dieron de alta dos días después sin ningún daño en el corazón.

Aprendió también a seguir mejor la dirección del Señor

a toda hora. Muchas veces él le hablaba a su espíritu en voz suave, y le señalaba errores antes de cometerlos, o le recordaba algo que había olvidado o pasado por alto o algo que había leído o aprendido en el pasado. Aprendió a ayunar y a orar que el Señor le revelara el diagnóstico en casos difíciles. Aprendió a depender del Señor para tener destreza en las manos, y a nunca hacerle nada a un paciente sin primero orar que Jesucristo, el Gran Médico, pusiera Sus manos en las de ella y le impartiera su destreza. En todos los años hasta ahora, el Señor se ha mantenido fiel a ella y nunca ha tenido una complicación seria por culpa de algo que hubiera hecho mal.

Como a los seis meses de su internado, tras apenas haber sido asignada de nuevo a la Unidad de Cuidado Intensivo (UCI), el joven pastor que había visto en emergencia finalmente se recobró lo suficiente para poder hablar. Rebeca había estado bien al tanto de su estado, y constantemente había orado por él. El Señor frecuentemente la impulsaba a ir a su cuarto y conversarle. Un día él le contó lo que de veras le había sucedido y que había provocado su ingreso al hospital.

Roberto era pastor de una pequeña iglesia cristiana en aquella ciudad. Había estado trabajando con algunas personas que adoraban a Satanás. En un pueblo cercano había una comunidad satánica muy grande, y el satanismo andaba rampante por aquel estado. Siguiendo la dirección del Señor, había estado ganando para Cristo a un buen número de aquellas personas. Habían dejado de servir a Satanás y habían aceptado a Jesucristo como Señor y Salvador. Los había ayudado a echar fuera los demonios que ellos mismos habían pedido que entraran en ellos para obtener poderes brujos. La noche en que Rebecca lo vio llegar al hospital, había sido secuestrado por los satanistas, quienes lo habían llevado a una de sus reuniones. Lo pusieron en la plataforma frente al grupo y lo torturaron. Estaban clavándolo en una cruz cuando uno de los miembros gritó que alguien había visto algo sospechoso y había llamado a la policía. (Los satanistas tenían un receptor de la policía a través del cual se imponían de todas las llamadas.) Roberto se desmayó

cuando lo estaban crucificando y no supo más hasta que despertó en el hospital.

Rebecca estaba sorprendida, pues nunca había oído de algo igual. ¿Explicaba aquello la oscuridad espiritual que podía percibir en el hospital? Pronto sabría mucho más de eso.

Cuando comenzaba su segunda ronda en la Unidad de Cuidado Intensivo su inquietud aumentó. Cada noche en que estaba de guardia, tenía bajo su responsabilidad a todos los pacientes de las unidades de cuidado. Un día empezó a notar que a pesar de que trabajaba con sus pacientes en un dedicado espíritu de oración, se producían muertes aparentemente inexplicables.

En la enfermedad, tanto como en la muerte de algún paciente, normalmente hay una ordenada y verificable secuencia de acontecimientos. Por ejemplo, si alguien cae en shock (baja presión arterial) por alguna hemorragia, una vez que se detiene la hemorragia por cirugía u otro medio y la sangre que ha perdido le es repuesta con transfusiones, la presión arterial no tiene por qué bajar de repente, a menos que vuelva a producirse una hemorragia u otra complicación con una infección fuerte.

Sin embargo, muchos de los pacientes de Rebecca llegaban a un estado estable y de pronto, sin ninguna razón aparente, se agravaban. El corazón les dejaba de latir, dejaban de respirar o la presión les bajaba a cero. Muchos morían a pesar de que se tomaban todas las medidas para salvarlos. Rebecca estudiaba las autopsias de esos pacientes, y se sorprendía todavía más cuando descubría que la muerte había sido producida por el problema con que originalmente habían ingresado en el hospital.

Otra cosa que le preocupaba era la frecuencia y la manera en que se producía lo que los médicos llaman «sicosis de UCI aguda». Cuando un paciente pasa por la tensión de soportar una seria enfermedad, lo colocan en UCI (Unidad de Cuidado Intensivo) por varios días, donde la luz está encendida las 24 horas, los monitores están funcionando y no hay ventanas. Debido a esto, algunos pacientes se desorientan y comienzan a tener alucinaciones, y ven cosas que no son reales. Sin em-

bargo, en aquel hospital, la incidencia de sicosis de UCI era mucho mayor que en cualquiera de los demás hospitales donde Rebecca había trabajado como enfermera o como estudiante de medicina.

Por eso se sintió guiada por el Señor a hablar con los pacientes apenas empezaban a «ver» cosas. Para su sorpresa, ¡casi todos le decían que veían demonios en la habitación!

Muy preocupada, comenzó a hablar de la incidencia de muertes y casos de sicosis en las conferencias matutinas con todos los internos y residentes. Aparte de ella, nadie más parecía estar preocupado por el asunto. Hasta dudaban de ella. Tras el tercer intento de tocar el tema la llamaron a la oficina del director del programa de entrenamiento y le dijeron que no volviera sobre el asunto, que no tenía suficiente experiencia para saber de lo que estaba diciendo. Cuando les dijo que tenía diez años de experiencia como enfermera además de la Escuela de Medicina, le dijeron que si seguía causando problemas tendrían que eliminarla del programa de entrenamiento.

Sus oraciones matutinas cobraron mayor intensidad cuando trató de recibir revelación de Dios en cuanto a lo que estaba pasando. La primera se produjo a través de uno de sus propios pacientes.

Perla era una anciana de color del sur de Estados Unidos que había estado bajo el cuidado de Rebecca por seis meses. Se trataba de una cristiana vigorosa a la que Rebecca había llegado a conocer bien y a querer mucho. Una noche llegó muy enferma al hospital y Rebecca la ingresó en la Unidad de Cuidado Intensivo. A la siguiente mañana al dirigirse Rebecca a la UCI para hacer sus rondas, las enfermeras le comunicaron que Perla tenía sicosis de UCI. Rebecca se sorprendió porque sabía que la anciana era una cristiana fuerte, muy sufrida y que no se asustaba fácilmente.

Al llegar al cuarto la encontró llorando. Cuando le preguntó por qué lloraba, Perla le dijo que si no la sacaba de la UCI de inmediato, «aquella enfermera nocturna la mataría». Entonces le contó que la enfermera del turno

de la noche había ido a hablar con ella para decirle que no era necesario luchar por seguir viviendo, que fácilmente reencarnaría a una siguiente vida; que llamaría al «poder supremo» para que viniera y la escoltara a la próxima «bella vida». Cuando la enfermera puso sus manos en las suyas y pronunció palabras que tenían la resonancia de un idioma extranjero, ella reconoció que se trataba de un encantamiento. Dado su trasfondo cultural, ella sabía de vudú, magia negra y demonios. Afirmó haber visto demonios en el cuarto. Le dijo a Rebecca que estaba demasiado débil para seguir luchando y que sabía que si aquello se volvía a repetir esa noche, moriría.

¡Rebecca quedó pasmada! Conocía a Perla lo suficiente para saber que no estaba mintiendo, y que tampoco estaba de algún modo fuera de sí; pero la enfermera a la que ella se refería era nada menos que la encargada de la UCI en el turno de la noche. Era una señora mayor, agradable, atractiva y una profesional excelente. Era bien organizada, entendida y procuraba que los pacientes fueran bien atendidos. Era muy respetada por los médicos y las demás enfermeras. Aunque siempre le había parecido un tanto fría y retraída, creía que era por las presiones del trabajo. Nunca le había hallado ni siquiera una falta en su trabajo.

Sabía que no podía hablar con ninguno de sus colegas sobre el problema porque iban a pensar que estaba loca. Tampoco podía acusar a la enfermera porque no tenía pruebas. En aquel tiempo Rebecca no sabía mucho de brujas y casi nada de demonios. Solo podía hacer una cosa: presentarle el problema al Señor en oración. Así, cada momento libre que tuvo ese día lo pasó de rodillas en la capilla. (Siempre estaba sola en la capilla porque nadie la usaba.) Ya tarde en el día, el Señor le confirmó en su corazón que Perla estaba diciendo la verdad. El Señor también le ordenó que pasara la noche junto a ella, ya que ésta estaba demasiado enferma para que la sacaran de la UCI. Y podría hacerlo porque esa noche no tenía guardia.

Lo que sucedió habría de transformar para siempre su vida. Sentada junto a la cama de Perla, sin esperar que

sucediera nada, sintió opresión demoníaca como jamás la había sentido. Helen, la encargada de la UCI, no fue al cuarto de Perla aquella noche. Rebecca sintió que un tremendo poder invisible se proyectaba contra ella. Sintió como si una mano gigante tratara de aplastarla contra una pequeña mancha de grasa en el piso, como si una fuerza invisible estuviera tratando de chuparle la vida. Trató de razonar científicamente lo que sentía, de convencerse de que solo era su imaginación, pero no le valió de nada. Sintió que el cuerpo se le estaba debilitando tanto que apenas podía permanecer sentada. Perla lo sintió también. Se tomaron de la mano, y Rebecca oró en voz baja que el Señor las protegiera con el escudo de la preciosa sangre de Jesús. «Y lo han vencido [a Satanás] por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio». Aquella noche hubo una lucha tremenda, pero Perla sobrevivió y Rebecca la sacó de la UCI a la siguiente mañana.

Las siguientes revelaciones llegaron pronto. Rebecca estaba dirigiendo un estudio bíblico esa semana con algunas de las enfermeras que había llevado al Señor. Una de ellas, Jean, se puso un día a hablarle del satanismo con el que había estado relacionada antes de su conversión. Le dijo que Helen la había estado entrenando para médium y que estaba a punto de iniciarse en el grupo cuando ella le habló del Señor. Como resultado, había aceptado a Jesucristo como Señor y Salvador y no había querido saber más de Helen y las demás satanistas. Por todo esto, Jean tenía mucho miedo de Helen y sus amigas.

Dijo que se había enterado de que Helen consideraba una tarea especial cuidar de los enfermos más graves de la UCI. Mientras lo hacía, conversaba con ellos y les decía que no había necesidad de que lucharan por seguir viviendo, ya que pronto reencarnarían a la siguiente vida y no tendrían más sufrimientos. Entonces, con su consentimiento o sin él, les imponía las manos e invocaba espíritus demoníacos (a los que llamaba «poderes superiores») para que fueran y condujeran a aquellos pacientes a la próxima vida. A menudo los pacientes se agravaban y

morían. Jean temía contarle porque la jefe de las enfermeras y los médicos tenían muy buen concepto de Helen, y sabía que no le creerían. Es más, después de entregarse a Cristo, Jean se las arregló para que la transfirieran a otro turno en que no tuviera que trabajar con Helen.

Habló de la comunidad ocultista que había cerca de la ciudad y que era uno de los mayores centros de distribución de literatura del ocultismo en los Estados Unidos. Era, además, un inmenso campo de adiestramiento de brujas y tenía incluso una iglesia satánica. Le confirmó todo lo que el joven pastor le había dicho y temía que a ella le sucediera lo mismo. Nadie en los alrededores tomaba en serio a aquella comunidad, pero eso era precisamente lo que Satanás quería.

Rebecca se enteró también por varias otras fuentes que otras enfermeras y médicos del hospital estaban envueltos en el ocultismo y en culto y la comunidad satánicos. Le presentó el asunto al Señor y recibió confirmación. Se puso a estudiar la Biblia con fervor para aprender más de Satanás y los demonios. Así supo que la gente podía ser poseída por demonios y podían utilizar poderes demoníacos para hacer cualquier cosa. Fue en ese punto que comenzó el estado de guerra activo contra Helen y los demás satanistas que trabajaban en el hospital.

En sus períodos de oración matutinos comenzó a pedirle al Señor que atara los poderes demoníacos en aquel lugar y en las personas que ella sabía que participaban. Todos los días por la noche antes de salir del hospital, pasaba por la UCI y otros pabellones, y quieta pero a viva voz imponía autoridad sobre los espíritus demoníacos que estuvieran allí ya o que fueran a estar por aquellos lugares durante el resto del día y de la noche, y los ataba con el poder del nombre de Jesucristo. Le pedía también al Señor que escudara de las fuerzas demoníacas a los pacientes.

Muchas noches en que estaba de guardia, la llamaban a la UCI, o a algunos de los pabellones a atender a algún paciente que había empeorado. A medida que Dios le fue dando discernimiento en cuanto a qué problemas se

debían a interferencias demoníacas fue aprendiendo a afianzarse en Lucas 10:19:

«He aquí yo os doy potestad de hollar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará»

Y sobre Marcos 16:17:

«Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios».

Muchas veces tenía que pararse junto a la cama de un paciente y batallar en oración silenciosa, imponiéndose a los demonios y ordenándoles salir de allí, e invocando la protección del Señor Jesucristo sobre el paciente, mientras Helen (u otra de las enfermeras que eran brujas) estaban al otro lado de la cama dirigiendo todo el poder demoníaco de que disponían contra ella y el paciente. Por supuesto, empleaba todo sus conocimientos de medicina para tratar de detener el mal curso de la enfermedad, pero pronto aprendió que ni todos sus conocimientos servían si no los combinaba en la batalla espiritual con la oración.

Como era de esperarse, a Helen, a Satanás y a las otras brujas no les gustaba para nada las actividades de Rebecca. La batalla arreció. Rebecca trató de poner al tanto de lo que sucedía a un par de compañeros de trabajo que eran cristianos, pero no le creyeron. Le dijeron que estaba enferma y agotada, y que se estaba imaginando cosas.

A medida que la batalla arreciaba, su enfermedad neuromuscular empeoró. Se puso, entonces, bajo el cuidado de uno de los mejores médicos del hospital. Pero a pesar de sus oraciones y el esfuerzo del médico, se dio cuenta que se estaba muriendo. Por fin, en el último día de su año de internado, se puso tan mal que no pudo seguir trabajando. Consultó con varios de los especialistas que la habían tratado quienes le dijeron que en su opinión no le quedaba mucho de vida. Le preguntaron si quería que la ingresaran en aquel hospital o prefería regresar a su pueblo. Optó por regresar. Salió de aquella ciudad y de aquel hospital pensando que jamás volvería.

Se sentía agobiada y apesadumbrada por las tantas personas de aquel lugar que estaban cautivas de los poderes de las tinieblas.

Los próximos treinta días fueron días de agonía. La enfermedad progresó al extremo de estar tan débil que no podía caminar, y ni siquiera bajar sola de la cama. Pero en todo tuvo una total y hermosa paz. Jesús estaba al timón, y eso era lo que importaba. En sus noches de desvelo a causa del intenso dolor disfrutaba la dulce comunión con el Señor y fervientemente esperaba que pronto El se la llevaría.

Un día, hacia el final de aquel largo mes, el pastor de su iglesia, el pastor Pat, la fue a visitar. Como era un hombre de Dios, el pastor Pat no se conformaba con la certeza de que Rebecca iba a morir, y presentó el caso ante el Señor en oración. Fue a hablar con ella y le dijo que el Señor le había revelado que su voluntad no era que muriera.

—Sé que esto puede sonar ridículo, pero creo que el Señor me ha revelado que estás bajo el ataque de un poderoso grupo de brujas. Tu enfermedad ha empeorado mucho por los poderes demoníacos que te están lanzando. ¿Es posible? ¿Has estado en contacto con algunas brujas?

¡Al instante Rebecca comprendió! ¿Cómo no había relacionado su estado con la batalla que había estado librando contra los satanistas del hospital? Como nunca le había contado al pastor Pat sus experiencias, le refirió los acontecimientos del año anterior.

Pat se paseó de un lado a otro muy preocupado. Luego se volvió y le dijo:

—Yo sé que no es la voluntad del Señor que tú mueras. No cabe duda que tu enfermedad es causada por brujería. Tenemos que orar y contener el poder de esas brujas.

¡Y sí que oró! No solo el pastor, sino los ancianos y unos 200 miembros de su iglesia ayunaron y oraron las 24 horas del día toda una semana. Intercedieron por Rebecca, y le pidieron al Señor que la escudara y quebrantara el poder de las brujas que había sido dirigido contra ella.

Como a la semana, una noche en que permanecía en su cama al borde de la inconsciencia, el Señor puso en su

mente algo que había leído en un libro de Watchman Nee:

«A menos que un cristiano entienda claramente que su trabajo ha terminado y que ya el Señor no requiere que permanezca aquí, debe resistir a la muerte por todos los medios. Si los síntomas de la muerte aparecen en su cuerpo antes de que su labor haya terminado, definitivamente debe resistir a la muerte y sus síntomas.

Aceptar simplemente — por el ambiente, la condición física y las emociones — que nuestro tiempo ha llegado es un error de nuestra parte; mejor busquemos una indicación definitiva del Señor. Como vivimos para El, debemos morir para El. Cualquier llamada a partir que no proceda del Señor debe ser resistida.

Para vencer a la muerte, los creyentes deben de pasar de una actitud de sumisión a una actitud de resistencia. A menos que nos despojemos de nuestra pasividad no podremos derrotar a la muerte. Ella se burlará de nosotros y finalmente se producirá un inoportuno fin. Muchos santos hoy día confunden la pasividad con la fe. Razonan que lo han puesto todo en las manos de Dios. Si no tienen que morir, El los salvará; si tienen que morir, sin duda permitirá que mueran: hágase la voluntad de Dios. Suena correcto, pero ¿es eso fe? No. Es simplemente pasividad perezosa. Cuando no sabemos cuál es la voluntad de Dios, es correcto decir: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lucas 22:42). Esto no quiere decir que no tengamos que orar específicamente, dejando que nuestras peticiones sean conocidas de Dios. No debemos someternos pasivamente a la muerte, porque Dios nos ordena actuar en correlación con su voluntad. A menos que sepamos definitivamente que Dios quiere que muramos, no debemos permitir pasivamente que la muerte nos subyugue. Más bien debemos cooperar activa-

mente con la voluntad de Dios resistiéndola.
¿Por qué debemos adoptar una actitud así? La
Biblia trata a la muerte como nuestra enemiga
(1 Co. 15:26).»

A medida que el Señor traía a su memoria aquel pasaje, el Espíritu Santo le dijo que no era la voluntad del Padre que muriera, pues todavía tenía mucho que hacer. Debía levantarse, resistir a Satanás, rechazar la enfermedad y la muerte. Le costó un poco hacerlo, porque en lo más íntimo de su corazón no quería vivir. No deseaba seguir luchando, sino ir al cielo con el Señor y disfrutar la paz y el gozo que allí le esperaban. Pero la quieta y suave voz del Espíritu Santo fue insistente.

Al fin, con muchas lágrimas, se irguió sobre «la Roca», comenzó a reprender a Satanás y a ordenarle en el nombre de Jesús que se fuera, que no iba a seguir aceptando la enfermedad que había enviado contra ella, y que no iba a aceptar la muerte. Más tarde el Señor le reveló que la única razón por la que se había manifestado aquella noche para que se levantara y luchara contra la muerte, había sido la poderosa intercesión del pastor Pat y la gente de la iglesia.

La enfermedad le había dañado tanto los músculos que tardó tres meses en recuperarse. Pero el Señor la levantó y la sanó completamente. Así que regresó al Memorial Hospital para terminar sus últimos dos años de entrenamiento, lista al fin para el encuentro que el Señor le había estado concertando con Elaine, la bruja principal que había intentado matarla.

Aparece Elaine

Habla Elaine:

El matrimonio de mis padres fue muy inestable. Mi padre era un borracho que se creía un regalo de Dios para las mujeres. Maltrataba mucho a mi madre. Cuando nació se paró al pie de la cama y le estuvo gritando que era mejor que yo me muriera hasta que mi madre le arrojó un vaso.

Mi nacimiento fue como cualquier otro, como el de los cientos que nacieron el mismo día en todo el mundo, excepto que yo nació deformada. No tenía nariz, ni labios, ni cielo de la boca. Era lo que llaman un severo caso de labio leporino con paladar hendido. Mi madre quiso verme tan pronto nació, y claro, para ella yo era bella, aun con mis deformidades. Su primera pregunta fue:

—¿Pueden arreglárselos?

Pero la pobre estaba en la miseria. No tenía dinero ni manera de ganarlo. En aquellos días no había programas de beneficencia estatal como hoy día, pero mi madre no era de las que se resignaba por ser pobre.

Sucedió que en el mismo hospital había una enfermera llamada Helen. Había ayudado en mi nacimiento. Helen conocía las circunstancias en que vivía mi madre, así como la actitud de odio de mi padre. No era una enfermera cualquiera, sino una poderosa bruja y miembro de lo que se había convertido en una de las más poderosas pero menos conocidas sectas en nuestro país. Esta secta se autodenomina La Hermandad y rinde adoración a Satanás. Helen era, en aquel momento, lo que la secta llama «persona de contacto». Su contacto con mi madre habría de afectarme por el resto de mi vida, así como la vida de Rebecca.

Al otro día de mi nacimiento Helen se acercó a mi madre con una proposición. Si mi madre le permitía sacarme un poquito de sangre, ella y sus «amigas» le proporcionarían la manera de obtener el dinero y la ayuda necesaria para conseguir la mejor cirugía y los mejores servicios médicos. Mi madre no entendía por qué Helen hacía todo aquello por algo al parecer tan insignificante. Aparentemente no entendió el significado de lo que Helen le explicaba. Pero, como no parecía haber otra fuente a donde acudir en busca de la ayuda que desesperadamente necesitaba, y como Helen le reiteraba que jamás me haría daño, mi madre accedió a la proposición. Helen era una joven atractiva que parecía de verdad interesada y sincera en su deseo de ayudarme a mí y a mi madre.

Lo que *no* le explicó a mi madre fue que mi sangre constituía para ella una «venta» bien importante. El frasquito con la sangre que me sacaron fue entregado a una mujer llamada Grace. Grace pertenecía también a la secta satánica. Era lo que llamaban gran sacerdotisa. La venta de mi sangre otorgaría a Grace más poder, más actividad y una más alta posición en la secta. Helen, también, obtendría más poder con aquella transacción.

Helen me sacó la sangre y se la entregó a Grace. Grace entonces bebió mi sangre durante una ceremonia que concedía a ella y a Satanás posesión de mi persona, y me abría como morada de muchos demonios desde ese momento en adelante. Grace, por orden de Satanás, envió a mí espíritus que habrían de modelar y conformar mi vida, mi personalidad y mi futuro.

Mi madre no era cristiana, ni tampoco sabía que lo que había hecho me convertía en persona marcada y observada por los satanistas, y que, más tarde, resultaría en mi participación en el culto. Si lo hubiera sabido, nunca hubiera dicho que sí, que podían sacarme aquella pequeña cantidad de sangre. Tiempo después, ya como miembro de la secta, habría de presenciar varias de aquellas ventas y siempre me dolía pensar en las consecuencias en la vida del recién nacido.

Satanás había obtenido una valiosa prenda: una recién nacida en la que demonios y espíritus podrían hallar albergue y que habría de crecer y ser poderosa y ágil en la vida. A medida que fui teniendo conciencia de mí misma, aun en mis más tempranos días, sabía que algo extraordinario sucedía dentro de mí, aunque no sabía lo que era.

Cuatro días después de mi nacimiento, le dijeron a mi madre que me llevarían a un enorme centro médico. Allí me sometieron a varias operaciones. Muchísimas. Es más, fueron dieciséis años de cirugía plástica para construirme un rostro. Tuve que pasar muchas horas de terapia de la voz y el oído, trabajos dentales, de todo. Era el comienzo de muchos años de dolor, soledad y rechazo. Dolor, porque la cirugía plástica arde horriblemente durante los días de convalecencia después de la operación. Soledad, porque yo no era como los demás niños. Rechazo, por la reacción que provocaba mi desfiguramiento. Tenía muy pocos amigos. Me volví dura, peleadora. Aprendí a pelear y a pelear bien para poder sentir algo de amor propio. Tenía tantas interrupciones en mis estudios a causa de las operaciones que me era muy difícil conservar las amistades que adquiría.

Los niños de la escuela parecían divertirse empujándome, pellizcándome y burlándose de mí hasta que ya yo no resistía más. Cambiaba de escuela con tanta frecuencia que nunca fui a la misma escuela dos años seguidos. Mis padres pensaban que era mejor no tener que enfrentarme al mismo grupo un segundo año. Pero me volvía a encontrar con los mismos niños todas las veces. Cada escuela era igual, la reacción era igual. Nada cambiaba cada agonizante año.

Mi madre se volvió a casar poco después de mi nacimiento. Mis padres no iban a la iglesia. A mí no me impedían ir, pero ellos no iban. Uno esperaba por el otro. Como siempre sucede, uno se queda esperando si espera demasiado por el otro y no da el primer paso.

Por fin me uní a un grupo de jóvenes de una iglesia. Era un grupo muy activo en una iglesia pentecostal. Yo

tenía dieciséis años y el grupo de jóvenes me aceptó porque podía cantar, y tocar la guitarra y los tambores. Tenía talento para la música y el arte. Fui bastante feliz pero por poco tiempo.

A medida que crecía fui descubriendo que tenía poderes inexplicables y no sabía qué hacer con ellos, ni qué era, ni de dónde procedían. Algunos me decían que tenía «dones». Tengo una tía que está muy metida en la brujería y el espiritismo. A veces nos llevaba a su casa para mostrarnos algunos «juegos» de magia. Yo siempre tuve una gran habilidad con la ouija, la baraja, etc. Cuando alcancé la adolescencia descubrí que podía influir en los demás para que hicieran mi voluntad. Y tenía también más fuerza física de lo normal.

Recuerdo que en mi primer año de la escuela superior se me acercó una lesbiana que trató de entretenerse conmigo después de la clase de gimnasia. Me entró una furia incontrolable y casi la ahogué en la taza del inodoro. Era mucho más grande que yo, pero la hubiera matado si varios adultos no intervienen.

Permanecí en la misma escuela durante todo el bachillerato. Mis compañeros se burlaban de mí. No hay nada peor en esa edad que la injurien y se burlen de una. Llegué al punto en que ya no pude aguantar más. Estando en el grado 12, caminaba por el pasillo cuando el principal futbolista gritó:

—¡Miren a la fea de labio leporino!

Solté los libros y corrí hacia él. Lo próximo que supe es que cinco maestros trataban de quitármelo. Por poco lo mato a golpes. Le partí la nariz, la mandíbula y varios huesos de la cara. Tenía una fuerza sobrenatural. Aquel muchacho pesaba cerca de cien kilos y yo no más de cuarenta. No recibí ni un arañazo en la lucha, ni siquiera en los puños.

Aquella fuerza me asustaba, pero a la vez me gustaba. Era la única manera de conseguir un poco de paz. Nadie podía meterse conmigo. Ahora lo recuerdo con dolor, pero en aquel tiempo parecía valer la pena. Pero toda esa paz, pronto habría de descubrir, iba a ser obliterada por una mentira de Satanás que por largo

tiempo lamentaría y todavía lamento. Le doy gracias a Cristo porque él me amaba entonces, aunque no me daba cuenta. Me encantaba la fuerza que tenía. No sabía de dónde procedía pero quería averiguarlo para obtener más. Fue entonces que conocí a Sandy en el grupo de jóvenes de la iglesia. Asistía a la misma escuela que yo. Tenía diecisiete años lo mismo que yo. Sandy era «reclutadora» de la secta satánica y me guió en la siguiente etapa del plan de Satanás para mi vida.

Ingreso en La Hermandad

Habla Elaine:

Sandy se hizo muy amiga mía, casi podría decir que la única amiga que tenía. La conocí en la iglesia en la reunión de jóvenes que mencioné. Yo no iba a la iglesia para oír del Señor: iba para relacionarme con otros jóvenes. Sandy y yo trabajábamos juntas en varios programas de jóvenes de la iglesia y en la escuela andábamos juntas, estudiábamos juntas y salíamos a tomar refrescos juntas.

Era bonita. Tenía mejor posición económica que yo, vestía muy bien y era muy popular. No parecía importarle mucho lo que a mí se refería. Yo tenía la impresión que se había hecho amiga mía más por lástima que por cualquiera otra cosa. Ignoraba que era reclutadora de La Hermandad. Poco después del incidente con el futbolista, Sandy me dijo que había notado que yo tenía poderes que muy pocos tenían. Me dijo que sabía dónde podría averiguar para tener más de esos poderes.

—Escúchame — me dijo también —, sé que te sientes sola y deprimida, y creo que tengo algo que te puede ayudar. La iglesia a que asistimos no se interesa mucho en ti, y Dios tampoco se interesa por ti. Si se interesara, no hubiera dejado que nacieras como naciste.

Entonces me ofreció la oportunidad de ir con ella a un «campamento de jóvenes» patrocinado por el «grupo» al que ella y su familia pertenecían. Lo llamaba «campamento de la iglesia». Estaba situado en un pueblecito a varios kilómetros de allí. Se celebraría en el verano. Como no iba a haber clases en aquel tiempo y no tenía

otra cosa que hacer, decidí ir.

Le dije a mis padres que iba a ir a un campamento de la iglesia (en realidad no les importaba lo que yo hiciera). Me sentía temerosa y alborozada. Por fin había hallado una amiga y aquello resolvería el problema de mi soledad y las preguntas sobre el extraño poder que había en mí. Sandy me estuvo hablando del campamento por varios días antes de que fuéramos. Me lo describió como el lugar ideal en que me aceptarían y me harían sentir que me querían y que me necesitaban. Necesitaban mis poderes, me dijo, y éstos podrían ser perfeccionados. Podría convertirme en un personaje importante, y volverme famosa, o rica, lo que yo quisiera. Mientras me hablaba sentía que aquel extraño poder en mí se agitaba y crecía.

Lo que Sandy *evitaba* era mencionar la palabra «secta», o contarme la verdad acerca del grupo. Me detendré aquí para decir en resumen lo que era el grupo.

Aquel grupo que en secreto se autodenomina La Hermandad está compuesto de personas directamente dominadas por Satanás, a quien rinden culto. Es una peligrosa secta que crece velozmente. Tiene dos grandes centros en los Estados Unidos: el de la costa occidental, principalmente en la zona Los Angeles-San Francisco, y otro en el medio oeste estadounidense donde vivía yo. Están divididos en grupos locales o capítulos. Un capítulo puede tener desde cinco o diez hasta varios miles de personas. Es la secta que Hal Lindsey menciona en su libro *Satanás vivo y activo en el planeta tierra*.

Es una secta en extremo secreta. No se guarda registro de miembros. Hasta los contratos con Satanás que firman con sangre los miembros son quemados por

los sumos sacerdotes y sacerdotisas. (Esto no lo saben los miembros de bajo rango.) Infestan todos los niveles de la sociedad: pobres y ricos; los muy cultos, la policía, funcionarios del gobierno, comerciantes, y hasta algunos que se llaman ministros cristianos. La mayoría asiste a las iglesias cristianas locales y se les considera «buenos ciudadanos» porque participan en las actividades cívicas. Lo hacen para presentar una fachada. Viven vidas dobles y en eso son expertos. Expertos en el engaño.

«Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. Así que no es mucho si también sus ministros se transfiguran como ministros de justicia . . . »

2 Corintios 11:14-15

En sus reuniones utilizan nombres codificados. Cuando se encuentran en la calle, a menudo no se conocen por su verdadero nombre. Son sometidos a la rígida disciplina de Satanás y los demonios. Ofrecen sacrificios humanos varias veces al año y de animales una vez al mes. Los sacrificios humanos la mayoría de las veces son de recién nacidos: hijos de miembros solteros de la secta atendidos por médicos y enfermeras de la secta. Como la madre no va a un hospital, no queda constancia ni del nacimiento ni de la muerte del bebé. Otros sacrificios son víctimas de secuestros, o miembros de la secta que son disciplinados o se ofrecen voluntariamente porque, supongo yo, ya no pueden vivir consigo mismos. Muchos de ellos son asesinos de sangre fría, en extremo habilidosos.

Cada capítulo es dirigido por un gran sacerdote y una gran sacerdotisa. Estos llegan a esa posición ganándose el favor de Satanás por medios diversos y por haber ido obteniendo mayores poderes de brujería. Hay muchas luchas intestinas en el grupo. Dentro de la secta existe una élite de brujas llamada Hermanas de la Luz o Las Iluminadas.

En los Estados Unidos hay varios grupos ocultistas que se autotitulan Los Iluminados, aunque la mayoría no forma parte de La Hermandad. Hay un grupo llamado Los Iluminados cuya mayoría de sus miembros son descendientes directos de los druidas de la antigua Inglaterra. Son en extremo poderosos y peligrosos y están conectados con La Hermandad. Realizan con frecuencia sacrificios humanos.

Las Hermanas de la Luz vinieron de Europa a Estados Unidos en las postrimerías del siglo XVIII. Datan de la Edad Media en Europa, pero ciertamente tienen sus raíces en los hechiceros de los antiguos Egipto y Babilonia que tenían tanto poder que pudieron reproducir tres de las diez plagas enviadas a Egipto en tiempo de Moisés (ver Exodo 7). Aquellos hechiceros eran increíblemente poderosos. Podían producir enfermedades y matar sin tocar físicamente a la víctima hasta a miles de kilómetros de distancia. Es obra de demonios, desde luego, pero esas personas han sido inducidas a creer que dominan a los demonios cuando en realidad Satanás y los demonios se están valiendo de ellos. Personas dominadas por los demonios cometen atrocidades dentro de su secta. Tan dominados están que pierden todo sentimiento de amor y compasión y se vuelven tan crueles que apenas parecen humanos.

La rapidez con que crece La Hermandad es señal de que estamos en los últimos tiempos y es cumplimiento directo de la profecía bíblica.

Me inicié en la secta aquel verano en que asistí con Sandy al campamento de verano. Me sentía muy emocionada al llegar. Cuando una se emociona pierde bastante de lo que ve y escucha. Primero nos llevaron a los dormitorios y nos hicieron sentir muy bien. Había muchas cosas buenas en el campamento: museos,

bibliotecas, diferentes casas a donde uno podía ir a ver clarividentes, hipnotizadores, lectores de la mano y de barajas, expertos en vudú, etc. Algunas de aquellas personas vivían allí todo el año, y otras no. Era el lugar en que la secta oficialmente se relacionaba con el público que no nos conocía.

Asistimos a muchas clases en las que nos enseñaron a ampliar y a usar mejor nuestros «poderes». Sandy me llevó a la primera reunión con Las Hermanas de la Luz. Mucho más tarde descubrí que me habían estado observando desde mi niñez, desde el momento de la venta de mi sangre que habían realizado Helen y Grace.

Sandy me llevó a una inmensa iglesia satánica del plantel como dos horas antes de la reunión más importante de la noche. El sol se ponía ya y la iglesia entera estaba oscura, excepto por trece velas en círculo situadas en el piso al frente de la iglesia que arrojaban fantasmagóricas sombras sobre las trece figuras sentadas en el piso, una detrás de cada vela. Al acercarnos pude notar que eran trece mujeres, todas vestidas iguales, en blancas túnicas largas con capuchas puntiagudas en la cabeza. Estaban sentadas sobre las piernas cruzadas sobre el bien pulido piso de madera, con la espalda erguida y los brazos doblados sobre el pecho, contemplando en absoluta concentración la vela que cada una tenía delante.

Las velas eran de más de medio metro de largo y siete centímetros de diámetro. Eran de cera negra y se asentaban sobre una tira de papel recubierta de escritura de fino trazo. Las mujeres no llevaban joyas ni ornamento de ningún tipo. No había movimiento en ellas excepto el continuo y tenue canto y tarareo en que elevaban sus oraciones a Satanás. Se sentía allí un poder que me tuvo fascinada e impávida. Al sentarme y contemplarlas durante las dos horas de ceremonia, sentí revolveirse fuertemente el inexplicable poder que dentro de mí había.

Me sentí compelida a regresar la siguiente noche a ver la misma ceremonia. Sabía que eran Las Hermanas de la Luz porque Sandy me lo dijo. Los demás miembros de la secta las llamaban «madres», y pocos sabían que se trataba de aquella élite. Jamás revelaban a un varón su identidad ya que los varones estaban excluidos del grupo. Sin embargo, son el poder y la fuerza principal de la secta, y constituyen un secreto estrictamente guardado aun dentro de la secta misma. No toleran debilidades en ninguna de sus miembros; las débiles son destruidas. Hay muy pocas jóvenes entre ellas.

Después de la ceremonia de la segunda noche una de aquellas mujeres se me acercó. Me dijo que había notado mi interés y que ya sabía de mi extraordinaria fuerza, que le gustaría que entrara en algún programa de adiestramiento. Eran sencillas y agradables y me dijeron que podían enseñarme a incrementar grandemente mis poderes como ningún otro grupo podía hacerlo. Me tragué el anzuelo con cordel y plomada.

Primero me hablaron de la grandeza que alcanzaría, de cómo podía valerme del poder que había dentro de mí para obtener lo que necesitaba, y lo que quisiera tener. Aquel poder procedía de Satanás, no de Dios. Fueron los primeros en decirme aquello, y me dijeron también que Satanás es el único dios verdadero. Me enseñaron a entonar sus cánticos y tarareos. Me dijeron que si quería algo, solo tenía que encender mi vela y poner mis oraciones debajo. No solo peticiones a mi favor, por supuesto, pues no debía ser egoísta. Podía orar por la mejoría de una persona o por su caída, no importaba, siempre y cuando hubiera el nombre de otra persona en el papel además del mío.

Por fin llegó el último día. Yo ya estaba lista para el regreso. De pronto me vi frente a la realidad de que la bondad de la gente del campamento no era más que una fachada y que mi participación ya no era en juego, ni

voluntaria. Cuando me encontré con Sandy para el regreso me dijo que Las Hermanas de la Luz le acababan de decir que a mí y a otras personas «bien dotadas» nos estaban dando un entrenamiento especial. Me dijo que el gran sacerdote y la gran sacerdotisa querían hablar conmigo en la iglesia antes de que me fuera.

Fui a la iglesia y entré junto con otros. En seguida unos guardas armados se situaron frente al pequeño grupo a la entrada de la iglesia. El gran sacerdote nos dijo entonces que habíamos sido seleccionados para unirnos a La Hermandad, lo cual significaba firmar con nuestra propia sangre un contrato con Satanás en una reunión a la siguiente noche. Le pregunté qué decía el contrato y se me dijo que yo estaba entregando a Satanás mi cuerpo, alma y espíritu a cambio de muchas «bendiciones». Se nos dijo que si no queríamos hacerlo emplearían cierta «persuasión» para hacernos cambiar de opinión. Les dije que de ninguna manera iba yo a firmar un contrato así. La gran sacerdotisa me tomó aparte y me informó que no tenía alternativa. La miré fijamente a los ojos y le dije:

—¡Vete al infierno, perra asquerosa! Creo que ustedes son horribles, así es que no voy a firmar nada.

Inmediatamente un guarda de gran estatura que esgrimía una metralleta se puso detrás de mí, me agarró el brazo por la muñeca y me lo dobló hacia atrás y hacia arriba con tanta fuerza que sentí que se me partía. Me ordenó que me arrodillara ante la gran sacerdotisa y le pidiera perdón por mi falta de respeto, y que si no lo hacía, me iba a estar golpeando hasta que lo hiciera. Enfurecida le grité:

—¡Pues empieza ya, porque no me voy a arrodillar ante ninguna mujer!

Me lanzó un manotazo con toda su fuerza y me dio con el puño en la sien. No supe más de mí hasta que desperté en una celda de metro y medio. Era una celda

totalmente vacía con un duro piso de madera. La puerta tenía una ventana pequeña que daba a un pasillo desde el que me podían observar. Estaba casi completamente oscuro. Estuve veinticuatro horas allí, veinticuatro horas que me parecieron días. No me dejaban dormir con unos altoparlantes a todo dar. Me repetían que toda gloria, honor y honra había que dársela a Satanás. Que tenía que pedirle perdón a Satanás. Que Satanás era el dios del universo. Me dijeron que tenían vigilada a mi familia, y que si no aceptaba sus dictámenes y regulaciones y firmaba el contrato, los iban a torturar y a matar. Durante todo aquel tiempo me privaron de agua y alimento.

La noche siguiente dos guardas me condujeron a otro cuarto donde me esperaban dos de Las Hermanas de la Luz. Me ayudaron a bañarme, me pusieron una túnica de satín blanca sobre el cuerpo desnudo. Estaba descalza. La túnica llegaba al piso y me la amarraron a la cintura con un cordón blanco. Me pusieron una capucha puntiaguda y mangas largas sueltas. No tenía ornamento de ningún tipo. Las mujeres me dijeron que no debía luchar más, que no podía eludir mi destino. Me hablaron de las grandes «bendiciones» que recibiría de «mi padre Satanás».

Me llevaron a la reunión en una camioneta cerrada para que no viera el lugar, pero no era la iglesia satánica del campamento. Solo pude darle una mirada al exterior del edificio cuando me arrastraban hacia adentro. No tenía ventanas y estaba en un bosque. Parecía algo así como el almacén de granos de una granja, aunque estaba aislado, y había algo de paja en el piso de madera interior.

El edificio estaba débilmente iluminado por muchas velas mortecinas a lo largo de las paredes. Las velas estaban en grupo de tres: una negra, una roja y una blanca en cada grupo. Había de doscientas a trescientas personas sentadas en burdos bancos de madera de

frente a la entrada del cuarto. En la entrada había una plataforma de madera rodeada de llameantes antorchas sobre pilotes de metro y medio de alto. Al frente, en medio de la plataforma, había un altar de piedras sin labrar que parecía una montura de caballo. (Más tarde me enteraría que de veras lo era, para permitir una fácil movilización.) Las piedras eran grises con muchas manchas oscuras, resultado de la sangre de los muchos sacrificios de animales y seres humanos realizados en aquel altar.

A pesar de mi agotamiento y temor sentí un revuelo de emoción al percibir el tremendo poder invisible en aquel cuarto y el correspondiente revuelo del poder que había en mí. Quemaban incienso, el que llenaba con su olor la habitación. Creo que tenía cierto tipo de droga porque pronto me sentí bastante mareada. El cuarto quedó en absoluto silencio mientras las figuras de las túnicas y las capuchas puntiagudas miraban con expectación la plataforma vacía. A alguna señal invisible comenzaron a tañer campanas de mano mientras el gran sacerdote y la gran sacerdotisa salían silenciosamente al escenario de entre las sombras. Usaban túnicas idénticas. Eran de un satín negro, del mismo estilo que la mía, ribeteados de rojo la capucha, los bordes delanteros y los bordes de las largas mangas. Tenían un cordón dorado atado a la cintura. Iban descalzos como los demás. Cada uno llevaba un cetro de un metro de largo. El de la gran sacerdotisa era dorado. En la parte superior tenía una cruz invertida con una serpiente que culebreaba de la manilla a la cruz. El cetro del gran sacerdote tenía el mismo diseño pero era de plata. Los llevaban reverentemente en el pliegue del brazo. Su presencia era impresionante y por primera vez tomé conciencia del tremendo poder que tenían, y los envidié.

Había muchos guardias armados en aquella reunión, por dentro y por fuera del edificio. Era la primera vez

que presenciaba un culto de verdad. Los demás no habían sido más que teatro y alarde.

Después de las palabras iniciales, dos guardas me condujeron frente al altar. A mí y a los demás nos presentaron a la congregación como nuevos miembros «ansiosos» de unirse al grupo. El gran sacerdote fijó su atención en mí y dijo:

—Hermanos y hermanas de Satanás, os presentamos a esta joven llamada Hermana Valentía (mi nuevo nombre). Os la presentamos porque ha solicitado ser una de nosotros, y ahora a nuestro señor y dios nuestro amo, señor del universo, y también el destructor, Satanás, le decimos: «Esta joven, la Hermana Valentía, la entregamos a ti para que obedezca tus órdenes y sea lo que tú quieras que sea. Le hemos prometido tus bendiciones según nos has indicado que prometamos».

Me entregaron entonces un cuchillo para que me cortara el dedo, pero no quise hacerlo. Inmediatamente uno de los guardias me descargó una latigazo en la espalda que me hizo retorcerme en agonía, pero yo estaba determinada a no doblegarme ante ellos. Con un chasquido de la mano la gran sacerdotisa le indicó al guardia que no me pegara más. En una voz que destilaba desdén le dijo que había maneras mucho más efectivas de mostrarme mi equivocación.

Observé asombrada como ella y el gran sacerdote se situaban en los dos extremos de una gran estrella de cinco puntas dibujada en el suelo del escenario. La estrella estaba pintada dentro de un círculo y en cada punta había una vela negra. Con un simple gesto, sin siquiera tocarlas, la gran sacerdotisa encendió todas las velas a la vez. Entonces comenzó una imprecación, y el gran sacerdote se unió a ella en la entonación del conjuro. La gente se unía al cántico en ciertos puntos cuando el tintineo de las campanillas lo indicaba.

De pronto la estrella se vio envuelta en un murmullo de humo y luz ennegecedora. Al instante el cuarto se

llenó de un mal olor como de azufre en ebullición y un enorme demonio apareció en física manifestación en el centro del círculo, rodeado de llamas. Era inmenso, de casi tres metros de alto. Me miró con ceño fruncido y amenazante mientras se mecía de atrás hacia adelante. La gran sacerdotisa (Grace) se volvió a mí y me dijo que si no obedecía y firmaba el contrato me entregarían al demonio para que me torturara hasta la muerte. ¡Para mí fue suficiente! Jamás había sentido tanto miedo, pero a la vez codiciaba el poder que Grace, la gran sacerdotisa, había manifestado. Estaba determinada a volverme tan poderosa como ella para poder vengarme de todo lo que aquella gente me había hecho.

Cuando indiqué mi disposición a firmar el contrato, dos mujeres se adelantaron y me colocaron una túnica negra sobre la blanca. La túnica negra era de algodón pero con el mismo diseño de la blanca. El negro indicaba que ya no era una novicia. Tomé el cuchillo que me ofrecían y me herí bien el dedo. Entonces hundí una plumilla en mi sangre y firmé el contrato por el que entregaba mi cuerpo, alma y espíritu a Satanás.

Inmediatamente después de firmar me sentí envuelta en una descarga de energía desde la punta de la cabeza a la punta de los pies. Fue tan fuerte que me derribó al piso. Mientras en el piso yo trataba de recuperarme me di cuenta que Grace hacía otra imprecación. A duras penas me puse de pie solo para descubrir que Grace había llamado a otro demonio. Este se acercó a donde yo estaba y me dijo que iba a morar en mí. Extendió la mano y rudamente me agarró por los hombros antes de que yo pudiera decir algo. Inmediatamente me sentí morir, con un fuego abrasador que me recorría el cuerpo y volví a oler azufre. En medio de mi agonía me desmayé y no volví a saber de mí hasta que sin miramiento alguno me introdujeron en la camioneta de regreso al campamento. Para ese entonces estaba yo tan agotada y mareada por la falta de sueño, los golpes y la falta de

agua y comida, que no comprendía a plenitud el significado de lo que me estaba ocurriendo.

Me quedé en el campamento otra semana para que mis heridas y arañazos más visibles sanaran. Cuando regresé a casa pensé y sentí que era una de las personas más poderosas de la tierra. Sabía que tenía poderes más allá de lo que la mayoría podía imaginarse. Pensé que nada ni nadie podría destruirme.

¡Cuán equivocada estaba!

Ascenso al poder

Habla Elaine:

Ya yo era miembro de La Hermandad, tenía un nombre nuevo y era lo que se conoce como una bruja. Como un mes después de firmar yo el contrato con Satanás tuve mi primera entrevista con la gran sacerdotisa local. El capítulo de mi pueblo natal era bastante grande, como de mil personas. La gran sacerdotisa me buscó y me dijo que quería verme en su casa. Me sorprendió mucho que me llamara una persona de tan alto rango. A muy pocas muchachas una gran sacerdotisa las llama para que vayan a verla, a menos que vayan a ser castigadas, o que desee encomendarles algo en particular. Su casa era una casa muy lujosa y fina y la gobernaba con mano de hierro. Me dijo:

—Satanás te ha seleccionado para que recibas adiestramiento para que le sirvas y seas gran sacerdotisa si llenas los requisitos.

Dentro de la secta satánica eso era el mayor honor. Una tiene que tener un rango muy alto para que la escojan para ese tipo de adiestramiento. La gran sacerdotisa era una anciana. Había sido sacerdotisa muchos años. Era muy bonita a pesar de su edad. Tenía una personalidad agradable, pero a la vez había algo de frialdad en ella. Sabía que yo iba a tomar su lugar. Una gran sacerdotisa siempre es destruida cuando otra bruja la sustituye. Recibe órdenes de Satanás o de uno de sus demonios para que entrene a la bruja que ha de ocupar su lugar. No tiene otra alternativa que obedecer.

Pensé que era extraño que me pidiera que estudiara para el cargo ya que yo era tan joven y una miembro tan nueva. Lo que no sabía en ese entonces era que los demonios que ya yo tenía eran más poderosos que los de ella y que Satanás le había ordenado que me enseñara exactamente lo que eran, cómo valerme de ellos y cómo, a la postre, destruirla a ella misma.

En lo más íntimo yo no era, ni nunca seré, muy dada a la destrucción. Me gustaba vivir y no deseaba dañar a aquella señora, pero sabía que si no lo hacía, me mataría.

Recibí un intenso adiestramiento en muchas cosas durante los siguientes veinte meses. Nos reuníamos casi siempre en su casa o en otros lugares en que pudiéramos apartarnos de los demás miembros de la secta, por lo menos semanalmente.

Las clases que me daba eran principalmente sobre conjuros. Aprendí a conjurar a los espíritus para que me obedecieran. Me enseñó a proyectar y a emplear aquel extraño poder que hacía tiempo sentía en mí. Me enseñó protocolo y cómo dirigir los cultos como gran sacerdotisa.

Las Hermanas de la Luz también participaban en mi adiestramiento. Principalmente fue por ellas que aprendí a aumentar mi poder con la velocidad con que lo hice. En las clases que me dieron aprendí muchos secretos que otras grandes sacerdotisas jamás aprenden. Me pidieron que me uniera a su sociedad pero les dije que no. En lo íntimo siempre pensé que eran muy raras.

Se procuró que yo aprendiera también artes marciales. Ya sabía algo de karate y judo, pero no sabía nada de kung-fu. Me pusieron en manos de un chino de mediana edad que era experto en las tres. Era un abogado muy conocido en el pueblo. Era bueno conmigo, pero un maestro terriblemente exigente. Aprendí

mucho con él. El ha entrenado a muchas personas de la secta en aquella zona. Pensaba que yo tenía mucho potencial y quería que participara en contiendas públicas. Pero nunca quise hacerlo ni lo hice.

Aprender las artes marciales demandaba un entrenamiento riguroso y penoso. Les pedí a ciertos demonios que entraran en mí para que me dieran las habilidades que necesitaba. La mente y el cuerpo tienen que acostumbrarse a moverse sincronizadamente. Yo podía saltar varios pies en el aire, caer parada, saltar hacia adelante y destruir a cualquiera con mis pies, con mis manos o con ambos. Me hice experta también en el uso de cuchillos, garrote, espadas, pistolas, arcos y flechas, estrellas y muchos tipos de armas orientales que no son muy conocidas en mi país. No solo los altos miembros de la secta toman estos cursos, sino también muchos miembros de baja categoría para que puedan servir de guardias, asesinos, etc.

Me enseñaron mucho de Satanás, casi todo mentiras. Me hablaron de su poder, de su amor por mí. Dios me había rechazado. Satanás me amaba y quería que fuera suya, y me había elegido para ser su gran sacerdotisa. Las Hermanas de la Luz me hablaron de la oportunidad de convertirme en la Esposa de Satanás en aquella región.

En los Estados Unidos Satanás solo tiene cinco o diez Esposas al mismo tiempo. Es una posición de honor y poder. Me decían que estaban seguras de que yo tenía capacidad para alcanzar tan alto rango. Constantemente me hablaban de los beneficios que obtendría si lo lograba. Me hice el propósito de ganar ese rango.

El primer demonio que vi se manifestó a mí en forma física durante la ceremonia de iniciación en que firmé el contrato. El segundo fue el primero que yo misma conjuré para que apareciera. Mientras realizaba el encantamiento requerido apareció en una nube de humo que tenía un fuerte olor a azufre. El episodio en

sí fue muy elaborado, muy teatral, pero muy real. Repito, tenía forma corporal.

Era enorme, de unos 2.50 metros de altura. Su cuerpo parecía humano, pero diferente. Era todo negro. Después llegamos a saber que aquella clase de demonios se llaman Guerreros Negros. Tenía ojos rojos y fieros, manos enormes, y lo que parecía armadura era su piel. Estaba formada de gruesas escamas negras, como el carapacho de una tortuga. Cada escama era de seis pulgadas cuadradas. Supe que era un demonio poderoso porque lo había hecho aparecer para ver si podía hacerlo. Mientras me observaba en silencio le dije que yo era «la escogida».

—Lo sé — me respondió —, y sé que me han enviado a protegerte y que nada ha de dañarte mientras yo esté aquí, y siempre que sirvas al todopoderoso Satanás, nuestro señor y nuestro dios.

Se llamaba Ri-Chan. Peleó muchas batallas a mi favor y, cuando fui desobediente a Satanás, contra mí.

Desde entonces vi muchos demonios y con muchos conversé. A medida que aumentaba mi capacidad de ver el mundo espiritual, podía conversar con los demonios y verlos sin que tomaran forma corporal. Rara vez les pedía que aparecieran en forma corporal, excepto cuando quería impresionar o asustar a alguien de un rango inferior en la secta.

El siguiente demonio que invoqué fue Mann-Chan. Fue durante una de las sesiones de adiestramiento en casa de la gran sacerdotisa. Esta me dijo que había llegado el momento en mi entrenamiento en que debía aprender y realizar un encantamiento especial. No me dijo el porqué ni yo se lo pregunté. Sabía que aquel era un día importante por los preparativos que se hicieron.

Primero, dibujé con tiza en el suelo un gran pentágono y luego un círculo alrededor. (El propósito del círculo alrededor del pentágono es mantener a los demonios dentro del círculo hasta que se les dé permiso de salir.)

El círculo protege a la bruja del demonio. En realidad, los demonios hacen casi lo que se les antoja. Pronto aprendí a no invocar a un demonio más poderoso que los demonios que me protegían. Cuidadosamente, coloqué una vela negra en cada ángulo del pentágono. El gran sacerdote había preparado el contenido de una olla grande. La llenó de agua profanada: agua bendita tomada de una iglesia católica en la que el gran sacerdote había orinado. También había matado un perro cuya sangre había recogido en un pomo especial que me había dado para que lo llevara a la casa de la gran sacerdotisa. Luego me dio varias hierbas y polvos. Hicieron hervir bien el agua poco antes de que yo comenzara la encantación.

Yo no preguntaba, sino que seguía al pie de la letra las instrucciones de la gran sacerdotisa. Me senté en el piso, con la mirada fija en la vela negra en el centro del pentágono y murmurando: «Oh gran Satán, creador y sustentador del universo, te lo suplico, dame un demonio que sea guía y luz de mi vida, que me dé sabiduría y conocimiento. Amado mío, amo mío, concédeme mi deseo». En ese momento la gran sacerdotisa me mencionó el nombre de Mann-Chan.

Yo entonces dije: «Ven, Mann-Chan, serás bien recibido en mi cuerpo. Te mando que te levantes de tu escondite». Tomé los polvos y las hierbas y la sangre y la arrojé en la gran olla hirviendo. Subió vapor e inmediatamente el cuarto se llenó de mal olor. Entonces hundí un cáliz de oro profanado en la olla y lo llené bien. Coloqué el cáliz cuidadosamente en la mesa y esperé ansiosa. Como a los cinco minutos el líquido del cáliz se había convertido totalmente en polvo. Entonces tomé el cáliz y arrojé el polvo en la llama de la gran vela en el medio del pentágono.

Inmediatamente hubo un ruido y una enorme llamarada. La vela desapareció en una luz blanca enceguecedora. La luz perdió intensidad en unos segun-

dos, y pude ver lo que parecía la figura extraordinariamente bien parecida de un joven. Tenía un pelo negro como el carbón y penetrantes ojos negros que irradiaban inteligencia. Me tiré de rodillas junto al pentágono. Con un trapo borré la tiza para formar un sendero claro a través del pentágono.

El joven, que en verdad era el demonio Mann-Chan en forma física, salió del pentágono por el sendero que yo había trazado. En un inglés perfecto me habló suavemente como con gran amor. Me dijo que iba a morar en mí y prometió que nada podría dañarme. Me dijo que me daría sabiduría y conocimiento, que sería mi maestro y mi guía. Afirmó ser mi «redentor». Yo asentí, muy impresionada por su bella apariencia. Entonces caminó hacia mí. Pero, en el instante mismo en que entraba en mí, se transformó de humano en el demonio que era. ¡Espantoso!

Estaba desnudo, y su cara había cambiado la belleza en horrible crueldad. Sus mechones de cabellos negros se volvieron de un café rojizo opaco, vulgares, escasos y gruesos como pelos de cerdo. Sus ojos eran increíblemente negros y de mirada perversa, su boca abierta exhibía unos largos y amarillentos colmillos. Era de brazos muy largos con manos que terminaban en dedos regordetes y uñas puntiagudas. Emitió una horrible y macabra risotada de triunfo al entrar directamente en mi cuerpo. Yo chillé. Primero al verlo, luego por el dolor que sentí cuando entraba en mí. Fue un dolor profundo, espantoso, como jamás lo había sentido. Sentí que mi cuerpo ardía. Me sentí morir y en aquel preciso momento con todo mi corazón lo deseaba. Ri-Chan dio un paso al frente al escuchar mi chillido, pensando que quizás estaba recibiendo un ataque externo. Pero Mann-Chan le habló y le dijo que era él, que no se preocupara. Mientras el dolor disminuía, Mann-Chan me dijo que aquella era una pequeña demostración de lo que sentiría si me atrevía a desobedecerlo y también

para que yo supiera que había venido a quedarse, que nada ni nadie lo haría salir de mí.

Desde ese momento Mann-Chan fue el principal demonio en mi vida. Se comunicaba conmigo poniendo pensamientos directamente en mi mente. Yo me comunicaba con él hablando en voz alta o hablándole con mi cuerpo espiritual. No lo sabía entonces, pero Mann-Chan no podía leer mis pensamientos. Me dominaba y me mantenía con las puertas abiertas para que Satanás y otros demonios pudieran entrar y salir a su antojo, y también cuando yo quisiera. Se convirtió en el centro de mi vida. Yo dedicaba todo mi tiempo y mis fuerzas a tratar de dominarlo, pero él tenía más control sobre mí que yo sobre él. A veces me dejaba inconsciente y tomaba total control de mi cuerpo, y lo usaba a su antojo, y frecuentemente hablaba con mi boca. Me decía cuándo comer y dormir, regulaba mi eficiencia en el trabajo, mis buenas relaciones con los demás, mi vida entera.

Con él aprendí a valerme de los demonios, a usarlos en contiendas espirituales. Aprendí a valerme de ellos para fortalecer mi propio cuerpo espiritual, a utilizarlos en ceremonias, o contra otras personas, brujas, iglesias y hasta ministros del evangelio de Jesucristo. Me dio el don de hablar muchos idiomas y de andar y hablar con gran autoridad y poder.

Pero Mann-Chan no era la luz que prometió ser, ni el ser de amor y belleza que vi al principio. Era un ser malo, perverso, y roía mi alma y mi cuerpo, y muchas veces me causó mucho sufrimiento y dolor porque yo no apoyaba ni participaba en sacrificios humanos. La vida se me volvió una continua pesadilla. Estaba viviendo una doble existencia. Es decir, era miembro de la secta satánica y a la vez miembro de una iglesia cristiana muy grande donde enseñaba y cantaba y participaba en todo tipo de actividades. Me sentía siempre destrozada, sin un momento de libertad y completamente atrapada.

Por aquel entonces comencé a batallar con muchas brujas. Las peleas son de muchas maneras. Lo más común es que la bruja más poderosa le arrebate los demonios a la más débil; así no solo se vuelve más fuerte sino que a menudo todo termina en la destrucción de la más débil porque ésta queda sin poderes para defenderse. Los demonios no conocen la lealtad. Siempre se inclinan a la persona más fuerte. Todo el reino de Satanás se basa en el principio de la competencia; es lo opuesto en el reino de Dios donde cada cual sirve al prójimo.

Rara vez la pelea es en un plano físico, aunque a menudo las brujas se valen de los demonios para destruir el cuerpo físico de la bruja más débil. Hubo una bruja en particular que me atacó. Se llamaba Sara. Traté de explicarle que si no me dejaba tranquila iba a tener que destruirla. No me creyó y por fin entramos en pelea. Lo que vi fue sencillamente espantoso. Se fue debilitando rápidamente al irle sacando los demonios para que entraran en mí. Al principio sus demonios contraatacaron y sentí que me elevaban y me lanzaban contra las paredes, que me estrangulaban sin que yo viera mano física alguna. Pero de pronto vio a Mann-Chan, Ri-Chan y a muchos otros demonios avanzar contra ella. Empezaron a destrozarle el cuerpo. Finalmente comprendió que yo era de verdad la elegida, que yo sería la gran sacerdotisa y que había perdido la batalla.

Se retiró a tiempo para continuar con vida y le doy gracias a Dios por ello. Tuvo que pasar un buen tiempo en el hospital a causa de los daños sufridos en la pelea. Años más tarde me dijo que fue durante aquella estadía en el hospital que aceptó a Jesucristo como Señor y Salvador, y ahora vive plena y totalmente entregada al Señor. Créanme, fue un hermoso cambio.

Mi primer encuentro con Satanás se produjo poco antes de la ceremonia en que habría de convertirme en

gran sacerdotisa. Se acercó a mí en figura de hombre y nos sentamos a conversar. Me dijo que yo iba a ser su gran sacerdotisa, que yo significaba mucho para él. Me dijo que tenía que haber un sacrificio; había que derramar más sangre para mi «purificación» antes de que pudiera convertirme en gran sacerdotisa suya. Detestaba aquello, pero me sentí aliviada al saber que por lo menos iba a ser un sacrificio animal.

Lo que veía era un hombre, extraordinariamente bien parecido, muy inteligente, brillante, esplendente. Parecía tenerme gran cariño y no parecía constituir un peligro para mí en lo absoluto. Ni Mann-Chan ni Ri-Chan dieron indicación de que hubiera algún peligro. Quedé muy impresionada con aquel encuentro. Quería que volviera, en lo más íntimo sentía necesidad de él. Por primera vez en mi vida me sentí de veras amada. ¡Qué equivocada estaba! Satanás me aborrecía. Solo quería aprovecharse de mí y planeaba destruirme a la postre.

Yo asistía muy regularmente a los cultos durante mis dos años de entrenamiento. Las reuniones se celebraban en establos, iglesias, casas, logias, diferentes lugares. En las ocasiones en que Satanás estaba presente, me sentía atraída a él como la mariposa a la llama. El sabía muy bien que me tenía atrapada.

Poco antes de convertirme en gran sacerdotisa presencié por primera vez un sacrificio humano. Estábamos en un viejo establo con por lo menos mil personas presentes. Una pequeña niña fue la víctima. Fue seleccionada porque la madre consideraba un gran honor entregarla en sacrificio. La ley nunca sabe de estos niños porque la mayoría son ilegítimos, nacidos en casa; la madre nunca ve a nadie en cuanto a cuidado prenatal y no hay constancia alguna de su nacimiento ni de su muerte.

Amarraron a la niña en un altar de piedra con la forma de una cruz invertida. Jamás olvidaré sus ho-

ribles gritos cuando el gran sacerdote hundió en su pecho un afilado cuchillo para arrancarle en vida el corazón. Recogieron la sangre y el gran sacerdote y la gran sacerdotisa la bebieron primero, y luego los demás miembros que quisieron hacerlo. Muchos lo hicieron, no solo para recibir demonios más fuertes, sino también porque creían que tales sacrificios aumentaban la fertilidad y que los niños concebidos bajo tales circunstancias eran fuertes e inteligentes y poderosos en el satanismo.

No pude salir de allí. Estaba atrapada entre la multitud. Me sentía horrorizada, vacía, fría, desesperada. ¿Por qué Satán quería tales sacrificios? ¿No le bastaba la sangre de Cristo? Se nos hablaba sin cesar de la derrota de Cristo en la cruz y de que aquel había sido el supremo sacrificio a Satanás. Pero ya veía yo que el apetito de sangre y destrucción de Satanás es insaciable.

Mi última y final batalla con la gran sacerdotisa se produjo con la autorización directa de Satanás. Ocurrió en una gran reunión en la iglesia donde había conocido a Las Hermanas de la Luz. Satanás estaba allí y con un leve gesto me concedió el permiso de enfrentarla. Luchamos. Ella era muy anciana y la batalla fue breve, de apenas 20 minutos. No la maté. No podía hacerlo porque yo respetaba mucho la vida. Se rindió pronto al ver que estaba demasiado débil para seguir luchando. Al año siguiente se suicidó.

En seguida se celebró la ceremonia de instalación de la gran sacerdotisa. El sacrificio cruento en aquella ocasión fue un perro. Me llevaron al frente del cuarto o iglesia. Había muchísimos presentes porque era una gran ceremonia y Satanás mismo estaba presente. Me vistieron con una bata blanca con bordes dorados y rojos. Me coronaron con una corona de oro puro. Firmé con mi propia sangre otro contrato en el que me declaraba gran sacerdotisa de Satanás. Nadie hizo el más

leve ruido mientras yo firmaba aquel papel. Luego, a una señal de Satanás, el gran sacerdote se levantó a declarar que yo era la nueva gran sacerdotisa. Proclamó que nadie de la secta, ni ningún demonio, gran sacerdote, bruja o gran sacerdotisa de cualquier capítulo podía tocarme, porque yo era «la escogida». La multitud cayó en éxtasis y gritaba, cantaba y danzaba. Satanás mismo parecía regocijado. De nuevo tenía la forma de un joven guapísimo. Parecía un personaje brillante y poderoso. Vestía un traje blanco brillante.

La congregación se postró ante mí y me alabó como gran reina, como reina de Satanás, «señor dios todopoderoso», a cuyo lado estaba y estaría por siempre para transmitir a ellos todos sus deseos y mandatos. Me sentí como si por primera vez en mi vida era bien aceptada. Me sentí llena de orgullo y exaltación. Y me sentí muy poderosa, tanto que pensaba que nadie, ni Satanás mismo, podía destruirme.

Me llevaron al altar de piedra, me desnudaron y Satanás me hizo el amor para demostrar que yo era su gran sacerdotisa. La congregación se enardeció. Muchos estaban drogados o borrachos y la reunión se convirtió en orgía sexual. Entonces Satanás emitió la más horrenda risotada de triunfo que he escuchado en mi vida. El cuerpo se me quedó frío, rígido. Recuerdo que sentí remordimiento, pena, dolor. El frío y la vaciedad que sentí aquella noche jamás los olvidaré.

«Y acaeció que, cuando comenzaron los hombres a multiplicar sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomáronse mujeres, escogiendo entre todas... Había gigantes en la tierra en aquellos días y también después que entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos e hijas . . . ». Génesis 6:1,2,4

Vida como gran sacerdotisa

Habla Elaine:

AL ASUMIR mis deberes como gran sacerdotisa de un inmenso e influyente capítulo adquirí muchos privilegios y muchas dificultades. Entré en conflicto con Satanás y muchos miembros de la secta pues había muchas cosas que rotundamente me negaba a hacer o en las que me negaba a participar.

Mi principal responsabilidad era trabajar con el gran sacerdote de la organización para planear las reuniones mensuales de la secta. Nuestras reuniones en tal sentido se celebraban en el mayor secreto y por lo general tenían lugar un par de veces al mes. El gran sacerdote y yo nos reuníamos con las principales 13 brujas y los principales 13 brujos del capítulo. Nos reuníamos en enormes mansiones con una gran mesa donde pudiéramos sentarnos todos. El gran sacerdote y yo nos sentábamos a la cabeza con las 13 brujas a un lado y los 13 brujos al otro en orden de rango. Satanás siempre procuraba que estuvieran presentes también algunos que consideráramos indeseables. Eran conocidos hombres lobos que siempre parecían retraídos, vigilantes, amenazadores. Estaban allí como humanos y no adoptaban otra apariencia a menos que Satanás se los ordenara y entonces solo con propósitos disciplinarios. Nosotros no los tocábamos ni les hablábamos. Pertenecían exclusivamente a Satanás, estaban vendidos totalmente a él y eran temidos y rechazados por todos los de la secta. Eran primordialmente guardias y

disciplinadores que Satanás y sus demonios empleaban para que los demás los obedeciéramos.

El concilio planeaba las reuniones y se encargaba de la administración del capítulo. Satanás daba órdenes al gran sacerdote y a la gran sacerdotisa; las daba directamente o a través de sus demonios. Tratábamos de planear reuniones dramáticas y emocionantes, siempre procurando que hubiera abundancia de drogas y alcohol. Yo no compraba las drogas ni el alcohol, y nunca tuve nada que ver con el tráfico de las mismas. Eso lo dejábamos a los miembros de la secta que ya andaban en esas cosas. Y la verdad es que nunca faltaban personas así. Los miembros prominentes de la secta siempre se cuidan de no mezclarse en nada que pueda buscarles problemas con la ley, y jamás toman drogas ni bebidas en exceso. No quieren tener el cerebro embotado porque siempre hay demasiadas personas que ambicionan llegar a ocupar sus puestos.

También nos reuníamos con los altos representantes de otros grupos ocultistas de la zona. Hay muchos grupos satánicos que no son parte de La Hermandad y que ni siquiera saben de su existencia. Sin embargo, La Hermandad los observa y controla cuidadosamente.

Uno de los deberes que siempre rechacé fue cualquier cosa que tuviera que ver con sacrificios, de animales o humanos. Por esa causa en muchas ocasiones fui severamente castigada por Satanás y los demonios. Los demás miembros del culto no podían hacerme nada porque para ese entonces yo tenía bastante poder, por lo que Satanás y los demonios se encargaban de castigarme. Muchas veces recibí inimaginables torturas de parte de los demonios. Sufrí muchas enfermedades, incluyendo cáncer en cuatro ocasiones con todos los horrores de la quimioterapia. Pero no cedí. Sencillamente, no podía quitarle la vida a otra persona.

Jóvenes, escúchenme, por favor. Cualquier participación con el ocultismo es una trampa. Satanás puede hacerles lo que me hizo a mí y cosas peores. Oro todos los días que Dios de alguna manera muestre a los que están atrapados que pueden liberarse. Satanás no es tu

dueño ni aun cuando hayas firmado el contrato. Ese contrato puede ser cubierto por la sangre de Jesucristo. Puedes librarte de ese contrato si le pides a Jesús que venga a tu vida a perdonarte y lavarte de todos tus pecados, a ser tu Señor, tu Salvador y tu amo. Satanás está siempre procurando destruirte, pero Jesús quiere darte vida.

Había algunas reuniones que yo disfrutaba. A veces nos reuníamos nada más que para conversar y jugar, para competir con nuestros poderes haciendo cosas diversas como encender velas al otro lado de la habitación sin siquiera tocarlas. También realicé numerosos viajes fuera de California para participar en competencias y convenciones. Por lo general eso sí lo disfrutaba mucho.

Volaba en un jet privado desde un aeropuerto cercano al pueblo donde me inicié en la secta. Nadie fuera de la secta, y muy pocos dentro de la misma, conocen su ubicación. Está bien escondido y fuertemente vigilado. Por lo general el gran sacerdote y algunas de las brujas y brujos de alto rango me llevaban con ellos. Era siempre una gran ocasión. El propósito era intercambiar ideas y competir a ver quién era más poderoso. Fue por medio de estas competencias que ascendí hasta llegar a ser miembro del concejo nacional, al cargo de Esposa regional de Satanás y, por último, a la posición de Esposa de Satanás en los Estados Unidos.

Por lo general estábamos como una semana y las conferencias solían celebrarse inmediatamente antes de un Sábado Negro cuando se celebraba la Misa Negra (en la Semana Santa). Yo siempre encontraba una excusa para regresar a casa antes de la Misa Negra. Ibamos a un lugar especial en los cerros de California justo en las afueras de Los Angeles. Hay allí una gran mansión que fue construida especialmente para la secta. Supongo que tenía treinta o más habitaciones. Tenía muchas ventanas de vitral con dibujos ocultistas y símbolos demoníacos. El interior era lujosa y bellamente amueblado. Tenía un inmenso comedor con un salón de baile. Y, por supuesto, tenía también piscina,

canchas de tenis, campos de golf, etc. Parecía un «country club» de millonarios. Tenía tres subsuelos con enormes cajas de seguridad que contenían bibliotecas de antiguos escritos e historias ocultistas. Contenían también oro, plata y monedas de todos los países del mundo. La propiedad entera está oculta por bosques y fuertemente vigilada por aire y tierra.

En mi último viaje participé en la más intensa competencia de mi vida. Para ese entonces ya era yo la suprema Esposa del país. Era una competencia internacional. El que dirigía todo era un gran sacerdote diferente de los demás que habían estado allí. Era un joven alto, moreno y muy guapo, pero había cierto aire en él que hacía que todos lo temieran y a todos disgustara. Participó en la competencia y era obvio que no le importaba que alguien muriera si fallaba en lo que tenía que hacer. Tenía ojos subyugantes que enfriaban a cualquiera hasta la médula. Dirigía con mano de hierro y hasta yo hacía todo lo posible por alejarme de él.

La competencia consistía en tareas cada vez más difíciles, diseñadas para que los contendientes hicieran gala de su poder. Recuerdo que, en cierto momento, con un chasquido de dedos, tuve que convertir a un gato en conejo y luego volverlo gato de nuevo. Los cambios físicos en sí los realizaban los demonios y resultaban en la inmediata muerte del animal. En el último día yo era la única contendiente que quedaba, pero el gran sacerdote me seguía acuciando. No me quedó más remedio que acceder a sus deseos. El último incidente me hubiera costado la vida si mis demonios no hubieran sido tan poderosos.

Yo tenía que pararme a no más de seis metros de un hombre con una pistola magnum .357. Me pasé la mano por el frente de mi cuerpo para alertar a los demonios y colocarlos como escudos. Inmediatamente el hombre disparó siete ráfagas contra mí. No podía fallar. Demás está decir que los demonios resultaron muy efectivos como escudo, ya que las balas cayeron a mis pies y siguieron girando sobre sí mismas. Recibí muchas

aclamaciones y honores por ganar la competencia.

Me colocaron una corona de oro y mis compañeros de la secta se postraron ante mí y me rindieron homenaje. Me trataron como a una reina durante el resto de la estadía allí. Me traían la ropa más bella que yo podía pedir, me bañaban, me peinaban y los sirvientes me atendían de pies a cabeza. Celebraban fiestas y siempre me acompañaba un joven buen mozo que era también mi guardaespaldas. Ibamos a los restaurantes más exclusivos de Los Angeles. Mi acompañante probaba los alimentos antes de que yo los comiera para asegurarse de que no estuvieran envenenados. Nos íbamos de «surfing» y a montar a caballo. A los miembros no se les permitía pelear entre ellos en aquellos días porque aquellos eran días de alabar a Satanás. Me sentía muy orgullosa, pero el Señor pronto habría de humillarme.

Fue durante aquella última visita a California que ocurrió uno de los incidentes que me encaminaron a aceptar a Cristo, y me hicieron comenzar a poner en duda las afirmaciones de Satanás de que era más poderoso que Dios. El gran sacerdote nos reunió a varios de nosotros y nos dijo que había una familia en el vecindario que estaba interfiriendo con Satanás. Estaban logrando que muchos miembros de la secta se pasaran al enemigo, a Jesucristo, y estaban siendo una molestia. Satanás había ordenado que los mataran. El gran sacerdote nos dijo que debíamos ir todos en nuestros cuerpos espirituales (proyección astral) y matarlos. Así que nos sentamos en círculo con las velas frente a nosotros y conscientemente abandonamos nuestros cuerpos y salimos en espíritu hacia la casa a destruir a aquella gente. No me gustaba mucho el plan, pero no tenía alternativa. Si desobedecía me mataban.

Para nuestra sorpresa, al llegar al lindero mismo de la propiedad de aquella familia no pudimos seguir adelante. Toda el área estaba rodeada de enormes ángeles. Estaban de pie uno junto al otro y tomados de la mano. Vestían largas túnicas blancas y estaban tan juntos que se tocaban los hombros. No tenían ni ar-

maduras ni armas. Nadie pudo pasar, por mucho que lo intentamos. Cualquier proyectil que les lanzáramos rebotaba y no les hacía daño. Al principio se rieron de nosotros y nos retaban a tratar de pasar. Los demás miembros de la secta se ponían más y más furiosos a medida que transcurrían los minutos. De pronto su apariencia cambió y su fiera mirada nos hizo caer de espaldas al suelo. Fue una humillante experiencia, debo añadir.

Nunca olvidaré que mientras permanecía sentada en el suelo frente a ellos, uno de los ángeles me miró a los ojos y me dijo en la voz más dulce que jamás había escuchado: «¿Por qué no aceptas a Cristo como tu Señor? Si sigues por la senda en que andas, serás destruida. Satanás te odia, pero Jesús te amó tanto que murió por ti. Piénsalo, por favor, y entrégale tu vida a Jesús». Allí terminó la batalla para mí. No quise insistir en romper el cerco. Estaba aturdida. Los demás continuaron intentándolo un rato más, pero nadie lo logró. Dudo que la familia se haya siquiera enterado de la batalla que se libraba fuera de su casa. ¡Estaban completamente protegidos! A aquel tipo de ángeles los llamábamos «ángeles eslabonados». Absolutamente nadie puede pasar a través de ellos. En lo más íntimo me sentí agradecida de no poder atravesar el cerco, y de que los ángeles eslabonados me hubieran dado algo en qué pensar. Pero a pesar de aquella experiencia pasaron dos años antes de que me rindiera a Jesucristo. Todavía codiciaba más poder, y no quería enfrentar la realidad de que aquel poder me estaba destruyendo y condenándome a pasar la eternidad en el infierno.

Capítulo 6

La boda

Habla Elaine:

Yo tenía muchos privilegios como gran sacerdotisa y me aproveché de ellos en mi diario vivir, pero seguía teniendo sed de más poder. Pocos años después de haberme hecho gran sacerdotisa alcancé la meta de convertirme en Esposa regional de Satanás. Muchas sacerdotisas de mi rango se autodeclaran esposas de Satanás, y en cierto sentido lo son, pero Satanás también tiene unas cuantas mujeres selectas que se convierten en esposas suyas en una manera más exclusiva. Solo cinco o diez, y por lo general solo cinco, existen en los Estados Unidos en un momento dado. Tal posición es la más alta y «honrosa» a la que una mujer puede ascender dentro del satanismo. Satanás escoge una mujer de una inmensa región del país. Esa mujer es considerada la más poderosa, respetada y amada en la región. Todas estas mujeres forman parte del consejo nacional que dirige el satanismo en este país y tienen también poder internacional dada la gran riqueza de los Estados Unidos.

Satanás mismo se me acercó y me dijo que me había seleccionado para tan grande honor. Se presentó a mí en forma de un hombre guapísimo, la imagen misma del concepto que yo tenía del hombre «perfecto». Me dijo que me había seleccionado a mí porque me amaba más que a las demás, y que le gustaban y respetaba mi valor y mis capacidades. Actuó de una manera muy amorosa y romántica, y me habló del tiempo maravilloso que pasaríamos juntos. Además, me prometió darme poderes mucho mayores e innumerables privilegios.

Me sentí honrada y emocionada, emocionada mayormente porque esperaba que al fin me amaran de veras. En mi opinión yo era la más poderosa y honrada de todas las mujeres. Pensaba que Satanás me había escogido por mis cualidades y mi amor por él había ido creciendo con el correr de los años. En aquel tiempo no comprendía que Satanás se estaba aprovechando de mi amor para sacar beneficios. Se valía de mí para que otras personas hicieran lo que él quería y se valía de mi amor para mi propia destrucción. ¡Sus declaraciones de amor eran mentiras!

La ceremonia se celebró en una gran ciudad cercana. La secta alquiló una de las más grandes y hermosas iglesias presbiterianas de la ciudad para la ocasión. Estoy segura de que los propietarios de la iglesia ni se imaginaban para lo que la estábamos alquilando. Pedí permiso para no trabajar los tres días de un fin de semana. La ceremonia se efectuó un viernes en la noche, primera noche de luna llena. Me tenían bien protegida y me complacían en todos mis deseos. ¡Me sentía tan emocionada y orgullosa!

Cuando mis acompañantes y yo nos acercábamos a la iglesia, por un instante sentí como si una densa oscuridad se cerniera sobre la iglesia, pero deseché el pensamiento y me puse a pensar en el amor y la admiración que sentía por Satanás.

Me condujeron a un cuarto fuera del santuario y cuidadosamente me prepararon y vistieron para la ocasión. En aquel tiempo tenía el cabello largo, rubio y ondeado. Las mujeres me lo adornaron con flores naturales entrelazadas. Me vistieron con un traje blanco tipo túnica con trencillas de oro que se entrecruzaban en el pecho. Tenía un manchón rojo sobre el corazón y en el pubis. Llevaba una corona de oro puro en la cabeza. Portaba un ramo confeccionado con hierbas, espinas y cerezas venenosas, todo atado con una cinta negra.

Cuando me paré fuera del santuario y miré adentro, me sentí sorprendida y honrada de ver que no solo había allí muchas personas de los estados vecinos y de

California, sino también varios miembros antiguos de la secta en el mundo oriental. Claro que era un gran honor. En el santuario resonaba una música horripilante procedente del inmenso órgano de tubos. Habían llevado a la iglesia el trono de oro de Satanás y lo habían situado al frente de la plataforma. La señal de que debía comenzar la ceremonia fue la repentina aparición de Satanás sobre el trono.

Otra vez se presentó como hombre, completamente vestido de blanco, con una corona de oro con muchas joyas. La congregación en pleno se puso de pie y se le rindió gran adoración. Entonces, a una señal suya, todas las cabezas se volvieron y yo comencé a caminar por el pasillo. Iba escoltada por el gran sacerdote, seguidos de Las Hermanas de la Luz. Cuando llegué al final del pasillo me detuve ante el trono de Satanás, me postré ante él y le rendí pleitesía. El me ordenó que me levantara. Así lo hice, él entonces se levantó del trono y descendió a situarse junto a mí. El gran sacerdote realizó la ceremonia nupcial. La mayor parte de la ceremonia consiste en cantos, canciones de alabanzas a Satanás. Las Hermanas de la Luz, formadas en semicírculo detrás de nosotros, cantaban y tarareaban en voz baja durante la ceremonia.

La ceremonia duró casi dos horas, tiempo que permanecí de pie. Volví a firmar un contrato con mi propia sangre. Luego me dieron a beber un líquido en un cáliz dorado. No sé qué era el líquido, pero supongo que contenía algo de droga, porque me sentí un tanto mareada después de beberlo. Lo cierto es que acabó con mi claridad mental. Me dijeron que había que cumplir el contrato. No había manera alguna de romperlo. ¡Satanás no cree en el divorcio!

Satanás mismo no puso ninguna sangre, ni bebió poción alguna. Me dijo que no podía hacerlo porque tenía que «mantenerse puro» para mí. Pero que yo sí tenía que beberlo para purificarme para él. Estaba más bello que nunca. Vestía lo que parecía un frac blanco puro, decorado con oro. En aquella ocasión su pelo era de un dorado reluciente y su piel lucía un bello

bronceado. Sus ojos eran oscuros y el amor que me manifestaba y las sonrisas que me lanzaba me enloquecían. Pero yo quería creer que de veras me amaba, y que de veras era mi esposo. Me trató con sumo respeto. Me acarició la mejilla, el pelo, los brazos. Me dijo lo que a sus ojos yo era. Me dijo que era muy bella, muy poderosa y alguien que podía llegar a ser lo que siempre había querido tener: la madre de su hijo, «el Cristo», el redentor del mundo. Y yo me creí todos sus embustes.

Satanás me entregó una bella cinta dorada con una inscripción que decía: «He aquí la esposa del Príncipe del mundo». Aunque Satanás nunca se mostró hostil conmigo, sí lo era con los demás. Cualquiera que se acercara a tocarlo o a arrodillarse ante él era pateado, o golpeado y alejado de allí.

Inmediatamente después de la ceremonia Las Hermanas de la Luz me llevaron y me vistieron con un precioso vestido y una capa de terciopelo con ribetes de oro puro. Nos condujeron entonces al aeropuerto en limosina y junto con varios grandes sacerdotes y sacerdotisas abordamos un lujoso jet privado que nos condujo hasta California. La cena de boda fue servida a bordo. Satanás no comió pero probó varios de los carísimos vinos y champagnes que había en el avión. Habló muy poco. Cuando llegamos a la mansión en las montañas de California, ya yo estaba bien mareada por las drogas que me habían dado. Nos escoltaron con mucha pompa y ceremonia a una gran «suite». La recámara matrimonial tenía una gran cama de oro. Después me alegré de que me hubieran drogado pues cuando nos quedamos solos la hermosa apariencia de Satanás se esfumó y el acto sexual fue brutal.

Al día siguiente, Satanás ya se había marchado cuando desperté. Las muchas heridas recibidas en la noche me dolían bastante. Me alegré de que no regresara aquel fin de semana. Volamos de regreso el domingo. Mientras estuve allí me trataron como a una reina, me atendían de pies a cabeza y me daban todo lo que pedía.

Obtuve muchas ventajas con mi nuevo rango. Tenía

poderes absolutos sobre todas las brujas y los brujos y aun sobre el gran sacerdote. Era intocable. Recibí más poder y nuevos demonios. Una bruja cometió la estupidez de meterse conmigo. Con una simple mirada la incrusté en la pared. La incrusté literalmente, tanto que tuvieron que romper la mampostería para sacarla. Resultó con varios huesos rotos y otras heridas. Jamás volvió a atreverse a hacerme daño, ni tampoco ningún otro ser humano.

Rápidamente alcancé la posición de primera esposa y con ello mis responsabilidades también aumentaron. Pasé a ser uno de los representantes de Satanás a nivel internacional. Viajé muchas veces fuera de California a entrevistarme con funcionarios gubernamentales de los Estados Unidos así como con dignatarios de otros países. Representantes de gobiernos extranjeros nos visitaban en la mansión de California para solicitar dinero para armas, etc. La mayoría sabía que estaban tratando con Satanás, algunos no. Grandes sumas de dinero cambiaban de mano. Mann-Chan hablaba a través mío en la mayoría de las ocasiones, y hablaba perfectamente en la lengua nativa del interlocutor. Mann-Chan a la vez me traducía lo que aquellas personas decían. Yo no podía hablar ni lo más mínimo en tantos diferentes idiomas, pero Mann-Chan los conocía todos.

Viajé a numerosos países. He estado en La Meca, en Israel, en Egipto, y también en el Vaticano en Roma, adonde fui para entrevistarme con el Papa. El propósito de mis viajes era coordinar los programas de Satanás con el de los satanistas de otras tierras, así como entrevistarme con diferentes funcionarios gubernamentales para hablar de ayuda monetaria a esos países. Algunos no sabían que yo era satanista, sino que pensaban que estaba asociada con algún tipo de organización sumamente rica. La gente que busca dinero no pregunta mucho. El Papa sabía muy bien quién era yo. Trabajábamos de cerca con los católicos (especialmente los jesuitas), así como con los masones de alto rango.

Fue durante aquel tiempo que conocí a muchos de las más conocidas estrellas de la música rock. Firmaban contratos con Satanás a cambio de fama y fortuna. El cuidadoso plan para la evolución de la música rock en los Estados Unidos fue concebido por Satanás y ejecutado al pie de la letra por sus siervos.

A pesar de mi alta posición y gran poder, vivía en un constante temor. No tenía paz y me sentía atada. Mi mayor preocupación era la increíble malignidad con que se actuaba dentro de la secta, los brutales castigos y, sobre todo, los sacrificios humanos.

Disciplina en La Hermandad

Habla Elaine:

El sexo para las demás personas dentro de la secta era libre, fácil y podía practicarse en todo momento. También se practicaba con niños. De hecho, un alto porcentaje de los niños dentro de la secta era iniciado en la vida sexual a muy temprana edad. Los miembros de la secta suelen aparearse con aquellos que están en el mismo nivel de poder. Casi todas las ceremonias y reuniones terminan con una orgía sexual. Por lo general, cada miembro tiene el derecho de practicar el acto sexual si así lo desea.

También había actos sexuales con demonios. Eran demonios que podían ser vistos, oídos y sentidos físicamente. Esto ocurría en reuniones y días sagrados en que se usaba droga en abundancia. Los demonios también realizaban el acto sexual contra la voluntad de la otra persona. Así la castigaban por no hacer lo que Satanás y los demonios ordenaban. A menudo obligaban a un hombre a presenciar a más de un demonio llevar a cabo un acto sexual brutal con su esposa. Era una forma muy efectiva de imponer disciplina.

El miedo es una táctica que se emplea más que cualquiera otra. Miedo a la muerte, miedo a que torturen a la familia ante los ojos de uno. Tanto los humanos como los demonios eran torturados. Muchas veces se obligaba a los demonios a manifestarse físicamente, y entonces eran torturados y despedazados por demonios más fuertes en castigo por desobedien-

cias menores. El recuerdo de aquellos espantosos episodios quedaba grabado como con fuego en la mente de los presentes. Se le decía al grupo que aquello era una demostración de lo que le podía pasar a quien se atreviera a desobedecer a Satanás o a los demonios.

Durante muchas ceremonias, especialmente aquellas especiales en las que se ofrecían sacrificios humanos, los demonios adoptaban formas humanas. A veces es difícil distinguir quién es demonio y quién es humano. Sin embargo, los ojos de los demonios son fríos y muertos; su contacto es como de brasas vivas y a la vez parecen no tener vida.

La tortura de seres queridos, especialmente niños, es también una táctica favorita para obtener la más absoluta obediencia. Se obliga a los padres a contemplar cómo sus hijos son asesinados a golpes, brutalmente violados o desollados. Si el niño sobrevive, los padres no pueden llevarlo a un hospital porque los meterían en la cárcel por abuso de menores. Jamás podrían probar que ellos no han llevado a cabo las torturas del niño, porque siempre habrá satanistas que testifiquen haber visto a los padres cometer el abuso. Los médicos de la secta tampoco los atienden a menos que los padres les paguen exorbitantes sumas de dinero.

Otro método favorito de disciplina es el sacrificio. Siempre hay un momento de escalofriante terror antes de cada sacrificio humano en que cada miembro espera a ver quién va a ser sacrificado. Muchos de los sacrificios son de personas que han sido desobedientes, o que han tratado de salirse de la secta.

Los hombres lobos, los zombies, los vampiros y otros hombres animales existen. He visto muchos. Este es un secreto que Satanás mantiene muy bien guardado. Nadie controla a esos seres excepto Satanás y los demonios de más alto rango. Se valen de ellos más que nada para castigar. Jamás olvidaré un incidente en una reunión en que Satanás lanzó a un hombre lobo en persecución de un hombre. El hombre saltaba y corría mientras el hombre lobo gruñía tras él. Sabía que no

podía escapar de aquel hombre animal. Entonces se volvió, sacó una pistola Magnum .357 y la vació contra el hombre lobo. Este ni se inmutó. Agarró al hombre y lo hizo trizas. Nadie se atrevió a moverse o a hacer sonido alguno, por temor a que el hombre lobo se volviera contra ellos.

Tales criaturas son seres humanos poseídos por ciertos tipos de poderosos demonios capaces de producir los cambios físicos en el cuerpo humano. Algunos de los escritos cristianos de la Edad Media acerca de hombres-animales son verídicos. Nunca he hallado nada escrito con más precisión que los antiguos escritos satánicos que se guardan en las bóvedas de la mansión satánica en los cerros de California. Los hombres-animales son muy temidos y odiados dentro de la secta. Son individuos solitarios, vendidos en un 100% a Satanás. Sospecho que durante la Gran Tribulación aumentarán en número y Satanás los usará para aplicar castigos.

Otro método frecuente de disciplina es la enfermedad demoníaca infligida. También los accidentes, las pérdidas del trabajo, etc. La enfermedad demoníaca suele ser una de las favoritas porque pocos médicos pueden diagnosticarla y la persona sufre una muerte dolorosa y lenta mientras los médicos piensan que los síntomas son producto de su imaginación.

La mayoría de los hijos de los miembros de la secta son dedicados a Satanás, a semejanza de la dedicación de niños en las iglesias cristianas. La ceremonia incluye el «bautismo» del niño en la sangre de animales sacrificados. Estos niños son personas poseídas por demonios desde el vientre de la madre. Esto se repite generación tras generación a menos que los padres estén dispuestos a dejar que Jesucristo se convierta en Señor y Amo de sus vidas, y a dejar que Su sangre los limpie de todo pecado.

La sangre de Cristo es tan poderosa, y su obra en la cruz tan completa, que hasta los hombres lobos pueden salvarse si lo desean. Jesús puede levantar a los muertos hoy día de la misma manera que lo hizo cuando vivió en el mundo en un cuerpo humano. La gente que

está bajo el dominio de Satanás está muerta. Alabo a Dios porque hoy día soy completamente libre, pertenezco a Jesús, a El solamente, y no hay forma de que Satanás o uno de los suyos, no importa lo que me hagan, impida que yo cuente lo que está sucediendo en el reino de Satanás.

Lector, si eres miembro de La Hermandad, tú también puedes ser librado de tus cadenas. No tienes que permanecer en el reino de maldad, oscuridad y miedo de Satanás. Jesús puede libertarte y lo hará. Lo único que tienes que hacer es pedirle que lave tus pecados en su sangre, y que sea tu Señor y tu Amo. No esperes más, el tiempo es muy corto. Jesús regresará pronto. No quedan muchos días. Prepárate mientras hay tiempo. ¿O te quedarás aquí cuando Jesucristo se lleve a los suyos? ¡Entrégate a El ahora mismo!

La misa negra y los sacrificios humanos

Habla Elaine:

Los sacrificios humanos son un tema que pocos, si es que hay algunos, ex miembros de la secta están dispuestos a comentar dadas las implicaciones legales. Lo estoy haciendo solo a instancias del Señor. Son una realidad y una práctica de La Hermandad. He pasado la mayor parte de mi vida en hospitales y quirófanos por mi insistente negativa a doblegarme ante Satanás en esto. Definitivamente nunca accedí a participar en sacrificios humanos.

Debido al extremadamente rápido aumento de mis poderes, en poco tiempo alcancé una posición en la que podía determinar lo que hacía y lo que no hacía. Esto es, en cuanto a los demás humanos. Yo era más poderosa que los demás satanistas y no podían tocarme. Satanás y sus demonios sí podían. En muchas ocasiones fui brutalmente castigada y torturada por demonios porque no quise obedecer a Satanás en esto. Cuatro veces he tenido cáncer, con muchas operaciones y todos los horrores de la quimioterapia. El cáncer me lo dio Satanás mismo como castigo por no querer participar en los sacrificios humanos. No dudo que me hubiera matado en poco tiempo si el Señor no hubiera tenido misericordia y me hubiera librado de sus garras.

Las costumbres y ceremonias de los sacrificios humanos son un tanto diferentes en algunos lugares. Además, en años recientes, especialmente en la costa occidental de los Estados Unidos, una enorme cantidad

de jóvenes están participando en el satanismo a través de la música rock, los juegos en los que hay fantasía ocultista y, por supuesto, a través del reclutamiento personal. Estos grupos independientes usualmente andan con drogas, son muy explícitos, descuidados y vocingleros en lo que hacen, y no están relacionados directamente con La Hermandad. Muchos de ellos ni siquiera saben que La Hermandad existe. Son tan descuidados que son sorprendidos en sus delitos rituales de abuso infantil, sacrificios humanos, etc. Cuando dejé el satanismo, había entre los líderes de La Hermandad una creciente preocupación por el descuido de aquella gente. Sin embargo, Satanás se está volviendo tan atrevido que en realidad no le importa ni se preocupa por el número de personas que van a parar a la cárcel por los delitos que cometen. Satanás sabe que no le quedan muchos años, y por eso se mueve a toda velocidad para lograr la mayor destrucción posible en la tierra.

Durante el año en los Estados Unidos hay ocho «días santos» en que se ofrecen sacrificios humanos. (Puede haber sacrificios humanos otros días por motivos diversos como castigos, ritos de fertilidad, etc.) Los grupos pequeños que no tienen facilidades para hacerlos suelen unirse en estas ocasiones a los grupos grandes. Los «días santos» son Navidad, Resurrección, *Halloween*, Acción de Gracias, y lo más cerca posible de la primavera, el verano, el otoño y el invierno. (Satanás quiere profanar las misericordiosamente ordenadas estaciones.)

Desde que los druidas lo instituyeron en Inglaterra, el día de «Halloween» ha sido una festividad propicia para ofrecer sacrificios humanos a Satanás. Hoy día es igual. El repentino aumento de colocación de sustancias dañinas y objetos en las golosinas que se acostumbra a ofrecer a los niños ese día no es accidental. Es un esfuerzo muy bien planeado por los satanistas. Los niños heridos o muertos por tales golosinas son sacrificios a Satanás.

El propósito de los sacrificios, tal como se enseña a los

miembros de la secta, es «purificarlos» para recibir las «bendiciones» de Satanás. Además, quien bebe la sangre de la víctima o come de su carne obtiene nuevos demonios y por lo tanto adquiere más poder. Beber sangre es un elemento importante en toda actividad satánica. No es una mera coincidencia, sino que Satanás siempre está tratando de profanar los principios de Dios.

«Y cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que peregrina entre ellos, que comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y le cortaré de entre su pueblo. Porque la vida de la carne en la sangre está . . .»

Levítico 17:10,11

Los sacrificios humanos, como todas las reuniones de la secta, nunca se celebran dos veces en el mismo lugar. La mayoría de los miembros no se entera del lugar en que ha de celebrarse la próxima reunión sino hasta una pocas horas antes de que empiece. Los sacrificios siempre se ofrecen en lugares escondidos y apartados. En las grandes ciudades esto a veces se vuelve un problema, pero siempre se encuentra una bodega o un edificio abandonado. La Hermandad raras veces realiza sacrificios humanos al aire libre. A veces lo hace cuando se encuentra un lugar muy apartado o cenagoso. Esto no es así con los jóvenes atrapados en la droga. Ellos no toman ninguna medida de seguridad, por eso La Hermandad se encarga de que la policía los descubra y arreste, o simplemente los elimina para evitar problemas. La Hermandad siempre procura que los declaren locos para que no se descubran sus conexiones con el satanismo.

En La Hermandad hay comités encargados de preparar el equipo necesario y organizar la limpieza al final. Los satanistas que son policías están siempre en estos comités. Su tarea es prevenir la interferencia de la ley. El equipo, entre los que está el trono dorado de Satanás, etc. es transportado en camionetas. Puede

armarse y desarmarse fácilmente. Los cadáveres son cremados. Los recién nacidos son enterrados sin problemas, incluso en un depósito de basura. Ocasionalmente el cadáver es cremado en el lugar del sacrificio; cuando esto no es posible no suele haber dificultad en acudir a alguna funeraria cercana. También es frecuente que se utilicen las facilidades de alguna clínica veterinaria o albergue de animales. A la alta disciplina y al cuidadoso planeamiento de los comités encargados de los preparativos y la limpieza se debe el que los sacrificios humanos no hayan salido a la luz pública en tantos años.

Las medidas de seguridad que se toman son siempre extremas y durante la ceremonia constantemente se monitorizan las frecuencias radiales de la policía. Cualquiera que haya presenciado sacrificios humanos y trate de salirse de la secta lo hace arriesgando su propia vida. La única manera de salirse es mediante el poder de Jesucristo y aun así no es fácil. Los demonios vigilan bien a cualquiera que haya participado en lo más mínimo en tales prácticas.

Voy a describirles una Misa Negra a la que me obligaron a asistir. Yo era por ese entonces una miembro del montón. Todavía no era gran sacerdotisa y literalmente me tenían cautiva. Las Misas Negras se celebran una vez al año, siempre en luna llena y al final de Semana Santa. La mayoría de las competencias a que yo asistí en California fueron antes de un Domingo de Resurrección y culminaban con una Misa Negra de Resurrección. Sin importarme el costo, siempre me las arreglaba para salir antes de la ceremonia. Satanás se ocupaba de que yo pagara por mi rebelión, pero a mí eso no me importaba.

En los días de aquel horrible fin de semana, yo era muy joven, casi una niña, pero su recuerdo todavía me atormenta y siempre me atormentará. Llevaba menos de un año como miembro de la secta. La gran sacerdotisa me informó que se iba a celebrar una ceremonia muy importante, que yo tenía el «privilegio» de haber sido «invitada», pero también me aclaró bien que es-

taba obligada a asistir. Solo quienes han sido invitados pueden asistir y quienes son invitados están obligados a asistir. Pocos están dispuestos a provocar la ira de Satanás no asistiendo; en verdad temen ser los sacrificados en la siguiente Misa Negra. Pero a mí no se me permitió ir sola, pero sí acompañada por mi «patrona» (la gran sacerdotisa) y varias otras brujas.

La reunión se celebró en un inmenso establo apartado que había sido ligeramente remodelado para la ocasión. Calculo que habría un par de miles de personas del área circunvecina. La mayoría había usado drogas antes de llegar y además de eso, todos recibimos pociones con drogas y alcohol al principio de la reunión. Siempre evité tomar aquellas bebidas con drogas porque conocía el peligro de una mente embotada. Había muchas mujeres que codiciaban el privilegio que tenía yo de estar siendo adiestrada para ser gran sacerdotisa. La alta jerarquía de la secta nunca probaba aquellas bebidas y despreciaba a quienes lo hacían.

Yo no sabía lo que iba a ocurrir cuando aquella noche entré en el establo con mis acompañantes. Era viernes en la noche, Viernes Santo. La reunión iba a prolongarse hasta el domingo. Noté que el establo tenía una plataforma a lo largo de un extremo. Sobre la plataforma había un trono de oro puro. Aquel trono era para Satanás. Era obvio que se trataba de una ocasión importante porque el mismo Satanás iba a presentarse. Más tarde sabría que la coordinación de tales sacrificios en todo el país requiere precisión de segundos porque Satanás no puede estar en dos o varios lugares a la vez. La coordinación tiene que ser precisa para que pueda estar en todas las reuniones. El no es omnipresente como Dios.

Cuando el gran sacerdote y la gran sacerdotisa hubieron subido a la plataforma un absoluto silencio reinó en la multitud. Era un silencio tan intenso que se habría podido escuchar la caída de un alfiler. Era un silencio de espanto. Todos temían ser la persona escogida para el sacrificio. En aquel momento la pre-

sencia de Satanás no era una gloria para nadie, ni un honor. Un murmullo de alivio se escuchó en la multitud cuando por una puerta lateral que daba a la plataforma sacaron a la víctima, que pataleaba y chillaba. El principal sacrificio en Semana Santa es siempre un hombre. De vez en cuando se ofrecen además sacrificios de mujeres, niños o animales, pero la ceremonia gira alrededor del sacrificio de un hombre. Muchas veces varios días antes agarran a alguien de los que se ponen en las carreteras a pedir que los lleven y lo esconden hasta el momento de la reunión. A los ojos de Satanás y la multitud, aquel hombre representa a Jesús, y celebran así la supuesta victoria de Satanás sobre el Jesús de la cruz.

Yo contemplé con absoluto espanto cómo colocaban una corona de enormes espinas en la cabeza del joven. Las espinas se hundían en su cabeza. Luego lo desnudaron y azotaron con látigos de puntas de metal, y lo torturaron con clavos y atizadores calentados al rojo vivo. Por último lo clavaron a una cruz de madera que después levantaron y colocaron en un hueco en el suelo al frente del medio de la plataforma. Jamás olvidaré el olor de aquella carne quemada y torturada, los gritos de la víctima, sus sacudidas de agonía, sus súplicas de misericordia. La multitud rugía como manada de animales salvajes, acompañada por las voces inhumanas de los demonios entremezclados en la audiencia. Se burlaban y aplaudían mientras erguían la cruz para colocarla en el hueco. Ya Satanás había aparecido y sentado en su trono movía la cabeza en señal de asentimiento. El gran sacerdote orinó sobre la víctima y los miembros de la congregación le lanzaban excrementos mientras aplaudían a Satanás y su supuesta victoria, y se postraban y lo adoraban.

Satanás se presentó en la forma humana acostumbrada, completamente de blanco resplandeciente. Pero sus ojos brillaron como roja llama y lanzó la cabeza hacia atrás para emitir un aullido y un chillido en espantosa risotada de victoria cuando el gran sacerdote hundió un largo clavo en la frente del hombre para

clavarlo en la cruz y matarlo. La multitud enloqueció, y prorrumpió en chillidos y gritos y danzó en loco frenesí ante la «victoria». A viva voz concedían toda victoria y poder y honra a su padre Satanás. Satanás desapareció poco después para asistir al próximo sacrificio de Misa Negra.

Al desaparecer él, la reunión se convirtió en orgía sexual: humano con humano y demonio con humano. Se practicaba todo tipo de perversión sexual. Recogieron la sangre de la víctima y la mezclaron con drogas y alcohol, y el gran sacerdote y la gran sacerdotisa la bebieron y la pasaron a la multitud. Muchos de los presentes profanaron el cadáver. Las horas de la noche transcurrieron en medio de aquel demoníaco frenesí de drogas y alcohol. A su momento decapitaron el cadáver y lo molieron. Algunas porciones fueron mezcladas con drogas y otras sustancias. Los que querían más poder comieron de la mezcla. Al tercer día, cuando la gente comenzó a recuperarse de la droga, se fueron yendo de dos en dos o de tres en tres. Salieron proclamando que su grande y glorioso padre Satanás había obtenido otra victoria sobre el enemigo: Jesucristo.

¡Qué burla es la Misa Negra! ¡Satanás sabe que es una burla! La ceremonia en sí es símbolo de la muerte de Cristo. Satanás proclama que Jesucristo fue el sacrificio supremo que le ha sido hecho, que triunfó sobre Cristo al matarlo en la cruz. ¡Satanás miente! El sabe, y lo saben también los demonios, que el derrotado en la cruz fue Satanás, no Jesús. Pero la gente no lo sabe. Yo soy una de los pocos afortunados que han descubierto que aquello es mentira. Es una indescribiblemente horrible mentira. Declaro ante usted, lector, ante usted que quizás sea satanista, que quizás todavía no ha hecho de Jesús su Maestro y Señor, que Satanás no triunfó en la cruz. La Palabra de Dios lo resume bien así:

«Y despojando los principados y las potestades, sacólos a la vergüenza en público, triunfando sobre ellos en la cruz».

Colosenses 2:15

¡Jesús vive! Satanás no tiene ningún derecho sobre nosotros. Podemos ser liberados de los lazos de Satanás. Lo único que hay que hacer es pedirle a Jesús que nos liberte. Ya él pagó el precio. ¿Por qué no se lo pide hoy? Mañana puede ser demasiado tarde.

La encrucijada

Habla Elaine:

LA PRIMERA encrucijada en mi vida la encontré un año después de haberme convertido en esposa regional de Satanás. El ensueño en que vivía al creer que de veras alguien me amaba — Satanás mismo — fue cruelmente hecho trizas.

Aparentemente había cometido alguna falta menor contra Satanás, pero de haberlo hecho, era tan pequeña que ni me daba cuenta de haber hecho nada. Estaba sola en casa cuando de repente cuatro enormes demonios se aparecieron en manifestación física. Los cuatro eran idénticos: oscuros, como de dos metros de alto y recubiertos de escamas negras como las de Ri-Chan. Tenían rostros feroces, colmillos largos y uñas más largas todavía que eran como navajas de acero.

Sin advertencia previa me atacaron. Hundieron en mí sus largas uñas y me desgarraron. Me golpearon y me lanzaron de uno al otro como una pelota de goma. Yo gritaba, chillaba y les suplicaba que no me siguieran dañando, que me dijeran por qué lo hacían, pero no me decían ni una palabra. Simplemente gruñían y se reían con espantosas risotadas. Mann-Chan y Ri-Chan, mis guardianes, estaban allí pero no hacían nada por ayudarme o explicarme el porqué de lo que me hacían. Media hora después se fueron tan repentinamente como habían aparecido.

Quedé tirada en el suelo, exhausta y en agonía. Tenía la espalda desgarrada y enormes arañazos de pies a cabeza. Los muebles estaban volcados y mi sangre había salpicado por todas partes. Estaba allí tirada sollozando, jadeando y tratando de recuperarme cuando Satanás se apareció en la puerta. Como de

costumbre, venía con su disfraz favorito, de hombre extremadamente guapo. Se quedó mirándome, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Siguió riendo mientras yo permanecía allí sollozando, preguntándole por qué los demonios me habían atormentado tan cruelmente. No me dijo nada, salvo que estaba siendo castigada. Hasta dijo que a su parecer los demonios habían hecho un buen trabajo. Entonces, sin hacer ni un gesto para ayudarme, desapareció.

No tenía explicación para ello, excepto una: Satanás me aborrecía y era un mentiroso. Tal convencimiento era a mi corazón una herida más profunda que las heridas de mi cuerpo. Yo misma tuve que limpiarme y limpiar el apartamento lo mejor que pude. Para ese entonces ya yo era enfermera, y tuve que valerme de cuanto conocimiento tenía para poder sobrevivir. No podía buscar la ayuda de nadie porque no podía explicar lo que me había sucedido. Nadie se interesaba tanto en mí como para venir y averiguar lo que me pasaba y ayudarme. Cuando al fin mis heridas sanaron no quedaron cicatrices. Satanás se encargó de que así fuera. No dejó evidencia alguna que yo pudiera usar contra él en el futuro.

Fue entonces que comprendí más allá de toda duda que Satanás me odiaba y despreciaba y que no me amaba como me lo había dicho. Comprendí también que los demonios se estaban aprovechando de mí. Fue Mann-Chan y los otros los que denunciaron las pequeñas faltas que había cometido: muchas veces había encubierto cosas que ellos habían hecho para protegerlos de la ira de Satanás. ¡Me habían traicionado!

Resolví abandonar la secta si podía, aunque esto fue un par de años antes de que Dios me mostrara cómo hacerlo. Me sentía abrumadoramente atrapada. Estaba rodeada de demonios por dentro y por fuera. En aquel tiempo yo pensaba que podían leerme la mente. Apenas me atrevía a pensar en salir y ciertamente no podía hablar de eso porque los demonios se enteraban. No sabía dónde encontrar ayuda. ¿Dónde iba a encon-

trar poder para derrotar a Satanás y a los demonios, si es que vivía lo suficiente para siquiera intentarlo? Tenía que fingir que quería seguir en la secta. Sabía que al fin y al cabo Satanás y los demonios planeaban mi destrucción. Si Mann-Chan u otro demonio descubría lo que yo estaba pensando me costaría la vida en una muerte agonizante.

Dos años después del episodio del castigo, una señora con la que trabajaba empezó a invitarme a ir a su iglesia. Siempre le decía que no. Ya tenía bastante problemas para ir con aquella «fanática». Entonces Satanás se acercó a mí de nuevo como un joven guapo. Me abrazó como si me amara mucho y me dijo que a él, mi esposo, lo habían insultado horriblemente, y que solo yo podía vengarlo.

Sabía de las invitaciones de Esther, mi compañera de trabajo, a que la acompañara a su iglesia. Quería que fuera y que destruyera aquella iglesia porque la gente de allí se atrevía a proclamar que él, Satanás, no solo estaba vivo y coleando sino que era malo y había que combatirlo y podía ser combatido. Quería que yo fuera y me uniera a la iglesia y que luego la dividiera y destruyera. Quería que pusiera en práctica el plan de ocho puntos que sus siervos (yo entre ellos) habían usado y estaban usando con efectividad en todo el mundo para destruir iglesias cristianas. (Estos 8 puntos serán expuestos en detalle en el capítulo 17.)

Dos veces quise ir. La primera vez no pude ni salir del automóvil porque el poder de Dios era demasiado fuerte allí. Nunca había experimentando antes nada igual. La segunda vez llegué hasta la puerta, pero literalmente no pude agarrar el picaporte para abrirla. De nuevo el poder y la presencia de Dios eran demasiado fuertes. Los demonios dentro de mí lo sintieron también y redondamente no quisieron entrar. No sé si yo hubiera entrado a no ser porque Esther me habló otra vez en el trabajo. Me retó a que lo hiciera. Ya ella me conocía y sabía que no iba a rechazar un reto.

Por fin asistí. Me deslicé en el último banco. Esther me observaba y cuando me vio entrar me hizo señas

para que fuera a sentarme con ella en la primera fila, pero no quise. Así que vino y al sentarse junto a mí, me dijo:

—Está bien. Dios está lo mismo aquí que en el banco delantero.

¡No me gustó aquello!

Precisamente aquel día el joven predicador de la noche era un aspirante al pastorado. ¡Lo único que nos faltaba a mí y a los demonios era sentarnos allí a escuchar aquel sermón! ¡Y eso que yo estaba acostumbrada a ir a la iglesia! Luego, para empeorar las cosas, inmediatamente después del culto el pastor dio una vuelta y fue a sentarse en el banco donde Esther y yo estábamos y se puso a hablarme para que yo le entregara mi vida a Jesucristo. Le dije a las claras que no quería a Cristo ni lo necesitaba. Simplemente sonrió y me dijo:

—Bueno, pero estoy seguro de que no le importará que ore por usted.

Recordé al momento que yo tenía que unirme a la iglesia, y me contuve. Mascullé:

—Está bien.

Entonces, para espanto mío, me colocó la mano en el hombro y oró a viva voz. No podía soportar que nadie me tocara, y menos él. Lo mismo podría decir de los demonios. Me revolví, pero él parecía no darse cuenta y siguió orando. Salí de la iglesia en cuanto pude después que el servicio concluyó. Pero algo me había tocado. En camino a casa le dije al Señor que si existía y quería que fuera suya, tenía que permitir que aquel joven obtuviera el pastorado de aquella iglesia. Al siguiente domingo la iglesia lo aceptó como pastor. Pero yo tardé un año en cumplir con mi parte del trato.

Durante aquel año ocurrió otro incidente que resultó trascendental en cuanto a hacerme comprender que Satanás mentía, que hay un poder mayor que el suyo y que Jesús tenía que ser la respuesta. Poco después de haber comenzado yo a asistir a la pequeña iglesia, Satanás me visitó muy enojado. Me dijo que había una doctora muy inteligentona en su hospital favorito en

una ciudad cercana. Aquella doctora no solo interfería demasiado «predicando y orando en todas partes», sino que se había atrevido a meterse con varias de sus mejores brujas y el trabajo que realizaban en aquella institución.

Satanás me ordenó que organizara un esfuerzo nacional entre las principales brujas para destruir a aquella doctora. No le importaba cómo lo hiciéramos, pero a aquella doctora había que matarla y pronto. No supe sino hasta dos años después que el blanco de aquel masivo esfuerzo de destrucción con brujería era Rebecca. Tiemblo al pensar lo que hubiera sucedido si hubiésemos triunfado. ¡Gracias a Dios que no lo conseguimos!

Obediente, tomé el teléfono y llamé a Helen, quien a la sazón era la bruja jefe en aquel hospital. Le referí los órdenes de Satanás y delegué en ella el organizar el resto. Durante los meses siguientes, poco pensé en el asunto excepto al hacer los conjuros periódicos que se necesitaban. Luego, de repente, como a los seis meses, comencé a darme cuenta que cada vez que hacía un conjuro contra aquella doctora los demonios regresaban sin poder llegar. ¡No estaban muy contentos! Aquella era una complicación que yo no necesitaba precisamente entonces. Me intrigaba porque jamás había experimentado algo semejante. No le conté a nadie el problema porque reconocer que mis poderes me fallaban hubiera sido fatal para mí.

Como tres semanas antes de entregarme a Cristo, recibí una llamada de Helen. Aquella doctora que había salido moribunda del hospital había vuelto al trabajo. Y no solo había regresado sino que estaba completamente curada. Increíble. ¿Cómo era posible? Comprendí entonces que algún poder mayor que cualquier otro de los que yo había visto nos había interceptado, y recordé la cadena de ángeles en California. Aquella doctora seguramente tenía el mismo poder de aquella familia. Y comprendí que aquel poder era Jesucristo.

Aquel mismo día Satanás regresó muy molesto a preguntarme por qué habíamos fracasado.

—¿No lo sabes? — le pregunté.

—Sí — respondió —, pero quiero saber si tú lo sabes.

—Bueno, supongo que alguien nos habrá interceptado con oraciones.

—Exactamente — respondió con brusquedad, y desapareció.

Durante aquel período yo había estado asistiendo con regularidad a la pequeña iglesia. No tardé mucho en comprender que era impotente para destruirla. Aquella gente pasaba por cuanto artimaña se me ocurría, pero seguía amándome y orando por mí. Me empezaron a gustar. Era gente sincera. Amaban tanto al Señor que no les importaba quién era yo, ni de dónde venía, ni como vestía o hablaba. Lo único que les interesaba era mi alma. Les importaba tanto que no cesaban de orar por mí.

Sus oraciones me empujaron al altar un domingo en la noche en que por fin dije: «Jesús, te quiero y te necesito. Perdóname y ven a mi corazón y a mi vida». ¡Qué lucha tan grande! Mann-Chan y los demás demonios trataban de mantenerme la boca cerrada. Me gritaban en la mente que me habían mentido, que Dios no existía y que Jesús estaba muerto. Pero sabía lo mentirosos que eran y no les hice caso.

En aquel momento, Mann-Chan y los demás demonios comenzaron a hacer y a deshacer. Lo primero fue volar a contarle a Satanás lo que yo había hecho. ¡Y allí mismo empezó el gran lío!

Cuando regresé a casa aquella noche Satanás fue a verme, pero las cosas eran extrañamente diferentes. Normalmente Satanás llegaba y me ponía la mano en el hombro o me cargaba en sus brazos. Pero esta vez se mantuvo alejado. Pude ver que estaba acompañado de muchos demonios poderosos, pero estos, también, se mantuvieron lejos de mí. ¡Satanás hervía en cólera!

—¡Qué demonios te has creído! — me gritó.

—Te estoy dejando — le contesté.

—¡No puedes hacerlo!

—¿Que no? ¡Ya lo hice!

—Eres mi esposa, yo te conquisté, y si no haces lo que

te digo, te mato. ¡No puedes violar el contrato!

—Prefiero morir por Dios que seguir siendo tu esposa. Aquel contrato ya no es válido porque ha sido cubierto por la sangre de Cristo. Lo único que tú puedes ofrecerme es mentiras y destrucción.

—Estás dando un mal paso, y pronto te lo voy a demostrar.

—So ¡@#¿, ¡vete de mi casa!

—Ya ves, ¡tú no eres cristiana!

—¿Qué dices?

—Que los cristianos no dicen malas palabras.

No se me había ocurrido aquello, pero desde luego hacía solo dos horas que era cristiana y estaba acostumbrada a hablar como me venía en gana cuando no estaba en la iglesia.

—¿Y qué? Yo sé que lo soy porque le pedí a Cristo que perdonara mis pecados y viniera a mi corazón, y yo sé que lo ha hecho.

—¡Te crees eso, pero no es así!

Yo estaba ya tan molesta que intenté saltar y darle un puñetazo en la nariz, pero por algún motivo no pude mover los pies. Satanás, ya muy enojado también, me gritaba amenazas. De repente sentí que una cálida paz me embargaba e inequívocamente escuché la voz del Señor que hablaba por primera vez a mi espíritu. Me dijo: «No temas, hija mía, yo estoy aquí, y él no puede hacerte daño». Otra vez le dije a Satanás que se fuera, pero esta vez mencioné el nombre de Cristo y al instante desapareció.

Calculo que Satanás debe haber regresado unas veinte veces en las dos semanas siguientes. Unas veces vino haciendo gala de sus encantos, como el más amante esposo, pero casi todas las veces llegó furioso. Quería persuadirme. Me dijo que Jesús estaba muerto. Me amenazó con muchas cosas, pero ni una sola vez se me acercó. Siempre guardaba la distancia, y lo mismo los demonios.

Muchas veces llegaron muchos demonios con intenciones de torturarme como aquellos cuatro lo habían hecho anteriormente, pero siempre se detenían a corta

distancia de mí confundidos y espantados y se marchaban sin decir nada. Poco a poco fui comprendiendo que estaba recibiendo alguna protección especial del Señor. Ni siquiera Mann-Chan, aunque me acosaba a toda hora, podía despedazarme como lo había hecho antes. Yo tenía más poder sobre él que él sobre mí.

A pesar de la protección especial que tenía, Mann-Chan logró que cayera seriamente enferma. A las dos semanas me encontraba como paciente en un hospital que no conocía y en una ciudad extraña. No me daba cuenta que el Señor lo estaba permitiendo. Mi largo camino hacia la total y completa liberación de los demonios, y mi largo camino hacia una consagración absoluta a Jesús mi Señor y Maestro, había de comenzar en aquel lugar. A las dos semanas de aceptar a Jesucristo perdí casi todo los bienes que había obtenido a través del satanismo. Pero alabo al Señor porque ya El estaba al frente de todo, y porque comencé una nueva vida con Jesús, y conocí a la persona que tanto luché por matar: Rebecca.

El encuentro

Habla Elaine:

ANTES DE LAS dos semanas del día en que acepté a Jesucristo como Señor y Maestro en vez de a Satanás caí gravemente enferma. Había huido a otra ciudad que resultó ser la ciudad donde estaba el Memorial Hospital. Me desmayé en el trabajo y me llevaron a emergencia en una ambulancia. Yo no conocía a ningún médico allí así que entré como «paciente externa», lo que quiere decir que me pusieron en manos del interno de guardia aquella noche. Estaba desesperadamente enferma, con grandes dolores, sola y acobardada. Fue en ese estado, acostada sobre una incómoda camilla, que Rebecca entró en mi vida.

Me sorprendió. En primer lugar, nunca había visto a una mujer médico. Segundo, ella era joven y muy bonita. Pero sobre todo, irradiaba algo que no podía definir pero que percibía definidamente. Los demonios en mí lo sentían también y no les gustaba para nada. Podía sentir como se retorcían y gruñían al decirme que no querían tener nada que ver con aquella persona.

Con todo lo mal que me sentía, mientras me hablaba, mis ojos se clavaron en el cuello de su blanca chaqueta sobre el que llevaba un broche dorado que decía: «Jesús es la vida». Por último mi curiosidad se impuso a mi timidez y, alzando el brazo para tocarlo, le pregunté:

—¿Eres cristiana?

—Sí —me contestó con una sonrisa—. ¿Y usted?

—Acepté a Cristo hace dos semanas —le contesté, moviendo afirmativamente la cabeza.

—¡Qué bueno! —me dijo con voz cálida—. Es la decisión más importante que una persona puede tomar.

Entonces, por segunda vez, escuché una cálida y

suave voz que en mi fuero interno me dijo: «Escucha bien a esta joven, que es sierva mía y te va a enseñar muchas cosas que tienes que saber». Ya me daba cuenta que era la voz del Señor, pero yo estaba demasiado asustada y vacilante para creerlo del todo. Habrían de pasar muchos meses antes de que llegara a confiar plenamente en el Señor y en Rebecca.

Rebecca me dio ingreso en el hospital aquella noche. A la siguiente mañana, para desencanto mío, me enteré de que no iba a ser mi doctora. Me asignaron a un joven que no me gustó para nada. Debo decir que era algo recíproco. No creía que yo tuviera dolor y ni siquiera que estuviera enferma. Pasé muchos días y muchas noches en dolor y lágrimas por la falta de atención de aquel joven.

Al segundo día de mi ingreso, Rebecca regresó a conversar. Trajo consigo una Biblia que puso en mis manos. Me asombró otra vez. Los médicos no andan regalando Biblias a sus pacientes, que yo supiera. Pero no solo me regaló una Biblia, sino que me dijo lo que debía leer y oró conmigo.

Lo primero que me mandó a leer fue el libro de Santiago. Al leerlo me enojé porque me acicateaba la conciencia. A los demonios no les gustaba tampoco. Estábamos de mal humor cuando volvió al siguiente día. Tan enojada estaba que le tiré la Biblia. Ella la evadió, la recogió y riéndose me dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Será que Dios le tocó donde le duele? Mire, esto es lo que tiene que leer ahora...

Los demonios y yo estábamos furiosos de que nuestra ira no pareciera afectarla. Aquella fue la primera de las muchas sesiones que tuvimos con Rebecca para leer la Biblia.

Lentamente comencé a crecer en el sentido espiritual. Los demonios estaban muy molestos. Desde entonces casi siempre interferían y le hablaban a Rebecca en vez de hacerlo yo. Eran poco corteses pues trataban de alejarla de mí. Todos los días pensaba que no la iba a volver a ver, pero siempre volvía.

Habla Rebecca

CUANDO Conocí a Elaine ni por la cabeza me pasaba que estuviera involucrada en el satanismo. Le compré una Biblia a instancias del Señor. No me daba cuenta que hablaba más con los demonios que habitaban en ella que con ella misma. ¡Era odiosa! O mejor dicho, los demonios lo eran. Me enojé tanto que le pedí que leyera Santiago primero porque Santiago habla bastante de dominar la lengua.

La primera estadía de Elaine en el hospital duró seis semanas. Le hicimos cuanto análisis y pruebas se le podían hacer y no descubrimos nada. Yo no sabía todavía sobre las enfermedades demoníacas y todas mis oraciones pidiendo sabiduría en su caso parecían quedar deliberadamente sin respuesta. Los demás médicos concluyeron que no tenía nada y la dieron de alta. Pero yo no quedé tranquila.

Dos días más tarde, en un fin de semana en que estaba de turno, Elaine llegó a emergencia. De nuevo quedó a mi cuidado hasta que el interno regresara el lunes. Presentaba el mismo cuadro de dolor y enfermedad. Era una situación difícil. Yo de veras creía que estaba enferma pero no podía ni imaginarme lo que le pasaba. La pregunta que me hizo fue todo un desafío para mis conocimientos:

—Doctora Brown, ¿por qué estoy enferma todavía? Hasta fui a que los ancianos me ungieran con aceite y oraran a Dios que me sanara. ¿Por qué no contesta? ¿Habré hecho algo malo?

De veras que aquel era un reto. No solo desconocía lo que le sucedía a su cuerpo, sino que el Señor había decidido permanecer en extraño silencio a pesar de las muchas oraciones en que le pedía su dirección. Le respondí a Elaine que no sabía por qué el Señor no había querido sanarla pero que estaba segura de que lo hacía con algún propósito. Preparé las órdenes de ingreso pensando que simplemente le entregaría el caso a mi jefe y a uno de los especialistas y no tendría que volver a preocuparme por ella. ¡Sin embargo, el

Señor y Elaine tenían planes diferentes!

Habla Elaine

HASTA ESTE SEGUNDO ingreso bajo el cuidado de Rebecca, yo había estado relativamente a salvo en el hospital. Satanás y los demonios no son omnipresentes como lo es el Señor y las noticias no siempre corren ligero en su reino. Nadie en el hospital sabía de mi desertión del satanismo y mi conversión a Cristo. Pero esta vez la cosa fue diferente. Muchos de los doctores y enfermeras eran satanistas y la noticia se sabía ya. Tenían que matarme por haber traicionado a Satanás. Pasé todo el tiempo luchando por salvar la vida. Yo era mucho más fuerte que cualquiera de los satanistas de aquel lugar y vencía fácilmente.

Yo no sabía que no debía usar mis poderes y Satanás y los demonios me lo permitían porque sabían que mientras lo hiciera no iba a crecer espiritualmente como debía. Por supuesto, no le conté nada a Rebecca. No confiaba en ella todavía, pero era tan diferente de los demás médicos que había encontrado que decidí hacerla mi doctora.

Cuando al siguiente día el especialista vino a verme lo reconocí inmediatamente. Era uno de los satanistas de mayor jerarquía en la localidad. Nunca me había agradado. Deliberadamente busqué pelea con él y mis demonios lo derrotaron completamente. Después de aquella primera batalla quedó tan herido físicamente que por tres días no pudo ir a trabajar al hospital. A la semana ya había logrado que me odiara y temiera tanto que no quiso volver a verme, que era precisamente lo que yo deseaba. El interno era otra cosa. No era satanista pero tampoco era cristiano. Yo no le caía bien, pero se veía compelido por las reglas de su entrenamiento a ocuparse de mí.

Lo hice sufrir tanto a él como él me hizo sufrir a mí. Me proyecté astralmente hasta su apartamento y escribí en sus paredes mensajes poco corteses con un marcador negro, y firmé con mi nombre, debajo. Cuando

estaba en su casa le arrojaba platos y tazas y varias veces le desconecté el refrigerador para que se le echara a perder la comida. Cada vez que llevaba a alguien a que viera los mensajes en la pared, uno de mis demonios me avisaba a tiempo y yo le ordenaba que los borrara completamente antes de que los demás pudieran verlos. El médico se dio cuenta pronto que no podía contarle a nadie lo que estaba pasando porque iban a creer que se estaba volviendo loco. Llegó a odiarme y temerme tanto que como a las dos semanas tampoco quiso seguir atendiéndome. Solo quedaba Rebecca. Tanto era el amor que irradiaba que incomprensiblemente me atraía. Estaba aprendiendo a amarla y en lo más íntimo sabía que era la única que tenía la receta para mi liberación.

Habla Rebecca

MI ALIVIO EN cuanto al caso de Elaine duró poco. Antes de cumplirse dos semanas de su ingreso, el interno vino y me dijo que cualesquiera fueran las consecuencias no quería volver a saber de Elaine. Al final de la primera semana, el especialista me dijo que no le importaba lo que yo hiciera con Elaine, que se lavaba las manos en su caso. No iba a volver a verla. ¡Qué problema! ¡Yo no sabía tampoco qué hacer con ella!

En mis visitas diarias a Elaine invariablemente llegábamos hasta cierto punto en su crecimiento espiritual y después algo se interponía. Casi siempre se ponía odiosa. Yo no sabía que los demonios en ella estaban tratando de alejarme. ¡Ni siquiera sabía que estaba endemoniada! Una y otra vez, totalmente frustrada, quise sencillamente darla de alta y decirle que no podía hacer nada más por ella. Pero siempre que llegaba a ese punto, el Señor permitía que Satanás me tentara para que cayera de narices y tuviera que pedirle humildemente perdón al Señor. Cuando esto sucedía, invariablemente me decía: «¿Ves la paciencia que tengo que tener contigo? ¿No puedes tener también un poco de paciencia con mi hija Elaine?» ¡Claro que el Señor

siempre ganaba! De nuevo le pedía que pusiera en mi corazón un poco de su amor por Elaine, y regresaba a visitarla al siguiente día.

Finalmente, como a las tres semanas decidí atacar a fondo. Pasé el fin de semana en oración y ayuno pidiendo que el Señor me diera la clave del problema de Elaine. Ya tarde el domingo en la noche el Padre me habló y me dijo: «No has hablado con Elaine sobre sus relaciones con el ocultismo». Todo me pareció tan simple entonces. Debía haber reconocido los síntomas, pero Satanás había bloqueado mi entendimiento.

El lunes en la mañana fui y le dije a Elaine que había algo de lo que todavía no habíamos hablado.

—¿De qué?

—De su profunda participación en el satanismo.

Obviamente estaba sorprendida. Se sentó y me miró en silencio por un minuto.

—¿Cómo lo sabe?

—Me pasé el fin de semana ayunando y orando para que el Padre me revelara la clave de su caso. El me lo dijo.

Le dije que como cristiana tenía que confesarle al Señor cualquiera participación en el ocultismo por terrible que fuera y pedirle perdón y luego pedirle que la apartara de ello y cerrara la puerta con Su preciosa sangre. Ella se resistía a hacerlo. Finalmente, desesperada, le dije:

—Elaine, no puedo con usted. Pero sé quién puede: el Señor. Me voy ahora mismo a orar y a entregarla en sus manos para que se encargue de usted. Y salí.

Habla Elaine

Nunca me había sorprendido tanto como cuando Rebecca entró calmadamente aquel día y me preguntó sobre mis andanzas en el ocultismo. Yo sabía que solo en dos lugares podía ella haber obtenido aquella información. Una era Satanás y la otra era Dios. Aquella era, sin embargo, una verdadera encrucijada en mi vida. Cuando Rebecca oró que el Señor se encargara de

mí, El sí que lo hizo. Rebecca estuvo repitiendo aquella oración de ese momento en adelante. Cómo aborrecía yo que lo hiciera, pero el Señor se abrió paso a través de la interferencia demoníaca y durante los siguientes días y semanas lentamente empecé a entender que como cristiana tenía que hacer de Jesús el amo absoluto de mi vida, además de mi Salvador.

Fui adquiriendo cada vez más confianza en Rebecca y mi cariño hacia ella creció también. Llegué a darme cuenta de su profunda consagración al Señor y empecé a tratar de conformar mi vida a la de ella. Aprendí con ella que el contrato que yo había firmado con sangre años atrás había quedado anulado por la sangre de Cristo. La lucha no fue fácil para mí, ni para ella. Pero todos los días, por la gracia de Dios, fui creciendo espiritualmente y mis problemas físicos comenzaron a desaparecer. Por fin llegó el día en que Rebecca me dijo que había recibido instrucciones del Señor en cuanto a que había llegado el momento en que debía aprender a enfrentarme sola a Satanás fuera del hospital. Me dieron de alta por última vez.

Comienza la guerra espiritual

Habla Rebecca:

CONTINUÉ VIENDO A Elaine como paciente externa durante un mes después que la dieron de alta del hospital. Entonces Satanás nos apuntó con sus cañones. Elaine me llamó a casa una noche e inmediatamente me di cuenta que estaba profundamente turbada. Había recibido una carta de La Hermandad aquel día. Y yo también.

La carta que recibí detallaba al pie de la letra mis actividades de las dos últimas semanas, hasta lo que compré en el mercado. Tenían mi dirección y mi teléfono. Me decían que si volvía a hablar con Elaine o a verme con ella que me agarrarían y me sacrificarían. A Elaine le decían que si volvía a verme o hablarme, y si no regresaba y se arrepentía y volvía a servir a Satanás, la iban a agarrar y sacrificar en la próxima Misa Negra. Una línea en ambas cartas era muy similar a la carta que el jefe del ejército del rey de Asiria envió al rey Ezequías. Decían: «¡Son idiotas si piensan que su Dios puede librarlos de nuestro Príncipe de las Tinieblas!» (ver Isaías capítulos 36 y 37).

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Elaine. No quería volver a tener contacto conmigo con la esperanza de evitar que la secta le hiciera daño, pero yo estaba segura de que esa no era la voluntad del Señor. Temblorosa, le dije que tenía que presentarle el asunto al Señor en oración y preguntarle qué quería que hiciéramos. Sabíamos que no podríamos huir. Uno no puede esconderse de Satanás. Sabía también, al igual que

Elaine, cuán capaces de cumplir sus amenazas eran aquellas personas. Me acordé del joven pastor que había caído en sus manos y casi lo matan. Sabía también lo que me esperaba si caía en manos de la secta. No hacía mucho el Señor me había mostrado en visión como sacrificaban a una virgen: ¡la muerte es un agradable alivio para la víctima!

Le presenté el asunto al Señor en oración. Me respondió que quería que Elaine viniera a vivir a mi casa inmediatamente, ya que todavía no tenía fe suficiente para luchar sola. Su esposo la había abandonado y seguía con los satanistas. Su hija estaba viviendo con su hermanastra dada su prolongada enfermedad y hospitalización. Estaba sola. El Señor me dijo que Elaine se suicidaría antes que caer en las manos de la secta. Sabía demasiado bien lo que le esperaba. Traer a Elaine para casa era atraer el ataque directamente hacia mí.

Estuve literalmente enferma dos días mientras ponderaba lo que debía hacer. Básicamente no tengo madera de mártir. No podría soportar las torturas físicas que seguramente me esperaban si La Hermandad me ponía las manos encima. Por ese entonces había llegado a querer a Elaine y no podría soportar tampoco que la torturaran a ella. Comprendía también que por dos años, día a día, le había pedido al Señor que me permitiera resistir en el frente de batalla. Sabía que al estar en el frente pudiera ser necesario que el Señor le permitiera a Satanás echarme el guante como había sucedido a través de los siglos desde Esteban, el primer mártir cristiano.

Sabía que era inútil llamar a la policía porque muchos de ellos pertenecían a La Hermandad. Elaine y yo éramos impotentes ante un ejército tan numeroso y diestro como el de Satanás. Pero al mismo tiempo sabía que no querer hacer la voluntad de mi Padre era lo mismo que negar a Jesús. Por último, a la segunda noche, me sinceré con Dios. Me arrojé rostro en suelo y sollozante y entre lágrimas le dije: «Padre, Padre, tengo mucho miedo. No podría soportar las torturas

físicas ni ver que torturaran a Elaine. Pero tampoco puedo negar a Jesús ni negarte a ti. ¡No puedo! Haré tu voluntad, pero ayúdame, porque estoy aterrada».

En ese momento el Señor empezó a ayudarme. No es que dejara de sentir miedo, sino que no sé cómo sentí que tenía fuerzas para seguir y hacer lo que tenía que hacer. Llamé a Elaine a la siguiente mañana y le dije que pasaba a recogerla al salir del trabajo, que debía venir a vivir conmigo. Asombrada, me dijo que yo estaba loca, y que no quería hacerlo. Pero le dije que eran órdenes de mi Padre y que no tenía alternativa si es que quería seguir viviendo y servir a Jesús. Así que aquel mismo día Elaine se mudó a casa y desde entonces hemos vivido y servido al Señor juntas.

Faltaban dos semanas para la noche de la Misa Negra de La Hermandad. Estaban furiosos por la mudada de Elaine y nos lo hicieron saber de manera inequívoca con todo tipo de hostigamiento. Llamaban por teléfono a cualquiera hora, golpeaban en los lados de la casa y en las puertas en medio de la noche, tiraban piedras por las ventanas, y hasta agujerearon con disparos las paredes.

Mientras tanto, sentía que la batalla era más bien espiritual. Solo Dios podía pelearla. Leí y le conté a Elaine la historia del rey Josafat en 2 Crónicas 20. Un vasto ejército marchó contra él. Vio que no tenía ninguna posibilidad de enfrentar a aquel ejército, por lo que junto con toda su gente le presentó el problema al Señor en oración. Dios le respondió que la batalla era suya y que El, el Señor, los protegería. Le dije a Elaine que nuestra única esperanza era resistir en fe y que el Señor pelearía por nosotros. Teníamos que confiar que si El decidía otra cosa nos daría las fuerzas para resistir lo que su voluntad determinara. Mi oración era que si permitía que el grupo nos torturara, que nos diera las fuerzas para no negar a Jesús a ningún precio. Resultara lo que resultara, yo sabía que podría permanecer junto a Elaine y sustentarla en su fe hasta el final.

No informé nada de esto a mis padres. No quería

arriesgarme a que la ira de La Hermandad se volviera contra ellos. Es más, no podíamos acudir a nadie excepto al Señor. Tuve que contárselo todo a mi compañera de casa, quien se asustó tanto que se fue a vivir a otro lado durante esas dos semanas.

A medida que transcurrían las dos semanas y el hostigamiento arreciaba, Elaine y yo leíamos y releíamos aquel pasaje de Crónicas. El día antes de la Misa Negra de La Hermandad, estando yo sentada en la biblioteca del hospital, uno de los estudiantes de medicina, también cristiano, se me acercó y dejó caer una tarjeta en mi regazo. Contenía unos versículos bíblicos. Me dijo que no sabía por qué me los daba, pero que el Padre tres días atrás había puesto en su corazón que los escribiera y me los diera. Todavía guardo aquella tarjeta. Decía exactamente lo siguiente:

«No temáis ni os amedrentéis delante de esta tan grande multitud; porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. No habrá para qué vosotros peleéis en este caso: paraos, estad quedos, y ved la salvación de Jehová con vosotros».

2 Crónicas 20:15 y 17

Eran los mismísimos versículos en que Elaine y yo estábamos apoyándonos. Jamás podré expresar lo que sentí. Por primera vez supe, sin sombra de duda, que el Padre pelearía por nosotros y estaríamos a salvo. Y a salvo estábamos.

La noche que La Hermandad había señalado, Elaine y yo estuvimos hasta la medianoche escuchando discos y cantando alabanzas al Señor. Cuando el reloj marcó la medianoche, el disco que escuchábamos era de Bill y Gloria Gaither. La canción que cantaban era *Consumado es*. Y nos pusimos de pie y alabamos a Dios porque ya todo había terminado. Había cumplido su palabra. Había peleado por nosotros. Estábamos intactas. Nos fuimos a la cama y dormimos en paz el resto de la noche.

Al siguiente día de la Misa Negra de La Hermandad, la batalla entró en pleno apogeo. Los demonios que

estaban en Elaine trataban abiertamente de matarla. Hasta ese entonces había insistido que no tenía demonios, pero aquella noche la tomaron y la arrojaron al piso con un agudo dolor en el pecho parecido al dolor de un ataque cardíaco. Sin saber qué hacer, le grité al Señor que interviniera. Así lo hizo y el dolor desapareció.

—Elaine, ¿eso tiene que haber sido un demonio! ¿Por qué te empeñas en negarlo?

—Sí, era Mann-Chan. Está tratando de provocarme un ataque cardíaco.

—¿Quién es Mann-Chan?

—Mann-Chan es el demonio que ha estado guiando mi espíritu desde hace años. Satanás le ha ordenado que me mate.

En ese entonces yo sabía muy poco de lucha contra demonios pero se me ocurrió que había que resistirlos de la misma manera que el Señor me había enseñado a resistir a Satanás: a viva voz y en el nombre de Jesús. Se lo dije a Elaine. Le recomendé que a viva voz, en el nombre de Jesucristo, le ordenara que dejara de hacer aquello y saliera. Elaine pensaba que era vergonzoso hablarle en voz alta a Mann-Chan y no quiso hacerlo. Repetidas veces durante los siguientes dos días Mann-Chan estuvo arrojando a Elaine al piso. Ella se negaba a abrir la boca y por fin tuve que ordenarle en el nombre de Jesucristo que dejara de hacer aquello.

Yo sabía que Elaine también tenía que aprender a pelear, que el Señor no iba a permitir que yo siguiera peleando por ella indefinidamente. Tuve que enfrentarme a la terquedad que le había permitido sobrevivir todos aquellos años, pero que ahora estaba mal encaminada. Por fin, al tercer día, desesperada, mientras Mann-Chan la atacaba de nuevo, fui a la puerta de la calle y, abriéndola, le dije:

—Si no te humillas y te diriges a Mann-Chan en voz alta como el Señor quiere y te le enfrentas, te va a matar. Vete de aquí a donde no te puedan oír y no regreses hasta que este asunto esté liquidado. ¡Si dejas que te mate, no quiero que sea en el medio de mi sala!

Salió inmediatamente y yo quedé espantada. ¿Qué había hecho? ¿Y si la mataba? Yo no quería eso. ¿Había sido demasiado brusca? Me arrodillé y oré intensamente. Mientras oraba, como a los dos minutos, Elaine entró como una ovejita. Sentí un inmenso alivio de verla sin un rasguño.

—¿Qué pasó?

—Hice lo que me dijiste. Le ordené que saliera y salió.

Desde ese momento la batalla arreció. Ri-Chan y muchos otros comenzaron a afligirla. Como a la semana ya sabía yo que si los demonios no eran echados fuera la iban a matar. Yo nunca había echado fuera demonios y no estaba segura de que pudiera hacerlo.

El miércoles en la mañana llamé al pastor Pat y le conté la situación. (No llamé al pastor de la iglesia a que asistía cerca del hospital porque no creía que pudiera ayudarnos. Tiempo después sus acciones demostraron que el discernimiento que el Señor me había dado era correcto.) Le dije que, en mi opinión, si Elaine no era liberada aquel día la matarían. Me dijo que la llevara al culto de oración de aquella noche y que después lidiaríamos con los demonios según el Señor nos guiara.

Fue toda una batalla llevar a Elaine a la iglesia porque los demonios que había en ella hacían lo posible por impedir que fuera. Prácticamente tuve que llevarla en peso al automóvil y asegurarla con el cinturón de seguridad. La sufriente Elaine aguantó hasta que terminó el culto de oración, pero nadie excepto el Señor lo notaba. Los demonios la estaban destrozando desde adentro, tratando de matarla antes de que los expulsaran. Admiro mucho el valor y la determinación de Elaine de ser liberada. Ni una sola vez se quejó de su agonía.

Después del culto de oración el pastor Pat nos pidió a Elaine y a mí que fuéramos con él y dos ancianos de la iglesia a su oficina. No creo que aquellos dos ancianos hubieran participado antes en sesiones de liberación. El pastor Pat sí. Comenzó con una oración. Le pidió al Señor que sellara aquel cuarto con sus ángeles

para que nada ni nadie pudiera entrar ni salir de aquel lugar hasta que la obra quedara terminada. Elaine y yo nos miramos. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo: «¡Ahora viene lo bueno!»

Tras orar, el pastor se dirigió a Elaine para que confirmara que había aceptado a Jesús como Salvador, Señor y Amo de su vida; que había rechazado a Satanás y todo lo que con él tuviera que ver, y que quería que los demonios salieran. Así lo hizo. Desde ese momento comenzó la batalla. Los demonios afloraban y hablaban a través de Elaine. Jamás había visto nada parecido. Sus ojos, su voz, su rostro se transformaba. Nunca olvidaré al primer demonio. De pronto una voz masculina y gutural dijo:

—Soy Yaagogg, el demonio de la muerte, y todos ustedes son unos idiotas. No pueden ganar. Mataremos a esta estúpida traidora. Ella pertenece a Satanás y él no va a permitir que siga viviendo.

El pastor Pat ni pestañeaba.

—¡Espíritu mentiroso y necio! Elaine está ahora en territorio sagrado. ¡Ella pertenece al Señor y tú lo sabes! ¡Te ordeno en el nombre de Jesús que salgas de ella!

La batalla rugió por ocho horas. Muchos demonios fueron sacados a la superficie, obligados a identificarse y echados fuera. Fue una hermosa experiencia. El Espíritu Santo estaba en control absoluto de todo y había una suave coordinación entre nosotros a medida que El usaba primero a uno y después a otro. Sentíamos la presencia del Señor en aquel cuarto. Ordenábamos a los demonios que salieran de Elaine con la autoridad del nombre de Jesús, leíamos la Biblia en voz alta, cantábamos alabanzas al Señor y orábamos y alabábamos al Señor por su total victoria sobre Satanás. Los demonios parecían particularmente atormentados por nuestras alabanzas y parecían perder fuerza rápidamente. La mayoría fueron saliendo en medio de una tos violenta.

¡Qué alegría, qué gozo cuando por fin terminó la sesión de liberación! De pie, palmeábamos y ala-

bábamos al Señor en completa y hermosa unidad. Extenuadas pero gozosas, Elaine y yo regresamos a casa alabando al Señor.

Las semanas siguientes a la primera liberación de Elaine fueron semanas intensas en decisiones que habrían de afectarnos el resto de nuestras vidas. El Señor me habló al principio de aquella semana. Me preguntó si estaba dispuesta a consagrarle mi vida de una forma distinta, para usarme como El quisiera en luchas directas contra Satanás y ponerme al frente de la lucha para que muchas almas pudieran salvarse, especialmente entre los de La Hermandad. El Señor me dijo que si decidía hacerlo tendría que esperar sufrimientos y persecución. También tendría que cambiar los planes en cuanto a mi carrera. Me mostró que podría sentirme sola y rechazada y que a la larga tendría que renunciar a la carrera de medicina, pero que El siempre iba a estar conmigo. Me dijo también que perdería a toda mi familia, lo que ya ha sucedido.

Era una gran encrucijada. Siempre me había gustado la oncología y, apenas el mes anterior había sido aceptada en un programa de estudios oncológicos en una de las más antiguas y prestigiosas instituciones de los Estados Unidos. La oncología es la rama de la medicina que se especializa en el tratamiento del cáncer. Ser aceptada precisamente en aquel programa era considerado un gran honor. Yo soñaba con especializarme en esa rama. El Señor me dijo que El no presenta opciones de segunda a sus hijos y que si no decidía consagrar mi vida a luchar contra Satanás, me iba a bendecir mucho de todas maneras.

Era una decisión difícil. El Señor quería que me quedara en medicina interna y estableciera un consultorio privado para poder atender a una más amplia gama de pacientes. Esto era necesario para que El pudiera traer personas a las que debía ayudar, especialmente miembros de las sectas. Al pensar en ello, comprendí que amaba al Señor demasiado para concederle menos que su primer deseo. Cuando expresé esto a un pequeño grupo de colegas «cristianos» en el

hospital y el hecho de que habría de renunciar al puesto en la asociación oncológica, me dijeron que solo pensar en ello era una locura.

También muchos de mis amigos me empezaron a presionar para que le pidiera a Elaine que se fuera de casa. Quienes no sabían que Elaine se había mudado a casa también comenzaron a ponerse en contra mía sin razón explicable alguna. Satanás actuó de tal manera que al final de aquella semana no me quedaban amigos. Mi familia y mi compañera de habitación también me presionaban para que echara a Elaine. Pensaban que yo no estaba entendiendo bien al Señor. Aun el pastor de la iglesia a la que yo asistía cerca del hospital me llamó para que echara a Elaine. Me dijo, entre otras cosas, que yo me metía demasiado con la gente, especialmente con Elaine. Y llegó hasta a decirme que no sería bien recibida en la iglesia a menos que me deshiciera de Elaine.

Me sentía sacudida y comencé a preguntarme si de veras había entendido bien al Señor. Pero durante aquel tiempo, el Espíritu Santo trajo poderosamente a mi mente las palabras de 1 Pedro 1:22: «Amaos unos a otros entrañablemente de corazón puro». Para mí, aquello no se refería a una simple relación superficial. También el Espíritu Santo me impactó con Gálatas 6:2: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo». De nuevo sentí paz en mi corazón y en mi espíritu en cuanto a que había entendido bien al Señor.

No obstante, ese fin de semana me sentía desalentada y deprimida. Volví a ver al pastor Pat el domingo, y le conté lo que estaba pasando, y lo deprimida que me sentía. No olvidaré nunca la experiencia. El pastor Pat me miró a los ojos y me dijo:

—Rebecca, entrar en batalla espiritual con la total consagración que me describes acarrea rechazo y dolor. Si no puedes soportarlo, mejor es que no sigas.

Me sentí elevada. Era todo lo que tenía que oír. Al siguiente día me decidí. Le dije al Señor que le entregaba mi vida para que la usara en aquella nueva dimen-

sión, que me consagraba totalmente a El para que me usara como quisiera en lucha directa contra Satanás para que las almas se salvaran y Jesucristo fuera glorificado.

Entonces me senté y le escribí al director del programa de oncología y le dije que después de mucha oración sabía que no era la voluntad del Señor que yo tomara ese rumbo en mi carrera, y que no iba a ir. ¡Qué furia despertó mi decisión en el hospital! Los directores de mi programa estaban furiosos y no entendían cómo era posible aquella decisión. Traté de explicarles que no era la voluntad de Dios que yo me hiciera oncóloga. Me dijeron que estaba loca porque «¿quién ha visto que Dios le habla así a la gente?»

La mayoría de los cristianos no se percatan no solo del mundo espiritual, sino del hecho de que cada acción nuestra en nuestro mundo físico afecta el mundo espiritual. Carlos G. Finney describe bellamente esta relación de causa y efecto entre el mundo físico y el mundo espiritual:

Todo cristiano impresiona con su conducta y es ejemplo para un bando o el otro. Su apariencia, su ropa, su comportamiento, causan constantemente impresión en un lado u otro. No puede evitar testificar a favor o en contra de la religión. O está recogiendo con Cristo o está desparramando. Con cada paso que damos tocamos cuerdas que vibrarán por toda la eternidad. Cada vez que te mueves, tocas claves cuyo sonido resuena por sobre las colinas y los valles del cielo, y por las oscuras cavernas y bóvedas del infierno. Con cada movimiento de nuestra vida estamos ejerciendo una tremenda influencia que repercutirá en los intereses inmortales de las almas que nos rodean *La última llamada...guia de avivamiento*, por J.T.C., p.31.

Algo ocurrió de repente que hizo de esta verdad una realidad en mi vida. No había comprendido la importancia de la ola de reacción en el mundo del espíritu de

los acontecimientos de mi vida. Primero, yo había estado utilizando el poder de Jesucristo para bloquear la brujería en uno de los hospitales favoritos de Satanás. En aquel tiempo el Señor me había hecho partícipe en la batalla en que Satanás perdió a una de sus principales esposas, acontecimiento que significó una pérdida de prestigio para él en su reino. Poco después Satanás y sus demonios fracasaron en su intento de tomarnos a Elaine y a mí como sacrificios humanos porque el Señor había intervenido para protegernos. Creo que la gota que rebosó la copa, por así decirlo, fue mi consagración total al Señor para que me usara en batallas directas contra Satanás.

Poco consciente de las «ondas» que esto causaba en el mundo espiritual, un día salí tranquilamente al patio de mi casa a comer en la mesa bajo los árboles. Allí sentada y disfrutando el sol Dios permitió que el velo entre el mundo espiritual y el físico se disipara brevemente.

De repente, apareció una figura resplandeciente que se sentó frente a mí. Tenía forma humana. Mientras lo miraba en callado asombro el Espíritu Santo me reveló quien era. Era el ser que menos esperaba conocer personalmente. Aquella figura resplandeciente que se me presentaba con el brillo de un «ángel de luz» era el Príncipe de las Tinieblas, el Príncipe de la potestad del aire, soberano de un vasto reino de maldad: ¡Satanás en persona! No recuerdo los detalles de su apariencia porque no podía apartar mis ojos de aquellos ojos: eran tan perversos. Eran negros como el carbón y tenían una profundidad, negrura y maldad que parecían saltar y envolverme. Por un instante sentí como que caía hacia adelante en el negro abismo de aquellos ojos, pero algo me sostenía y estabilizaba. Se veía que Satanás estaba furioso, muy furioso.

—¡Satanás! —exclamé, y él confirmó su identidad con un brusco movimiento de cabeza—. ¿Qué buscas?

—Mujer, ¿te atreves a enfrentarte a mí?

—A eso he dedicado mi vida.

—Lo sé, pero ¿de veras te atreves a enfrentarte a mí?

Me quedé perpleja y sorprendida ante la reiterada pregunta. Era obvio que su ira crecía por instantes, pero el Espíritu Santo me llenó de tan completa paz que después me maravillada de no haber sentido miedo.

—Satanás, no me enfrento a ti en mi propio poder, sino en el poder y la autoridad de Jesucristo.

—Pues calcula primero el costo, como el Jesús a quien sirves aconsejó a sus discípulos —me dijo, y citó al pie de la letra lo siguiente—:

«Porque ¿cuál de vosotros, queriendo edificar una torre, no cuenta primero sentado los gastos, si tiene lo que necesita para acabarla? Porque después que haya puesto el fundamento, y no pueda acabarla, todos los que lo vieren, no comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. ¿O cuál rey, habiendo de ir a hacer guerra contra otro rey, sentándose primero no consulta si puede salir al encuentro con diez mil al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, cuando aun el otro está lejos, le ruega por la paz, enviándole embajada. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo». Lucas 14:28-33

—Mejor es que calcules el costo, mujer, porque te digo que haré de tu vida una agonía. ¡Te enviaré la angustia que jamás pensaste que te pudiera sobrevenir!

Sé que aquella poderosa criatura hablaba bien en serio y que desde que lo había consagrado todo al Señor (mis posesiones, mi carrera, mi familia, mi vida misma), no dudo que Satanás se los haya pedido a mi Padre como lo hizo con Job hace muchos años. Era algo digno de consideración.

Por fin le respondí:

—He calculado el costo hasta lo que yo sé y sé que cualquier cosa que me sobrevenga en el futuro está bajo el total control de mi Dios, y me limitaré a confiar que Su gracia ha de bastarme. Así que sí, Satanás, me atrevo a tomar la autoridad y el poder que Jesucristo

me da, ¡y me atrevo a enfrentarme a ti en el nombre de Jesucristo mi Señor!

Mi ojos se clavaron en los de Satanás por un largo momento de silencio. De nuevo sentí la extraña sensación de que si algo no me hubiera estado sosteniendo, me hubiera hundido en la horrible perversidad que había en ellos. Entonces Satanás asintió con gesto brusco.

—¡Muy bien! —dijo, y desapareció.

Me quedé ponderando aquella experiencia. El sol seguía brillando ardientemente, la brisa seguía batiendo las hojas de los árboles, y las aves seguían cantando. Me percaté de que de alguna manera había dado un paso irretractable. Hasta este momento en que escribo, el costo ha sido grande. He perdido a toda mi familia, mi carrera y todo lo que tenía en términos de posesión terrenal. He sufrido mucho en mi cuerpo físico. Pero a través de todo, el Señor ha estado conmigo y lo que Satanás manda para derrotarme, el Señor lo transforma en victoria.

El camino ha sido largo y accidentado desde aquel primer encuentro con Satanás. El ha convertido mi vida en agonía y en una angustia que yo nunca supe que existía, y sé también que mucho más ha de venir. Pero, también, jamás hubiera llegado a conocer al Señor como lo he conocido, y aunque sé que también en cuanto a eso es solo el comienzo, conocerlo mejor vale cualquier precio. Por fin sé el significado de Mateo 6:19-21 donde Jesús dijo:

«No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón».

¡El tesoro más valioso que uno puede poseer es el conocimiento personal de Jesús, del Padre y del Espíritu Santo!

La batalla

Habla Rebecca:

El siguiente capítulo en nuestra vida fue una incesante batalla que duró ocho semanas. Al mirar hacia atrás, comprendo que el Señor nos hacía pasar por un período de intenso entrenamiento, y nos llevaba escalón por escalón a un conocimiento cada vez más profundo del reino de Satanás y cómo combatirlo. Hasta aquel momento había estado bastante poco consciente del mundo espiritual y el Señor me estaba preparando en ese campo. Muchas veces durante aquellas ocho semanas le pregunté al Señor por cuánto tiempo más se prolongaría la batalla y siempre su respuesta fue: «Hasta que hayan aprendido lo suficiente» Como Elaine había estado tan profundamente relacionada con lo oculto, teníamos mucho que aprender antes de que ella pudiera tenerlo todo completamente claro en cuanto a los demonios.

Durante aquellas ocho semanas ninguna de las dos tuvo más de una o dos horas de sueño continuo por las noches. Seguí trabajando tiempo completo en el hospital, claro está, pero afortunadamente estaba en un turno que no recibía muchas llamadas nocturnas y era casi siempre de investigación. Cada mañana al prepararme para el trabajo tras otra agotadora noche sin dormir me detenía un momento y citaba Isaías 40:31 para apropiarme de la promesa que contiene:

«Mas los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.»

Cada mañana me apropiaba la promesa y, de alguna manera, el Señor me daba la fortaleza para seguir tra-

bajando durante el resto del día. No me atrevía a contarle a nadie lo que estaba sucediendo. Nadie me iba a entender y de todos modos, todo el mundo estaba siendo hostil conmigo. Por supuesto, mis queridos padres no, pero yo no quería que se preocuparan. Así que Elaine y yo batallamos sin nadie a nuestro lado excepto el Señor. Hacia el final de aquella etapa el Señor me indicó que leyera el pasaje en que los enemigos de Nehemías amenazaron con atacar a los judíos para impedirles que reedificaran las murallas de Jerusalén. El capítulo 4:21-23 dice:

«Nosotros pues trabajábamos en la obra; y la mitad de ellos tenían lanzas desde la subida del alba hasta salir las estrellas. También dije entonces al pueblo: Cada uno con su criado se quede dentro de Jerusalén, y hágannos de noche centinela, y de día a la obra. Y ni yo, ni mis hermanos, ni mis mozos, ni la gente de guarda que me seguía, desnudamos nuestro vestido: cada uno se desnudaba solamente para lavarse».

Leí en Nehemías 6:15 que se tardaron 52 días en completar la muralla. Deduje que si el Señor pudo mantener a Nehemías y al resto del pueblo en pie día y noche durante 52 días sin dormir, podría darme fuerza para seguir adelante. Aquel pasaje me fue de gran aliento, especialmente cuando algunos me decían que parecía cansada y me decían que «mi responsabilidad ante el Señor era estar segura de descansar lo suficiente cada noche. El Señor no lo pediría de otra manera».

La batalla se desarrollaba simultáneamente en tres frentes: contra los demonios, contra los espíritus humanos de los miembros de la secta y contra la gente de carne y hueso que La Hermandad mandaba para tratar de matarnos.

La batalla comenzó una semana después de la primera liberación de Elaine. Acababa yo de hablar con el pastor Pat aquella tarde como lo describí en el capítulo anterior. Me había aconsejado que no inten-

tara enfrentarme sola a los demonios porque podían ser más fuertes que yo. Elaine había vuelto a sentir dolores en el pecho aquel día, pero no me lo había dicho.

Aquella noche después que el pastor se fue se le presentó otro fuerte dolor en el pecho. No olvidaré lo desanimadas y desalentadas que estábamos, las dos sentadas allí en el sofá de la sala. Me volví a Elaine y le dije:

—Elaine, ese dolor tiene que ser demoníaco. Deben haber vuelto. ¿Por qué no me lo dijiste cuando el pastor Pat estaba aquí?

Claro, lo que yo no sabía entonces era que los demonios le habían impedido decir cualquier cosa estando él allí. Nos mantuvimos en silencio por varios minutos. Entonces la voz de Elaine dijo:

—¡No van a derrotarme por segunda vez!

—Pero, Elaine, ¿quién dice que te derrotaron la primera vez?

No respondió. Estiré el brazo para tocarla en el hombro pero ella brincó y se volvió a mí con el rostro contraído en una mueca y las manos extendidas hacia mi garganta. Al instante comprendí que no había estado conversando con Elaine sino con el demonio que estaba en ella. Salté hacia atrás para eludirla a la vez que pasaba la mano por delante de mí y exclamaba:

—Pongo un escudo de fe en Jesús entre tú y yo. ¡No puedes tocarme, demonio!

Una voz gutural y carrasposa me dijo:

—Me llamo Legión. ¡Voy a matarte! Ahora estás sola y hace menos de cuatro horas que tu pastor te dijo que no nos confrontaras sola. No tienes suficiente poder. Ahora que estás sola ¡voy a matarte! Te has estado metiendo con la esposa de Satanás demasiado tiempo.

Creo que nunca había estado tan asustada en mi vida. Me sentía abrumada por la presencia del mal en aquella sala. Sabía demasiado bien que el demonio había escuchado cada palabra de mi conversación con el pastor Pat unas horas antes. Sabía también de mi depresión y desaliento. Instintivamente sabía que no debía dejarle ver el miedo que sentía. No dudaba que

si le permitía tomar ventaja me mataría. En primer lugar, el cuerpo de Elaine era mucho más fuerte que el mío y sin duda era mucho más fuerte todavía bajo el control demoníaco. Tragué fuerte y le contesté en lo que esperaba era una voz de mando:

—¡Oh, no, demonio! Elaine ya no es más la esposa de Satanás. Tú eres el entrometido. Podré estar sola, pero Jesús está conmigo y es con su poder que voy a derrotarte, no con el mío. No tengo que ser más fuerte que tú porque Jesús lo es.

—¡No sabes lo que dices! Voy darme gusto viéndote patear mientras te estrangulo. ¡Ahora verás!

Mientras hablaba, trató de nuevo de agarrarme. Volví a pasar la mano por delante y pedí el escudo de la fe en Jesús. Para mi alegría, el demonio tuvo que detenerse. Había una barrera invisible entre él y yo que no podía cruzar para asirme, por mucho que lo intentara. Su ira aumentaba mientras yo alababa al Señor por su fidelidad en protegerme.

La batalla duró 45 minutos. Oré, canté himnos, leí y cité versículos de memoria. Repetidamente ordené al demonio que saliera. Muchas veces intentó valerse del cuerpo de Elaine para dañarme físicamente, pero siempre se detenía cuando yo invocaba aquel escudo protector.

El Espíritu Santo me traía a la memoria versículo tras versículo. Le cité Lucas 10:19, Job 30:2-8 y Colosenses 2:15 varias veces y eso lo atormentaba. Le leí en Apocalipsis 18 sobre la caída de Babilonia, y le dije que allí también él estaba cayendo en aquella misma hora. El me gritaba, me maldecía, me amenazaba y por último comenzó a engatusarme para que lo dejara tranquilo; pero yo aproveché la ventaja que tenía. Por último con un alarido de furia salió de Elaine en medio de una violenta tos.

Estaba tan aliviada y enervada que rompí a llorar. La pobre Elaine había estado inconsciente todo el tiempo. No entendía por qué lloraba incontrolablemente. Yo temblaba de pies a cabeza. ¡Había estado tan asustada! Pero al sentarme y contarle a Elaine lo ocurrido, mi

alma se llenó de gozo al pensar que Jesucristo había sido fiel y me había impartido su poder y autoridad sobre aquellas cosas extrañas. A pesar de mi miedo, Jesús se había mantenido firme y me había librado de manos del enemigo. Elaine se sintió mucho mejor después de que Legión salió y nos fuimos a la cama. Fue la única noche que dormimos en las siguientes ocho semanas.

Los siguientes días con sus noches se nos volvieron un amasijo en que demonio tras demonio entraba en Elaine para tratar de matarla, o de matarme, o de matarnos a ambas. La batalla fue continua y sin descanso. Afortunadamente el hospital estaba a solo dos minutos de casa. Muchas veces durante el día el Señor me hablaba que corriera a casa porque Elaine estaba en problemas. Muchas veces la encontraba inconsciente en el piso, con un cinturón alrededor del cuello, su rostro azul ya por falta de oxígeno. Sus propias manos, bajo el dominio de un demonio, tiraban del cinturón con tanta fuerza que no podía respirar. A veces la encontraba sangrando, cuchillo en mano. A veces en un coma tan fuerte que apenas respiraba. A veces se estaba estrangulando con sus propias manos mientras los demonios trataban de romperle la laringe. Sé que era del Señor que yo estuviera en un turno en el que mayormente se estudiaba, por lo que tenía libertad de ir y volver del hospital.

Al siguiente día, después de mi primer encuentro con Legión, el Señor me habló y me dio el pasaje de 2 Timoteo 1:14 que dice:

«Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros.»

El Señor me mostró que Elaine era el buen depósito dado a mí, y que debía guardarle diligentemente con mi propia vida.

COMO LA batalla arreciaba, me preocupó que los demonios que eran expulsados de Elaine regresaran tan pronto. Mientras meditaba en oración, el Señor puso en mi mente un pasaje de un libro que había leído meses atrás: *The Conquest of Canaan* (La conquista de

Canaán) por Jessie Penn-Lewis. Decía:

Gálatas 5:24 es también un pasaje que confronta el caso: «Los que son de Cristo, han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias». Esta es judicialmente la posición de todos los hijos de Dios, pero también tiene que experimentarse. Porque en esta batalla espiritual, a menos que se aplique cuchillo a lo que la Biblia llama «carne», siempre será territorio que ataque el enemigo, para debilitarnos en el conflicto. La «carne» debe mantenerse bajo el cuchillo de la cruz, porque si hay cualquier autoindulgencia, o cualquier cosa que sea turbio en tu vida, y te aventuras a lanzar una ofensiva contra el enemigo, éste volverá a ti y, afincándose en ese «territorio» que no has crucificado, te presionará con devastador poder. Tienes que tener el cuchillo de la cruz firme, persistente e inquebrantablemente aplicado a la carne, a los apetitos de la carne, a cualquier autoindulgencia y al orgullo de la carne” (pagina 9).

Al ponerme a meditar y orar en cuanto a cómo se podía aplicar aquel pasaje a nuestra situación con los demonios de Elaine, el Señor proyectó un cuadro muy claro en mi mente que el Espíritu Santo me confirmó que era una visión espiritual. En la visión, Elaine estaba entre animales que se movían a su alrededor. Eran como enormes gatos feroces y horribles. Giraban y giraban a su alrededor y la olfateaban. De pronto uno de ellos se detuvo, olfateó y le saltó encima. Entonces comprendí.

Los animales que parecían gatos representaban a los demonios. Daban vueltas alrededor de Elaine tratando de encontrar una abertura, alguna puerta para entrar. Cuando la encontraban, saltaban dentro de ella y casi inmediatamente se manifestaban a mí. Le conté a Elaine la visión y le mostré el pasaje del libro. Me sentí guiada por el Señor en cuanto a que ella necesitaba pedirle al Señor que la examinara y le revelara

cualquier puerta abierta en su vida que debía cerrar mediante la confesión, el perdón y la sangre de Cristo. Admiro mucho su valor y su constancia.

Pasó dos días con sus noches en intenso autoanálisis. Estoy segura que fue una terrible experiencia. La visión estaba continuamente presente en mi mente durante aquel tiempo. Cada vez que uno de los animales saltaba al interior de Elaine inmediatamente un demonio emergía y la batalla duraba hasta que era expulsado. Tras esto pasábamos un tiempo de espera en oración para que el Señor le revelara a Elaine o a mí la puerta por la que el demonio había entrado. Invariablemente la puerta quedaba cerrada cuando Elaine confesaba la participación en algo o algún pecado, recibía el perdón y le pedía al Señor que cerrara para siempre aquella puerta con Su sangre. Finalmente, como a las dos de la mañana de un lunes, de pronto me percaté de que los «animales» giraban en dirección opuesta.

—Elaine —exclamé sorprendida—, ¿por qué giran en dirección opuesta?

Le pedí al Padre que le permitiera a Elaine ver la visión, y así lo hizo inmediatamente. Quedó pensativa por un rato.

—Será que ya no hallan puertas en la dirección en que iban —me dijo.

Todavía hablaba cuando vimos que uno de los demonios se paraba sobre sus patas traseras con las garras contra lo que parecía ser una barrera invisible.

—¡Elaine! —grité—, ¡tenemos que cerrar arriba!

Pero era demasiado tarde. El demonio había saltado la barrera invisible para introducirse por la abertura superior, y Elaine cayó en un coma profundo. Quedó bajo el control de un par de demonios llamados Coma y Sueño Interminable. ¡Aquella pareja me dio una lucha indescriptible! Eran muy poderosos e hicieron caer a Elaine en un coma tan profundo que las pulsaciones de su corazón bajaron como a 30 por minuto y a veces dejaba de respirar. Además eran difíciles de combatir porque no me hablaban y aparentemente no me escuchaban precisamente porque el cuerpo de Elaine

estaba en coma profundo.

Esta vez no fue diferente. Temí por su vida. Nada daba resultado. Oraba, cantaba himnos, les gritaba, abofeteaba a Elaine. Nada, excepto que el coma se hacía más profundo. Por último, desesperada y sin saber qué hacer, tomé la Biblia y me puse a leer en voz alta el libro de Apocalipsis. Los demonios detestan ese libro. Leí y leí con el corazón en la mano, pero firme en la confianza de que el Señor iba a salvarle la vida a Elaine. Cuando llegué como a la mitad del libro, el demonio de repente extendió la mano de Elaine y trató de arrebatarme la Biblia.

—¡Cállate! —gruñó—. No soporto más que sigas leyendo.

—Claro, demonio, este libro describe tu caída final y tu total destrucción. Si te quedas, te lo voy a leer varias veces. Y es más, le pediré al Padre que no deje que cierres los oídos para que puedas oírme. Tendrás que oírme, porque sé que te obligaré.

—No puedes hacer eso.

—¡Claro que sí!

Entonces oré en voz alta y le pedí al Padre que hiciera que aquel demonio escuchara todo lo que le leyera. Reanudé la lectura. La respuesta llegó al instante.

—¡Cállate la boca!

El demonio se sentía tan molesto que me gritaba. Claro que no lo complací, y por último tuvo que salir. Había descubierto cómo manejar demonios difíciles. Le podía pedir al Padre que les hiciera algo, como obligarlos a escuchar, y El lo hacía.

Aquella abertura superior fue difícil de cerrar porque tenía que ver con algo que Elaine quería mucho. Pero su valor y consagración al Señor prevalecieron y por fin quedó cerrada. Casi inmediatamente en la visión vi que uno de los «animales» cavaba a los pies de Elaine.

—¡Cuidado abajo!

De nuevo fue demasiado tarde. El demonio había entrado. Pasé otra hora batallando antes de expulsarlo. Elaine y yo nos pusimos a pedirle al Señor que nos revelara la abertura inferior. El Señor nos lo reveló a

las dos simultáneamente. Era orgullo. De nuevo tuve que enfrentarme a la terquedad de Elaine como durante el primer incidente con Mann-Chan. Hasta ese momento, Elaine tercamente no quería orar de rodillas. Años atrás, el Señor había tenido que resolver este problema en mí. Es humillante arrodillarse, pero yo había aprendido lo confortante que es. Había otros elementos de orgullo, pero por el momento parecían haberse concentrado en este asunto. Le dije a Elaine que en mi opinión el Señor le estaba pidiendo simplemente que se arrodillara y le pidiera perdón y que la libraría del orgullo. Me contestó con un no rotundo. Yo estaba molesta, porque con cada negativa un demonio entraba en ella y yo tenía que pasar como una hora batallando hasta expulsarlo. Por último, tomé el libro *The Conquest of Canaan* e hice que Elaine leyera en voz alta el pasaje que mencioné antes. Y le dije:

—Ahora vete a la sala y resuelve este problema con el Señor. ¡Y no vuelvas hasta que esté resuelto!

No sé, y nunca pregunté lo que sucedió entre Elaine y el Señor en la oscuridad de aquella sala a las 5 de la mañana, pero cuando Elaine volvió en actitud un tanto mansa, había una paz en ella que nunca antes había visto.

Instantáneamente «vimos» la obra terminada: un indescriptiblemente bello cilindro de luz. Flotaba en el cuarto y lo llenaba todo con su brillante, cálida y adorable luz. Vi a los animales demoníacos huyendo hacia las sombras. Nos sentamos a la luz y el calor del cilindro como si fuera el sol del mediodía. No lo comprendimos en aquel momento, pero estábamos viendo y sintiendo la gloria de Cristo al quedar concluida aquella obra en la vida de Elaine.

En realidad no vimos el cilindro de luz con nuestros ojos físicos, sino en nuestra mente a través de nuestro espíritu, por cuanto la visión nos la había dado el Espíritu Santo. Sin embargo, sentimos en nuestro cuerpo físico el calor y el amor que irradiaba. (Ver el capítulo 14.) Nos quedamos dormidas por primera vez en cuatro días. Una hora más tarde, al levantarme para

irme a trabajar, tuve el gozo de «ver» que aquel cilindro luminoso todavía estaba allí. Su calor y amor radiante fue un tremendo consuelo para nosotras. Pensé que la batalla había terminado. Qué error. No sabía que aquello era solo una parte de todo lo que había que hacer para limpiar la vida de Elaine.

Casi me desmayo cuando al regresar por la tarde me la encontré tirada en el sofá, azul, sin respiración, con un cinturón alrededor del cuello mientras sus manos lo apretaban bajo control demoníaco para que no pudiera respirar. Me sentía descorazonada al enfrentarme al demonio que trataba de matarla. ¿Cómo era posible? Todavía veía el cilindro lumínico en mi espíritu. ¿Cómo era posible que otro demonio hubiera entrado? Una y otra vez los demonios entraron aquella noche, y siempre me tomaban por sorpresa. No podía concebir que pudieran entrar, pero lo hacían. Estaba tan agotada que había estado confiando en que el cilindro era señal de que no podrían volver a entrar. Finalmente, con muchas lágrimas, oré que el Señor quitara la visión porque me daba cuenta que descansaba en ella y no en el Señor, y por lo tanto Satanás se valía de ella para manipularme. Todavía oraba cuando de repente el cilindro de luz desapareció. Aquella noche entramos en una nueva faceta de la batalla.

Yo estaba en la cocina preparando la comida cuando Elaine cayó en posesión de lo que pensé que era un demonio. Me di cuenta que había llegado también a la cocina cuando me hirió en la espalda con el enorme cuchillo que había estado usando para picar la carne. La agarré por la mano y le dije:

—No, demonio, te sujeto en el nombre de Jesús. Dame ese cuchillo.

Para sorpresa mía me respondió una voz femenina:

—No me puedes dar órdenes como a los demonios. No tengo que obedecerte a ti ni a tus estúpidas imprecaciones porque no soy un demonio. Y ahora les voy a dar una lección a ambas.

Comenzó una verdadera lucha libre en la que recibí varias heridas serias. Había sangre por todas partes en

la cocina. Mientras forcejeaba por quitarle el cuchillo y preservar nuestras vidas, le decía: «No me importa quién seas. Te derrotaré en el nombre de Jesucristo y por su poder». Por fin logré quitarle el cuchillo. Ya casi al borde del agotamiento, la obligué a sentarse en una silla.

—¡Te ordeno en el nombre de Jesús que me digas quién eres!

—Soy Sally.

¡Qué sorpresa! Sabía que Sally había sido amiga de Elaine y que ésta la había estado adiestrando como bruja. Tomó el lugar de Elaine como gran sacerdotisa. Era más arrogante que cualquier demonio y tan peligrosa como cualquiera. Podía sentir su tremendo odio.

—Pues, Sally, humana o demonio, te vas a arrodillar ante Jesús. No tienes alternativa, tú lo sabes, porque la Palabra de Dios en Filipenses 2:6-11 dice:

«El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y dióle un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre».

Mientras leía aquellos lindos versículos sentí que el Señor devolvía las fuerzas a mi cuerpo.

—Como ves, Sally, no puedes escoger. No importa que seas humana o demonio. También tus rodillas tienen que doblarse ante Jesús.

—¡Crees que Jesús es muy grande, eh! —me dijo con una risa burlona—. Todo eso es una sarta de mentiras. ¡Jamás me arrodillaré ante él!

Sentí que la furia me dominaba. Sin pensarlo, la agarré por los hombros, literalmente la levanté en peso de la silla, y la lancé de rodillas al piso; luego le puse la mano en el cuello y le empujé la nariz hasta el piso.

—¡Conque no te vas a arrodillar ante Jesús, eh! ¡Eso es precisamente lo que estás haciendo ahora, porque él está junto a nosotras aquí mismo!

No sé quién estaba más sorprendida, si Sally o yo. Elaine no es de las que pesan poco y ya yo estaba agotada por la lucha con el cuchillo. Dejé que Sally levantara del suelo la nariz de la pobre Elaine, pero seguí obligándola a estar de rodillas.

—Sally, convéncete. Satanás te está mintiendo, como le mintió a Elaine. Jesús es el vencedor, no Satanás. Satanás lo único que quiere es destruirte. Si él es el más fuerte, como dice, ¿por qué eres tú y no yo la que está en el suelo? Sally, tu única esperanza es entregarle tu vida a Jesucristo.

—No voy a seguir escuchándote, pero regresaré y te va a pesar —respondió, y al instante el cuerpo inconsciente de Elaine se revolvió contra el mío. Entonces despertó y me miró.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy tirada en el suelo? ¿Es ésta otra lección de humildad?

—Perdona —le dije, riendo, algo temblorosa y sacudiéndole la nariz—, por un momento olvidé que era tu cuerpo. Estaba tan furiosa con Sally.

—¿Con quién?

—Con Sally. Se puso a insultar a Jesús y a afirmar que jamás se arrodillaría ante El, y, bueno, la hice arrodillarse.

—Ya veo. Pero ¿qué vino a hacer aquí?

—A matarnos con el cuchillo de carnicero.

—¡Ja! Veo que no lo logré, aunque te había visto lucir mejor.

Mientras Elaine me ayudaba a limpiarme y a limpiar la cocina, le pregunté:

—Elaine, ¿hiciste alguna vez eso de meterte en el cuerpo de otra persona y hablar y moverte a través de ella?

—Claro, es fácil.

—¿Estabas consciente de lo que estabas haciendo y de lo que se dijo e hizo?

—Sí.

—¿Cómo lo hacías? ¿De qué otra manera podías haber entrado?

—En verdad no sé cómo lo hacía, pero lo hacía. Fue una de las primeras cosas que aprendí a hacer. Cuando tuve bastante poder, podía abandonar el cuerpo e ir a cualquiera parte y hacer lo que quisiera. Al hacerlo estaba consciente de lo que estaba haciendo y también de lo que estaba pasando con mi cuerpo físico.

De pronto, comprendí. El Espíritu Santo me trajo a la memoria un libro que había leído hacía más de un año. Emocionada corrí al librero a buscarlo. Le dije a Elaine que quizás hallara en él la respuesta a nuestro problema. Habla de «poder del alma» que en realidad es el poder del cuerpo espiritual humano cuando está bajo el dominio del alma. Hay dos libros que tratan el tema: *The Latent Power Of The Soul* (El poder latente del alma), de Watchman Nee, y *Soul And Spirit* (Alma y espíritu), de Jerssie Penn-Lewis. En los siguientes dos días Elaine y yo leímos juntas en voz alta el libro *The Latent Power Of The Soul*.

Ambas comenzamos a entender de qué extraño poder se había estado valiendo Elaine además del poder demoníaco durante tantos años. Satanás nunca le revela a su gente lo que están utilizando, sino solo les dice cómo usar el poder que hay en ellos. (El tópico del control del espíritu humano por el alma será explicado más ampliamente en el capítulo 14.) Elaine había estado controlando conscientemente su cuerpo espiritual.

Mientras aprendíamos sobre los espíritus humanos, fui conociendo a muchas de las brujas y brujos de la zona que se acercaban a Elaine con su cuerpo espiritual para tratar de matarnos. Uno de los más difíciles fue el que usó el seudónimo David. Era un gran sacerdote de un grande y poderoso capítulo del satanismo en la ciudad en que vivíamos. Era médico en el hospital

donde me estaba entrenando y me dijo que había jurado matarme a cualquier precio. Los espíritus humanos son mucho más difíciles de dominar que los demonios porque no le tienen ningún respeto a Dios. Esto me recuerda a Santiago 2:19, «Aun los demonios creen y tiemblan», y a Judas 8-13:

«De la misma manera también estos soñadores amancillan la carne, y menosprecian la potestad, y vituperan las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos maldicen las cosas que no conocen; y las cosas que naturalmente conocen, se corrompen en ellas, como bestias brutas. ¡Ay de ellos! . . . llevados de acá para allá de los vientos; árboles marchitos como en otoño, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas de la mar, que espuman sus mismas abominaciones; estrellas erráticas, a las cuales es reservada eternalmente la oscuridad de las tinieblas».

No importa cuan desesperada era la batalla, el Señor siempre me dio la fortaleza física que necesitaba. Al leer y aprender, el Señor comenzó invariablemente a señalarme que Elaine tenía que renunciar completamente a su capacidad de dominar el espíritu corporal con el alma. Me reveló que se había estado valiendo de eso para las batallas. Al fin comencé a comprender lo que había estado sucediendo durante el tiempo en que estuvo en el hospital. Ella y las enfermeras habían estado librando duelos de brujería bajo mis narices y yo no lo había notado. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. No en balde las enfermeras eran tan hostiles. ¡Elaine las derrotaba siempre!

Fue así como Elaine se vio frente a una de las pruebas más fuertes de su consagración a Cristo. No solo podía valerse del control consciente de su cuerpo espiritual, sino que podía ver y comunicarse con el mundo espi-

ritual cada vez que quería. Esto, por supuesto, le permitía ver cuando se acercaban a atacarla. Bajo la dirección del Señor le dije que en mi opinión la única manera de que la puerta de entrada de los espíritus humanos se cerrara era pedirle al Señor que le quitara todos los poderes de brujería que tenía, así como el control de su cuerpo espiritual. Que se los quitara de tal manera que aun si fuera a rebelarse y quisiera usarlos de nuevo no pudiera hacerlo.

Elaine luchó dolorosamente con esta decisión una buena parte del día. Sabía muy bien que al renunciar a todos sus poderes quedaría completamente indefensa contra los muchos que querían torturarla y matarla. Tendría que depender completamente del Señor. Pero su amor y consagración al Señor prevalecieron y aquella noche dio otro gigantesco paso cuando, ambas de rodillas, le pidió al Señor que la despojara de todos sus poderes y separara su alma de su espíritu como en Hebreos 4:12.

Aquella noche aprendimos otra importante lección. Me estaba quedando dormida cuando de repente el Señor me despertó y corrí al cuarto de Elaine. Estaba sentada en la cama bajo la potestad de un demonio. El demonio señalaba con las manos y los brazos extendidos. Cuando el Señor me permitió escuchar las guturales palabras que entre dientes pronunciaba, me horroricé al ver que estaba utilizando el cuerpo espiritual de Elaine y dirigiéndolo hacia Sally en un esfuerzo por matarla. Inmediatamente me le acerqué, pasé la mano de arriba a abajo frente al dedo índice del demonio y le dije:

—¡No, demonio, te lo impido con el poder del nombre de Jesús! Ya no tienes ningún derecho a utilizar el espíritu de Elaine porque ella le ha pedido al Señor que lo selle.

Gracias le doy al Señor de que ella hubiera dado tan importante paso. De otra manera el demonio hubiera tenido el derecho legal de usarlo.

Furioso, se volvió contra mí en chillante furia.

—¡Cómo te atreves a detenerme! ¡Su espíritu me

pertenece, y lo utilizaré como me dé la gana!

—No puedes, demonio. Ahora está bajo la sangre de Jesús y sellado para que nadie pueda jamás volver a usarlo. ¡Vete! ¡Te lo ordeno en el nombre de Jesucristo!

—Yo, el príncipe Yahshun, regresaré —me dijo, echándose para atrás con los ojos centelleantes de odio puro—. Te voy a matar por lo que has hecho esta noche. Y se fue.

El cuerpo de Elaine se apoyó en el mío y recobró el conocimiento. Le conté el incidente y cómo Yahshun había tratado de usar su espíritu.

—Dime, Elaine, ¿utilizaron los demonios tu espíritu de esa manera antes de que te entregaras a Cristo?

—Claro, muchas veces. No podía impedirlo. Me castigaron varias veces por tratar de impedirlo. Yahshun es un demonio muy poderoso. El y otros demonios como él utilizaban el espíritu de los miembros de la secta a su antojo. A veces esto resulta en debilitamiento y enfermedad para la persona. Satanás nunca pide, ¡sencillamente toma!

Más tarde en la noche me desperté violentamente cuando las manos de Elaine, bajo el control de Yahshun, me agarraban por el cuello. (Yo estaba tan agotada que había caído rendida y no había sentido a Elaine entrar al cuarto.) Luché frenéticamente para soltarme del acero de aquellos dedos que me estrangulaban. Mentalmente invoqué al Señor y El me dio fuerzas. De algún modo logré soltarme antes de desmayarme por falta de oxígeno. Rodamos en la cama y caímos al piso, enredados en desesperada lucha. Olas de temor me asaltaban. Boqueando para respirar, repetía: «Te derrotaré en el nombre de Jesús. ¡Vete ahora mismo!»

Luchó desesperadamente, con maldiciones y amenazas. Pero insistí en ordenarle que saliera en el nombre y con la autoridad de Jesús. Por fin, con un último chillido de furia salió. Instantáneamente hubo una gran quietud y una paz en el cuarto como no habíamos experimentado desde la vez que apareció el cilindro de luz. Como siempre, el Señor me había dado

la fortaleza que necesitaba. Pero las heridas se demoraron varias semanas en sanar. Tenía la laringe tan lastimada que tuve dificultad en hablar por varias semanas.

De nuevo respiramos con alivio pensando que nuestro problema con la entrada de espíritus humanos había terminado. ¡Qué equivocadas estábamos! En los siguientes dos días repetidas veces los espíritus de varios brujos y brujas nos atormentaron. Después de mucha oración e investigación descubrimos que hay tres niveles en el alma que controlan el espíritu: el consciente, el subconsciente y un profundo tercer nivel inconsciente (estos son, claro, los tres niveles en la mente). Es este tercer nivel inconsciente el que los demonios usan mucho. Elaine tuvo que pedirle al Señor que se ocupara de los tres niveles en que el alma controla al espíritu. Cuando lo hizo quedó sellada por el Señor. Desde aquel día, ni ella ni ningún demonio o persona ha podido volver a utilizar su cuerpo espiritual ni entrar en ella por esa puerta.

Durante nuestras batallas fui adquiriendo consciencia no solo del mundo espiritual sino también de los ángeles de Dios. Una noche, poco después de la lucha con Yahshun, caí enferma y me sentía más agotada y débil que nunca. Los demonios vieron esto y se volvieron más agresivos en sus ataques físicos. Cuando uno de los demonios salió a la superficie y trató de tomarme por la garganta alardeando ser más fuerte que los demás, el Espíritu Santo me ordenó: «No resistas, que yo me encargaré de éste».

Obedecí al instante, con la esperanza ferviente de haber oído bien al Señor. Las manos del demonio, que controlaban el cuerpo de Elaine, ya se cerraban en mi cuello: De repente, uno por uno, sus dedos fueron siendo apartados de mi garganta. Luego, sus manos fueron alejadas de mí, empujadas hacia abajo y firmemente e impotentes, puestas en cruz frente a mí. Yo no podía ver la fuerza que sujetaba las manos del demonio, pero éste parecía luchar con algo, y maldecía a viva voz. Como sus brazos permanecían firmemente sujetos a

pesar de sus protestas, me miró y gruñó:

—¡Quítame de arriba a esos ángeles, que me hacen daño!

Con gran gozo alabé al Señor por su ayuda y alegre le respondí al demonio:

—Demonio, yo no puedo darles órdenes. Si quieres que te suelten tienes que pedirselo a Jesús, no a mí.

Aquel demonio se fue casi al instante.

DURANTE LOS siguientes días recibí ayuda de los ángeles muchas veces. A veces los demonios se referían por nombre a los ángeles. A veces respondían a re-
gañadientes preguntas que yo no podía escuchar con mis oídos físicos, pero que obviamente los ángeles formulaban. Más de una vez, la mano de un demonio era detenida en seco en el aire al tratar de golpearme. Me sentí muy confortada y alentada al comprender que los ángeles estaban allí.

Una noche, como a la mitad de las ocho semanas de batalla, Dios nos dio nuevas instrucciones. Eran como las 3 de la mañana. Yo había estado luchando sin cesar con los demonios en Elaine desde que llegué del trabajo aquella tarde. Agotada, Elaine se había quedado dormida y yo estaba sentada en el sofá con las rodillas hacia arriba, la barbilla entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas ponderando los acontecimientos durante la batalla de aquella noche. Los demonios llegaban con más fuerza, eran más difíciles de confrontar y yo estaba cada vez más débil físicamente. Estaba bien preocupada por esto. En la última semana le había estado pidiendo al Padre que me revelara qué más podía hacer para fortalecerme contra los demonios.

De repente percibí una «presencia» en el sofá junto a mí, aunque no había hecho ningún ruido. Salté y miré. En el sofá junto a mí se hallaba el hombre más alto y mejor desarrollado que yo haya jamás visto en mi vida. Supe inmediatamente que aquel hombre no era humano.

Tenía un pelo dorado resplandeciente, ojos azules profundos y la sonrisa más encantadora que yo había

visto. Estaba bien afeitado y un pliegue profundo partía su mejilla al sonreírme. Vestía de blanco esplendente con un cinturón dorado y una enorme espada a su lado. Su capa estaba ribeteada de un cordón dorado que sin duda era de oro puro. Llevaba también pantalones blancos bien sueltos y sandalias doradas. Su piel estaba bellamente dorada de sol. De él emanaba una luz con un poder que nunca yo había sentido. Inmediatamente dijo:

—Mujeres, les traigo un mensaje del Padre.

Antes de que pudiera decir más lo interrumpí no con mucha cortesía y le dije:

—¡Un momento! ¿Quién eres?

—Soy tu ángel guardián.

Me impresionaba no solo su tamaño y sus brillantes vestiduras blancas, sino la mirada de pureza de sus ojos. Sin embargo, el versículo de 2 Corintios 11:14 saltó en mi mente:

«Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz.»

También recordé 1 Juan 4:1-3:

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo es venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios . . . ».

Con estos versículos rondándome en la cabeza le dije bruscamente:

—Bueno, he encontrado demonios que han afirmado ser mis guardianes. ¿Quién es tu amo? ¿A quién sirves?

—Sirvo al Señor de las Huestes.

—No me basta, porque Satanás dice ser eso.

Sonrió de nuevo y respondió:

—Sirvo al Señor de señores y Rey de reyes, a Jesucristo quien nació de una virgen, vino a la tierra en carne, murió en la cruz y se levantó de la tumba tres días más tarde. Este mismo Jesús, que es Dios y ahora

está sentado a la diestra del Padre en el cielo, es mi Señor y mi dueño.

Me sentí aliviada, porque había salido airoso de la prueba que nos da el Señor en 1 Juan 4:1. Ningún demonio hubiera hecho una declaración semejante, porque Satanás lo despedazaría al instante.

—Ah, qué bien. Perdóname, pero tenía que estar segura de quién eres. Temía que fueras un demonio disfrazado tratando de engañarme.

—El Padre me envió para infundirte valor —me dijo, tras asentir con la cabeza—. No tengas miedo ni te desanimes, porque estamos contigo para protegerte en cada paso. La batalla va a intensificarse de aquí en adelante. El Padre dice que no dejes de traer puesta la armadura de Dios.

—¿Te refieres a la armadura de Dios de Efesios 6?

—Efectivamente.

Efesios 6:10-18 dice:

«Por lo demás, hermanos míos, confortaos en el Señor y en la potencia de su fortaleza. Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes, habiendo acabado todo. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos de verdad, y vestidos de la cota de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de salud, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos».

No hay detalle en cuanto al cuidado de cada uno de los suyos tan pequeño que no lo atienda plenamente. Constantemente está cuidando de su pueblo y llevando a otros a Su iglesia. Su gloria se extiende sin reserva por todo el universo y allende el universo. No tiene fin.

Me senté a meditar sus palabras, tratando de imaginármelo todo tal cual es.

—Siempre he pensado que la gloria de Jesús debe ser algo así como una bella sonrisa. Es decir, todo está oscuro, y de repente el horizonte se va tiñendo de luces y colores hermosos. La luz y los colores van aumentando en intensidad y belleza a medida que el sol va surgiendo en el horizonte. Al hacerlo es tan brillante, tan lindo. ¿Será así la gloria de Jesús al acercarse a uno? —le dije.

—¡Así mismo, exactamente!

Nos sentamos y conversamos como por dos horas. Nunca olvidaré aquella maravillosa experiencia. El amor de Dios que irradiaba aquella criatura era tan intenso que obtuve una nueva percepción de la grandeza del Amor de Dios hacia nosotros. El ángel me dijo que el Señor se ocupa tanto de sus hijos que cada vez que uno de ellos llora envía un ángel a sostenerlo en sus brazos y consolarlo. La persona no se da cuenta, por supuesto, pero es así.

El ángel me dijo también que Dios ha creado a todos sus ángeles con tanto amor, que cada persona tiene un ángel de la guarda que la protege porque él ama tanto a esa persona que solicitó del Padre que se le concediera la tarea de guardarla desde que nace. Me acordé de Hebreos 1:13-14 que dice:

«¿A cuál de los ángeles dijo jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de lo que serán herederos de salud?»

Aquella noche aprendí muy profundamente el significado del versículo que dice:

«Antes, como está escrito: Cosa que ojo no vio,

ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman. Empero Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios».

1 Corintios 2:9-10

El ángel me había señalado muchos pasajes bíblicos que, al estudiarlos en oración, me revelaron mucho más de los increíbles planes de Dios para con su pueblo en el futuro.

La batalla arreció mucho tras aquel encuentro con el ángel, pero hallé que cada día al clamar al Padre por la armadura, me fortalecía y no sufría en mi cuerpo tanto como resultado del constante conflicto con los demonios.

Durante este tiempo de batalla comprendí que había llegado al punto en que ya no me importaban las posesiones ni ninguna de las actividades sociales que solía disfrutar. Me estaba volviendo muy diferente de la gente que me rodeaba. No podía hablar con nadie de mis experiencias, excepto ocasionalmente con el pastor Pat. No sabía de nadie más que me pudiera entender. Me preocupaba que estuviera perdiendo el balance. Le presenté el problema al Padre en oración, y descargué mis dudas y temores. Sabía que no era tan inteligente como para detectar o deducir los engaños de Satanás, así es que debía de tener fe en que el Señor me mostraría cuando estaba a punto de caer en una trampa.

En ese momento el Señor me indicó que leyera la primera epístola de Pedro. Reconozco que me sentí un tanto desilusionada porque no comprendía en qué sentido me ayudaría, pero obedecí al Padre. Al leer, el Señor me dio una nueva percepción de aquellos preciosos versículos: « . . . a los extranjeros esparcidos . . . » (1 Pedro 1:1). « Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos . . . » (2 Pedro 2:11). Entonces el Señor trajo a mi atención dos pasajes más:

«Bendito sea Jehová, mi roca, que enseña mis manos a la batalla, y mis dedos a la guerra: Misericordia mía y mi castillo, altura mía y mi

libertador, escudo mío, en quien he confiado:
el que allana mi pueblo delante de mí».

Salmo 144:1-2

«Porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria; no mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven, porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas».

2 Corintios 4:17-18

Hay un precio que se paga cuando fijamos los ojos (o la atención) en lo que no se ve. Nos volvemos extranjeros y peregrinos en este mundo. En verdad no tenemos una patria en la tierra. Llegaremos a la patria solo cuando Jesús regrese a llevarnos a vivir con El.

Con el transcurso de las semanas aumentaba mi preocupación de que la intensa batalla con los demonios estaba destruyéndole el cuerpo a Elaine. Muchas veces le pregunté al Padre por cuanto tiempo más se prolongaría, y siempre su respuesta fue: «Hasta que hayan aprendido suficiente». Por fin llegó el día en que el Padre me dijo que llamara al pastor Pat para que fijara el momento de la liberación final de Elaine. Así lo hice, pero sin que Elaine lo supiera. Si se lo decía, los demonios que había en ella lo escucharían y harían lo posible por impedirlo.

Cuando el día de la liberación final se acercaba, los demonios y los espíritus de los brujos y brujas locales estaban siendo un problema cada vez mayor. Como no los veíamos, no estábamos prevenidos del ataque. Constantemente, Elaine y yo éramos levantadas en peso y arrojadas por la habitación; los muebles y otros objetos frecuentemente eran lanzados contra nosotras por seres invisibles. Estábamos arañadas de pie a cabeza a causa de los ataques.

Por fin llegó la víspera de la liberación de Elaine. Estábamos totalmente agotadas y me temía que Elaine estuviera también muy enferma. Tratábamos de tirarnos a descansar, pero continuamente algún espíritu

invisible nos lanzaba de la cama contra el piso o contra la pared. Había una creciente presencia del mal en la casa que pesaba enormemente en mi espíritu. Aun el aire parecía tan denso por el mal, que se hacía difícil hasta respirar.

Tarde en la noche estaba yo sentada al borde la cama de Elaine acurrucándola en mis brazos, tratando desesperadamente de sujetarla y escudarla con mi cuerpo de los continuos ataques. Elaine estaba tan débil que ya no tenía fuerzas ni siquiera para resistir los ataques. Con lágrimas en los ojos le pedí a viva voz al Señor que nos ayudara.

«¡Huye!» fue la palabra que de pronto centelleó en mi espíritu con gran fuerza. «¡Huye!» Entonces el Señor me inundó la mente con el pasaje de Mateo 2 en que un ángel le indicó a José a medianoche que tomara a María y al niño Jesús y huyera a Egipto. Comprendí que tenía que tomar a Elaine y correr, o nos matarían.

Le pedí al Señor que nos envolviera para que los demonios y los espíritus humanos no nos vieran salir. Inmediatamente los ojos espirituales se me abrieron y vi un círculo de poderosos ángeles guerreros que nos rodeaban. Elaine estaba apenas consciente y no podía dar un paso. Yo no estaba mucho más fuerte que ella, pero sabía que teníamos que obedecer aquella urgente orden. Así que me tiré de la cama con Elaine en brazos. Me fui de bruces con el peso de Elaine cuando escuché que uno de los ángeles dio una orden e inmediatamente dos ángeles nos levantaron y nos llevaron al automóvil. Pusieron a Elaine en el asiento de atrás y le ciñeron el cinturón de seguridad antes de cerrar cuidadosamente con llave la puerta. Ya estaba totalmente inconsciente.

Como no sabía a dónde ir, solo eché a andar el automóvil. Era una bella noche en que las estrellas y la luna brillaban intensamente. Ya en la carretera, el Señor me permitió ver a través de mi espíritu lo que estaba sucediendo en casa. Los demonios y los espíritus humanos nos buscaban frenéticamente por la casa y el patio. Alabé al Señor por su bondad y misericordia para con nosotras. Satanás y sus siervos no tenían idea de

dónde estábamos. ¡Estábamos completamente escondidas! Entonces el Señor me indicó que fuera a casa de mi hermano. Llegamos como a las 3 de la mañana y allí pasamos el resto de la noche.

A la mañana siguiente puse a Elaine en el auto y nos dirigimos a la iglesia. Como a medio kilómetro de la iglesia Elaine se volvió y me dijo:

—Rebecca, no me has dicho a dónde vamos. Sé sincera y dime qué está pasando.

—Nos dirigimos a la iglesia. Hoy es el día que el Señor ha señalado para tu liberación definitiva.

—¡Estupendo! — fue lo que único que alcanzó a decir. Inmediatamente los demonios se manifestaron. Estaban enfurecidos, y chillaban como locos. Gracias al Señor que había obedecido y que le había puesto el cinturón de seguridad a Elaine y le había echado el pestillo a la puerta. Si no, los demonios la hubieran lanzado del auto. Al doblar la esquina de la iglesia la lucha por escapar se volvió frenética. Pero el Señor lo tenía todo bien planeado.

Al estacionarme y volverme para tratar de sujetar a Elaine, mi amiga Judy, que estaba allí para ayudarnos, se acercó rápidamente al auto con una Biblia abierta en la mano. Abrió la puerta de Elaine y dijo:

—Escucha el pasaje que el Señor nos ha dado para hoy:

Alabarte he con todo mi corazón: Delante de los dioses te cantaré Salmos. Encorvaréme al templo de tu santuario, y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu verdad: Porque has hecho magnífico tu nombre, y tu dicho sobre todas las cosas. En el día que clamé, me respondiste; esforzásteme con fortaleza en mi alma. Confesarte han, oh Jehová, todos los reyes de la tierra, cuando habrán oído los dichos de tu boca. Y cantarán de los caminos de Jehová: Que la gloria de Jehová es grande. Porque el alto Jehová atiende al humilde; mas al altivo mira de lejos. Si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás: Con-

tra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y salvaráme tu diestra. Jehová cumplirá por mí: Tu misericordia, oh Jehová, es para siempre; no dejarás la obra de tus manos.

Mientras Judy leía aquellas bellas palabras los demonios se aquietaron en Elaine y quedaron bajo control. Entonces Judy y yo ayudamos a Elaine a salir. Cuando llegábamos a la puerta de la iglesia comenzó de nuevo la frenética lucha. Pero de nuevo, el Señor lo tenía todo listo. El pastor Pat y su ayudante nos recibieron a la puerta de la iglesia. Cada uno agarró a Elaine por un brazo.

—Veo que por aquí tenemos algunos demonios que no están muy contentos — exclamó el pastor Pat—. Demonios, callen y tranquilícense. ¡Lo ordenamos en el nombre de Jesucristo!

Si el Señor no hubiera tenido allí a aquellos hombres para que nos ayudaran, dudo que Judy y yo hubiéramos podido conducir a Elaine por el pasillo hasta la oficina del pastor. Inmediatamente, cuando los cinco entramos en el estudio y cerramos la puerta, la batalla comenzó. Y rugió por las siguientes diez horas. Los demonios eran como animales salvajes enjaulados y peleaban desesperadamente porque sabían que les había llegado la hora. Pero no tenían ni la más mínima posibilidad de ganar porque el poder y la presencia del Señor era formidable en aquella oficina.

Aquel día estará siempre en mi memoria como una de mis más bellas experiencias. El Señor lo tenía todo bajo control y la coordinación era absolutamente perfecta: primero usaba a uno y después al otro. No habíamos podido liberar completamente a Elaine antes porque no sabíamos qué puertas había que cerrar en ella. Aquel día el Señor nos lo fue revelando poco a poco.

Cuando una persona está tan poseída como Elaine, a los demonios hay que irlos sacando de adentro hacia afuera. He confeccionado una lista de las puertas en el orden en que deben ser cerradas. El Señor nos mostró aquel día, y en muchísimas otras ocasiones desde

entonces, que es mucho más fácil y eficiente ir limpiando al individuo por áreas en vez de ir sacando determinados demonios. Además, de esta manera la persona que está liberando controla a los demonios en vez de esperar a ver qué se manifiesta. El líder o cabeza de cada área es echado fuera simultáneamente con sus subordinados. Son demasiados los demonios para tratar de irlos sacando uno a uno; tomaría demasiado tiempo, y haría que los participantes se cansaran demasiado y se desalentaran. (El demonio Legión puede tener como cuatro mil subordinados. En Lucas 8, el Señor nos dio el ejemplo de echarlos fuera a todos de una vez.)

1) En la mayoría de las personas que han estado muy envueltas en el ocultismo hay una puerta para Satanás mismo. Esta puerta bien profunda la mantiene abierta un demonio de muy alto rango que se autotitula «hijo de Satanás». (Nota: este título cambia según las diferentes zonas geográficas, y el nombre de cada demonio en particular cambia también, y son demasiado numerosos para poder hacer una lista. Para establecer autoridad sobre un demonio basta especificar su función.) Esta puerta le permite a Satanás entrar en la persona y hablar y actuar a través de su cuerpo como se le antoje.

2) Lo siguiente es el *espíritu humano*. Hay un demonio de alto rango sobre todo el espíritu. Este demonio suele ser llamado «espíritu guía» pero puede adoptar diferentes títulos en varias zonas. Mann-Chan era el espíritu guía de Elaine. Luego hay tres áreas dentro del espíritu, y cada área tiene un demonio jefe con muchos subordinados.

Las tres áreas del espíritu son:

- *La conciencia* o capacidad para discernir entre lo bueno y lo malo.
- *La intuición* o capacidad de discernir al Señor y sentir su presencia.
- *La adoración* o área a través de la cual adoramos al Señor «en espíritu» como dice Juan 4:23: «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos ado-

radores adorarán al Padre en espíritu y en verdad . . . »

3) El alma tiene varias áreas. El demonio jefe de toda el área del alma se refiere a sí mismo como demonio de «poder». De estos demonios de poder hablaremos con detalle en el capítulo 14 donde se abordará el tópico del espíritu controlado por el alma. Hay seis áreas en el alma. Las primeras tres tienen que ver con el control del espíritu:

conciencia
subconsciencia
inconsciencia

Luego hay tres áreas más:

voluntad
mente
emociones

Repito, cada una tiene un demonio jefe con subordinados.

4) Por último está el *cuerpo* físico. El demonio jefe del cuerpo por lo general es un «demonio de la muerte» como Yaagog. Son poderosos y muy capaces de causar en poco tiempo la muerte de la persona que habitan con enfermedades si el Señor no los frena. Las áreas del cuerpo son:

- El *cerebro*, o sea, el órgano físico.
- El resto del *cuerpo físico* mismo.
- El *sexo*. El demonio jefe de esta área mantiene abierta la puerta que da a Satanás el derecho legal a tener relaciones sexuales con las personas, y lo mismo a otros demonios.

Hay muchos pasajes que se refieren a lo que acabamos de mencionar y las confirman. Ni el tiempo ni el espacio nos permiten hacer una lista de todos los pasajes. El que nos es más importante es:

«Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida

de nuestro Señor Jesucristo».

1 Tesalonicenses 5:23

Si usted tiene más preguntas en cuanto a estas áreas, le recomendaría que se leyera el libro *El hombre espiritual* de Watchman Nee, que da excelentes referencias bíblicas y una explicación de estas áreas.

El ayudante del pastor nunca había estado en una sesión de liberación y no supo de ésta sino hasta como una hora antes de que comenzara. Me resultó simpático el comentario que hizo cuando nos tomamos un descanso como a la mitad del trabajo:

—Todo esto hace que el cortar el césped me parezca horriblemente trivial.

Entonces nos contó de una singular experiencia que había tenido la noche anterior. Era bien tarde y estaba leyendo en su oficina de la iglesia cuando «de repente el Espíritu Santo me arrancó el libro, me hizo levantar las manos en el aire y me ordenó que me pusiera de pie. Cuando lo hice, me dijo que tomara un frasco de aceite y fuera a la oficina del pastor. Yo era la única persona en la iglesia en aquel momento. El Espíritu Santo me mandó que cerrara con llave las puertas y ungiera los marcos y los dinteles de las puertas, luego las puertas mismas, luego las ventanas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que le pidiera al Señor que sellara aquella oficina. Así lo hice pero sin ni imaginarme por qué. La oficina permaneció cerrada y sellada hasta que entramos esta mañana».

Alabamos al Señor por Su provisión. Aquella oficina había sido sellada para protegernos de cualquier interferencia externa durante la liberación de Elaine.

En total, la batalla se prolongó más allá de las diez horas. ¡Qué tiempo de alabanza y regocijo al final! Una vez más el Señor había cumplido su palabra y había libertado al cautivo. Desde aquel día Elaine ha permanecido libre de demonios. ¡Jamás bastarán las palabras para alabar al Señor por su maravillosa liberación!

Entradas

Habla Rebecca:

LAS ESCRITURAS son bien claras. *Cualquier* relación con Satanás abre una puerta en la vida del individuo para la entrada del poder satánico, la contaminación demoníaca o ambas. El hecho de que la persona sea cristiana o no cristiana no hace diferencia. Levítico 19:31 dice: «No os volváis a los encantadores y a los adivinos: no los consultéis *ensuciándoos con ellos*: Yo Jehová vuestro Dios».

Aunque La Hermandad es una secta muy fuerte y crece con rapidez, son solo un puñado comparados con el vasto número de personas cautivas en relaciones periféricas con lo oculto y otros pecados que abren la puerta de sus vidas al poder de Satanás. Estas puertas (creadas por el pecado) proporcionan a Satanás derecho legal, según la Palabra de Dios (la Biblia), para ejercer poder en sus vidas. Los cristianos no están protegidos porque si abren esas entradas significa que participan conscientemente en el pecado, la ignorancia, o ambos.

«¿Pues qué? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo de la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Romanos 6:15-16

«Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento».

Oseas 4:6

Cada persona no solo debe percatarse de estas áreas de influencia en su vida, sino también debe desear anunciar el glorioso evangelio de Jesucristo a los

demás. Muchísimas personas no pueden aceptar a Cristo cuando alguien les habla porque su *voluntad* y su *mente* están literalmente atadas por los poderes de las tinieblas a través de alguna puerta en su vida presente o en el pasado.

«Que si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto: en los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios».

2 Corintios 4:3-4

Cualquier relación con lo oculto, no importa cuán superficial o breve sea, es una puerta. Me refiero a cosas como jugar con el horóscopo, visitar por curiosidad a un adivino, leer las hojas de té, leer las manos, etc. ¿Cuántos de nuestros festivales para recaudar fondos en las escuelas e iglesias tiene un adivino de algún tipo? ¡*Nada* de esto es inofensivo! A los pequeños se les permite ir a esas personas en tales fiestas «para que se diviertan». ¡Cuántos de estos niños después no pueden aceptar a Cristo como Salvador o, si ya son cristianos, en algún momento pierden interés, o no pueden crecer en la vida cristiana! Nos espantaría si supiéramos el número de bajas por solo esta causa. Yo personalmente he visto más de esto de lo que quisiera aun pensar. Otra vez, la Biblia no puede ser más clara:

«No sea hallado en ti quien haga pasar su hijo o su hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a pitón, ni mágico, ni quien pregunte a los muertos. Porque es abominación a Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios las echó de delante de ti».

Deuteronomio 18:10-12

Una simple visita de curiosidad a una sesión espiritista basta para afectarlo a uno por el resto de la vida. Igualmente estudiar libros sobre las artes ocultas, ju-

gar con una ouija, probar nuestra percepción extrasensorial, experiencias síquicas, proyección astral, meditaciones *de cualquier* tipo que incluyan la pérdida de conciencia o dejar la mente en blanco, o que empleen aguas, aceites o minerales en los que se ha introducido una vara o un péndulo. Igualmente peligrosa es la participación en magias de cualquier tipo, en levitaciones (mover objetos sin tocarlos físicamente), en consultas con médiums o espiritistas para tratar de localizar objetos perdidos, la práctica de cualquiera de las artes marciales o el yoga; y, claro está, cualquier práctica de brujerías en forma de maleficio y encantamientos. Cualquiera de éstos *abre puertas* al influjo de los poderes satánicos y demoníacos.

Cualquier uso o abuso de drogas heroicas, o las borracheras repetidas son también puertas de entrada. El abuso infantil casi siempre resulta en contaminación demoníaca. Por eso es que los niños víctimas de abuso, a menos que sean liberados, se convierten en padres que abusan de sus hijos. Cualquier incidente que produzca un severo trauma emotivo o físico puede resultar en el quebrantamiento de las defensas y en la entrada de espíritus demoníacos. Esto puede ocurrir lo mismo en niños que en adultos.

Las relaciones sexuales son otra puerta amplia. Los demonios pasan de una persona a la otra durante el coito. Esto es porque las dos personas se vuelven «una carne». Dice 1 Corintios 6:16 y 18,

«¿O no sabéis que el que se junta con una ramera es hecho con ella un cuerpo? Huid la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre hiciera, fuera del cuerpo es; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca».

Fornicación es la relación sexual entre un hombre y una mujer que no están casados entre sí.

Por eso es que Dios ha dado a su pueblo tantos mandamientos que prohíben el coito entre quienes no son esposo y esposa. Es para protegernos de este tipo de contaminación demoníaca. Las violaciones sexuales a veces violentas, particularmente con niños, son una

puerta que he encontrado muchas veces en mi práctica de la medicina. Estas resultan en la entrada de los más poderosos demonios que he encontrado. El incesto y cualquier participación en la homosexualidad siempre conducen a la contaminación demoníaca. Lo mismo se puede decir de cualquier práctica sexual de las que condena la Biblia que se ven en la pornografía moderna.

Con frecuencia me han preguntado sobre los problemas del coito cuando uno de los dos cónyuges no es salvo y participa abiertamente en el pecado. En estos casos, creo firmemente que el cónyuge creyente puede descansar en la promesa de 1 Corintios 7:12-16:

«Si algún hermano tiene mujer infiel, y ella consiente en habitar con él, no la despida. Y la mujer que tiene marido infiel, y él consiente en habitar con ella, no lo deje. Porque el marido infiel es santificado en la mujer, y la mujer infiel en el marido: pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos; empero ahora son santos. Pero si el infiel se aparta, apártese: que no es el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso; antes a paz nos llamó Dios. Porque ¿de dónde sabes, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O de dónde sabes, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?»

En tales caso, el cónyuge cristiano solo tiene que pedirle al Señor que santifique su lecho matrimonial y su cónyuge infiel y que cierre esa puerta con la sangre de Cristo para que el cónyuge creyente no se infecte de demonics del otro durante el coito.

La hipnosis es otra gran puerta. La persona que es hipnotizada tiene que someter tanto su voluntad al hipnotizador que queda abierta a cualquier cosa que el hipnotizador desee poner en ella. Hay ciertos demonios que mantienen abiertas las puertas a la influencia del hipnotizador. El hipnotismo para dejar de fumar o dominar el apetito para perder peso es cura demoníaca.

La acupuntura es otra forma de cura demoníaca. Las

religiones orientales son todas formas de adoración demoníaca. El público no sabe que las agujas que se emplean en la acupuntura están bendecidas por varios líderes de religiones orientales antes de su uso y por lo tanto son puertas directas para la entrada de demonios. He visto extrañas contaminaciones producidas por agujas de acupunturistas además de contaminaciones demoníacas. Cualquiera curación sobrenatural que no sea la que llegue directamente de Jesucristo es cura demoníaca y resulta en contaminación demoníaca o posesión demoníaca o ambas cosas. Dios mismo concedió a los hombre el don del conocimiento utilizado por la ciencia médica moderna. Lucas, autor de dos libros del Nuevo Testamento, era médico.

Cualquier participación en prácticas de las religiones orientales como la meditación trascendental, el yoga, etc., resulta en contaminación demoníaca, posesión o ambas cosas. Un estudio cuidadoso de las enseñanzas de cualquier religión a la luz de la Biblia señalará enseguida sus errores.

La mayoría de las religiones orientales practican la meditación. La cuestión de la meditación es algo que la mayoría de los cristianos interpretan mal y Satanás ha escrito mucha literatura engañosa sobre la meditación que se hace pasar por literatura cristiana. Hay varias referencias en la Biblia a la meditación, pero hay una gran diferencia entre la meditación santa y la meditación satánica. Creo que estaría bien señalar aquí los principios básicos.

Una de las principales citas bíblicas sobre la meditación la encontramos en Josué 1:8:

«El libro de aquesta ley nunca se apartará de tu boca: antes de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito: porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien».

Deseo enfatizar que la meditación a que se refiere este pasaje es la lectura *activa* en que uno estudia y aprende de memoria la ley de Dios dada a los israelitas. Josué debía llegar a conocer tan bien la ley que

ésta llegara a formar parte de su persona. David siguió el mismo principio, y lo expresó en el Salmo 119:9-11:

«¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. Con todo mi corazón te he buscado: no me dejes divagar de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dicho para no pecar contra ti».

Según esto, David *activamente* procuraba algo: estudiar y aprender de memoria la ley de Dios para no apartarse de ella. La meditación que menciona la Biblia nunca es *pasiva*. La meditación satánica es pasiva. Satanás quiere que los hombres se queden con la mente en blanco, vacía de todo pensamiento. Esto abre una puerta para la entrada e influencia de los demonios, porque la verdad es que Dios nos manda a controlar nuestros pensamientos, a no dejar la mente en blanco. Si uno no controla la mente, Satanás lo hará.

2 Corintios 10:3-5 dice:

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, destruyendo consejos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo».

E Isaiás 26:3 dice:

«Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera».

Estos pasajes demuestran claramente que se nos ordena que controlemos la mente, que no la dejemos en blanco. Cualquier enseñanza sobre meditación que diga que tenemos que dejar la mente en blanco, libre de todo pensamiento, o repetir muchas veces ciertas frases para «dejar en blanco la mente» *es de Satanás*. Jesús dijo:

«Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles . . . ». Mateo 6:7

«Mas evita profanas y vanas parlerías; porque muy adelante irán en la impiedad».

2 Timoteo 2:16

Hay una enseñanza peligrosa en algunas iglesias carismáticas. Se les dice a los miembros que repitan ciertas frases vez tras vez, o que «dejen la mente en blanco para que el Espíritu Santo tome el control». (Lo hacen especialmente en un esfuerzo para que la gente hable en lenguas.) Cualquier mente en blanco será tomada por un espíritu, pero desafortunadamente por un espíritu impío, no por el Espíritu Santo.

Otra forma de lazo ocultista que es muy real, pero poco reconocida, es colocar «hechizos» o «encantamientos» o «brujerías» contra otra persona. Aun un cristiano puede ser terriblemente perjudicado por brujerías de este tipo dirigidas contra él. Mi propia experiencia es un buen ejemplo de esto. Yo no sabía lo que estaba pasando hasta que el Señor se lo reveló a mi pastor. De entonces acá he encontrado muchos pacientes con aflicciones de este tipo. A menudo saben de una persona, un amigo quizás, que está metido en el ocultismo, y han tenido algún problema con aquella persona sin sospechar que en venganza les va a «echar brujería». Por esta razón es imperativo que el cristiano ande bien cerca del Señor para que le dé discernimiento en tales casos.

Los demonios y la sujeción a los demonios son hereditarios. La entrada por herencia a menudo pasa desapercibida. Aunque ya no estamos bajo la antigua ley gracias al nuevo pacto en la sangre de Cristo, podemos hallar algunos principios muy importantes estudiando el Antiguo Testamento. Tenemos que tener en mente que cualquier pecado que no se pone bajo la sangre de Cristo constituye una base legal para Satanás.

Hay muchas referencias en el Antiguo Testamento a los pecados de los padres transmitidos a los hijos. Entre ellas tenemos Exodo 20:5, 34:7, Números 14:18 y Deuteronomio 5:9. Exodo 34:6-7 dice:

«Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: Jehová, fuerte, misericordioso, y pia-

doso; tardo para la ira y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo justificará al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación».

Hallamos también que cada vez que había un avivamiento importante en Israel, el pueblo se reunía a ayunar y a orar no solo en confesión de sus propios pecados, sino del pecado de su padres también. Por ejemplo, Nehemías 9:1-2:

«Y en el día veinticuatro del mismo mes se juntaron los hijos de Israel en ayuno, y con sacos, y tierra sobre sí. Y habíase ya apartado la simiente de Israel de todos los extranjeros; y estando en pie, confesaron sus pecados, y las iniquidades de sus padres».

Otros pasajes son 2 Crónicas 29:1-11 durante el reinado del rey Ezequías, 2 Crónicas 34:19-21, y muchos otros pasajes más.

El pecado de nuestros antepasados tiene un grave efecto en nuestra vida y la puerta hereditaria hay que cerrarla con oración, confesión y el poder limpiador de la sangre de Jesucristo. Determinadas habilidades y demonios pasan de generación en generación. Un caso comúnmente aceptado es el del don de «tirar el vaso». Pero lo que es especialmente dañino es cualquier relación con lo oculto, cualquier adoración de ídolos (que en realidad son demonios, 1 Corintios 10:14-21), cualquier contaminación demoníaca, cualquier juramento de alguno de nuestros padres o antepasados que comprometen a los descendientes (como la mayoría de los del ocultismo, el paganismo, el mormonismo y la masonería), etc.

Uno de los mayores instrumentos de Satanás hoy día en los Estados Unidos son los juegos ocultistas fantásticos en que uno asume diferentes papeles y que se han vuelto tan populares. Satanás se vale de estos juegos

para reclutar un vasto ejército entre los jóvenes más inteligentes del país, ejército que el Anticristo pudiera utilizar y controlar en un instante. Al participar en estos juegos, la gente cae bajo el control demoníaco sin darse cuenta de lo que está sucediendo. En muchos estados tales juegos están formando parte del currículo escolar de los estudiantes más inteligentes. Casi todas las escuelas tienen clubes extracurriculares en los que se participa en los juegos. En esencia, tales juegos son cursos acelerados de brujería. Lamentablemente los participantes no suelen comprenderlo hasta que es demasiado tarde.

La mayoría de los juegos tiene un líder que traza el plan general de cada juego. El juego es una aventura en la que se pelean muchas batallas contra varios «monstruos» y «seres» de diferentes habilidades y características. Hay muchos tomos voluminosos con cuadros y detalles sobre las capacidades de los diferentes caracteres. El jugador tiene que «visualizar» la acción en su mente. Mientras mejor pueda «ver» la acción y predecir las jugadas de los «monstruos» y demás jugadores, más avanzado está uno en el juego.

Lo que la gente no sabe al principio es que aquellos monstruos son demonios. Lo que creen visualizar mentalmente en realidad lo están viendo en el mundo espiritual. Mientras más capacidad adquieren para «ver» el juego, más en sintonía están con el mundo espiritual. La imaginación es puente clave para ponerse uno en contacto con el mundo espiritual. No sé en qué momento los jugadores quedan contaminados de demonios, pero he trabajado con muchos jóvenes que han andado con esos juegos y todavía no he encontrado uno a nivel de líder de juego que no tenga demonios y que no lo sepa. Claro, mienten en cuanto a esto. Varios me han dicho que los demonios se les acercan y les hablan, y, para obtener mayores poderes, invitan al más inteligente de los demonios a entrar en ellos.

Los manuales más avanzados detallan sortilegios, conjuros y escritos satánicos que son utilizados y enseñados a los brujos y brujas en La Hermandad

misma. Los jugadores sienten la extraña fascinación y el poder de los juegos. Pocos comprenden la trampa que representan. Están completamente engañados. ¿Cuántos de nuestros jóvenes que una vez fueron cristianos activos y entusiastas han perdido interés en el Señor por jugar esos juegos? Otro incalculable número de ellos jamás llegará a un conocimiento salvador de Jesucristo por culpa de los lazos demoníacos en que han caído al jugar tales juegos.

La influencia del ocultismo es desenfrenada en los juguetes de niños pequeños y en las tiras cómicas de la televisión. Los niños por naturaleza son muy imaginativos. Satanás sabe que si puede dirigir esa imaginación hacia el mundo espiritual pronto aprenderán a ver a los demonios y a comunicarse con ellos. Los padres deben de ser muy cuidadosos en cuanto a con qué juguetes juegan sus pequeños, y qué programas de dibujos animados ven en la televisión.

La biorreacción ha tenido tremenda resonancia en el mundo de la medicina en los últimos años. Su crecimiento ha sido fenomenal. Se usa principalmente contra el dolor, la presión arterial y el control del abuso de la droga y el alcohol. La Hermandad ha usado la biorreacción desde muchos años antes de que su uso se hiciera público. Descubrieron que era el método más rápido de enseñar a las brujas a tomar conciencia del cuerpo espiritual y por lo tanto a entrar en contacto con el mundo espiritual.

En esencia, la biorreacción enseña a la persona a controlar las funciones del cuerpo que Dios no nos ha mandado a controlar y que por lo tanto no debemos hacerlo. Enseña a controlar conscientemente el cuerpo espiritual, con lo que a su vez controla y altera lo que está sucediendo en el cuerpo físico. Repito, muy pocos de los que se inician en el programa saben en lo que se están metiendo. Los cristianos nunca deben practicar la biorreacción, que no es más que yoga modernizado, meditación satánica y brujería.

Otra cosa que suele pasar desapercibida, pero que es muy poderosa, es la música *rock*. La música *rock* es

música del diablo. Como muchas otras cosas, todo el movimiento de la música *rock* fue cuidadosamente planeado y ejecutado por Satanás y sus siervos desde el mismo comienzo. La música *rock* no es producto de la casualidad, sino que responde a un plan cuidadosamente concebido nada menos que por el mismo Satanás. Como mencioné anteriormente en el libro, Elaine conoció personalmente a un buen número de estrellas del *rock*. Todos habían accedido a servir a Satanás a cambio de dinero y fama. Han recibido todo lo que deseaban, pero también muchas cosas que no esperaban. Sus vidas y sus almas están destruidas. Estas estrellas *saben* exactamente lo que están haciendo. Están enseñando paso a paso a incontables millones de jóvenes a adorar y servir a Satanás.

Elaine asistió a ceremonias especiales en varios estudios de grabación en los Estados Unidos con el propósito específico de incorporar «bendiciones» satánicas en la música *rock* que se grababa. Ella y otros hacían conjuros para colocar demonios en cada disco y casete de música *rock* que se vendía. A veces llamaban a ciertos demonios para que hablaran en las grabaciones, especialmente en los mensajes grabados al revés. *Además*, en muchas de las grabaciones las voces de los mismos satanistas quedaron grabadas en el trasfondo (disimuladas por el ruido general de la música) con conjuros y encantamientos para llamar más demonios cada vez que una de las grabaciones fuera tocada. Mientras suena la música, los demonios son llamados a presentarse en el cuarto a afligir a quien haya puesto la grabación o esté escuchando la música.

¿Con qué propósito? ¡*Control mental!* Control mental no solo para dar a los oyentes comprensión de los mensajes de Satanás transmitidos por la música, sino también para evitar que reconozcan la necesidad que tienen de Jesús y la salvación por la que El murió en la cruz.

Mucha de la letra de las canciones son conjuros en los que se llama a los demonios. El propósito es doble: ejercer control sobre el oyente y enseñarle conjuros de

los que pueda valerse para enviar demonios contra otra persona. Esto permite a las personas vengarse afligiendo a sus enemigos con enfermedades, accidentes, etc, así como ayudar a influenciar a otros para que caigan en las redes de la música *rock*.

Recomendamos el libro *The Devil's Disciples—The Truth About Rock* (Los discípulos del diablo: La verdad sobre la música *rock*), por Jeff Godwin, publicado por Chick Publications, Inc., para un estudio a fondo de la música *rock*. Este libro es excelente para que los padres entiendan la música *rock* que sus hijos oyen.

Todas estas puertas deben ser cerradas.

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad». 1 Juan 1:9

Si has participado en cualquiera de estas cosas puedes fácilmente cerrar la puerta orando así:

Padre, te confieso que he andado en_____.
Reconozco que tal(es) cosa(s) es(son) abominación ante ti y detestable(s) ante tus ojos.
Humildemente te pido perdón por haber pecado en esto. Te pido que elimines cualquier puerta demoníaca que haya resultado de mis acciones y que me limpies de mis pecados y cierres para siempre esa(s) puerta(s) con la preciosa sangre de Cristo. Te pido esto y te doy las gracias en el nombre de Jesucristo.

Luego, te recomiendo que en voz alta te dirijas a Satanás y los demonios más o menos así:

Satanás, demonios, le he pedido a mi Padre celestial que me perdone por participar en _____ y he sido perdonado. Ahora por fe cierro a ustedes las puertas de mi vida para siempre por medio de la sangre que Jesucristo derramó por mí en la cruz. ¡En el nombre de Jesús ordeno que se vayan!

En los casos de contaminación con los demonios más fuertes suele ser necesaria la ayuda de otra persona o

personas para obtener liberación. Si oras fervientemente y deseas ser liberado a cualquier precio, el Señor te dirá lo que tienes que hacer, y dejará libre al cautivo.

VOY A DAR ahora algunos ejemplos de personas que he tratado en mi consultorio médico que han estado muy afectados por algunas de estas puertas abiertas. He cambiado los nombres para proteger a tales personas. Los cristianos tenemos que entender un principio bien importante que nunca he oído enseñar con claridad en ninguna iglesia. Muchas de las personas a las que hablamos del evangelio están literalmente atadas por demonios, ya sea por dentro o por fuera, para que no puedan liberarse. No tienen voluntad para aceptar a Jesucristo como Salvador y sus mentes están igualmente atadas para que no entiendan el mensaje del evangelio. Como dice 2 Corintios 4:3-4,

«Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto: En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios».

Estas personas no le dicen a uno que están atadas. Las ataduras son tan fuertes que en la mayoría de los casos no saben que están atadas. La excusa que dan cuando uno les pregunta si desean orar y aceptar a Jesucristo es: «Todavía no estoy listo», o «Más tarde», o «No puedo hacerlo ahora, no me presione», y muchas otras más.

Pero Jesús vino a libertar a los cautivos.

«El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová; hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel».

Isaías 61:1

Los cristianos sencillamente tenemos que tomar el poder y la autoridad que Jesucristo nos ha dado y

valernos de ella para libertar a los cautivos. Los siguientes son algunos ejemplos de mi propia experiencia:

Ejemplo # 1

Juanita es una enfermera de 35 años y es oriunda de mi pueblo. Trabajé con ella unos diez años cuando yo todavía era enfermera. Me encontré con ella otra vez hace ya algún tiempo. Se mostró sorprendida del cambio que veía en mí, lo que me permitió sentarme una tarde y hablarle de lo que el Señor había hecho en mi vida.

—Sabes —me respondió—, en los últimos cinco años otras dos amigas han entregado sus vidas a Cristo y han cambiado dramáticamente. Antes se sentían insatisfechas e infelices: hoy rebosan de gozo y paz. A veces he pensado que me gustaría hacer lo mismo, pero no he podido. He dejado de pensar en ello.

—¿Por qué no puedes entregar tu vida a Cristo? —pregunté.

—No sé. Comprendo los beneficios, pero no puedo. Hasta me pongo ansiosa y nerviosa al hablar de hacerlo. Mejor no hablemos más de esto.

Un tiempo atrás lo hubiera dejado todo así. Pero, gracias al Señor, gracias a su entrenamiento, puedo reconocer los síntomas con facilidad. Así que insistí.

—Permíteme una pregunta más. Cuando tratas de pensar en Jesús, ¿es como si chocaras con una pared invisible y se te vuelve fatigoso seguir pensando y dejas de hacerlo?

—¡Exactamente! ¿Cómo lo sabes?

—Es que he estado en la escuela de Dios. Dime, ¿en qué actividades del ocultismo has participado?

—¿Cómo lo sabes? —me dijo, totalmente sorprendida—. Bueno, no en muchas. Estuve ocho años visitando por diversión a alguien que me leía las manos. Desde entonces he ido varias veces a que me lean las manos y digan la suerte, aparte de seguir mi horóscopo. Pero no es nada serio.

—Bueno, Juanita, esas «aventuras» frívolas con el ocultismo han bastado para que caigas en lazos demoníacos que te impiden aceptar a Jesús. Pero te tengo buenas noticias. Jesucristo vino a libertar a los cautivos. Como soy Suya, El me ha dado Su poder y autoridad sobre Satanás y los demonios. Y ahora, demonios que han mantenido atada y ciega a Juanita, ¡les ordeno en el nombre de Jesús que no sigan actuando en su vida!

Juanita me miró sorprendida como si se me hubiera aflojado algún tornillo. Simplemente cambié de tema y hablé de otra cosa por unos diez minutos. Entonces le pregunté:

—Juanita, te pregunté antes si deseabas aceptar a Jesucristo como Señor y Salvador. Sabes que lo necesitas. ¿Qué de orar ahora mismo conmigo?

—¿Sabes? Me gustaría que oráramos ahora. Puedo aceptar a Jesús. No sé por qué no lo hice antes.

Nos arrodillamos, y otra persona cautiva escapó del tenebroso reino de Satanás y entró en el reino de Dios. Le hablé entonces de las puertas que había abierto, y oró para cerrárselas para siempre a Satanás con la preciosa sangre de Cristo.

Ejemplo # 2

Una chica de veinte años se presentó una noche en el salón donde yo estaba trabajando. Dijo que temía que si no la ayudaban se iba a suicidar. Se sentía deprimida y con miedo, como si no tuviera ninguna razón de vivir, como si su vida estuviera vacía y no tuviera sentido. Después de hablar con ella un poco le dije claramente que lo que necesitaba era a Jesucristo, y le hablé del evangelio.

—Mis padres son cristianos —respondió— y me crié en una iglesia. Sé que lo que me dice es cierto, pero todavía no estoy lista para hacerlo.

«Demonios que tienen atada a esta chica, ¡les ordeno en el nombre de Jesucristo que dejen de actuar sobre ella!» dije, mientras la chica me miraba como si me

hubiera vuelto loca. Pero luego se le olvidó al cambiar yo el tema y hablar de otra cosa durante varios minutos. Al rato le dije:

—Susy, reconociste hace unos minutos que sabías que yo estaba diciendo la verdad, y que necesitabas a Cristo en tu vida. ¿Qué si oras conmigo y le pides a Jesucristo que sea tu Señor, tu Salvador y tu Dueño?

—Me gustaría. Nadie lo había hecho antes conmigo. ¿Me ayuda? No sabría qué decir.

Entonces Susy oró conmigo y tomó el camino de la vida eterna. Tras algunas preguntas discretas descubrí que la puerta abierta en su vida había sido el probar drogas durante un fin de semana que pasó con unas amigas. Aquello bastó para que su mente quedara atada por demonios. Por la manera en que me contó su vida, no dudo que antes que yo le hablara tuvo muchas oportunidades de aceptar a Cristo, pero sus ataduras se lo impedían.

Ejemplo # 3

Un anciano de ochenta años fue ingresado en la Unidad de Cuidado Intensivo con un muy severo ataque de corazón durante el tiempo en que yo era la doctora encargada de la unidad. Después de examinarlo me di cuenta que probablemente no viviría mucho. Me pidió que le dijera cómo lo encontraba y le dije que no estaba bien y que había tenido un fuerte ataque de corazón. Se volvió y se puso a llorar.

—Doctora —me dijo—, no me diga eso, ¡no puedo resistirlo!

—¿Por qué, señor? ¿Teme a la muerte?

—Sí.

—¿Sabe qué será de usted cuando muera?

—Sí, joven. ¡Voy derecho al infierno!

Me sorprendió porque pocas personas son tan sinceras.

—Pues, señor, permítame decirle cómo evitar el infierno.

—No, no. Ya lo he oído antes y no me ha servido de

nada. No se moleste.

—Pues, quiéralo o no —le dije—, usted va a oír de Jesucristo una vez más.

Entonces le hablé del evangelio en cuatro frases. La brevedad es esencial en estos casos.

—Lo sé. Ya lo sé todo, pero no puedo.

Señor, repita estas dos palabras: Jesucristo, sálvame.

—¡No puedo, ¡váyase!

—Señor, sé que algo impide que usted diga esas palabras. Sé que no puede decirlas. ¿Sabe quién se lo impide?

El anciano se volvió y mirándome a los ojos me dijo:

—¡Satanás y sus demonios!

Entonces, a viva voz, me dirigí a Satanás y sus demonios y en el nombre de Jesús los dominé. Nunca olvidaré el gozo que iluminó el rostro del anciano. Me tomó la mano y con lágrimas en los ojos le pidió al Señor que fuera su Señor y Salvador. Se veía la paz que lo inundaba. Me miró y dijo:

—Joven, he estado buscando y queriendo acercarme a Jesucristo durante cincuenta años. Pero no lo lograba.

Me contó que había sido marinero. Cuando tenía treinta años su barco llegó a Filipinas y durante un permiso para desembarcar entabló una discusión con un filipino. Este le echó una maldición vudú que hizo que durante cincuenta años estuviera buscando al Señor sin poder aceptarlo. Nadie de los que le hablaron del evangelio sabía valerse del tremendo poder y la tremenda autoridad de Jesucristo, ni reconocer lo que estaba sucediendo.

Al siguiente día cuando fui a verlo había empeorado físicamente, pero estaba radiante. Sus últimas palabras fueron: «Joven, tengo una paz perfecta». Luego cayó en coma y murió no mucho después.

Ejemplo # 4

Una mujer de cuarenta y cuatro años llegó a mi oficina. La traían unos amigos porque estaba a punto

de suicidarse. Sus amigos la trajeron a mí porque sabían que yo era una doctora cristiana y esperaban que pudiera ayudarla. Su historia no era diferente de las muchas que había escuchado. Nació de padres cristianos que la amaban, y ella lo sabía. Pero de alguna manera en su adolescencia empezó a andar mal. Empezó a juntarse en la escuela con quienes no le convenían, y participó en todo tipo de relación sexual.

—Sabía que lo que hacía no estaba bien —me señaló— y en lo más íntimo no quería hacer aquellas cosas, pero parecía no poder evitarlo. Había crecido en la iglesia y sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero no podía llegar al punto de aceptar a Jesucristo y consagrarle mi vida como mis demás hermanos y hermanas. No sabía por qué. Quizás no estaba preparada.

A los diecisiete años tuvo un hijo sin estar casada, y los padres la obligaron a entregarlo en adopción. Más tarde aquel año casi logró suicidarse y pasó tres meses en un hospital psiquiátrico. El resto de su vida la había pasado entrando y saliendo del hospital psiquiátrico, visitando psiquiatras y psicólogos, y tomando innumerables drogas y tranquilizantes. Nada servía. No podía establecer relaciones amorosas estables ni experimentar amor. Tuvo otro hijo sin casarse y se fue de la casa a los diecinueve años ante el temor de que sus padres la obligaran a deshacerse del segundo hijo. Finalmente, dos años antes de venir a verme, comenzó a asistir a una iglesia y llegó a aceptar a Cristo. Su vida mejoró en los años siguientes. Dejó la bebida y pudo conservar el empleo. Halló verdaderos amigos cristianos que pasaban mucho tiempo con ella ayudándola a cambiar y a enmendar su vida. Su gozo era leer la Biblia y orar. De repente un día sucedió algo.

—Sentí como si alguien hubiera cerrado una puerta de un tirón y todo quedó oscuro. Ya no podía leer la Biblia ni orar. Ya no sentía la presencia del Señor. Estaba muy acongojada. Seguía yendo a la iglesia porque sabía que era la única respuesta. Ya no sentía gozo. Había conversado con muchos pastores. Me decían que seguramente había algún pecado inconfeso

en mi vida o que el Señor me estaba sometiendo a prueba. Pero sé que estoy siendo destruida. No quiero seguir viviendo. El único escape es el suicidio.

Le pregunté si alguna vez había sentido algo dentro de ella que no era ella, pero que dominaba sus actos y a veces sus pensamientos. Los ojos le brillaron.

—Sí, sí, a cada rato. Creo que hay algo dentro de mí que no soy yo. Le he preguntado a varios pastores si no será un demonio, pero me dicen que los cristianos no pueden tener demonios. Supongo que estoy loca. El siquiatra me dijo que era esquizofrénica cuando intenté hablarle de esa «cosa».

¡Ay, cuán ignorante es la gente! Sara lo que tenía era un demonio; por cierto, uno bien poderoso con muchos demonios subordinados. El Señor me instruyó que debía buscar la clave, la puerta que había sido abierta a los demonios. Bajo la dirección del Señor le pregunté a Sara si recordaba algún incidente muy traumático en su niñez. Después de pensar un momento dijo:

—¡Qué curioso que me lo pregunta! Recuerdo vagamente que mi madre me contó que me habían violado siendo muy niña. Ella nunca me hablaba de eso, porque decía que lo mejor era olvidarlo. Recuerdo que un hombre me agarró y me tiró al suelo, pero lo único que recuerdo son las ramas de un bello manzano silvestre en flor que yo miraba estando de espaldas en el suelo. No recuerdo más.

Aquella era la puerta. El demonio que entró en ella mientras era violada había permanecido en ella muchos, muchos años sin ser detectado y había destruido su vida. Era un tipo de demonio del que hablaremos después, que puede habitar el cuerpo, el alma y el espíritu al mismo tiempo. Tiene miles de tentáculos que pueden serpentear y enroscarse bien en cada parte. Fue él el que cerró de un tirón la puerta para que ella no sintiera la presencia de Dios. El crecimiento y la posesión del Espíritu Santo era algo que no podía tolerar, por lo que trató de apartar a Sara de su consagración al Señor.

✓ Pero el Señor tenía asida a Sara y a las siguientes dos

horas aquel demonio y sus muchos subordinados fueron echados fuera. Al fin, después de muchísimos años, Sara era libre. De nuevo sintió en su espíritu la presencia del Señor y pudo volver a leer con gozo la Biblia. Por primera vez en su vida comenzó a vivir una vida normal y sana, y a disfrutar el amor de Jesucristo nuestro Señor. Otra vez me vino a la mente Oseas 4:6 que dice: «Mi pueblo fue talado, porque le faltó sabiduría».

Ejemplo # 5

Un musculoso caballero de 35 años llegó a mi consultorio con la siguiente queja:

—Mi vida está siendo destruida, está cayendo a pedazos por todas partes. No acabo de comprender la causa, pero sé que está sucediendo. Estoy muriendo.

Conversé con él y lo estuve interrogando más de una hora en busca de una pista. Su salud era excelente. No tenía problemas de salud, ni se sentía enfermo. Era cristiano, aunque nunca había caminado bien cerca del Señor. Le iba bien en el matrimonio, sus hijos estaban bien, sus relaciones familiares eran buenas. Tenía un buen trabajo en el que estaba contento. Por último, cuando le pregunté por el funcionamiento de su cuerpo, me dijo:

—Tuve problema de sinusitis hasta hace unos tres años. No he vuelto a tener problemas desde entonces.

Lo curioso era que me decía que precisamente en los últimos tres años había sentido que su vida se estaba desintegrando.

—¿Qué le curó la sinusitis hace tres años?

—Fui a ver al Dr. _____, y me hizo acupuntura. Dio resultado. No he vuelto a tener problemas.

¡Ese era el problema! Durante el examen médico le hice un electrocardiograma. Mientras el electro marcaba las pulsaciones de su corazón, de repente sentí la sobrecogedora presencia del mal en la habitación. Inmediatamente el corazón del hombre dejó de latir. No estaba muy segura de lo que tenía delante, pero reprendí al mal en el nombre de Jesucristo y el corazón

espontáneamente volvió a latir. ¡Había estado sin latir más de un minuto! Después el Señor me reveló que el mal que había sentido era el espíritu del acupunturista. Estaba robándole energía al paciente, aun hasta el punto de que el corazón le dejó de funcionar. El Señor había permitido que pasara en aquel preciso momento para que yo aprendiera. Las puertas demoníacas habían sido abiertas en aquel joven por medio de las agujas de la acupuntura, y habían quedado abiertas para que el acupunturista, que es algo similar a un hipnotista, pudiera controlarlo. El acupunturista estaba robándole vigor a aquel joven. Por eso éste sentía que su vida se le destruía. ¡Era verdad! No podía decirle lo que le estaba pasando. Hubiera pensado que yo estaba loca. Era un cristiano superficial que no estaba listo para aceptar la realidad de la existencia de los demonios. Le pregunté al Señor qué debía hacer. Me respondió: «Usa el instrumento más poderoso que tienes: ora con mucho fervor por este joven».

Durante un año entero estuve ayunando y orando muchas veces por él. Al cabo de un año el Señor me habló de nuevo y me dijo que en respuesta a mis oraciones había libertado a aquel hombre sin que éste lo supiera. Poco después volvió a verme para un problema menor y me dijo que se estaba sintiendo mucho mejor. ¡De nuevo Jesucristo había libertado a un cautivo!

Ejemplo # 6

Tuve que atender a un hombre que había tratado de suicidarse. Rick se había criado en un hogar cristiano, en una amorosa familia. Había consagrado su vida al Señor en su adolescencia y había andado muy cerca del Señor, y había escuchado su voz hablándole a su espíritu. Era un joven muy inteligente y al terminar el preuniversitario había ingresado en un seminario para ser pastor. El Señor era el gozo de su vida.

De repente, como un año antes de que yo lo conociera, ya no sentía la comunión con el Señor. Le era casi imposible leer la Biblia u orar y no sentía en absoluto

la presencia del Señor. Consultó y oró con muchas personas pero no recibió ayuda. Empezó a tener mucha dificultad para concentrarse en los estudios y sus calificaciones bajaron drásticamente. Por último, se sintió tan desesperado que dejó los estudios como un mes antes de su intento de suicidio. Sentía que no tenía razón de vivir.

Lo interrogué para tratar de descubrir la puerta. Finalmente, cuando le pedí que me contara lo que había hecho poco antes de que comenzara el problema, me contó lo siguiente:

—Poco antes de que comenzaran las clases hace un año, me fui en automóvil a Denver, Colorado. Mi madre me había llamado para pedirme que fuera porque su madre estaba gravemente enferma en el hospital. Pedí unos días de permiso en el trabajo y salí para Denver. Al llegar a la ciudad me dirigí al hospital. Mientras iba por la ciudad rumbo al hospital de pronto tuve la sensación de que algo oscuro, como una nube, caía sobre mí. Duró solo unos segundos y luego desapareció. No volví a pensar en eso. Cuando llegué al hospital hallé que mi abuela había muerto muy poco antes de que yo llegara. Me quedé para el entierro y regresé.

Al preguntarle más, me contó que su abuela había estado muy metida en la brujería. Muchos miembros de la familia habían tratado de hacerle ver que necesitaba a Cristo, pero no lo lograron. Ahí estaba la puerta: herencia. Al morir la abuela, los poderosos demonios que moraban en ella pasaron a otro miembro de la familia. Claro, Satanás prefirió a Rick que estaba estudiando para el ministerio. Después de ser liberado, pudo volver a tener comunión con el Señor. Una simple oración de fe de sus padres pudo haber roto cualquier línea hereditaria y protegido a Rick de la herencia de la abuela. Pero ellos no lo sabían.

Sé que muchos dirán que Rick estaba protegido de tal cosa porque era cristiano. Pero la Biblia dice claramente que el pecado de los padres pasará a los descendientes hasta la tercera y cuarta generación. Por eso Dios advertía con tanta firmeza a los israelitas que no

participaran en el ocultismo. Los cristianos deben estar conscientes de esto. Si saben de alguien en la familia que haya andado en el ocultismo en alguna forma, deben pedirle al Señor que cierre la puerta de la herencia con la preciosa sangre de Jesucristo tanto en ellos como en sus hijos.

DESEO BOSQUEJAR a continuación los cuatro pasos básicos que un cristiano debe dar para luchar por la salvación de alguien que esté atado por los demonios. Muchos padres enfrentan este problema con hijos incrédulos que han participado de música *rock*, juegos ocultistas, drogas, alcohol, etc. Estos pasos también puede aplicarlos cualquier cristiano a cualquier persona por la que sienta carga y por la que esté dispuesta a luchar con tal de llevarla a Jesucristo.

Primer paso

Si la persona inconversa vive en casa del cristiano, el primer paso debe ser limpiar la casa, si es que el cristiano tiene autoridad en la casa. Los hijos, claro, no pueden hacer esto si son menores que todavía viven en la casa de sus padres. Este caso lo veremos al final de esta sección.

Todos los objetos que se usan para el servicio de Satanás (objetos ocultistas, discos de *rock*, materiales de juegos fantásticos en que se asumen papeles, etc.) son «objetos familiares». (Véase el capítulo 20.) Todo eso hay que sacarlo de la casa pues proporciona una base legal para que los demonios introduzcan poderes malignos en la casa.

En el caso de padres cristianos que se enfrentan a adolescentes rebeldes, quiero advertirles que no pueden simplemente ir al cuarto del adolescente y tratar de limpiarlo de objetos familiares. Deben hablar con él primero. Aten los demonios que haya en él, y luego siéntense a hablarle. Escuchen junto a él los

discos de música *rock*, y examinen con cuidado la letra. Les garantizo que el chico se avergonzará porque sabe en su corazón que la música *rock* es terrible. Si ha andado con juegos ocultistas, siéntense y examinen los manuales y estudien con él los juegos para que comprenda lo que están haciendo y puedan señalarle Biblia en mano lo que está mal. Después de hacer esto, destruyan las grabaciones y los juegos.

Segundo paso

Tienen que comprender que la persona que aman está atada y ciega por causa de los demonios. Pueden estar hablándole años enteros de que necesita a Jesucristo, pero no va a entender. Puede ser que hasta le repita lo que le dice, pero si hay «estática» en lo que le dice no va a entender los conceptos. La «estática» es un demonio. Además, su voluntad está tan atada que aun si entiende que necesita la salvación que ofrece Jesús, no puede pedirle que sea su Salvador y Señor.

Si la persona vive en su casa, todos los días, en voz alta, tome la ofensiva contra los demonios que están en ella. Puede hacerlo en otro cuarto donde la persona no le pueda oír. Los demonios tienen un oído muy fino. Diga algo así:

Demonios que tienen atado a _____, asumo autoridad sobre ustedes en el nombre de Jesucristo mi Señor. Les ordeno en el nombre de Jesús que no aflijan a _____ hoy. Mi casa está consagrada al Señor y es territorio santo. Ustedes son intrusos y no pueden actuar aquí. En el nombre de Jesús, ¡ordeno que se vayan!

Esta batalla será librada diariamente. No puedo decirle lo larga que será, pues solo el Señor lo sabe en cada caso. Recuerde que los demonios pueden hablar a través de la otra persona, y a veces lo hacen con rudeza e insultos para tratar de librarse de usted. En muchos casos es necesario responder al demonio directamente, sabiendo que está hablando a través de la otra persona y ordenarle que se calle. El Señor le dirigirá.

Tercer paso

Usted puede pedirle al Señor que le permita «ponerse en la brecha» por la persona que no es salva. De esto hablaremos con más detalle en el capítulo 14. Lea Ezequiel 22:30-31. Pídale al Señor que le permita pararse en la brecha por esa persona para que sus ojos puedan abrirse y pueda libremente aceptar a Jesús.

Cuarto paso

Por último, tiene que darse cuenta de la maravillosa posición de poder en que nuestro Señor nos ha colocado. Hebreos 4:16 dice:

«Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro».

La Biblia nos enseña que Satanás se presenta ante Dios y le pide gente. El relato de Job 1 lo demuestra claramente. Y Lucas 22:31- 32 relata:

«Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos».

Satanás no es echado definitivamente del cielo sino hasta el capítulo 12 de Apocalipsis.

«Y fue hecha una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles. Y no prevalecieron, ni su lugar fue más hallado en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Y oí una grande voz en el cielo que decía: Ahora ha venido la salvación, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque el acusador de nuestros

hermanos ha sido arrojado, el cual los acusaba
delante de nuestro Dios día y noche».

12:7-10

Hay que entender que Satanás se presenta ante el trono de Dios y le pide a nuestro Padre celestial por los inconversos que amamos. Satanás los señala con dedo acusador y dice: «¿Ves a Fulano de Tal? Está oyendo música *rock* [o cualquier otra cosa]. Por lo tanto, tengo derecho a su alma y a influenciar en su vida y a mandar que mis demonios entren en él».

Como Dios es perfectamente justo, tiene que concederle la petición si no hay objeción. Pero como herederos y coherederos de Jesucristo tenemos mucho más derecho que Satanás de presentar peticiones ante Dios el Padre. Debemos acercarnos «confiadamente» ante el trono y presentar peticiones contrarias a las de Satanás. Podemos orar así:

«Dios y Padre, pido lo contrario de lo que pidió Satanás. Vengo a ti en el nombre de Jesucristo mi Señor. Y demando que se me conceda a esa persona. Lo demando como la herencia que prometiste darme [si la persona es hijo o hija suyo, o cónyuge suyo]. Satanás no puede tenerla. Pido que abras sus ojos para que pueda ver la luz del evangelio de Jesucristo».

Si la persona por la que está orando no es familiar suya, puede pedir en base a que Jesucristo nos ordenó hacer discípulos en todo el mundo, y podemos demandar que esa persona sea un discípulo de Jesucristo.

Otra vez, hay que entender que es una batalla verdadera. No ganaremos de la noche a la mañana, pero tenemos poder y autoridad en Jesucristo para finalmente vencer.

El espíritu humano, en la brecha y el mundo espiritual

Habla Rebecca:

Espíritus humanos

A través de este libro nos hemos referido muchas veces a los espíritus humanos. Es un concepto muy importante que los cristianos deben entender. Es el poder que Elaine y muchos otros como ella desarrollaron y emplearon. Veamos pasajes bíblicos que lo mencionan.

«Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

1 Tesalonicenses 5:23

Pablo nos enseña aquí que somos seres tripartitos. Esto es, que tenemos tres partes: cuerpo, alma (que es nuestro intelecto, voluntad y emociones conscientes) y *espíritu*. El claramente declara que los tres deben ser limpiados y entregados a Cristo, y que Cristo mismo debe capacitarnos para mantener los tres «sin reprensión» hasta Su regreso.

«Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida; y fue el hombre en alma viviente».

Génesis 2:7

En otras palabras, Adán cobró vida y conciencia de sí mismo. En esencia nuestro yo es nuestra alma manifes-

tada en nuestra mente, nuestra voluntad y nuestras emociones.

«. . . Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual».
1 Corintios 15:44

Este es un versículo que descuidamos mucho. Nuestro espíritu tiene forma o figura, cuerpo que corresponde a nuestro cuerpo físico. Aparte de los satanistas y los que participan en cosas como la proyección astral, pocos se percatan de esto. (Véase la figura A.)

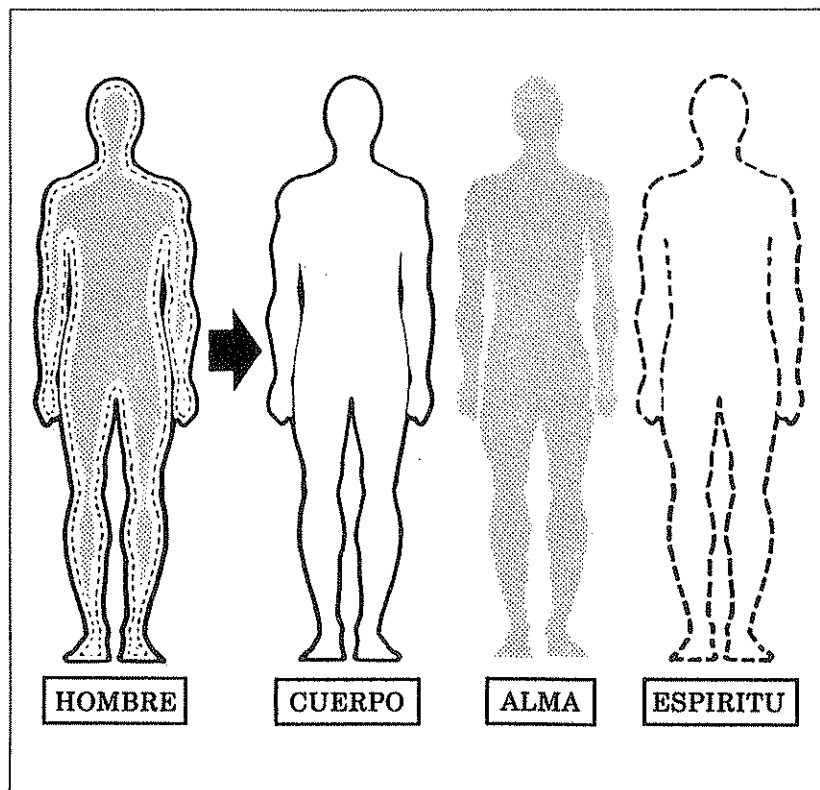


Figura A

2 Corintios 12:2-4: «Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del

cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras secretas que el hombre no puede decir».

Apocalipsis 4:1-2: «Después de estas cosas miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que han de ser después de éstas. Y luego yo fui en espíritu: y he aquí, un trono que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado».

Estos y otros pasajes hablan de una experiencia que se percibe en el espíritu de la persona, y es que el cuerpo espiritual estaba separado del cuerpo físico. ¿Se ha preguntado usted por qué es necesario hablar de alma y espíritu por separado? Según los versículos de más arriba puede separarse el alma del espíritu.

El primer Adán, antes de la caída, podía relacionarse con el mundo espiritual y verlo al igual que lo hacía con el mundo físico. ¿Cómo? Haciendo uso de su cuerpo espiritual. Esto se demuestra por la facilidad con que podía caminar y hablar con Dios en el Edén. Tenía conciencia de su cuerpo espiritual de la misma manera que lo tenía de su cuerpo físico. Su *alma* (intelecto y voluntad conscientes) controlaba su cuerpo espiritual y su cuerpo físico. Pero, con la caída se produjo la muerte espiritual: Adán y sus descendientes dejaron de tener conciencia de su cuerpo espiritual, y no podían tener con Dios la misma comunión que habían tenido antes. (*Véase las figuras B y C.*)

Cuando el Espíritu Santo viene al aceptar nosotros a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, nuestro cuerpo espiritual renace o se rejuvenece para que podamos tener comunión con el Señor y adorarlo como lo hacía Adán antes de la caída. El hecho de que es a través de nuestro espíritu humano que comulgamos con Dios (con la ayuda del Espíritu Santo) está demostrado en las siguientes palabras de Jesús:

«Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren». Juan 4:23-24

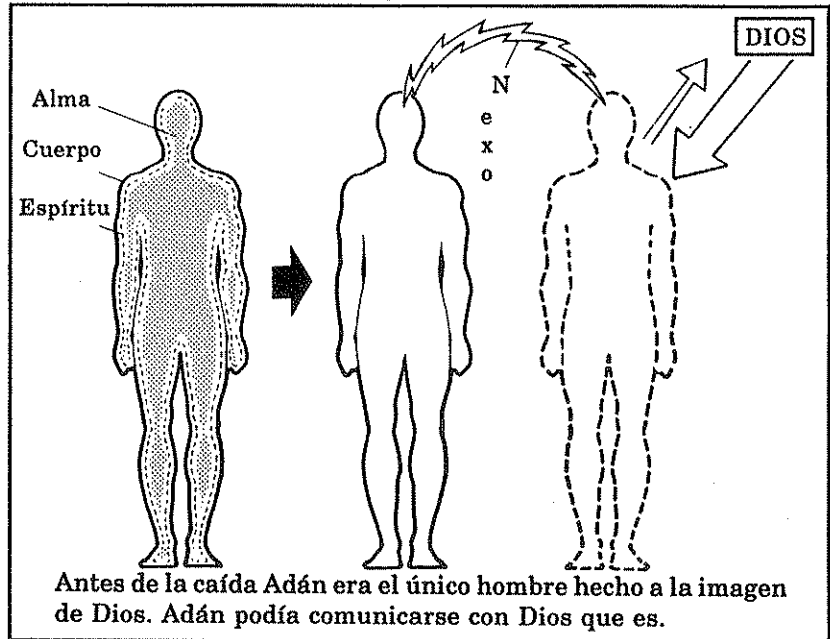


Figura B

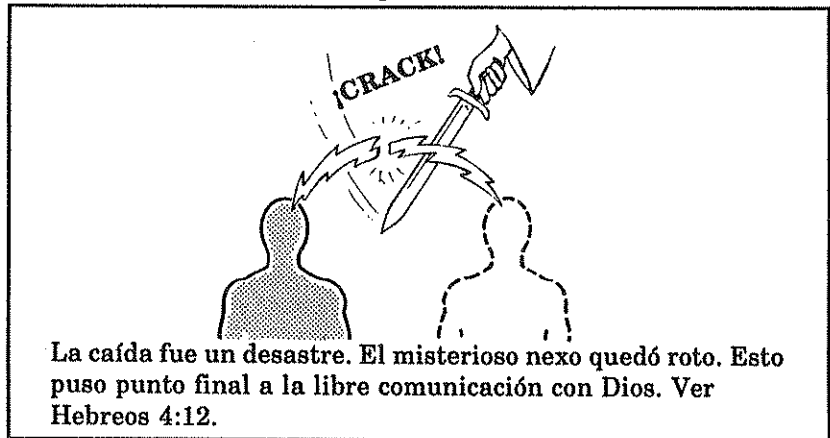


Figura C

Note que en estos dos versículos cuando se dice que Dios es «Espíritu» la palabra está con mayúscula. Sin embargo al referirse al espíritu humano se le diferencia claramente al escribirse con minúscula. Por lo tanto, solo un espíritu puede comunicarse con el mundo espiritual. Solo un espíritu puede adorar a Dios el Padre, que es Espíritu. (Véase la figura D.)

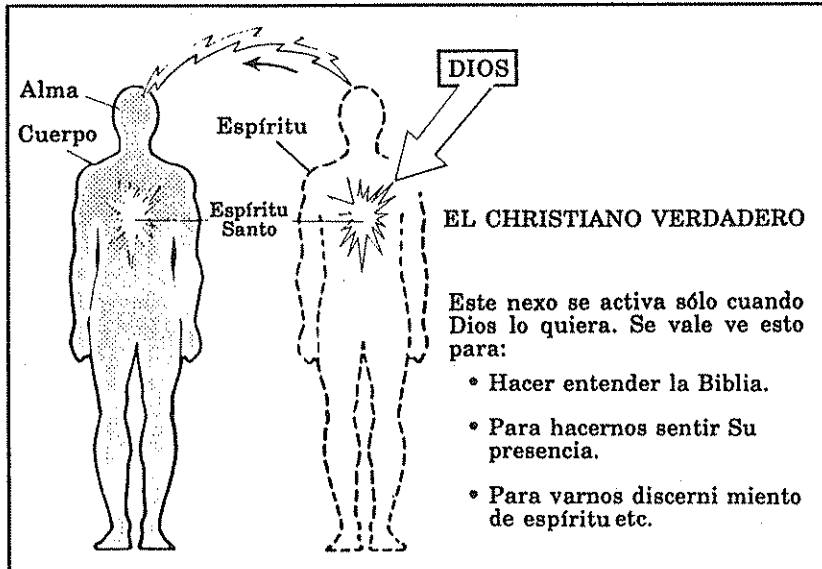


Figura D

En la Biblia también está claro que los ángeles son seres espirituales:

«El que hace [se refiere a Dios] a sus ángeles espíritus». Salmo 104:4

Pablo cita este pasaje en Hebreos 1:7. Y en Hebreos 1:13-14 dice:

«Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?»

Satanás y los demonios también son espíritus. Antes eran ángeles al servicio de Dios pero se rebelaron. Jesús mismo define a estas criaturas como ángeles y por lo tanto espíritus. Un versículo en cuanto a esto es Mateo 25:41:

«Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles».

Así que en éstos y en muchos otros pasajes vemos que no solo Dios es Espíritu, sino que hay otros seres espirituales llamados ángeles. Algunos de éstos están al servicio de Dios; otros, al servicio de Satanás.

Nuestros cuerpos espirituales son el nexo entre nosotros y el mundo espiritual porque éste no puede ser visto ni es comparable con nada físico.

A través del Espíritu Santo, nuestro espíritu puede comunicarse con Dios y adorarle, pero Hebreos 4:12 muestra que no es la voluntad de Dios que nosotros recobremos el control consciente de nuestro cuerpo espiritual mientras estemos en la tierra en nuestra condición de pecadores. Por esto es que la espada del Espíritu parte el alma y el espíritu. Una vez que se ha producido esta escisión el alma (mente, intelecto, voluntad) no puede seguir controlando el cuerpo espiritual. También es por eso que el Señor insiste tanto en 1 Tesalonicenses 5:23 que nuestro espíritu esté bajo el señorío de Cristo, al igual que nuestra alma y nuestro cuerpo físico.

Apocalipsis 18:11-13 es un pasaje muy interesante. Refiriéndose a la caída de Babilonia dice:

«Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías . . . de ovejas y de caballos, y de carros, y de siervos, y de almas de hombres».

¿Por qué la diferencia entre cuerpos (siervos) y almas de hombres? Porque hay una fenomenal cantidad de poder e inteligencia en los cuerpos espirituales huma-

nos especialmente cuando esos cuerpos espirituales están bajo el control del alma. Satanás ha estado trabajando constantemente a través de las edades desde la caída de Adán para utilizar los cuerpos espirituales para sus planes perversos. El cuerpo físico humano es débil y de muy poca utilidad para Satanás; pero el cuerpo espi-ritual bajo el control consciente del alma es muy diferente.

La meta de Satanás es enseñar a los humanos a recobrar el control consciente de sus cuerpos espirituales. Muchos lo hacen. Una vez que se logra, la persona puede percibir el mundo espiritual con tanta facilidad como el mundo físico. Pueden hablar con los demonios, abandonar el cuerpo físico con el cuerpo espiritual, y en plena conciencia ir a diferentes lugares y hacer cosas con lo que para el hombre promedio es poder sobrenatural. Con sus cuerpos espirituales, sin estar presentes físicamente, los brujos y brujas nos sacaban a Elaine y a mí de la cama y nos lanzaban por el cuarto, etc. No podíamos verlos porque nuestros ojos físicos no pueden percibir el mundo espiritual. Dios no quiere que Su pueblo controle sus cuerpos espirituales de esa manera. Si lo hiciéramos, no solo estaríamos expuestos a terribles tentaciones, sino que no tendríamos que depender tanto de El y estaríamos constantemente conscientes de Satanás y su reino.

Hay un tipo de demonio que suele autodenominarse «demonio de poder» que al parecer proporciona el «pegamento» para que se establezca el nexo entre el alma y el cuerpo espiritual y la persona pueda tomar control consciente de su cuerpo espiritual. La imaginación es puente básico para desarrollar el nexo entre el alma y el espíritu. Por eso es tan importante que llevemos cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:3-5). Un buen ejemplo de la imaginación como nexo con el mundo espiritual lo hallamos en los juegos de fantasías ocultistas. (*Vea las figuras E, F, G y H.*)

Hemos hallado que podemos ahorrar mucho tiempo y

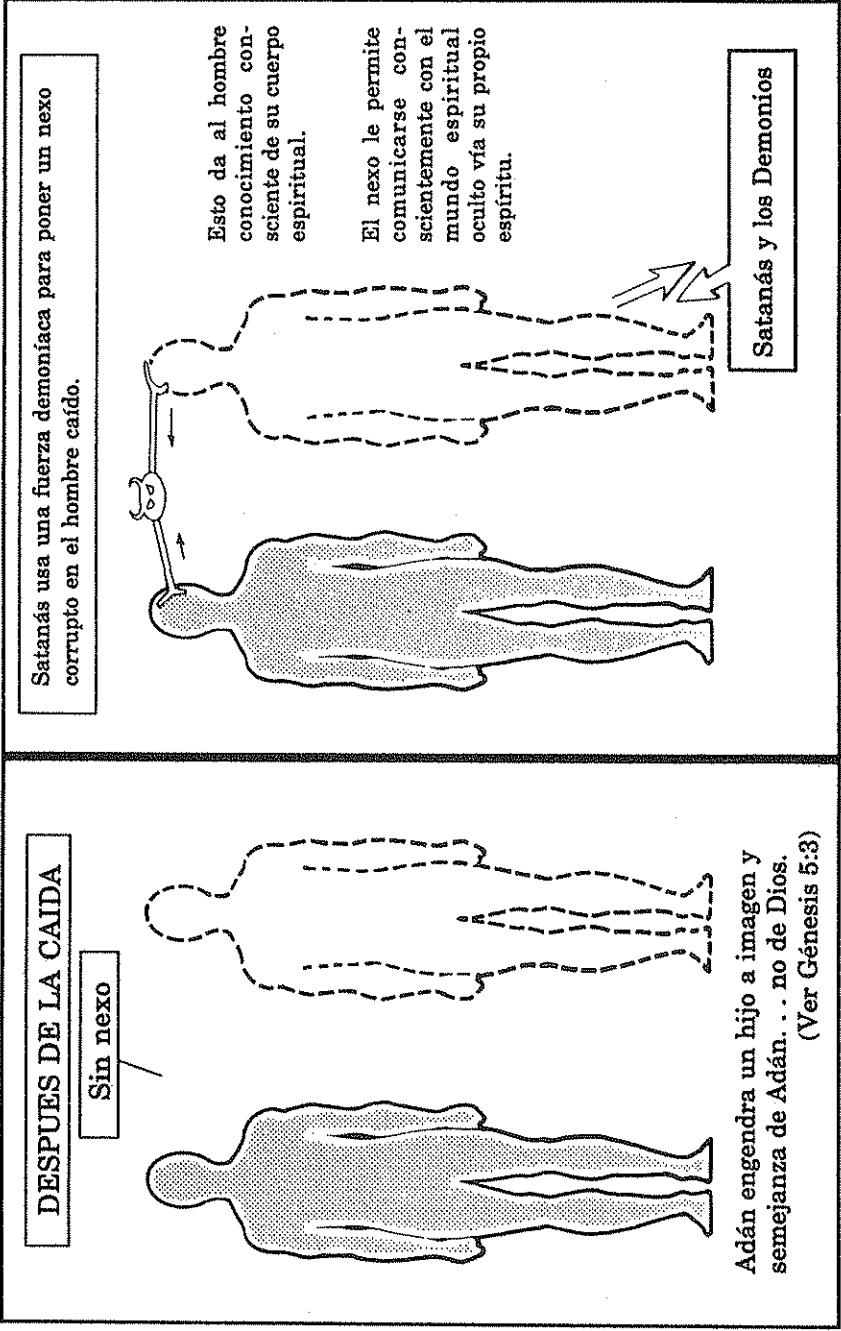


Figura E

LA TELEQUINESIA COMO ES USADA EN BRUJERIA

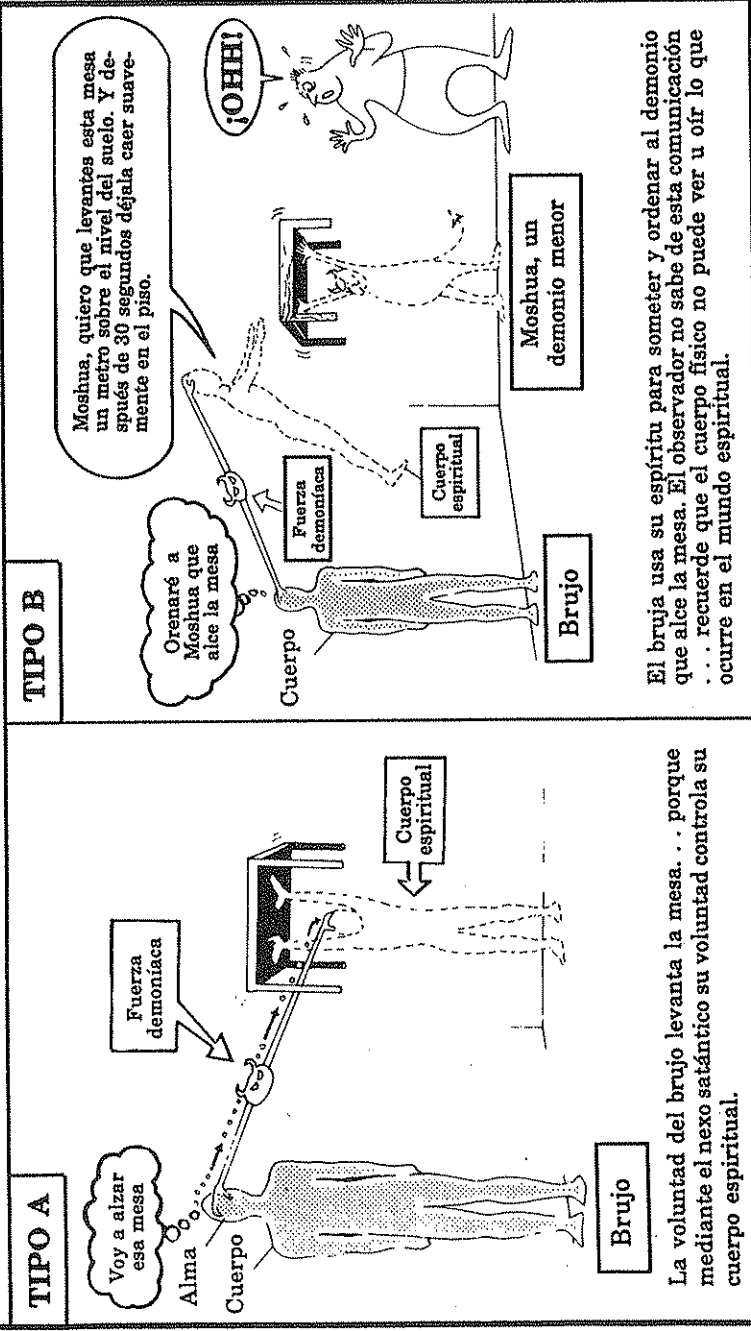


Figura F

Antiguas leyendas hablan de brujas volando en escobas durante la noche. Esta es una representación simbólica de proyección astral.

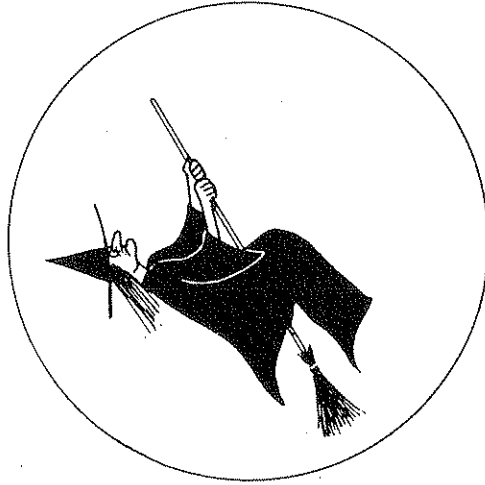
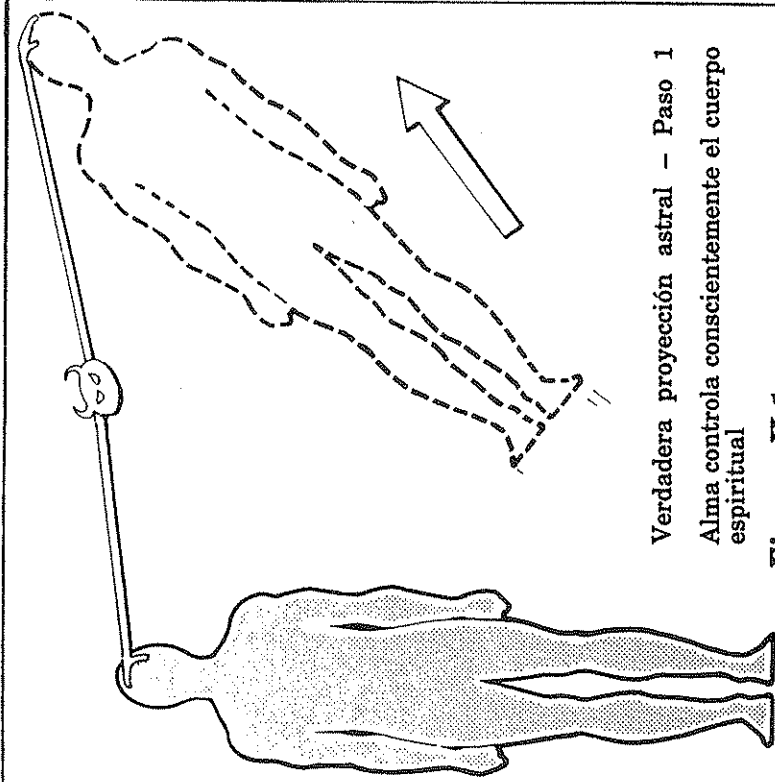


Figura G

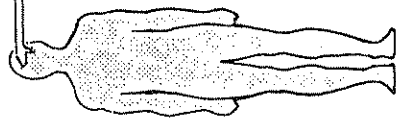


Verdadera proyección astral - Paso 1
Alma controla conscientemente el cuerpo espiritual

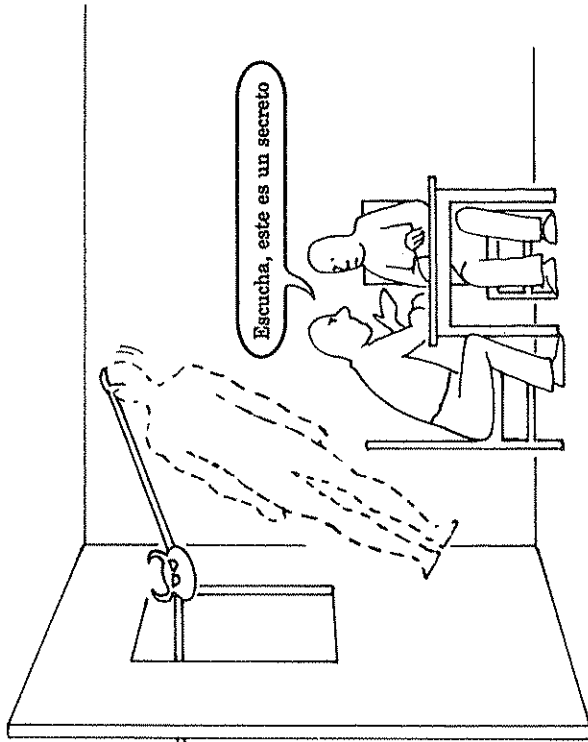
Figura H-1

Paso 2

El espíritu es enviado a escuchar una conversación



A kilómetros de distancia



Esta es la proyección astral... el espíritu escucha la conversación.

Figura H-2

esfuerzo en cuanto a liberaciones si le aclaramos a la persona que solicita ser liberada (y que ha andado en el ocultismo) que le pediremos al Señor que el primer demonio que eche fuera sea el demonio de poder. Si alguien no está bien determinado a alcanzar la liberación, o si está tratando de engañarnos, inmediatamente se retractará al enterarse de que al sacarle ese demonio perderá instantáneamente la capacidad de utilizar su cuerpo espiritual.

También he descubierto que esto es algo que se descuida mucho al echar fuera demonios. Frecuentemente esta puerta queda abierta. La consecuencia es mucho sufrimiento pues Satanás y los demonios continuarán molestando a la persona. Si la persona que es atormentada simplemente ora y le pide al Señor que quite de ella la capacidad de percibir el mundo espiritual y le pide al Señor que separe su alma y su espíritu (como en Hebreos 4:12), sentirá un tremendo alivio del tormento del mundo espiritual perverso. Después de esto la persona percibirá el mundo espiritual *solo* cuando el Señor quiera darle tal percepción. Su espíritu estará, desde ese momento, totalmente bajo el señorío de Jesucristo.

Los cristianos tenemos también que ser muy cuidadosos de pedirle al Señor que tome el control absoluto de nuestro espíritu. Muchos cristianos caen en la trampa de aprender a controlar el espíritu. He oído a muchos decir: «Yo medito hasta que alcanzo una experiencia espiritual, o, hasta que experimente a Dios». Los cristianos tienen experiencias en el espíritu —visiones y revelaciones—, pero éstas están siempre bajo el control de nuestro Señor Jesucristo y nunca controladas ni iniciadas por la persona misma. Si un cristiano puede determinar cuándo tener experiencias espirituales, tendré que decirle que dudo mucho que tales experiencias provengan de Dios. Lo más probable es que provengan de Satanás.

Demasiados cristianos piensan que tienen que dejar la mente en blanco para que el Espíritu Santo pueda hablar a través de ellos o «controlarlos». La Biblia dice

claramente que tenemos que cooperar *activamente* con el Espíritu Santo. Cada vez que dejamos la mente en blanco, lo más probable es que el espíritu que hable a través de nosotros no sea el Espíritu Santo. Multitudes de cristianos están, o han sido, confundidos debido a su falta de conocimiento de los principios de Dios en cuanto al espíritu. Muchas de las «profecías» de personas que dejan la mente en blanco pensando que se están poniendo bajo el control de Espíritu Santo son profecías demoníacas. Muchos cristianos son engañados y aceptan tales profecías porque el que profetiza sabe cosas en cuanto a sus vidas que piensan que solo Dios conoce. Olvidan que Satanás conoce cada detalle de nuestras vidas. Lo único que no conoce son nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazón.

Hay actualmente una enseñanza cada vez más generalizada entre los cristianos de Estados Unidos que para mí es muy peligrosa. Esta es que «nuestro hombre anímico debe estar sometido a nuestro hombre espiritual porque una vez que el Espíritu Santo mora en nosotros, nuestro espíritu está sin pecado». Hay dos errores en esta enseñanza. Primero, que la única manera de colocar el alma bajo la autoridad del espíritu es establecer contacto consciente entre alma y espíritu. Eso es brujería pura. 1 Pedro 1:22 dice:

«Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido. . . ».

Note que aquí «Espíritu» se escribe con mayúscula, porque se está refiriendo al Espíritu Santo. Nuestras almas son purificadas estando en sujeción y obediencia al Espíritu Santo, *no* a nuestro espíritu humano.

En segundo lugar, 1 Tesalonicenses 5:23 dice claramente que nuestro espíritu es propenso a caer en pecado, por lo que Jesucristo tiene que guardarlo irreprochable hasta su venida. La tarea de guardarlo es continua. Miremos el versículo otra vez:

«Y el mismo Dios de paz os santifique por

completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

Ciertamente 1 Juan 1:8-9 tampoco está de acuerdo con esa enseñanza. Dice:

«Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad».

Note que según este versículo y los versículos que he podido encontrar, Dios no exime a nuestros espíritus de la vulnerabilidad de caer en pecado. El propósito de la escisión entre alma y espíritu es librar el espíritu de la influencia de los deseos naturales que tenemos en el alma. Si un cristiano anda en sumisión a Dios, no originará nada. Más bien esperará tranquilamente escuchar la voz del Espíritu Santo en su espíritu y entonces actuará conforme a la dirección del Espíritu Santo. Un cristiano que está en contacto consciente con su propio espíritu no esperará en sumisión a que el Espíritu Santo le hable. Tomará la iniciativa, y lo más probable es que la voz que escuche en su espíritu *no sea* la voz del Espíritu Santo.

Hay otra importante realidad en cuanto a nuestro espíritu que hace un impacto terrible en muchas personas, pero que no se enseña en nuestras iglesias. Es el hecho de que, cada vez que halla la oportunidad, Satanás utiliza el cuerpo espiritual de la persona sin que ésta se dé cuenta. 1 Juan 3:15 dice que

«cualquiera que odia a su hermano es homicida».

Este versículo me tenía intrigada hasta que entendí el concepto del cuerpo espiritual. ¿Cómo puede uno ser asesino por una emoción, como es el odio, si no ha hecho nada físicamente por provocarle la muerte a la persona odiada?

El odio es un pecado consciente. Como tal, concede a Satanás una base legal en nuestra vida si le permitimos que se aloje en nuestro corazón. Si uno odia a alguien, Satanás puede intervenir y valerse de nuestro cuerpo espiritual para atacar a la persona odiada. Tal ataque puede provocar todo tipo de enfermedad, accidente, problema emocional y hasta la muerte física. La persona que odia no suele percatarse de que Satanás está utilizando su cuerpo espiritual. La persona odiada por lo general no se da cuenta del verdadero origen de su aflicción. Por eso tenemos que tener el cuidado de pedirle a Jesucristo que nos limpie y nos guarde puros en nuestras tres partes: cuerpo, alma y *espíritu*. Por eso Jesucristo nos dejó tantos mandamientos en cuanto a perdonar a los demás. El perdón le pone un alto al odio. Los cristianos debemos pedirle al Señor con regularidad que nos limpie de cualquier pecado. «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:10). Otra vez, note la inicial en minúscula de la palabra *espíritu*. Está claro que el pecado del corazón de David le había afectado también el espíritu.

Una excelente descripción de la experiencia de algunos cristianos que son afectados por el odio de otros creyentes se halla en el libro *The Latent Power Of The Soul* (El poder latente del alma), por Watchman Nee.

En la brecha

«Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé. Por tanto, derramé sobre ellos mi ira; con el ardor de mi ira los consumí; hice volver el camino de ellos sobre su propia cabeza, dice Jehová el Señor».

Ezequiel 22:30-31

¿Estás dispuesto a ponerte en la brecha a favor de otra persona? Uno puede «ponerse en la brecha» de

varias maneras. A menudo es necesario pedirle al Señor que nos permita ponernos en la brecha a favor de una persona determinada para que ésta pueda tener la oportunidad de escuchar el evangelio sin interferencias demoníacas. Otra vez recordemos 2 Corintios 4:3-4:

«Que si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto: En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios».

En Ezequiel 22:30-22 Dios buscaba a alguien que estuviera dispuesto a erguirse y luchar contra Satanás y los demonios para que dejaran de enceguecer a la gente y éstos pudieran ver la necesidad que tenían de un salvador. Porque el Señor no podía hallar a tal persona, dijo que tendría que derramar su ira y castigar al pueblo por sus pecados. Como guerreros cristianos hemos de estar dispuestos a ponernos en la brecha y luchar en el terreno espiritual para romper las fuerzas demoníacas que mantienen ciegos a los perdidos. Pablo es muy claro cuando en Efesios 6:12 dice que

«no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires».

A veces oramos así:

«Señor, déjame ponerme en la brecha por _____ y luchar por él para que sus ojos se abran y quede libre de las ataduras demoníacas para que pueda ver que necesita a Jesús».

El Señor nos ha mostrado otra forma de ponernos en la brecha. Veamos los siguientes pasajes:

Isaías 58:6: «¿No es antes el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, deshacer los haces de opresión, y dejar ir libres

a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?»

Gálatas 6:2: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo».

Juan 15:13: «Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos».

Estos pasajes nos dicen claramente que el Señor espera que ayudemos a llevar las cargas y dolores de nuestros hermanos y hermanas en Cristo así como luchar cuando sea necesario por libertarlos de opresión. Ponernos en la brecha es una manera de hacer esto.

¿Estás dispuesto a ponerte en la brecha por tu pastor? Si de veras está enseñando a Jesucristo y está desenmascarando a Satanás como debe hacerlo, va a tener mucha oposición. Los siervos de Satanás en pose de cristianos y muchos demonios lo estarán atacando con sus cuerpos espirituales cada vez que se levante a hablar, y en muchas otras ocasiones también. Estos siervos satánicos a veces ocupan altos cargos en la iglesia. Hay una gran necesidad de jóvenes fuertes y saludables que estén dispuestos a ponerse en la brecha a favor de su pastor y pedirle al Señor que les permita luchar por él. En otras palabras, cualquier poder demoníaco que se lance contra su pastor debe pasar primero por ellos. Esto implica sufrimientos físicos y emocionales. Quizás usted no pueda ir a la iglesia todos los domingos porque estará demasiado enfermo. Quizás los miembros de la iglesia le lancen falsas acusaciones o digan: «Está enfermo porque no viene a la iglesia». ¿Está usted dispuesto a soportar este tipo de acusaciones y guardar silencio en cuanto a la verdadera razón por la que no puede asistir? Ponerse uno en la brecha por otro es una forma de poner la vida por un amigo.

Usted no puede ponerse en la brecha por usted mismo. Solo el Señor puede hacerlo porque solo el Señor controla su cuerpo espiritual. Lo que tiene que hacer es pedirle al Padre que lo sitúe allí si es su voluntad que

así sea. Usted tiene que estar dispuesto a que el Señor lo utilice en cualquier forma que lo desee para beneficio de otra persona. Usted no puede decidir en qué forma ha de ser usado.

Permítame aclarar algo. Rara vez estará consciente de que está «en la brecha». Esto es porque el Señor tiene completo control de nuestro cuerpo espiritual. No «vemos» siempre el mundo espiritual como ocurre con el mundo físico. Solo en ocasiones especiales el Señor permite que los individuos vean el mundo espiritual y por lo general en vistazos breves. Uno sabe que está o que ha estado en la brecha solo cuando el Señor nos lo revela, o por los problemas que se nos presenten en nuestro cuerpo físico, lo que el Señor nos ha de confirmar si es el resultado de tener el cuerpo espiritual en la brecha.

¿Ha experimentado usted alguna vez que después de un período de oración intercesora se ha sentido totalmente agotado? Es porque mientras oraba con el cuerpo físico y la mente, Dios tomó su cuerpo espiritual y lo puso en combate con las fuerzas demoníacas contra las que ha estado orando en el campo de batalla del mundo espiritual. La fatiga que usted ha sentido es principalmente una reflexión de la tensión que su cuerpo espiritual experimentó. Las heridas que se reciben en el cuerpo espiritual a veces se manifiestan también con síntomas en el cuerpo físico.

He llegado a comprender que nuestros cuerpos físicos están tan alterados por la embestida del pecado que solo pueden estar conscientes del mundo espiritual por un breve período sin sentirse en extremo débiles. Los brujos y brujas envejecen a paso acelerado. Pagan un alto precio en su cuerpo físico por relacionarse con el mundo espiritual con la frecuencia con que lo hacen.

Hay varias referencias interesantes en la Biblia que confirman esto. Algunas están en el libro de Daniel. Por ejemplo, en Daniel 8, Daniel comienza diciendo que ha tenido una visión donde vio el mundo espiritual y habló con el ángel Gabriel. Al final de la experiencia con el mundo espiritual, dice:

«Y solo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo; sino que cayó sobre ellos un gran temor, y huyeron, y escondieronse. Quedé pues yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó en mí esfuerzo; antes mi fuerza se me trocó en desmayo, sin retener vigor alguno. Empero oí la voz de sus palabras: y oyendo la voz de sus palabras, estaba yo adormecido sobre mi rostro en tierra, Y, he aquí, una mano me tocó, e hizo que me moviese sobre mis rodillas, y sobre las palmas de mis manos. Y díjome: Daniel, varón de deseos, está atento a las palabras que te hablaré, y levántate sobre tus pies; porque a ti he sido enviado ahora. Y estando hablando conmigo esto, yo estaba temblando. Y díjome: Daniel, no temas: porque desde el primer día que diste tu corazón a entender, y a afligirte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo soy venido. Mas el príncipe del reino de Persia se puso contra mí veintiún días: y he aquí, Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y yo quedé allí con los reyes de Persia. Soy pues venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es aún para días. Y estando hablando conmigo semejantes palabras, puse mis ojos en tierra, y enmudecí. Mas he aquí, como una semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí mi boca, y hablé, y dije a aquel que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión se revolvieron mis dolores sobre mí, y no me quedó fuerza».

Daniel 10:7-18

Batallar por nuestro cuerpo espiritual afecta enormemente también nuestro cuerpo físico. Por eso Pablo menciona tanto el hecho de que nuestra lucha no es contra sangre y carne. No podemos, claro está, luchar en el mundo espiritual con el cuerpo físico. Pero los dos

los ha unido Dios y lo que le sucede a nuestro cuerpo espiritual inevitablemente afecta nuestro cuerpo físico.

Batalla en el mundo espiritual

Varias veces en este libro hemos mencionado el tema de la lucha de nuestro espíritu en el mundo espiritual, particularmente al hablar del concepto de «ponernos en la brecha». Es un concepto difícil de captar porque es algo que está totalmente fuera de nuestro control y rara vez se percibe.

Por favor, entiéndase que todavía estamos aprendiendo sobre todo este tema. Hay muchas cosas profundas escritas en la Biblia. Todavía estamos escudriñando y pidiendo que Dios nos ilumine. No nos consideramos «expertas» sino que simplemente estamos siguiendo la orden de nuestro Señor de que imparáramos lo que ya hemos aprendido.

Cuando captamos el concepto de que nuestro espíritu es una parte viva y activa de nosotros que puede caminar, hablar, cantar, pensar, orar, alabar al Señor y luchar en el mundo espiritual, muchos pasajes difíciles de la Biblia cobran sentido. Por ejemplo, si durante una gran porción del día tenemos que dedicar nuestra energía mental y física a la tarea de ser justos y ganarnos la vida, de cuidar de la familia, etc., ¿cómo es posible cumplir con los siguientes versículos:

«Por lo cual, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar . . .». 1 Tesalonicenses 2:13

«Orad sin cesar?» 1 Tesalonicenses 5:17

Es imposible que nuestra mente pueda estar orando o alabando a Dios sin cesar las 24 horas del día, pero lo que no puede nuestra mente lo puede nuestro espíritu. «Vivan en espíritu según Dios», dice 1 Pedro 4:6. Notemos otra vez que «espíritu» está con minúscula porque se refiere al espíritu humano. ¿Cómo podemos vivir en el espíritu de esta manera? Encomendándole nuestro espíritu a Dios para que lo use como le plazca.

Nuestro cuerpo espiritual puede moverse, pensar y

hablar al igual que nuestro cuerpo físico, pero toma su carácter y modo de pensar de nuestro cuerpo físico y nuestra alma. Por ejemplo, si no nos sabemos con la mente un versículo, tampoco lo sabe nuestro cuerpo espiritual, excepto, claro, que esté mucho más en sintonía con el Espíritu Santo. Varias veces Pablo nos dice que nuestra batalla no es «contra sangre y carne», sino contra espíritus. Como nuestro cuerpo físico no puede luchar contra los espíritus en el mundo espiritual, nuestro cuerpo espiritual es el que tiene que luchar. Por eso es tan importante pedirle a Dios todos los días que nos ponga su armadura. Esta batalla es continua e implacable y si no llevamos la armadura de Dios en nuestro cuerpo espiritual al luchar, recibiremos terribles heridas de los «dardos de fuego» del maligno (Efesios 6).

Por nosotros mismos no podemos entrar en la lucha. Nuestro espíritu está totalmente bajo el dominio de nuestro amo, Jesucristo. Simplemente hemos de decirle al Señor que queremos que utilice nuestro espíritu en esta forma si así lo desea. Frecuentemente le he pedido al Padre que me deje ponerme en la brecha y luchar por una persona en particular, pero la decisión la toma El. Pronto aprenderá usted a reconocer los síntomas de fatiga, dolor, depresión y otras enfermedades en su cuerpo físico que son indicativos de que su cuerpo espiritual está en ruda batalla.

El concepto de que nuestro espíritu pueda estar separado y aun geográficamente alejado de nuestro cuerpo físico es extraño y difícil de aceptar. Hay un pasaje fascinante en el cual Pablo describe tal circunstancia:

«De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tenga la mujer de su padre. Y vosotros estáis hinchados, y no más bien tuvisteis duelo, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que hizo tal obra. Y ciertamente, *como ausente con el cuerpo, mas presente en espíritu, ya*

como presente he juzgado al que esto así ha cometido: En el nombre del Señor nuestro Jesucristo, *juntados vosotros y mi espíritu, con la facultad de nuestro Señor Jesucristo*».

1 Corintios 5:1-4

Note que Pablo pone espíritu con minúscula para denotar su propio espíritu, no el Espíritu Santo. También de suma importancia es el hecho de que el espíritu de Pablo estaba en Corinto *solo* con «la facultad de nuestro Señor Jesucristo». El espíritu de Pablo estaba completamente bajo el control del Señor, no bajo el de su alma.

Normalmente el espíritu humano reside en el cuerpo físico. Sin embargo, varios pasajes muestran que el cuerpo físico puede seguir viviendo separado del espíritu. Esto no es cierto en cuanto al alma. Una vez que el alma deja el cuerpo, el cuerpo muere. Por eso es que muchos pasajes que se refieren a la muerte física se refieren también al alma. Sin embargo, se produce un peculiar agotamiento del cuerpo físico cuando el espíritu no está dentro.

A través de los años en que he estado en este ministerio, el Señor me ha enseñado que el agotamiento del cuerpo físico es peculiar en cuanto a que produce una aguda falta de proteína. Si no nos cuidamos de aumentar la ingestión de proteínas de alta calidad durante los días de intensa batalla espiritual, nos debilitamos. La Biblia habla bastante de este tema.

Desde el pacto de Dios con Noé en que le dijo a Noé que comiera carne, Satanás y los demonios han estado tratando de hacer que la gente no coma carne. Es interesante que los hindúes y muchas otras religiones orientales (todas las cuales son formas de adoración de demonios) creen que el éxito de un médium o un adepto (cuyos poderes se originan en los demonios que lo tienen poseído) depende de la presencia en su cuerpo de un fluido misterioso llamado «akasa», que se agota pronto, y sin el cual los demonios no pueden actuar. Este fluido, dicen los hindúes, puede regenerarse solo con una dieta vegetariana y castidad.

Si nos detenemos a pensar, vemos que la gota que rebosó la copa, por así decirlo, y que provocó el juicio de Dios en forma de diluvio, fueron las relaciones sexuales entre humanos y demonios (Génesis 6). No creo que fue casualidad que Dios ordenara a Noé que comiera carne después del diluvio. Dios sabía muy bien la batalla espiritual que tendrían que sostener Noé y sus hijos para impedir que los demonios dominaran sus vidas.

Cuando estudiamos el Antiguo Testamento y las leyes que Dios dio a su pueblo Israel, hallamos que los guerreros espirituales de aquellos días eran los levitas de Israel. Su dieta abundaba en carne de res y de cordero.

Si la carne de res es tan dañina, ¿por qué Abraham le preparó carne de res a Dios mismo cuando llegó a visitarlo? Abraham indudablemente querría preparar lo mejor que tenía. (Véase Génesis 18:1-7.)

Si nos fijamos en los diferentes guerreros espirituales de renombre del Antiguo Testamento, notaremos que cada vez que se preparaban para librar una gran batalla, Dios los preparaba con alimento carnívoro. Por ejemplo, Elías. Fíjese en el menú que Dios mismo le preparó durante el período de preparación antes del enfrentamiento con los profetas de Baal.

«Y fue a él palabra de Jehová diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Cherith, que está delante del Jordán; y beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer. Y él fue, e hizo conforme a la palabra de Jehová; pues se fue y asentó junto al arroyo de Cherith, que está antes del Jordán. Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne a la tarde; y bebía del arroyo».

1 Reyes 17:2-6

El Señor habla muy directamente en cuanto a esto a través de Pablo en el Nuevo Testamento.

«Empero el Espíritu dice manifiestamente,

que en los venideros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus de error y a doctrinas de demonios; que con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia. Que prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió para que con hacimiento de gracias participasen de ellas los fieles, y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios crió es bueno, y nada hay que desechar, tomándose con hacimiento de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado».

1 Timoteo 4:1-5

He estudiado cuidadosamente la literatura médica y, a pesar de toda la publicidad, no hay un buen estudio que demuestre conclusivamente que la carne roja es dañina. (Por favor, fíjese que me estoy refiriendo a la carne magra, no a la grasa, de la cual el Señor, al darles la ley, dijo a los israelitas que no comieran.) Es más, muchos son los trabajos que demuestran los méritos de los suplementos proteínicos en una amplia gama de enfermedades. Pero Satanás tiene tan controlada la medicina que es extremadamente difícil lograr que el médico promedio preste atención a los méritos y la necesidad de proteína.

Si uno se detiene a evaluar, nota que lo central en las comidas salutíferas es la abstinencia de carne. No es casualidad. Es un plan cuidadosamente trazado por Satanás. El sabe muy bien la proteína que nuestros cuerpos necesitan y la tremenda cantidad de proteína que consume en cualquier participación en una guerra espiritual. Si puede evitar que los guerreros de Dios coman carne, puede causar debilidad y enfermedades en ellos por falta de proteína. El cuerpo físico rápidamente pierde su capacidad de luchar contra la infección cuando se le priva de proteína. Muchos mueren innecesariamente en esta época de «medicina moderna» porque sus médicos no les dan suplementos proteínicos.

En los días de intensas batallas a menudo hallamos que es necesario comer carne por lo menos dos veces al

día. Si no, rápidamente perdemos vigor y hasta caemos físicamente enfermos. He trabajado con mucha gente que, al estar bajo intenso ataque de brujería, se ponen excesivamente débiles y hasta enfermas, simplemente porque desconocían los simples principios de Dios en cuanto a la necesidad de ingerir proteína. Todos mejoran mucho cuando aumentan la cantidad de carne en sus dietas.

Cuando esté sufriendo de dolores, depresión y agotamiento por estar en el frente de batalla (o en cualquier otra ocasión), no olvide una de las principales armas: la alabanza. Jamás olvidaré la noche en que el Padre me enseñó esa lección. Acababa de acostarme y daba vueltas en la cama, sin poder dormir. Estaba agotada, con dolores, y todo me parecía imposible. En realidad lo que estaba era entregándome a la autocompasión.

De pronto el Padre me permitió ver a través de los ojos de mi cuerpo espiritual y me vi en el frente de batalla (es decir, mi cuerpo espiritual), pero no estaba luchando. Estaba tirada en el suelo, rodeada de demonios que se mofaban de mí y me arrojaban piedras. No me importaba. Estaba tan cansada que tenía la esperanza de que los demonios me mataran: no quería vivir. No había hacia dónde correr, ni manera alguna de escapar de la situación excepto erguirme y luchar. Pero en aquel momento estaba demasiado cansada y deprimida para hacerlo.

No sé cuánto sabía Elaine de lo que estaba sucediendo, pero sé que en respuesta a una orden del Padre entró en el cuarto y puso un casete de música cristiana. No estaba con ánimo de oír música, y menos aquel casete de himnos de alabanza que Elaine escogió. Elaine no me dijo nada. Simplemente se sentó a oír la música. Suave y persistentemente el Espíritu Santo me fue mostrando qué mal hacía en entregarme a la autocompasión. Una vez más me maravillé de cuán tierno y amoroso es el Señor cuando fallamos y caemos. No pude sino corresponder a ese gran amor. Así que comencé a cantar con mi cuerpo a la par de las graba-

ciones; en el mundo espiritual me puse de pie con dificultad y dije a los demonios que no importaba lo que hicieran; que iba a alabar a mi Señor por su indecible amor. Levanté la cabeza, las manos y los brazos al cielo y canté con el corazón lleno de amor, adoración y alabanza (en mi cuerpo físico y mi cuerpo espiritual a la vez). Al hacerlo, de repente, en el mundo espiritual una brillante luz blanca me rodeó. Vi a todos los demonios caer de bruces en el suelo y luego uno por uno se fueron escabullendo hacia la oscuridad.

Satanás y los demonios no soportan la alabanza al Señor. Estoy segura de que fue por eso que Pablo escribió ese muy debatido versículo de 1 Tesalonicenses 5:18: «Dad gracias en todo . . . » Fíjese que dice «en todo», no «por todo». Mientras peor es la circunstancia, más seguros debemos estar de que Satanás y los demonios nos circundan. Cuando alabamos al Señor, Satanás, que es la causa de nuestros problemas, pierde fuerza enseguida, y nosotros ganamos muchas bendiciones.

Cuando luche en el terreno espiritual recuerde que toda arma y táctica que menciona la Biblia está a nuestra disposición. Los Salmos son especialmente útiles. No olvide pedirle al Padre que ponga sus pies sobre «la Roca» que es Jesús, y sus espaldas contra «la Roca». El Señor le mostrará y enseñará paso a paso lo que tiene que saber.

¿Está usted dispuesto a servir al Señor de esta manera?

¿Por qué debemos pelear?

Habla Rebecca:

La pregunta que mucha gente nos hace es: ¿Por qué debemos pelear? Muchos cristianos de hoy día viven una vida en extremo cómoda y es natural que no quieran verse perturbados. Dicen: «¿Por qué pelear? Después de todo Jesucristo obtuvo una victoria total a favor nuestro en la cruz. ¿Por qué los cristianos tienen que pensar en volverse soldados y guerreros? Lo único que tiene que hacer el cristiano es declarar la victoria que ya Jesucristo ganó».

Este es el tema que deseo abordar ahora.

Veamos primero lo que Jesucristo dijo en cuanto a esto estando en la tierra. No hay mejor fuente que ésa. Jesucristo dijo:

«No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, sino espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí. El que hallare su vida, la perderá y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará».

Mateo 10:34-39

Fijémonos que Jesús dice en el versículo 34, «No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, sino espada». Esto es direc-

tamente lo opuesto al evangelio de paz y amor que tanto se enseña. Y en el versículo 39 Jesús dice: «El que hallare su vida, la perderá, y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará». El cristianismo encierra violencia si lo practicamos como Dios quiere. Perder la vida no implica coexistencia pacífica con el mundo.

«He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres: porque os entregarán en concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun a príncipes y a reyes seréis llevados por causa de mí, por testimonio a ellos y a los Gentiles. Mas cuando os entregaren, no os apuréis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado qué habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Y el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que soportare hasta el fin, éste será salvo. Mas cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra: porque de cierto os digo, que no acabaréis de andar todas las ciudades de Israel, que no venga el Hijo del hombre. El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor».

Debemos resistir hasta el fin. Jesús no nos promete una vida color de rosa como muchos piensan.

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires». Efesios 6:12

Aquí Pablo enfatiza nuestra lucha en el mundo espiritual. En Mateo 10:6-14 Jesús habla del mundo físico y la persecución física. Pablo, en cambio, está enfati-

zando el mundo espiritual. Los dos están interconectados, pero en nuestros días y en mi país, la persecución física todavía no es muy fuerte en la mayoría de los aspectos. No dudo que tal persecución venga pronto. Mientras tanto nuestra batalla es primordialmente en el reino espiritual.

«Tú pues, sufre trabajos como fiel soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se embaraza en los negocios de la vida; a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado».

2 Timoteo 2:3,4

«Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros de la común salud, me ha sido necesario escribiros amonestándoos que contendáis eficazmente por la fe que ha sido una vez dada a los santos».

Judas 3

¿Por qué debemos pelear? La respuesta es obvia: Dios lo quiere. En estos y muchos otros pasajes, Dios se expresa llanamente. Pero muchos preguntan: «¿Por qué quiere Dios que luchemos cuando ya El peleó la batalla por nosotros?»

He buscado con ahínco una respuesta del Señor a esta pregunta. Claro, al pensar en todo esto, he tenido que formularme la misma pregunta: ¿Por qué he sufrido y perdido tanto en esta batalla si no es necesario? Quiero ofrecer aquí la respuesta que me dio el Señor.

La causa básica es que he hecho un compromiso. Tristemente, cuando se predica el evangelio en estos días, se predica: «Jesús murió por tus pecados. Pídele que te perdone y todo será maravilloso». Nada se dice en cuanto al hecho de que uno no puede obtener de Jesús el perdón sin hacer un compromiso con El. Durante muchos años se ha predicado un evangelio en el que la salvación es una acción unilateral. Jesús lo hace todo: uno no tiene que hacer nada.

No es cierto. Eso no fue lo que Jesús dijo. El dijo que si uno no toma la cruz y se niega a sí mismo, quizás hasta el extremo de morir por la fe en El, uno no es digno de El. El dice que va a dar la salvación a los que

Les digo que *la cruz es un instrumento de muerte*. Llevarla no es simplemente soportar las pruebas aquí en la tierra. La cruz quiere decir literalmente nuestra muerte. ¿Y qué es morir? Para mí quiere decir que al consagrarnos a Dios hemos entregado en sus manos todo lo que a nosotros concierne. *Todo* pertenece a El. Sé que en el instante en que hacemos esto, Satanás va a pedirle a Dios que le entregue ese todo. Y, como en el caso de Job, puede ser que el Padre se lo conceda. Para mí, morir diariamente es perder día a día todo lo que amo en este mundo, literalmente. Dios no siempre requiere esto, pero la mayoría de las personas no están dispuestas a este tipo de entrega: no están dispuestas a tomar su cruz.

Cuando Jesucristo nos compra, nos volvemos extranjeros en la tierra y surge una barrera entre nosotros y todo lo demás de este mundo: Jesucristo. Nada de este mundo nos pertenece. Es muy doloroso. La cruz es probablemente el método de ejecución más doloroso. Así que lo que estamos haciendo es comprometiéndonos a una vida de dolor, porque tomar la cruz todos los días es doloroso. Así de simple. Esta no es la manera en que suele anunciarse el evangelio, pero es como Jesucristo lo presentó. Permítaseme aclarar algo: uno no debe imponerse sufrimientos de cruz; eso solo puede hacerlo Dios. En otras palabras, quienes se causan dolor físico pensando que eso es llevar la cruz, están en un craso error. Somos siervos, y lo siervos obedecen: nosotros no somos los que decidimos el tipo de sufrimiento que tenemos que soportar.

Sugiero que cualquiera que haga una entrega al Señor se siente, tome una hoja de papel, y confeccione una lista de todas las áreas de su vida que se le puedan ocurrir: los estudios, la carrera profesional, los amigos que uno va a tener (si es que va a tener amigos), lo que va a suceder con la familia, lo que va a sucederle en su cuerpo físico, dónde y cómo va a vivir, qué va a ser de su reputación, tendrá algún dinero, etc. Esta no es una entrega fácil de hacer. Tan pronto como uno se com-

promete con el Señor es sometido a prueba.

Uno no está realmente creciendo en la fe si no hace un compromiso. A pesar de que la fe es un don de Dios se puede hacer ese compromiso en primer lugar. Ambas cosas están extrañamente interrelacionadas. Cuando uno permanece firme en su compromiso a pesar de las pruebas, estoy convencida de que Dios nos va dando más y más fe a lo largo del camino. Nuestra fe crece y es fortalecida. En realidad fe es decir: «Me he hecho este propósito, he firmado este contrato, y voy a cumplirlo».

Uno no puede permitirle a Satanás que siembre dudas en nuestra mente en cuanto a nuestro compromiso. Cualquiera duda hay que rechazarla de inmediato. Mientras somos sometidos a prueba, tenemos que entender que todo lo que ocurre en el mundo físico tiene su efecto en el mundo espiritual. Cada vez que Satanás dice: «Te pido a los padres de esta chica», y el Padre dice «Bien, concedido, tómalos» (esto puede significar incluso su muerte física, pero Satanás no puede tocar sus almas), y seguimos sirviendo al Señor, se obtiene una victoria en el mundo espiritual que hace retroceder a las fuerzas espirituales de las tinieblas y más almas aceptan a Cristo. Siempre hay un efecto en el mundo espiritual. No podemos ni imaginarnos lo que ocurrió en el mundo espiritual cuando Satanás fue derrotado en el caso de Job.

Todo lo que Job tenía lo perdió en un instante. Satanás no suele actuar así. Cuando todo se pierde en un abrir y cerrar de ojos es evidentemente un acto sobrenatural. Satanás no suele actuar de esa manera en nuestras vidas. El nos quita algo aquí, un ser amado por allá; y cuando nos estamos recuperando del dolor, nos arrebató a otro. Es un experto en causar agonía.

Si nos mantenemos firmes a pesar de las circunstancias y seguimos sirviendo a Dios, debemos de entender que eso es parte del morir físico que resulta de llevar la cruz diariamente y ser aborrecidos como extranjeros en este mundo. Vivimos una muerte en vida desde el momento en que aceptamos a Jesucristo, porque ahora

nuestra vida está establecida en lo espiritual y tenemos vida eterna a través de nuestra alma y nuestro cuerpo espiritual. Pero ahora esta existencia física está muriendo para nosotros. Por eso es que en el instante en que nos salvamos estamos en guerra con Satanás. No hay alternativa. «Como moribundos, mas he aquí vivimos» (2 Corintios 6:9).

La gente dirá: «Eso es bastante duro». Dios dice en Isaías 55:8-9:

«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos».

Lo cierto es que Dios es Dios. No podemos cuestionarlo.

«Al oírlos, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? . . . Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban con él».

Juan 6:60 y 66

¿Qué pasó con Job? Después de todo lo que le ocurrió, ¿qué fue de él? Gracias a todo esto tuvo la oportunidad de ver a Dios, e inmediatamente, al verlo, lo demás dejó de importarle. Una vez que vio a Dios dejaron de importarle las cosas que le acontecían. En el libro de Apocalipsis dice que el Padre va a enjugar toda lágrima de nuestros ojos. Sé por experiencia personal que cuando contemplamos a Dios ya nada en lo absoluto nos importa. Es algo increíble. Dios mismo es inmensamente maravilloso y grande, más allá de nuestra imaginación. Dios es puro poder, puro amor, pura justicia, pura santidad, pura grandeza, pura belleza. Basta una mirada furtiva para que nuestras relaciones, todo lo que podemos tener o amar palidece hasta la insignificancia. Nada de lo que tiene que ver con nosotros importa cuando alcanzamos a ver a Dios.

«Y respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento

que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin ciencia? Por tanto yo denunciaba lo que no entendía. Cosas que me eran ocultas, y que no las sabía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y en la ceniza». Job 42:1-6

Note que cuando Job dice: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (vv. 5-6) no tenía nada de qué arrepentirse. La primera parte del libro aclara bien que en nada pecó Job. «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (Job 1:22). «En todo esto no pecó Job con sus labios» (Job 2:10). Pero en el momento en que Job vio a Dios tal como El es, lo demás perdió importancia. Ya nada importaba.

Mi oración es que el Señor se nos revele como solo El puede hacerlo. No hay mayor bendición que ésa. El Señor llama a muchos a diferentes tipos de servicio, pero todos seremos algún día ferozmente atacados por Satanás. Cuando llegue ese día tenemos que estar preparados para erguirnos y pelear. Si lo hacemos, y si resistimos hasta el final, Jesús nos dará la corona de la vida y tendremos la indecible bendición de ver a Dios tal como El es, en toda Su gloria.

«Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas son pasadas». Apocalipsis 21:3-4

Cómo luchar

Habla Rebecca:

Dios nos llamó a ser soldados, no pacifistas. En ninguna parte la Biblia da lugar a cristianos «blanduzcos». Como dijimos en el capítulo anterior, hemos de ser luchadores, soldados; y esto, principalmente en el mundo espiritual. Vivimos en un mundo gobernado por Satanás y el tiempo se está acabando. Satanás es cada vez más atrevido.

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

Efesios 6:12

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas».

2 Corintios 10:3-4

«Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado».

2 Timoteo 2:3-4

«Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová, y maldito el que detuviere de la sangre su espada».

Jeremías 48:10

Al apropiarnos del poder y la autoridad que Jesucristo nos da en Su nombre y tomar la ofensiva en la guerra contra Satanás, la persecución que inevitable-

mente se nos vendrá encima no llegará en la forma en que pensamos. La gente no se pondrá frente a usted a decirle: «Lo estoy calumniando porque está de parte de Jesús». No. Lo acusarán de toda suerte de cosas que no ha hecho, de ser demasiado radical o de no estar muy bien balanceado mentalmente. La esquizofrenia y la paranoia son dos de las etiquetas favoritas que Satanás suele colgar a los que quiere destruir. Los hermanos en la fe lo desacreditarán más que cualquier inconverso declarado. Satanás engaña y miente, y nada es siempre lo que parece. Sus siervos más eficientes son personas que uno piensa que son fieles cristianos, fieles en ir a la iglesia, que están bien económicamente y que son miembros respetados y honrados en la comunidad. Estos son los que acusarán y perseguirán a los que están participando en la batalla espiritual al lado de Cristo. Pero hay que luchar si es que las almas se van a salvar y las vamos a traer a Jesús.

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestra merced es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros».

Mateo 5:10-12

No te sorprendas cuando la persecución surja de tu propia iglesia, de quienes tenías por hermanos y hermanas en Cristo, y de tu familia. La Biblia lo dice claro:

«Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos».

Hechos 20:29-30

«Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo

Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras».

2 Corintios 11:13-15

Hay un punto que quisiéramos aclarar. No estamos tratando de decirle lo que tiene que hacer, ni en alguna forma controlarle. Simplemente intentamos compartir lo que el Señor nos ha enseñado. A la postre es usted quien tiene que recibir dirección del Señor. Es usted quien tiene que aprender a escuchar a Dios en su espíritu y en su mente. Solo el Espíritu Santo puede enseñarle esto, pero debe pedírselo y procurar arduamente esa comunicación. Es más, debe comprender que como individuo tiene ante Dios la responsabilidad de estudiar cualquier cosa que le digan, para ver si concuerda con la Biblia. Esto se aplica a este libro así como a cualquier cosa que su pastor diga. Pablo mismo enseñó a los corintios a hacer esto: «Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen [pesen, evalúen con cuidado]» (1 Corintios 14:29). El lector haría bien en leer este capítulo porque contiene muchos mandamientos que han sido descuidados y desoídos, pero que se aplican a los servicios de las iglesias de hoy día.

Cualquiera que esté tomando parte en la batalla espiritual debe estar preparado a luchar en más de un terreno. Pero recuerde: uno no decide cómo o dónde luchar. Solo el Señor controla eso. Nosotros simplemente nos ponemos a su disposición para que nos use como crea conveniente. El es nuestro jefe. Nuestra meta es siempre hacer la voluntad de Jesucristo, para gloria de Su nombre y para traer a otros a un conocimiento salvador de Jesucristo. Recuerde siempre: **¡Jesucristo es Dios!** Cualquiera que diga que es menos que eso es falso.

Tenga cuidado con quién se sincera. Sea sabio, alerta siempre a la voz del Señor. Nuestro Señor nos advierte: «No pongas con ligereza las manos a ninguno» (1 Timoteo 5:22). Espere a que se manifiesten los frutos

de la persona; espere hasta que el Señor le dé completa paz en cuanto a ella. «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 Juan 4:1). Recuerde: Satanás y sus demonios tratarán de engañarle, especialmente en cuestiones espirituales.

Hay por lo menos ocho pasos que debe dar el que vaya a entrar seriamente en batalla espiritual.

Primer paso

Debe aceptar el señorío de Jesucristo en cada faceta de su vida.

Segundo paso

Debe estar dispuesto a una total aplicación de la cruz a la vida. Esta debe ser una experiencia diaria en su vida. Hay un libro del Dr. A.W. Tozer llamado *The Pursuit of God* (La búsqueda de Dios) que creo que todo cristiano debe leer. La siguiente cita explica la aplicación de la cruz a la vida mejor de lo que podría hacerlo yo:

Todo en el Nuevo Testamento concuerda con el cuadro del Antiguo Testamento. Los hombres rescatados ya no tienen que vacilar con temor al entrar en el Lugar Santísimo. Dios quiere que nos acerquemos a Su presencia y vivamos allí la vida entera. Esto es algo que percibiremos en experiencia consciente. Es más que una doctrina que hemos de sustentar; es una vida que hemos de disfrutar cada momento de cada día . . .

Asimismo, la presencia de Dios es el hecho central del cristianismo. El meollo del mensaje cristiano es Dios mismo que espera que sus hijos redimidos se lancen a una percepción consciente de Su presencia. Ese tipo de cristianismo, que por cierto está en voga, sabe de esta Presencia solo en teoría. Falla al no

enfaticar el privilegio del cristiano de hacerlo realidad en el presente. Según sus enseñanzas estamos en su presencia posicionalmente, y no se dice nada de la necesidad de experimentar esa Presencia en la realidad. . . ¿Qué nos lo impide?

La respuesta que se suele dar, simplemente que somos «fríos», no lo explica todo. Hay algo más serio que frialdad de corazón. . . ¿Qué es? ¿Qué si no la presencia de un velo en nuestros corazones? Un velo que no ha sido quitado como lo fue el primer velo, sino que todavía no deja penetrar la luz y esconde de nosotros el rostro de Dios.

El yo es el opaco velo que esconde de nosotros el rostro de Dios. Solo puede ser quitado en experiencia espiritual, jamás por simple instrucción. Pudiéramos muy bien instruir a la lepra cómo salir de nuestro sistema. Tiene que producirse un acto destructivo de Dios antes de que seamos libres. Tenemos que pedirle a la cruz que realice ese letal trabajo en nosotros. Tenemos que llevar nuestros pecados del yo a la cruz para ser castigados. Tenemos que prepararnos para un severo sufrimiento en cierta medida como aquel por el que pasó nuestro Salvador bajo Poncio Pilato.

Recordemos que cuando hablamos de rasgar el velo estamos hablando en sentido figurado, y el concepto es poético, casi agradable, aunque en realidad no hay nada agradable en ello. En la experiencia humana ese velo está hecho de tejido espiritual vivo; está compuesto del sentimiento, vibrante material del que nuestro ser está hecho, y tocarlo es tocarnos donde duele. Tocarlo es lastimarnos, herirnos y hacernos sangrar. Decir otra cosa es decir que la cruz no es cruz y que la muerte no es muerte en ningún sentido. Nunca es divertido

morir. Rasgar los delicados y tiernos tejidos que componen la vida no puede ser sino profundamente doloroso. Pero eso fue lo que la cruz le hizo a Jesús y eso es lo que la cruz hará a cada hombre para libertarlo.

Mucho cuidado con querer remendar nuestra vida interior, en la esperanza de rasgar nosotros mismos el velo. Dios tiene que hacerlo por nosotros. Nuestra tarea es ceder y confiar. Tenemos que confesar, abandonar y repudiar la vida propia, y luego declararla crucificada. Pero tenemos que tener el cuidado de diferenciar entre una perezosa «aceptación» y la verdadera obra de Dios. Tenemos que insistir en que la obra se realice. No nos atrevamos a conformarnos con una pulida doctrina de auto-crucifixión. Eso es imitar a Saúl y guardarnos lo mejor de las ovejas y las vacas.

Insistamos en que la obra se realice en verdad y se realizará. La cruz es ruda y mortal, pero es efectiva. No deja a la víctima colgada para siempre. Llega el momento en que la obra queda consumada y la sufriente víctima muere. Después de eso vienen la gloria y el poder de la resurrección, y el dolor se olvida ante el gozo de que el velo es quitado y hemos entrado en verdadera experiencia espiritual a la presencia del Dios vivo (pp. 46 y 47).

Tercer paso

Debe estar dispuesto a dar su vida y la vida de sus seres queridos si el Señor lo determina. Uno puede probablemente esperar un cambio radical en su vida.

«El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará». Mateo 10:37-39

Cuarto paso

Uno tiene que aprender a escuchar al Señor cuando habla a nuestro espíritu. Cuando digo «escuchar al Señor cuando habla a nuestro espíritu» no me refiero a una voz que escuchamos con nuestro oído físico. Me refiero a que el Señor le dice algo a nuestro espíritu y de repente lo percibimos en la mente en forma de pensamiento. Esta es una de las cosas por lo que es tan importante que examinemos nuestros pensamientos y le pidamos al Señor que ponga en nosotros una mente pura y un corazón puro.

Jesucristo dijo:

«Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber». Juan 16:12-14

Y en Hebreos 10:15-16 dice:

«Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré».

El Espíritu Santo pondrá pensamientos en nuestra mente, así es como nos habla y nos da testimonio. Satanás puede también poner pensamientos en nuestra mente; pero, recordémoslo, el Espíritu Santo confirmará en nuestro corazón y espíritu lo que es de Satanás y lo que no lo es. La Biblia es lo que nos salva en esto. El Señor *jamás* nos dirá algo que no concuerde con Su Palabra, la Biblia. Además, si estamos orando y hablando con el Señor en silencio, Satanás no puede leernos el pensamiento y por lo tanto no puede introducir pensamientos que estén en el contexto de lo que tenemos en mente al orar. Esta es una de las razones

importantes por las que debemos aprender a controlar la mente para que no divague cuando estamos en oración y en comunión con el Señor. Proverbios 8:17 dice:

«Yo amo a los que me aman, y me hallan los que madrugando me buscan».

Según la concordancia de Strong [en inglés] la traducción literal de la palabra traducida «temprano» implica «diligencia», «fervor». Uno debe procurar diligentemente una relación así con el Señor.

Solo el Espíritu Santo puede enseñarnos a escuchar Su voz. Uno quizás debe procurar este tipo de relación con mucho ayuno, lágrimas y oración. No olvidemos que el Señor no hace las cosas a la carrera y probablemente ponga a prueba nuestra sinceridad. Si no le hemos pedido al Señor que efectúe en nosotros el operativo de la cruz como lo describe el trozo de Tozer que transcribimos, no podremos desarrollar una relación así con El. Además, si no estamos totalmente entregados a El no podremos lograr tal relación.

Cuando el Señor nos habla y comprobamos que lo que nos ha sido dicho concuerda con la Biblia, y el Espíritu Santo confirma en nuestro corazón que lo que escuchamos fue su voz, podemos por fe aceptar que así es. De lo contrario Satanás tratará de persuadirnos de que lo que escuchamos no fue la voz del Señor, que simplemente es producto de nuestra imaginación.

«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios».

Romanos 8:16

«Por lo tanto, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto». Hebreos 3:8-9

El Espíritu Santo hablará si nosotros vamos a escuchar Su voz. Cuando suceda, no debemos endurecer nuestros corazones, sino marchar en fe y obediencia de acuerdo con lo que el Espíritu Santo nos ha dicho. Por lo general el Espíritu Santo empieza a hablarle a un

creyente señalándole algo que no agrada al Señor. La tentación es no hacerle caso y seguir haciendo lo que al Señor no le agrada. Si hacemos esto estamos «endureciendo nuestros corazones» y dejaremos de recibir mensajes del Señor.

El Espíritu Santo testificará a nuestro espíritu que lo que hemos oído es su voz. Si lo que oímos no fue su voz, debemos ser sensibles a la vacilación que sentimos. Demasiadas veces estamos ansiosos por seguir adelante y hacer cosas sin prestar atención a la vacilación. Debemos aprender a ser pacientes y esperar una confirmación antes de dar cualquier paso. El ser impulsivo no funciona en la batalla espiritual.

Quinto paso

Uno debe aprender a controlar bien la mente. Esto es probablemente lo más difícil que se puede intentar. La orden del Señor es clara:

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, refutando argumentos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». 2 Corintios 10:3-5

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento». Romanos 12:2

La mente es el más importante campo de batalla. Satanás ataca más en la mente que de cualquiera otra forma. Es una batalla incesante, implacable y continuará mientras estemos en este mundo. Ya uno no puede darse el lujo de permitir que cualquier pensamiento ocupe su mente. Tenemos la responsabilidad ante Dios de detenernos y analizar *todo* pensamiento que venga a nuestra mente para ver si implica obediencia a Cristo. La verdad es que somos perezosos por naturaleza.

Puedo afirmar que cuando Dios empezó a señalármelo fue para mí una de las cosas más difíciles que me había pedido. Para cursar mis estudios de medicina tuve que estudiar horas interminables, pero todavía no controlaba mi vida mental. Todo el mundo tiene una «vida mental» continua, porque así fuimos creados. Tenemos el deber de llevar cautivos a Jesucristo cada uno de nuestros pensamientos.

Tenemos que entender que Satanás puede inyectar pensamientos en nuestra mente de la misma manera que un médico puede inyectarnos medicina en el cuerpo. Satanás y sus demonios pueden hacerlo desde *afuera* de nuestros cuerpos. No tienen que estar dentro de nosotros para hacerlo. Sin embargo, no pueden leer nuestra mente. Solo Dios puede conocer nuestros pensamientos e intenciones. (Ver Hebreos 4:12-13 y Jeremías 17:9-10.) Por lo tanto, como en el ejemplo que nos dio Jesucristo cuando estaba en el mundo en forma humana, debemos reprender a Satanás y a sus demonios en voz alta.

Satanás va a poner pensamientos en nuestra mente que comiencen con la palabra «yo» o «mí», para que creamos que son nuestros. Por ejemplo, nos puede venir un pensamiento como «A mí me gustaría _____», algo que sabemos que es pecado. Tan pronto nos demos cuenta que lo estamos pensando, tenemos que atacar su verdadera procedencia. Digamos en voz alta: «Satanás, demonios, los reprendo en el nombre de Jesucristo. No acepto este pensamiento. ¡Apártense de mí!» Entonces obliguémonos a pensar en un versículo, recitémoslo en voz alta si es necesario para controlar nuestra mente.

Filipenses 4:8 dice:

«Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad».

Esta es otra forma de controlar el pensamiento. Literalmente tenemos que reeducar la mente y renovarla

como dice Romanos 12:2:

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

Esto lleva tiempo, perseverancia y mucho esfuerzo.

«Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia».

Colosenses 3:12

¿Se ha preguntado alguna vez cómo se viste uno de cosas como misericordia, benignidad, humildad, etc.? Yo sí, muchas veces me lo pregunté hasta que al fin el Señor me dio la respuesta. Debemos preparar la mente de antemano para que cuando nos veamos en circunstancias en que alguien nos ha hecho daño, no reaccionemos conforme al estado emotivo natural del momento. Debemos *elegir* con la misericordia de Dios y devolver bien por mal.

El bien conocido escritor Watchman Nee describe así la batalla de la mente (recuerde que sus palabras han sido traducidas del chino y por lo tanto pueden ser algo difíciles de entender):

«Según la Biblia, la mente del hombre es excepcional por el hecho de que constituye un campo de batalla en que Satán y sus espíritus malignos luchan contra la verdad y, por tanto, contra el creyente. Podemos ilustrarlo del modo siguiente: La voluntad y el espíritu del hombre son como una ciudadela que los espíritus malignos procuran capturar. El campo abierto en que se pelea la batalla para conquistar la ciudadela es la mente del hombre. Nótese cómo describe el apóstol Pablo esto: «Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando *argumentos* y toda altivez

que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo *pensamiento* a la obediencia de Cristo» (2 Co. 10:3-5). Primero nos habla de una batalla; luego, de cómo se pelea, y finalmente de cuál es su objetivo. Esta lucha pertenece exclusivamente a la mente del hombre. El apóstol asemeja los argumentos o razonamientos del hombre a las fortalezas de un enemigo. Describe la mente como en poder del enemigo; por tanto, tiene que ser capturada por medio de la batalla. Llega a la conclusión de que muchos pensamientos rebeldes reciben albergue en estas fortalezas y es necesario cautivarlos a la obediencia de Cristo. Todo esto nos muestra claramente que la mente del hombre es la escena de una batalla en que los espíritus malignos contienden con Dios.

La Escritura explica que antes de la regeneración «el dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:4). Este versículo concuerda con el que hemos citado antes según el cual Satanás domina la mente del hombre cegándole. Algunas personas quizá se consideran prudentes y sabias en extremo, en su habilidad de producir muchos argumentos contra el evangelio; otras pueden dar por un hecho que la incredulidad es debida a un embotamiento del entendimiento; pero la verdad en ambos casos es que los ojos de la mente del hombre han sido vendados por Satanás. Cuando la mente del hombre se halla firmemente en poder de Satanás es «endurecida»; el hombre «sigue los deseos del cuerpo y la mente como hijos de ira» y por ello «erais extraños y enemigos en la mente», porque «la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios» (2 Co. 3:14; Ef. 2:3; Col. 1:21; Ro. 8:7).

Al leer estos pasajes podemos ver claramente en

qué forma los poderes de las tinieblas se relacionan especialmente a la mente del hombre, la que es peculiarmente susceptible al asalto de Satanás. Con respecto a la voluntad, la emoción y el cuerpo del hombre, los poderes del mal son incapaces de hacer nada *directamente* mientras primero no hayan ganado algún terreno en ellos. Pero con la mente del hombre pueden trabajar libremente sin haberle persuadido previamente o haber obtenido su invitación. La mente se ve ya como su posesión. El apóstol, al comparar las mentes de los hombres a fortalezas de un enemigo, parece implicar que Satanás y sus espíritus malignos ya han establecido una relación profunda con la mente del hombre, que de alguna forma están usándola como su fortaleza en la cual aprisionar a sus cautivos. Por medio de la mente del hombre imponen su autoridad y por medio de la mente de sus cautivos transmiten pensamientos venenosos a otros para que éstos puedan también levantarse contra Dios. Es difícil estimar hasta qué punto la filosofía, la ética, el conocimiento, la investigación y la ciencia del mundo fluyen de los poderes de las tinieblas. Pero de un punto estamos seguros: todos los argumentos y obstáculos de orgullo contra el conocimiento de Dios son las fortalezas del enemigo.

¿Es extraño contemplar la mente en tan cercana proximidad con las autoridades de la maldad? ¿No fue el pecado que primero cometió la humanidad el de buscar el conocimiento del bien y del mal, y esto por instigación de Satanás? Por tanto, la mente del hombre está especialmente relacionada con Satanás. Si leemos con cuidado las Escrituras y observamos las experiencias de los santos descubriremos que todas las comunicaciones entre las fuerzas humanas y las satánicas ocurren a nivel del pensamiento. Tomemos, por ejemplo, la tentación de Jesús por Satanás. Toda

tentación con la cual atrae al hombre es presentada a su mente. Es verdad que Satanás con frecuencia usa la carne para asegurarse el consentimiento del hombre; con todo, en cada caso de seducción el enemigo crea alguna clase de pensamiento por el cual inducir al hombre a pecar. No podemos separar la tentación del pensamiento. Todas las tentaciones nos son ofrecidas en forma de pensamientos. . .


La definición original de arrepentimiento no es otra cosa que «un cambio de mentalidad». . .

Pero incluso, después del arrepentimiento la mente del creyente no está totalmente libre del contacto con Satanás. Como el enemigo trabajaba por medio de la mente en los días anteriores, también hoy va a querer trabajar de la misma manera. Pablo, al escribir a los *creyentes* de Corinto, les dice: «Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros *pensamientos* sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo» (2 Co.11:3). El apóstol reconoce bien que como el dios de este mundo ciega la mente de los no creyentes, también va a engañar la mente de los creyentes ... El ataque a la mente es la avenida más fácil para ellos para realizar sus propósitos. El corazón de Eva estaba sin pecado y, con todo, recibió los pensamientos sugeridos por Satán. Ella, pues, fue engañada por medio de la astucia de Satanás para no hacer el uso debido de su razonamiento y caer en el lazo del enemigo. Que el creyente, pues, sea cuidadoso si se gloria de poseer un corazón sincero y simple, porque a menos que sepa cómo rechazar los espíritus malignos en su mente, seguirá siendo tentado y engañado para que pierda la soberanía de su voluntad. (pp. 9-12)

Dios quiere restaurar nuestra vida de pensamiento al estado excelente que tenía cuando fue

Figura I


Temprano en la mañana
Mi alma canta



a Dios mi Salvador

Nancy canta alabanzas al Señor mientras se prepara para ir al trabajo... aun no ha visto a Sally.

Cuán grande es El... Cuán grande es El... Mi alma canta*



ZAP!

¡Apesto a que Sally no lavó la loza anoche!

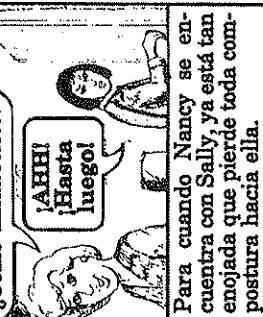
Como los pensamientos comienzan con «Yo» Nancy supone que son sus propios pensamientos.

¡Es tan floja, que nunca hace su parte en el trabajo de la casa! ¡Se está aprovechando de mí! (etc., etc.)



El demonio continúa enfureciéndola a través de desilizar más pensamientos negativos acerca de Sally.

Buenos días...
¿Cómo amaneciste?




¡AHH!
¡Hasta luego!

Para cuando Nancy se encuentra con Sally, ya está tan enojada que pierde toda compostura hacia ella.

NOTA: Sally había lavado la loza la noche anterior, pero Nancy estaba tan enojada que no se dio cuenta de ello.

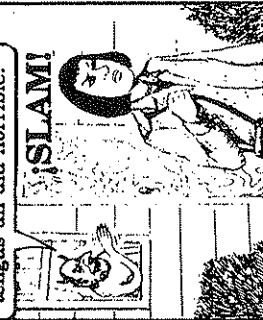
¿Qué he hecho ahora?



¡Se cree tan superior que siempre me está despreciando!

El demonio comienza a manipular a Sally, ella acepta los pensamientos, porque incluyen la palabra «yo».

¡Hasta luego! ¡Que tengas un día horrible!



¡SLAMI!

Ambas están listas para un día fatal.

Figura II

Temprano en la mañana
Mi alma canta a Dios mi Salvador

Nancy canta alabanzas al Señor mientras se prepara para ir al trabajo. ... todavía no ha visto a Sally.

¡Pero anoche tuve que sacar la basura, porque ella no lo hizo!

«Nada me faltará...»

Cuán grande es EL... Cuán grande es EL... Mi alma canta*

¡ZAPI!

¡Apesto que Sally no lavó la loza anoche!

Como los pensamientos comienzan con «yo» Nancy supone que son sus propios pensamientos.

Buenos días... ¿cómo amaneciste?

¡AHÍ!

¡Hasta luego!

Para cuando Nancy se encuentra con Sally ya está tan enojada, que pierde toda compostura hacia ella.

NOTA: Sally había lavado la loza la noche anterior, pero Nancy estaba tan enojada que no se dio cuenta de ello.

¡Es tan floja, que nunca hace su parte en el trabajo de la casa! ¡Se está aprovechando de mí! (etc., etc.)

El demonio continúa enturbiando pensamientos negativos acerca de Sally.

¿Qué he hecho ahora?

¡Se cree tan superior que siempre me está despreciando!

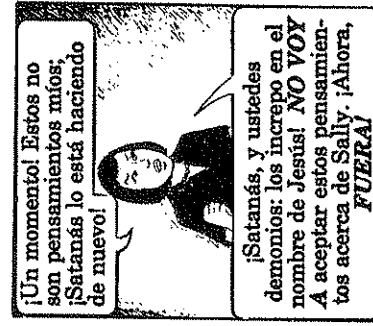
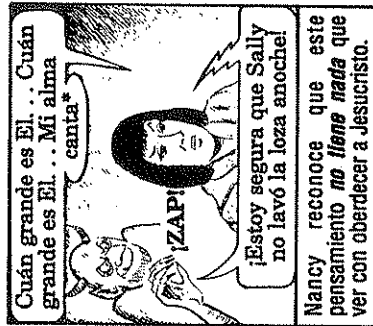
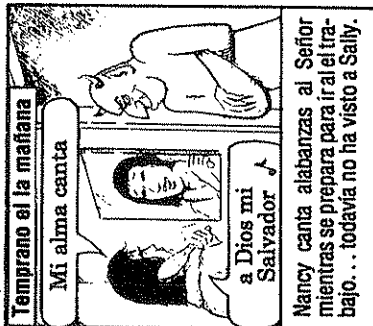
Un momento, no seguiré pensando estas cosas... En lugar de ello, voy a pensar en el Señor. Veamos... «El Señor es mi Pastor...»

¡Hasta luego! ¡Que tengas un día horrible!

¡SLAMI!

En este caso, Nancy misma trata de detener el flujo de pensamientos negativos hacia Sally, creyendo que los pensamientos eran suyos. Al hacer esto, ella en esencia lo que está haciendo es resistir a Satanás en sus propias fuerzas. Siempre perderá la batalla porque nosotros los seres humanos no somos ni nunca seremos tan fuertes como Satanás.

Figura III



Ahora Nancy reconoce la verdadera fuente de sus pensamientos. Oponer el poder de Jesús a esa fuente (Satanás y sus demonios) y alcanza la victoria. Este es un ejemplo práctico de cómo debe ser sujeto a cautividad todo pensamiento para rendir toda obediencia a Jesucristo (II Cor. 10:5).

creada, de manera que no solo podamos glorificar a Dios en nuestro andar, sino glorificarle también en nuestro pensar. ¿Quién puede calcular el inmenso número de hijos de Dios que, por descuidar su mente, crecen raquíticos, obstinados, fanáticos y, algunas veces, contaminados? Se quedan cortos de la gloria de Dios. . . El pueblo de Dios necesita saber que si quiere vivir una vida plena su mente debe ser renovada.

Siempre que un hijo de Dios nota que no es capaz de gobernar su mente, debería averiguar al instante si es el enemigo el que la rige. . . La intención de Dios es que el hombre se controle a sí mismo. El hombre tiene autoridad para regular su ambiente natural; por ello sus procesos mentales deberían estar sometidos al poder de su voluntad. Un cristiano debería inquirir sobre sí mismo: ¿Son estos mis pensamientos? ¿Soy yo el que estoy pensando? Si no soy yo el que pienso, tiene que ser, pues, el espíritu maligno, que es capaz de trabajar en la mente del hombre. La persona debería saber que en el caso de que no haya intentado pensar, y, con todo, surjan estos pensamientos en su cabeza, tiene que llegar a la conclusión de que estos pensamientos no son suyos sino del espíritu maligno. pp. 15-16. *El hombre espiritual*, tomo 3, por Watchman Nee.

Daré algunos ejemplos.

A. Los pensamientos que llegan a la mente de un cristiano que de veras ha nacido de nuevo surgen de tres fuentes: la persona misma, el Espíritu Santo y Satanás y/o los demonios. Casi en todos los lugares adonde vamos para hablar encontramos personas que nos critican y nos dicen que no debemos hablar de Satanás porque al hacerlo lo estamos glorificando, etc., etc. ¿Por qué? Porque casi siempre hay brujas en la audiencia. Ellas se reclinan y con un simple conjuro envían un demonio a cada persona presente (no he dicho que los demonios entran en las personas). Los

demonios proyectan pensamientos como el de que «esas mujeres no deben estar hablando de Satanás porque al hacerlo lo están glorificando». La persona da por sentado que el pensamiento es suyo y que por lo tanto debe ser correcto.

B. Mi compañera de casa antes de que yo conociera a Elaine no era cristiana, y francamente no me gustaba nada. Accedí a que se quedara durante el año escolar porque tenía la esperanza de ganarla para Cristo, pero me fue un año difícil. Nuestras personalidades eran muy diferentes, y casi siempre me irritaba. Durante ese tiempo el Señor me estaba enseñando a controlar mi mente. Una de las primeras cosas que el Espíritu Santo me enseñó fue que casi todas las mañanas al prepararme para ir al trabajo, sin siquiera haber visto a Sue, ya la tenía en la mente y peleaba con ella mentalmente de tal forma que cuando la veía ya estaba tan enojada con ella que ni siquiera tenía la cortesía de darle los buenos días. ¿De dónde me llegaban esos pensamientos? No de mí. Luchaba tanto por dominarlos que a veces yo misma me decía: «¡Cállate la boca, Rebecca!» Pero de nada me servía, porque los pensamientos airados continuaban. ¿Por qué? Porque al mandarme yo misma a callar estaba resistiendo a Satanás con mis propias fuerzas. Cuando tratamos de enfrentarnos a Satanás con nuestras propias fuerzas perdemos la batalla antes de empezar.

Pero cuando el Espíritu Santo me enseñó a reconocer que aquellos pensamientos venían de afuera y de Satanás, empecé a tener victoria y reprendí a Satanás en voz alta en el nombre de Jesucristo. Pronto aprendí que en cuanto esos pensamientos contra Sue afloraran en mi mente, debía decir: «¡Satanás, demonios, los reprendo en el nombre de Jesucristo! Rechazo esos pensamientos contra Sue». Y debía forzarme a pensar en algún pasaje bíblico y recitarlo. Así vencía porque estaba enfrentándome a Satanás con el poder de Jesucristo. Mis relaciones con ella mejoraron muchísimo. ¡Cuántos matrimonios, familias, iglesias y comunidades enteras son destruidos con esa simple táctica!

(Ver las Figuras I, II y III.)

Sexto paso

Aprender pasajes bíblicos es otra cosa importante. Como dice el Salmo 119:9,11,

«¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. . . En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti».

Aprender versículos de memoria es la manera de guardar la Palabra de Dios en el corazón. No sé cómo enfatizarlo lo suficiente. Créanme, cuando uno está luchando con demonios, no tiene tiempo de buscar en la Biblia. Uno puede perder la vida o la vida de la persona que está tratando de ayudar si tiene que sacar tiempo siquiera para abrir la Biblia.

Hay una forma fácil de aprender versículos. Separe cierto momento de cada día. Para mí, son los aproximadamente veinte minutos que paso secándome el pelo todas las mañanas. Escriba en una tarjetita lo que quiera aprender de memoria. Yo pego la tarjeta en el espejo. Escriba la porción bíblica que quiere aprender con la referencia antes y después del versículo. Suele ser mejor limitarse a dos o tres versículos. Entonces, *en voz alta*, repita el versículo y la referencia las veces que sea necesario hasta que pueda decirlo una o dos veces con los ojos cerrados y sin equivocarse.

Por ejemplo: Juan 3:16:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»:

Haga esto una vez al día. Añada una nueva porción bíblica una vez a la semana. Si usted hace esto fielmente durante tres meses, tendrá guardados en su memoria para siempre esos pasajes bíblicos. Pronto verá cómo el Espíritu Santo le trae a la mente esos versículos muchas veces al día. Verá que esta es una

mos con falta de respeto, ni pensemos que no puede o no está activo en nuestra vida.

«De la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos maldicen las cosas que no conocen . . . ».

Judas 8-9

«Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar».

1 Pedro 5:8

Nunca olvidemos que la batalla es real. Si te pones al frente lo más probable es que te hieran. En casi todo desastre que conozco en que alguien está luchando por el Señor y Satanás lo engaña, el primer traspies ha sido faltarle el respeto al enemigo. ¡No estamos dándole gloria y honor a Satanás! Pero es un enemigo formidable. Es mucho más inteligente que nosotros. No olvidemos que Dios, al crear a Satanás, dijo:

«Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura».

Ezequiel 28:12

Satanás es la criatura más bella e inteligente que Dios creó. No hay manera que podamos vencer a Satanás con nuestra pequeña inteligencia humana, ni que podamos adivinar sus engaños. Debemos depender siempre del Señor en cuanto a que nos revele las tácticas de Satanás. Solo podremos enfrentarnos a Satanás y derrotarlo con el poder de Jesucristo.

Tan pronto dejamos de respetar a Satanás, nos descuidamos y le abrimos las puertas al orgullo y a un montón de otros engaños de Satanás.

Hablaremos de cinco áreas de batalla. No afirmamos en lo absoluto que lo siguiente sea completo, pero el Señor nos ha dirigido a que contemos lo que hemos aprendido hasta ahora. Es nuestra oración más ferviente que el Señor mismo lo dirija a usted hacia toda comprensión espiritual. Las áreas son: demonios, espíritus humanos de satanistas, criaturas físicas como los hombres lobos (la palabra *lycanthrope* se refiere solo a hombres lobos, no a otros tipos de hombres animalizados), humanos, y directamente a la batalla espiritual en nuestro cuerpo físico.

Los Salmos y el libro de Josué son dos buenos libros de texto en cuanto a la batalla espiritual. Cada arma que menciona la Biblia puede ser empleada en el mundo espiritual. Estudie los pasajes. Tome un cuaderno y escriba todo lo que el Señor le vaya revelando al leer. De esa manera tendrá información que podrá repasar frecuentemente. De lo contrario tendrá que malgastar tiempo reaprendiendo cosas sabidas pero olvidadas.

Demonios

Los demonios son criaturas muy inteligentes. Son espíritus y por lo general no tienen cuerpo físico aunque pueden durante ciertos períodos manifestarse en cuerpo físico que podemos ver y sentir. Antes eran ángeles al servicio de Dios. Satanás, su líder, era arcángel, uno de los seres más poderosos que Dios jamás haya creado. La inteligencia del hombre no es nada comparada con la de Satanás. Hace muchísimas edades Satanás se rebeló contra Dios e intentó exaltarse por encima de Dios. Un gran número de ángeles siguieron a Satanás para servirlo en vez de a Dios. A veces nos referimos a ellos como «ángeles caídos» y son los diferentes demonios. Todos son malos y mentirosos. Adoptan diferentes nombres en diferentes partes del mundo. Poseen una vasta gama de poderes y capacidades que solo pueden ser derrotados con el poder de Jesús. En Jesucristo estamos en una notable posición de autoridad sobre los demonios. Debemos hacer

uso de esa autoridad, pero siempre con respeto.

El número y la variedad de demonios son tan vastos que jamás alcanzaríamos a nombrarlos a todos. Además, el mismo demonio adopta diferentes nombres según la zona geográfica en que esté. El reino de Satanás está muy organizado y es muy eficiente. Los demonios de muy alto rango que la Biblia llama príncipes, gobiernan diferentes partes del mundo.

Los demonios conocen muy bien la Biblia, por lo que nosotros, a nuestra vez, debemos conocerla a fondo. Los demonios son expertos en tergiversar los pasajes bíblicos en un intento por hacer que se entiendan de un modo diferente del que Dios expresó. Si no nos sabemos la Biblia somos presas fáciles para ellos.

No creemos necesario intentar confeccionar una lista de nombres de demonios porque no solo es imposible, sino que cada vez que tenemos que enfrentarlos el Espíritu Santo nos da la sabiduría que necesitamos.

Ni el tiempo ni el espacio nos permiten hablar mucho de liberaciones aparte de los detalles que ofrecimos sobre el caso de Elaine y otros. Emprendemos las liberaciones por secciones de la persona, y por las puertas que sabemos que han sido abiertas en la vida de la persona. En futuras publicaciones entraremos en más detalles.

Espíritus humanos de satanistas

Lidiar con los espíritus humanos de los satanistas es parecido a lidiar con demonios, excepto que uno debe recordar siempre que se trata de vidas y espíritus humanos y que lo primordial es salvarlos. Resistimos por mucho más tiempo el tormento de espíritus humanos sin contraatacar que el que proviene de demonios porque no queremos hacerles daño, y siempre les predicamos el evangelio.

Recuerdo una noche poco después de la liberación definitiva de Elaine que estaba yo lavando la loza después de comer. Estaba sola y derramaba mis lágrimas sobre la loza mientras oraba al Padre. Había sido

un día particularmente duro. Elaine y yo estábamos continuamente atormentadas por los espíritus satanistas. Nada parecía frenarlos. Casi constantemente aquellos seres invisibles nos estaban levantando en peso y lanzando contra la pared o al piso, o nos arrojaban objetos. Estábamos agotadas y magulladas. Podíamos detener a un demonio reprendiéndolo en el nombre de Jesucristo, pero a los espíritus humanos no los podíamos detener de la misma manera. En desesperación grité al Señor: «Padre, por favor, ¿qué podemos hacer? Siento como que esta casa fuera una vía pública para que transite cualquier poder o demonio. Sabes que estos espíritus nos atormentan. ¡No puedo más!»

En aquel instante el Espíritu Santo me inundó la mente con la historia del cordero pascual en Exodo 12. Entonces me dijo: «Desde la muerte de Jesús no hay sacrificio con sangre. ¿Cuál dirías que es el equivalente de la sangre hoy día?»

«¿El aceite?», pregunté.

«Correcto». Entonces el Señor me recordó el pasaje de Exodo 40 en el que instruyó a Moisés para que utilizara también la unción de aceite:

«Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y le santificarás con todos sus vasos, y será santo».

Exodo 40:9

Al meditar en este pasaje, el Señor me mostró que debía tomar aceite y ungir mi casa y santificarla para el Señor. Así que tomé el aceite que tenía (de cocinar) y unté los postes y el dintel de las puertas, las puertas mismas, y cada una de las ventanas. Al hacerlo le pedí al Señor que santificara mi hogar, y que lo sellara con el sello de Su sangre preciosa. Luego, dejando las puertas abiertas, volví a entrar en la casa y parada en el centro le pedí al Señor que la limpiara y que sacara a cuanto espíritu maligno hubiera en ella. El cambio fue inmediato y dramático. Mi casa quedó sellada y no hay demonio ni espíritu humano que haya podido

entrar desde entonces.

Cuando participamos en batallas particularmente fuertes y, como es común, tenemos mucha gente entrando y saliendo de la casa constantemente, hallamos a veces necesario volver a ungirlos y a santificarlos de vez en cuando. Cualquiera que participe en alguna lucha espiritual verá que esto es muy bueno. El Señor nos ha enseñado también que cada vez que nos traslademos a una casa diferente debemos caminar por los linderos de la propiedad y declararla del Señor, y pedirle al Señor que la santifique para Sí, la selle y la proteja.

Si el Señor le muestra a usted que está siendo afligido por un espíritu humano (no solo de un satanista, sino hasta de un hermano en la fe que siente odio hacia usted), sería muy conveniente que otro hermano en la fe lo unja a usted con aceite; que ore y le pida al Señor protección no solo de los poderes demoníacos, sino también de los espíritus humanos.

Tenemos que estar alertas a la posibilidad de que un espíritu humano esté hablando y actuando a través de una persona que todavía está cautiva. Por lo demás, el Espíritu Santo lo irá guiando en cada circunstancia a medida que se presente.

Hombres bestias y manifestaciones físicas de los demonios

Los vampiros y los hombres lobos han estado en las leyendas a través de los años. Mucho se ha escrito sobre ellos y muchas películas y relatos giran alrededor de ellos. Tristemente, la mayoría cree que son pura fantasía y que todo lo que se dice de ellos es inexacto.

Tales criaturas existen. Permítame definir lo que llamo hombres bestias y vampiros, y luego veamos algunos pasajes bíblicos interesantes.

«He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Salmo 51:5

Desde la caída de Adán, los humanos han nacido

pecadores, y sus cuerpos físicos han sido modelados y particularmente afectados por la maldad. Debido a esto los demonios tienen mucho poder sobre nuestros cuerpos físicos. La gente enteramente consagrada a Satanás puede pedir (y lo hace) a ciertos demonios que vivan en ellos, demonios que son capaces de producir tremendos cambios físicos en sus cuerpos. Es bien sabido que los demonios pueden impartir a los humanos una fuerza extraordinaria. Recordemos al endemoniado gadareno de Lucas 8. Los hombres bestias son productos de esos demonios. Los demonios producen en el cuerpo de esas personas los cambios que las transforman en figuras de animales, además de fuerza y características sobrehumanas.

Hay algunos pasajes muy interesantes sobre el tema. Claro, no se emplea el término hombre bestia u hombre animal como en los cuentos modernos. Pero veamos lo siguiente. En Levítico 26:6 dice:

«Y yo daré paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante: y haré quitar las malas bestias de vuestra tierra».

Y en Levítico 26:22 dice:

«Enviaré también contra vosotros bestias fieras . . . »

En ambos pasajes se hace una clara distinción entre malas bestias y bestias fieras. Dios está diciendo a los israelitas que si obedecen Sus mandamientos El ha de limpiar de malas bestias la tierra de los cananeos, pero que si no guardan Sus mandamientos mandaría bestias fieras que los matarían. Un poco antes, cuando Dios entregó la ley a Moisés, señaló que entre los animales salvajes y los domésticos habría animales limpios y animales impuros. Así que está claro que las malas bestias son diferentes de los animales impuros. En el Salmo 50:11 Dios dice:

«En mi poder están las fieras del campo».

Hay numerosas referencias a animales salvajes que pertenecen al Señor, pero nunca se habla de malas

bestias que le pertenezcan.

Entonces encontramos un pasaje muy interesante en Ezequiel. Aquí el Señor le dice a Ezequiel que vaya al templo de Jerusalén a ver la maldad que allí se hacía. En aquellos tiempos los israelitas practicaban la adoración de demonios y de Satanás con todas las perversiones que la acompañaban.

«Y díjome [Dios]: Hijo del hombre, cava ahora en la pared. Y cavé en la pared, y he aquí una puerta. Díjome luego: Entra y ve las malvadas abominaciones que éstos hacen allí. Entré pues, y miré, y he aquí imágenes de todas serpientes, y animales de abominación, y todos los ídolos de la casa de Israel que estaban pintados en la pared alrededor».

Ezequiel 8:9-10

En el pasaje de 1 Corintios 10:19-20 antes citado se declara que aquellos ídolos eran imágenes de demonios que eran adorados. Creo que las imágenes que Ezequiel vio no eran solo de demonios, sino también de bestias. Israel había pasado 400 años en Egipto antes de Ezequiel. Los jeroglíficos que han sido encontrados en Egipto contienen dibujos de criaturas en parte humanas y en parte bestias, especialmente cuerpos humanos con cabezas de lobo. Hay muchas referencias en la Biblia que muestran que los israelitas al salir de Egipto llevaron consigo tradiciones y formas de adoración.

En el Nuevo Testamento también se hace referencia a bestias del mal. Creo que los siguientes pasajes se refieren a lo que hoy llamamos hombres bestias:

«Dijo uno de ellos, propio profeta de ellos: Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. Este testimonio es verdadero . . . ».

Tito 1:12-13a

«Como Sodoma y Gomorra, y las ciudades comarcanas, las cuales de la misma manera que ellos habían fornicado, y habían seguido la carne extraña, fueron puestas por ejemplo,

sufriendo el juicio del fuego eterno. De la misma manera también estos soñadores amancillan la carne, y menosprecian la potestad, y vituperan las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero estos maldicen las cosas que no conocen; y las cosas que naturalmente conocen, se corrompen en ellas, como bestias brutas. ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron en el error de Balaam por recompensa, y perecieron en la contradicción de Coré . . . » (Judas 7-11). [El error de Balaam fue adorar demonios, específicamente a Baal.]

En 2 Pedro 2:10-12 hallamos un pasaje casi idéntico. Este pasaje muestra cómo los hombres se corrompen y se vuelven bestias por falta de respeto y por andar con demonios y adorarlos. También se hace clara referencia a un tipo especial de profanación de la carne y a «carne extraña».

Hay muchas cosas escondidas en la Biblia y debemos pedirle sabiduría al Señor para entenderlas, pero creemos que estos pasajes se refieren al fenómeno de que seres humanos se convierten literalmente en bestias del mal con cambios físicos que los demonios les producen.

Para muchos, los hombres lobos, los vampiros y los zombies son pura fantasía. Los cristianos necesitan entender que para Satanás y sus siervos estas criaturas no son cuestión de juego, y que de veras existen. La actividad satánica en la Edad Media era muy intensa porque la luz del evangelio de Jesucristo estaba casi extinguida. La brujería andaba desenfrenada durante ese tiempo hasta que Dios trajo la Reforma y se volvió a predicar el evangelio. Los únicos escritos que hablan con exactitud sobre la existencia de hombres bestias

que hemos podido hallar son traducidos de escritos de algunos cristianos alemanes durante el comienzo de la Reforma. Nuestro Señor Jesucristo dijo que en los días que precederían su venida la maldad se multiplicaría enormemente, mucho más que en la Edad Media. Satanás anda activo y vamos a estar viendo cada vez más manifestaciones de su poder. La proliferación de películas sobre el ocultismo, música *rock* satánica, el asumir papeles en juegos de fantasía ocultistas, literatura sobre el ocultismo, religiones orientales y cristianos tibios y poco consagrados nos deben estar dando una buena indicación de los tiempos en que vivimos. Refiriéndose a los tiempos que precederían su venida, Jesucristo dijo:

«Porque habrá entonces grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o allí, no creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán señales grandes y prodigios; de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos».

Mateo 24:21-24

Examinemos algo de lo que se dice sobre los hombres bestias, especialmente los hombres lobos. En primer lugar, se dice que si un hombre lobo muerde a una persona, ésta se convierte también en hombre lobo. Para mí esto es totalmente un error. Primero, porque la Biblia señala que la persona tiene que andar en relaciones con los demonios que están prohibidas por Dios. Segundo, porque según mi propia experiencia y la de otros, es improbable que una persona sea simplemente mordida por un hombre lobo. El deseo de estos hombres demonios es uno solo: la destrucción de los demás. Si una persona llega a estar al alcance de una mordida de un hombre lobo o de cualquier hombre bestia, lo más probable es que sea despedazada, y no

simplemente mordida. Satanás se vale de los hombres bestias para castigar. Creo que durante la tribulación los casos se multiplicarán enormemente.

Otra de las cosas que se dicen es que estas criaturas solo se transforman en bestias por la noche y solo si es luna llena. Sé que ambas cosas son falsas, porque conocí personalmente a un hombre lobo que se transformó a plena luz del día y en una parte del mes que no era luna llena.

LA PREGUNTA más obvia es cómo combatir a estas criaturas. Pues en el nombre, poder y autoridad de Jesucristo. Hasta la fecha no sé de ningún hombre bestia que haya sido liberado, pero la obra de Cristo en la cruz fue tan completa que estoy segura de que es posible si la persona está dispuesta a exponer su vida para obtener la liberación. Tales personas han entregado tan completamente su cuerpo físico a los demonios que, fuera de un milagro del Señor, dudo que el demonio pueda ser expulsado sin que se produzca la muerte de la persona.

Como dije, hasta ahora solo una vez me he encontrado cara a cara con un hombre lobo. Quizás sea útil que describa ahora esta experiencia. Caía la tarde y me dirigía en auto de mi oficina al hospital a ver a un paciente que se había puesto muy grave. Iba sola en el auto por un camino vecinal desierto. No había casas ni edificios por lo menos en dos kilómetros a la redonda. De repente, como a una cuadra de distancia, vi a un hombre lobo parado en medio del camino. Al acercarme, se irguió en sus patas traseras. Pisé el acelerador hasta el fondo tratando de irmele por el lado, pero el auto no me respondió. Resbaló hasta que se detuvo con el motor todavía en marcha, a pesar de mis oraciones e intentos de echarlo a andar. Me quedé horrorizada frente a la criatura más increíblemente espantosa y fiera que jamás había visto. Sentí como si me ahogara el poder maligno puro que irradiaba. Echó la cabeza hacia atrás y aulló. Fue un aullido tan escalofriante que jamás lo olvidaré.

Me miró a los ojos y me dijo:

—No vas a ninguna parte. ¿Ves? Detuve el carro y no hay nada que puedas hacer. Voy a darme el gusto de destrozarte la garganta y beber tu sangre. Hace demasiado tiempo que estás estorbando a Satanás, y voy a castigarte. No podrás luchar contra mis poderes.

Terminó con un hondo gruñido y avanzó desde el frente del auto hacia mi puerta.

El miedo me envolvía en oleadas, pero sabía que tenía que resistir. Estaba segura que no era la voluntad del Señor que yo muriera en aquel momento. Sabía que me quedaba trabajo por hacer. El Señor me había enseñado bien durante la casi fatal enfermedad de tres años atrás. Cuando tomé la decisión de resistir, el Espíritu Santo inundó mi alma de una calma, una paz y una fortaleza inmensas, y puso en mi mente que el hombre lobo estaba tratando de asustarme para que saliera huyendo. Si lo hubiera hecho, hubiera podido matarme.

Respiré profundamente, extendí la mano y señalándolo directamente le grité:

—¡Alto! ¡Alto en el nombre de Jesucristo, necio siervo de Satanás! ¡Soy una sierva de Jesucristo, quien es Dios todopoderoso! No es la voluntad de mi Señor que yo muera ahora. No puedes tocarme porque tengo una tarea que realizar.

El hombre lobo se detuvo, como paralizado, y gruñó furiosamente.

Lo señalé de nuevo, lo miré a los ojos y le dije:

—En el nombre de Jesucristo, te ordeno que te quites de mi camino y te marches. La hora de morir no me ha llegado todavía. ¡Vete!

Aulló una vez más, se puso en cuatro patas y huyó hacia un alto maizal junto al camino.

Temblaba tanto en mi alivio que apenas podía manejar. Pero al volver a tomar velocidad mi auto me alejé alabando al Señor una vez más porque contra la ira de mis enemigos extendió su mano (Salmo 138:7). Como a los dos kilómetros me detuve y tuve un «quebrantamiento nervioso» antes de llegar al hospital.

¡Si comprendiéramos todo el poder que está a nuestra

disposición en el nombre de Jesucristo! Mucho se ha escrito acerca de los diferentes métodos de matar hombres lobos mientras están en forma de lobo. Jamás intentaría eso porque al hacerlo estaría matando a un ser humano cuya salvación es mi principal interés. Además, una vez que uno mata a la persona, el demonio abandona el cuerpo y el cuerpo recupera su forma humana. Eso, claro está, lo pondría a uno en una situación bien difícil, porque ¿quién nos va a creer que aquel cadáver tenía antes una forma diferente? El que lo haya matado sería casi seguro acusado de asesinato, y con razón.

Los vampiros también existen. Este es también un término relativamente moderno. Esencialmente, un vampiro es una persona que bebe sangre, y le gusta particularmente la sangre humana. El vampirismo está en voga entre los artistas del *rock* pesado y sus fanáticos. Muchas canciones están siendo escritas sobre el tema, y el beber sangre durante sus actuaciones es común entre esta gente, así como el alterarse los dientes para hacerlos puntiagudos. Recientemente ha habido publicaciones con fotos de Dee Snyder, cantante del grupo *rock Twisted Sister* cuyos dientes frontales son ahora puntiagudos. Hay una fascinante referencia a esto en el siguiente pasaje:

«Mi vida [dice *alma* en la versión King James en inglés] está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres encendidos: sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua cuchillo agudo».

Salmo 57:4

Cuando recordamos que la mayoría de los escritos de David en los Salmos se refieren a batallas espirituales, y el hecho de que dice que su «alma», no su cuerpo físico, está siendo atacada, me hace preguntarme si no se estará refiriendo a personas poseídas por demonios del vampirismo.

La mayoría de las cosas que se dicen sobre los vampiros tampoco son ciertas. Los vampiros pueden actuar a la luz del día, no tienen que dormir en sarcófagos, etc. Yo nunca me he encontrado perso-

nalmente con un vampiro, pero he hablado con varias personas que dicen que sí. En este caso también tenemos que pararnos firmes en el poder y la autoridad de Jesucristo.

Los demonios pueden manifestarse en forma física y lo hacen. Las formas que escogen van desde una belleza exquisita hasta la más espantosa fealdad. Los demonios pueden también manifestarse en la forma de un ser humano que existe de veras. Los satanistas se refieren a ellos de diferentes maneras: cambiadores, imitadores, etc. Nosotros tenemos que enfrentarlos como a cualquier otro demonio: en el nombre de Jesucristo.

Batalla física

No es mucho lo que puedo decir sobre el conflicto inevitable que tendremos con personas de carne y hueso como resultado de nuestra participación en batallas espirituales. Hay que pedirle al Señor con todo fervor que nos enseñe a escuchar con claridad su voz. Y si la escuchamos tenemos que obedecer, por ridículo que nos parezca en el momento. *Fe* y *obediencia* son dos palabras claves.

Nunca olvidaré una tarde de julio, poco después de la liberación definitiva de Elaine. Al llegar del trabajo, más temprano que de costumbre, fui dejando tiradas por la casa algunas cosas. Como faltaban cuarenta y cinco minutos para ir a encontrar a Elaine al trabajo, me fui al mercado. Regresé como a los veinte minutos. Iba a introducir la llave en la cerradura cuando el Espíritu Santo dijo a mi espíritu y a mi mente: «¡No!» Miré a mi alrededor. Todo parecía en quietud. Los pájaros trinaban, mis dos gatos dormían en el columpio del portal. Miré por la ventana junto a la puerta pero no vi nada anormal.

«Debo estar loca», me dije. «No he estado fuera más de veinte minutos y estamos en pleno día». De nuevo me llegó la orden: «¡No!»

«Pero, Señor», le dije. «Compré helado y se me va a

derretir con tanto calor».

«No entres», me dijo por última vez. Se hizo el silencio. Sentía en mi corazón que era lo último que el Señor me iba a decir en cuanto al asunto. El Señor nunca discute con nosotros. Así que me encogí de hombros, me volví y regresé al carro para ir a esperar a Elaine hasta que terminara de trabajar. El Señor me tenía demasiado bien educada para que yo lo desobedeciera. Hora y media más tarde, cuando Elaine, el helado derretido y yo llegamos a la casa, nos encontramos con que la parte posterior de la casa había sido saqueada. El ladrón tiene que haber estado en la casa en el momento en que el Espíritu Santo me impidió que entrara. Alabé al Señor por su dirección. Quizás me hubiera matado si entro una hora antes. Podría contar muchas otras experiencias, pero el Señor lo guiará a usted en su vida.

Mucho cuidado con las personas en quienes confía. No le cuente sus cosas a ninguna persona a menos que con el tiempo se haya probado a sí misma. ¿Cuáles son los frutos de su vida cristiana? Espere siempre a que el Señor ponga paz en su espíritu antes de brindarle su confianza a alguien. Ore constantemente que el Señor le revele quiénes son los siervos de Satanás y sus mentiras. Jamás seremos más inteligentes que Satanás. Solo el Señor puede señalarnos sus trampas.

Las batallas en el mundo espiritual

Ya hablamos de este tipo de batalla en el capítulo 14. Diré, sin embargo, que los ocho pasos descritos al principio de este capítulo se aplican también aquí, al igual que en las demás facetas de la batalla.

Destrucción de iglesias cristianas

Habla Elaine:

DURANTE MIS AÑOS en La Hermandad me adiestraron cuidadosamente, y yo a mi vez adiestré a otros, en cuanto a cómo infiltrar y destruir las diferentes iglesias cristianas. La meta de Satanás es convertir toda iglesia cristiana en una iglesia como la de Laodicea que se describe en Apocalipsis 3:15-16:

«Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca».

Son iglesias llenas de gente pasiva que nunca se molesta en estudiar la Biblia, que tienen «apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de la piedad», como bien las describe 2 Timoteo 3:15, y no constituyen una amenaza para Satanás.

Se nos enseñó un plan de ataque básico de ocho puntos que podíamos adaptar a cualquier denominación de iglesia a que se nos enviara. El hecho de que la mayoría de los satanistas de más alto rango asisten regularmente a iglesias cristianas no debe sorprender a nadie; es decir, a nadie que se moleste en leer la Palabra de Dios. A los cristianos se nos ha advertido claramente que los ataques de Satanás vienen desde dentro de las iglesias, especialmente en tiempos de prosperidad.

Al despedirse de los ancianos de Efeso, Pablo les advirtió:

«Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno». Hechos 20:25-31

«Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia, cuyo fin será conforme a sus obras».

2 Corintios 11:13-15

«Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo».

Judas 4

Estos pasajes dicen con gran claridad que los ataques de Satanás surgirán de dentro de las iglesias. No estamos tratando de iniciar una cacería de brujas. Nuestro deseo más bien es dar a conocer las principales tácticas de Satanás para que podamos frenarlas dentro de nuestras propias iglesias. Cada individuo tiene la

profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad». Mateo 7:21-23

Esto parece ser una de las cosas que causan gran confusión entre los cristianos. Los satanistas pueden utilizar el nombre de Jesús, y lo hacen. Pueden enseñar y predicar de Jesús, pueden usar el nombre de Jesús en sus oraciones, etc. Los pasajes de Lucas y Mateo que citamos muestran claramente esto. Lo único que no pueden hacer es pasar la prueba de 1 Juan 4. Ellos no pueden mirarnos a los ojos y decirnos: «Jesucristo, que es Dios encarnado, murió en la cruz y al tercer día se levantó de la tumba y ahora está sentado a la diestra de Dios el Padre. Ese Jesús es mi Señor, mi Salvador y mi Dueño». Puede que digan: «Jesús me salvó». Pero ¿de qué Jesús están hablando? Jesús mismo dijo que mucho vendrían diciendo que eran El. Puede ser también que lean o reciten alguna confesión de fe en Jesucristo. Ellos pueden leer la Biblia y lo hacen. Si uno les pregunta si Jesucristo el que vino en carne es su Salvador, puede que mientan y digan que sí. Pero no pueden, con sus propios labios, hacer la declaración que expresamos más arriba. Dios nos dio un modo de examinarlos, queridos hermanos y hermanas en Cristo. Usemos la Palabra de Dios.

2: Ganar credibilidad

Los satanistas ganan credibilidad dentro de las iglesias cristianas de muchas maneras, según la iglesia. Asisten regularmente. Siempre se puede contar con ellos para que ayuden en cualquier proyecto. No solo ganan credibilidad de esta manera, sino que también así conocen a la iglesia y sus miembros. En poco tiempo saben quién es un cristiano consagrado y quién no lo es.

El dinero es otro buen instrumento. Si la iglesia es grande y rica, ofrendan regularmente y van aumentando gradualmente sus ofrendas hasta convertirse en

uno de los principales contribuyentes. En las iglesias pequeñas donde casi todos los miembros son pobres, no hacen alarde de tener mucho dinero, pero gradual y cuidadosamente aumentan sus ofrendas hasta que muchos de los programas de la iglesias dependen de sus ofrendas. Claro, La Hermandad les da el dinero que ofrendan, y el dinero es dinero. Tristemente esto es cierto aun en nuestras iglesias cristianas. Es raro encontrar pobres en la directiva de la iglesia.

3: Destruir la costumbre de orar

«Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos».
Efesios 6:18

La meta más importante de los satanistas es destruir la oración en la iglesia. Hay tantos pasajes sobre la oración que ni siquiera pudiéramos intentar mencionarlos todos. Una iglesia fuerte es una iglesia que ora. La oración requiere autodisciplina, y tristemente la mayoría de los cristianos pasan muy poco tiempo en oración. Permítame contarle la historia de cómo un satanista destruyó el poder precisamente de la iglesia en la que yo fui liberada. A Rebecca y a mí nos parte el alma recordar lo que pasó, pero no logramos que los líderes de la iglesia nos escucharan.

Poco después de quedar yo completamente liberada, nos horrorizamos al ver que el sumo sacerdote del inmenso y poderoso capítulo satanista de la ciudad en que nuestra iglesia estaba situada comenzó a asistir a nuestra iglesia. Yo conocía personalmente a aquel hombre y a su familia desde que yo estaba en el satanismo, y él personalmente nos amenazó a Rebecca y a mí en más de una ocasión. En menos de dos años aquel hombre y sus colaboradores destruyeron completamente aquella maravillosa y poderosa iglesia. Muchas veces Rebecca y yo suplicamos con lágrimas al pastor y a algunos de los ancianos que frenaran lo que estaba pasando en la iglesia, pero no nos hicieron caso. No podíamos acusar a Roy (no es su verdadero nombre)

de ser satanista porque, claro está, no teníamos pruebas. Hubiera sido su palabra contra la nuestra. Pero en más de una ocasión tratamos de mostrarle al pastor y a un par de ancianos que el fruto de aquella vida no se conformaba a las Escrituras. Esto fue lo que hizo.

Roy era muy rico. Se hizo miembro de la iglesia poco después de comenzar a asistir. Afirmaba estar bien cimentado en su conocimiento de la Biblia, lo cual era cierto. Ofrendaba grandes sumas de dinero, asistía a todas las reuniones y actividades, y se unió al coro. En aquel tiempo nuestra iglesia tenía cultos de oración en extremo poderosos todos los miércoles en la noche. Todas las semanas de 200 a 300 personas asistían y oraban como un cuerpo unificado. Teníamos cultos de oración tan potentes que el poder del Espíritu Santo literalmente sacudía el edificio. Aquella gente tomaba en serio la oración.

Como era de esperarse, la iglesia comenzó a crecer enormemente. Su membresía subió de 300 a más de mil en menos de un año. Es un momento sumamente peligroso para cualquier iglesia. El pastor y los ancianos ya no podían conocer personalmente a todos los miembros. En vez de dividir la iglesia para formar una iglesia hermana y reducir el número de miembros a una cantidad manejable, ampliaron el edificio, y la iglesia siguió creciendo con rapidez. Todos pensaban que estaban siendo muy bendecidos por Dios, y era cierto. *Pero* muchos de los recién llegados eran satanistas que se hacían pasar por cristianos.

No habían pasado seis meses de haberse unido a la iglesia cuando Roy pasó al frente y le dijo a la iglesia que Dios había puesto en su corazón una gran carga por los Estados Unidos. Dijo que Dios quería que los hombres de la iglesia vinieran un mediodía a la semana a pasar una hora en oración por el país. Estaba dispuesto a dirigir tal grupo. Todos pensaron que era maravilloso, y Roy adquirió relevancia en la iglesia. Un par de meses más y lo hicieron anciano, y poco después lo eligieron miembro de la junta de directores.

A los cuatro meses de fundar el grupo «Oremos por la patria», lanzó la segunda parte de su ataque. Junto con su esposa y otros veinte miembros del coro le dijeron en medio de lágrimas al director del coro que no podían seguir en el coro porque «les estaba robando demasiado tiempo del que tenían que pasar con sus familias». Afirmaron que les era demasiado asistir al culto de oración nocturno de los miércoles y luego ir a los ensayos del coro. No tengo ni qué decir que al poco tiempo el director del coro pidió permiso a los ancianos para tener los ensayos *durante* el culto de oración. Claro, orarían por su cuenta antes del ensayo. Los ancianos estuvieron de acuerdo, y los veinte miembros volvieron al coro. El primer ataque había sido un éxito. Como el coro era grande, una buena parte de los miembros de la iglesia dejaron de orar y de beneficiarse de aquellos poderosos cultos de oración. La mayoría de los miembros de la iglesia comenzaron a preguntarse si el culto de oración de veras era de tanta importancia.

Como al mes de la victoria con el coro, Roy lanzó otro ataque en una reunión de ancianos y miembros de la directiva. Les dijo que dado el rápido crecimiento de la iglesia, no se estaba dedicando suficiente tiempo en enseñar a la gente a crecer en el Señor y hablar del evangelio. Dijo que la escuela dominical no podía hacer ese trabajo. Señaló también que la gente ya no se conocía entre sí como cuando la iglesia era pequeña. Todo lo que decía era válido. Pero su solución al problema era suspender el culto de oración grande y dividirse en pequeños «grupos de discipulado» donde pudieran ser «enseñados individualmente» a crecer y evangelizar, y donde a la vez se conocerían mejor. El pastor, los ancianos y la junta de directores se tragarón el anzuelo, el hilo y la plomada.

La reunión de oración fue desmantelada y se formaron pequeños grupos de discipulado. Por supuesto, encargaron a Roy la formación de los grupos. Las personas que escogió para que los dirigieran eran casi todas satanistas. ¡La oración y el poder de la iglesia fue destruido!

Rebecca y yo fuimos llorando a hablar con el pastor y algunos de los ancianos. Quisimos mostrarles Biblia en mano que aquellos poderosos cultos de oración eran la espina dorsal de la iglesia. No quisieron escucharnos. De todos escuchamos la misma excusa: «Nadie mejor que Roy conoce la importancia de la oración. Vean cómo comenzó el grupo 'Oremos por la patria'».

Muchos de los mejores cristianos de la iglesia pronto se fueron a otras iglesias. Como al año, la iglesia estaba en ruinas. El pastor se desalentó y renunció, los más antiguos y más fieles miembros de la iglesia se fueron, y el poder también abandonó a la iglesia.

¿Ve qué fácil es? ¿Ha pasado o está pasando esto en su iglesia? No se vaya de la iglesia. Póngase de pie y luche contra Satanás. ¡Restituya la oración en su iglesia!

4: Rumores

Una vez que la base de la oración ha sido destruida, los satanistas pueden hacer lo que se les antoje. Una de las cosas más fáciles es echar a correr rumores. El chisme es un instrumento de primera para Satanás. Poca gente tiene fortaleza para pasar por alto un rumor que ha escuchado. Los satanistas pueden destruir con facilidad la credibilidad del pastor y de los verdaderos cristianos en una iglesia valiéndose de rumores.

Exhortamos a todos los líderes de iglesia a que tengan mucho cuidado. *Nunca* vayan solos a la casa de un miembro del sexo opuesto a ayudar o a aconsejar. Pueden enredarlo fácilmente. Aun cuando uno no haga nada indigno o incorrecto, ¿quién puede demostrarlo? Muchos pastores han sido destruidos por esas trampas. 1 Tesalonicenses 5:22 dice: «Apartaos de toda especie de mal». Los cristianos harían bien en seguir fielmente lo que dice ese pasaje.

5: Enseñar y tergiversar doctrinas

A los satanistas les encanta enseñar en las iglesias.

Como maestros pueden hacer un tremendo daño. ¿Sabe usted realmente cómo anda con el Señor su maestro de Escuela Dominical? ¿Sabe bien lo que están enseñando a sus hijos o a los demás? Durante varios años fui maestra de Escuela Dominical en una iglesia bíblica carismática de mi pueblo, y dirigía e instruía al coro de jóvenes, al mismo tiempo que servía a Satanás. Sufro al pensar en las muchas vidas jóvenes que destruí reclutándolas para el satanismo en esas clases, y los muchos otros cuyo tiempo malgasté al no enseñarles el verdadero evangelio de Jesucristo.

No se deje engañar. Muchos pastores de iglesias grandes y ricas de nuestro país son satanistas. Su influencia es grande, y se salen con la suya porque los cristianos son demasiado perezosos para estudiar la Biblia y comprobar lo que les están enseñando. Estas son las tres áreas básicas que los satanistas más enseñan.

(a) La oración. Hacen de la oración algo sumamente complicado. A veces enseñan que hay varios pasos que el creyente debe dar para asegurarse de que está en la «correcta» relación con Dios antes de poder tener poder en la oración, y antes de que Dios pueda oírlos. Citan y tuercen muchos pasajes para que su falsa doctrina parezca legítima. Innumerables personas dejan de orar porque la forma de orar que les han enseñado es pesada y compleja. Exhortamos a que estudien Hebreos 4:14-16:

«Por tanto, teniendo un gran Pontífice, que penetró lo cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro».

(b) El mensaje de salud y riqueza. Una de las más destructivas doctrinas satánicas de hoy día es la que

encierra el mensaje de salud y riqueza. Una de las mejores maneras de lograr que la gente no se moleste en ayudar al hermano y de desalentar a los cristianos verdaderos que sufren persecución (la hay en nuestro país hoy día) es la enseñanza de que el cristiano tiene que estar siempre saludable y próspero. Si alguno no lo está es porque algo anda mal en su vida. Los pasajes que demuestran la falsedad de esta doctrina son demasiados para enumerarlos. Un versículo breve que lo cubre casi todo dice:

«Y también todos los que quieren vivir
piamente en Cristo Jesús, padecerán perse-
cución». 2 Timoteo 3:12

Note que no hay límite en cuanto a qué tipo de persecución el creyente ha de sufrir. Puede ser lo mismo financieramente que física o emocionalmente.

(c) La doctrina del amor. «No podemos juzgar a nadie». Los satanistas se protegen con esta doctrina, y los cristianos pasivos no quieren pisarles los callos a nadie. No quieren que se les moleste porque si lo hacen, su reposada, próspera y bien planeada vida puede dejar de ser reposada y próspera.

6: Destruir la unidad familiar

Satanás sabe que si logra romper la unidad de las familias, rompe también la unidad de la iglesia y, añadiría yo, de nuestra nación. Los satanistas que están en las iglesias luchan por separar las familias. Comienzan todo tipo de programas para adolescentes, intermedios y preescolares. Desarrollan programas separados para mujeres y hombres, para así mantener también a los padres lo más separados posible.

Los muchachos necesitan escuchar sermones y participar en las reuniones de oración tanto como sus padres. A través de la Biblia vemos el principio de aprender unidos a los padres. Los muchachos aprenden a respetar a Dios y a la iglesia aprendiendo a sentarse quietamente en la iglesia a escuchar al pastor. Inmediatamente después de que se crean programas separa-

dos para la juventud, le pierden respeto al pastor y a la iglesia. No tienen que sentarse a escuchar al pastor, que es demasiado aburrido. Esta es la actitud que pronto desarrollan.

¿Qué mejor manera de que los hijos aprendan a orar que hacerlo con sus padres? Los esposos y esposas están constantemente bajo ataques de Satanás. En estos días de divorcios fáciles, las parejas necesitan pasar tiempo juntos para permanecer unidos. Separarlos en la iglesia, así como retiros, etc., es un gran paso para crear separación entre esposos y esposas.

7: Impedir toda enseñanza precisa sobre Satanás

«Porque no seamos engañados de Satanás: pues no ignoramos sus maquinaciones».

2 Corintios 2:11

«Mi pueblo fue talado, porque le faltó sabiduría. Porque tú desechaste la sabiduría, yo te echaré del sacerdocio: y pues que olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos».

Oseas 4:6

«Sed templados, y velad; porque vuestro adversario, el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quién devore».

1 Pedro 5:8

«Y esta es la condenación: porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas».

Juan 3:19

Una de las principales metas de Satanás y sus siervos es evitar cualquier enseñanza sobre sus actividades. Mientras la gente permanezca ignorante en cuanto a Satanás, éste relativamente no tiene problemas en cuanto a hacer lo que le plazca. A los satanistas se les ordena *siempre* impedir cualquier enseñanza sobre Satanás en las iglesias a que asisten.

Las excusas son muchas. Dicen que cualquier enseñanza sobre Satanás lo glorifica, que aparta del Señor la mente de la gente, que tienta a la gente a

volverse a Satanás, etc., etc. *ad infinitum*. La Palabra de Dios enseña con gran claridad mucho sobre Satanás, y nos advierte que si no nos percatamos de nuestro enemigo, tomará ventaja sobre nosotros.

Un simple conjuro de un satanista asigna un demonio a cada persona que asiste a la iglesia en la que él participa. El propósito del demonio es estar de guardia y en el momento en que alguien dice algo de Satanás, pone en la mente de la persona el pensamiento que no debería estar oyendo hablar de Satanás.

Cuidado. Los que más alto hablan en contra de que se enseñe de Satanás y sus tácticas quizás sean satanistas.

8: Lanzar ataques de brujería contra los principales miembros de la iglesia

Esta es otra razón por la que orar es tan importante. Cualquier pastor, líder o miembro de iglesia que realmente esté tomando una posición junto al Señor y en contra de Satanás va a ser víctima de tremendos ataques de brujería.

Serán afligidos con toda suerte de enfermedades físicas, dificultad en concentrarse, confusión, fatiga, dificultad al orar, etc. Los miembros deben mantenerse continuamente en oración e intercesión por los líderes de su iglesia. Cuando se pierde la base de la oración, el pastor y los líderes tienen que enfrentar solos estos ataques. A veces son vencidos. Por eso en el final de casi todas sus cartas Pablo pide a sus hermanos cristianos que oren por él.

El increíble número de iglesias sin poder y muertas en nuestro país son un testimonio del éxito que está teniendo Satanás con sus bien elaboradas tácticas. Oramos que cada cristiano que lea estas palabras vaya al Señor en oración y le pida que los dirija en cuanto a cómo luchar contra los ataques dentro de nuestras iglesias.

Enfermedades demoníacas

Habla Rebecca:

La participación de los demonios en las enfermedades que afligen el cuerpo humano es un tema muy debatido y mal comprendido. No estoy tratando de terminar con el debate porque sé que es imposible. Quisiera presentarle a usted, lector, algunos pasajes bíblicos y experiencias personales como médico, y hacerle participe de lo que el Señor me ha enseñado en cuanto a este problema.

Sé muy bien que algunos líderes en las iglesias enseñan que toda enfermedad física es resultado directo de alguna infección demoníaca y que la única manera de curar es echar fuera demonios. Otros se van al otro extremo y dicen que un cristiano no puede ser tocado por los demonios. Veamos la Palabra de Dios.

A mí, como médico, me encanta el evangelio de Lucas, porque veo tantos lugares en que Lucas presenta el punto de vista de un médico. Se toma el cuidado de señalar diferencias cuando se trata de enfermedades, mientras que otros no se percatan de lo mismo.

Según Lucas 6:17-18, Jesús

«descendió con ellos, y se paró en un lugar llano, y la compañía de sus discípulos, y una grande multitud de pueblo de toda Judea y de Jerusalem, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle, y para ser sanados de sus enfermedades; y los que habían sido atormentados de espíritus inmundos eran sanados».

Fíjese que señala que algunas de las enfermedades

eran sanadas, y que algunos recibían la sanidad cuando se expulsaba de ellos a los espíritus inmundos.

«Y en la misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos; y a muchos ciegos dio la vista».

Lucas 7:21

De nuevo se hace la distinción.

Hay dos casos bien claros que aparecen también en Lucas y que demuestran lo mismo: que algunas enfermedades son completamente físicas, y que algunas son causadas por demonios.

«Y como [Jesús] aun se acercaba, el demonio le derribó y despedazó; mas Jesús *increpó al espíritu inmundo*, y sanó al muchacho, y se lo volvió a su padre».

Lucas 9:42

«Y levantándose Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón: y la suegra de Simón estaba con una grande fiebre; y le rogaron por ella. E inclinándose hacia ella, *riñó a la fiebre*; y la fiebre la dejó; y ella levantándose luego, les servía».

Lucas 4:38-39

Las partes en letras gruesas muestran la clara diferencia. En el primer caso Jesús reprendió al espíritu inmundo; en el segundo, sanó reprendiendo a la fiebre física.

Los demonios pueden causar enfermedades y lo hacen. *No toda* enfermedad es demoníaca, pero una significativa parte sí lo es. Debemos recordar que la muerte física y la muerte espiritual son consecuencias de la caída de Adán. Las alteraciones en nuestro cuerpo físico causadas por el pecado nos hacen vulnerables a un sin fin de enfermedades físicas. El Señor me ha enseñado mucho en cuanto a esto. Los demonios son expertos en bacterias y virus y causan enfermedades colocándolos en cuerpos humanos, pero también pueden dañar directamente.

Los demonios destrozan el cuerpo físico a nivel molecular. Lo hacen de tal manera que provocan un daño devastador sin alterar la apariencia de las estructuras

celulares que observamos en el microscopio. El daño que producen suele requerir tratamiento con medicinas, nutrientes, etc., pero *solo* por revelación directa del Señor el médico puede saber lo que de veras le sucede al paciente y qué tratamiento aplicar. Pocos médicos cristianos están dispuestos a correr el riesgo de confiar en el Señor tan completamente. No estoy abogando que se trate al paciente sin hacer las debidas pruebas para el diagnóstico, pero todo médico, reconózcalo o no, encuentra un desconcertante número de casos en los cuales ningún diagnóstico se ajusta a lo que anda mal en el paciente. En tales casos es responsabilidad del médico buscar la dirección del Señor con ayuno y oración.

Uno de los más sorprendentes casos de daño demoníaco fue el caso que se me presentó al final de mi entrenamiento. En aquellos días yo era residente de medicina interna en la Unidad de Cuidado Intensivo. Un día trajeron a Bob, un hombre de 35 años, procedente de un hospital de una ciudad más pequeña donde había estado hospitalizado por una semana. Había enfermado de repente y le daban unas fiebres extremadamente altas. Su médico no había podido hallar la causa. Cuando lo examiné el día en que lo ingresaron, tampoco pude hallarle nada, pero era evidente que estaba gravemente enfermo. Cuando comencé con la rutina de los análisis, y pedí a otros especialistas que lo vieran también, comencé a orar intensamente que el Señor me revelara el problema de aquel hombre.

A la siguiente mañana Bob abandonó la cama y dijo que se iba del hospital en aquel mismo instante, porque si no, lo matarían. Por más que le hablamos, no pudimos convencerlo. Finalmente, su médico particular obtuvo un permiso judicial para retenerlo en el hospital. Cuando el permiso llegó, Bob se desmadejó, y se quedó en la cama mirando al techo y musitando palabras incoherentes, sordo a cualquier estímulo. Permaneció en esa condición durante los siguientes dos días mientras que su estado físico se deterioraba rápida-

mente. Finalmente, a la tercera mañana, mientras me alistaba para irme a trabajar, el Padre me habló y me dijo que Bob era sumo sacerdote de un pueblo vecino. Su enfermedad era un castigo satánico porque había disgustado a Satanás en cierta cosa. Bob había querido salir del hospital porque se había encontrado con el poder demoníaco de «David», el sumo sacerdote local que era médico en el Memorial Hospital. Excepto por mutuo acuerdo, dos sumo sacerdotes nunca permanecen en el mismo territorio sin que entablen un duelo a muerte. Bob sabía que en su debilidad física no podía enfrentarse a David. El Padre me pidió que fuera y sometiera a los demonios del control mental y la confusión y que luego le dijera a Bob que yo sabía quién era y lo que estaba sucediendo, y que le iba a hablar del evangelio. Esperando fervientemente haber entendido bien al Señor, fui a cumplir su orden.

Al entrar en la habitación de Bob aquella mañana me aseguré de que no hubiera nadie en el cuarto y cerré la puerta. Intenté que me respondiera, pero no lo logré. Bob continuó con sus incoherencias. Entonces, apoyándome en los barrotes de la cama dije:

—Demonios del control mental y de la confusión, mi amo Jesucristo me ha enviado a ponerlos a ustedes bajo sujeción en el nombre de Jesucristo. No pueden seguir afligiendo a este hombre.

El resultado fue dramático. Al instante Bob dejó de musitar sus incoherencias, volvió el rostro y me miró. Estaba completamente lúcido.

—Buenos días —me dijo—, ¿deseaba algo?

—Sí, tengo un mensaje para usted del Dios supremo.

Y le dije las cosas que el Padre me dijo. Entonces en breves palabras le hablé del evangelio.

—Bob, tiene que comprender que su única esperanza es Jesucristo. Satanás está determinado a matarlo. Seguir sirviéndole a él le acarreará destrucción y, lo que es peor, una eternidad en el infierno.

Me miró con fingida sorpresa.

—¿Quién es usted? ¡Está loca! ¡No sé de qué me habla!

—¡Claro que lo sabe! Mi Dios no miente.

—¡Mire, váyase! ¡No quiero saber nada de Jesús!

—Bueno, si así lo desea.

Con esto, salí del cuarto. Desde aquel momento Bob permaneció completamente alerta y cuerdo. Tengo que confesar que me divertí pidiendo a los especialistas una explicación de su súbita recuperación a pesar de que su condición física no había mejorado. Ninguno me pudo dar una explicación razonable. Seguí ayunando y orando intensamente por Bob, para que el Padre le diera por lo menos otra oportunidad. Cuatro días después Bob estaba al borde de la muerte. Sus riñones se habían paralizado dos días antes, el corazón le fallaba y los pulmones se le estaban llenando de agua. La presión la tenía tan baja que lo teníamos bajo medicación intravenosa para mantener su presión en un nivel razonable. Sabía que en poco tiempo tendría que ser colocado en una máquina que lo ayudara a respirar. Sufría de un dolor continuo que no podíamos controlar. Entonces el Padre me habló otra vez, y me dijo que una vez más le hablara del evangelio.

Al igual que antes, me aseguré de estar sola en el cuarto.

—Bob, usted está muriendo. ¿No se da cuenta? ¿No cree que es hora de que se sincere conmigo?

—Sí, quizás tenga razón.

—¿Recuerda nuestra conversación de hace cuatro días?

—Sí que la recuerdo. Es verdad, soy un sumo sacerdote, y quería irme porque sabía que David me mataría.

—Bob, es necesario que comprenda que Jesucristo es su única esperanza. ¿Por qué no le pide que lo perdone y que él sea su Maestro en vez de Satanás?

—Quisiera hacerlo, pero no me es permitido.

—¿Por qué?

—Porque Satanás está aquí.

—Señaló hacia el lado opuesto de la cama. Yo no veía nada, pero mi espíritu sentía su presencia.

—No, el Señor lo tiene bajo sujeción. ¿Quiere una señal de que es verdad? —El Señor me había dicho que

podía expulsar al demonio del dolor para demostrar que decía la verdad. La expulsión del demonio lo aliviaba inmediatamente de su dolor.

—No, el hecho de que sea tan loca en atreverse a entrar aquí me basta.

Entonces las lágrimas le bañaron el rostro y me tomó de la mano. Con voz temblorosa le pidió a Jesús que lo perdonara y que fuera su dueño. Entonces se volvió hacia el otro lado de la cama. Dirigiéndose directamente a Satanás le dijo que no volvería a servirle, y que no le importaban las consecuencias.

Siguiendo la dirección del Señor expulsé varios demonios que le producían fiebre, dolor, parálisis de los riñones, etc. El dolor se le quitó inmediatamente y estuvo sin dolor por primera vez en muchos días. A las dos horas se le suspendieron las medicinas para la presión. A los dos días salía de la Unidad de Cuidado Intensivo y en menos de dos semanas era dado de alta del hospital. Estaba completamente sano. (Los especialistas atribuyeron su enfermedad a un virus, diagnóstico que suele ofrecerse cuando nadie sabe qué es el problema.)

A veces me pregunto cuántos pacientes he visto que han muerto de una enfermedad devastadora sin que se haya emitido un diagnóstico. Por lo general se le echa la culpa a un «virus». Los médicos cristianos deben diligentemente, con mucha oración y ayuno, buscar dirección y revelación del Señor en tales casos. Además, Santiago 5 es un pasaje que demasiadas veces las iglesias y los médicos pasan por alto. A veces la única manera de sanar heridas y enfermedades demoníacas es por medio de la fe y la unción con aceite.

Otro medio con que comúnmente los demonios afligen los cuerpos físicos humanos es el dolor. Los dolores varían en severidad, pero suelen ser devastadores y médicamente hablando no se les suele hallar motivo. Cada vez que veo un paciente que está pasando por un fuerte dolor al cual no le puedo hallar una causa física, inmediatamente busco al Señor para que me revele la causa. Suele ser demoníaca. Cuando los satanistas

luchan con brujerías, el perdedor frecuentemente termina en la sala de emergencia de un hospital con un fuerte dolor al que no se le halla la causa. Los demonios no siempre ocasionan daño físico a la vez que causan dolor, y no tienen que estar dentro del cuerpo para causar dolor.

A veces los cristianos se ven afligidos con este tipo de dolor. Por lo general no se imaginan que el problema es demoníaco, ni de dónde llegan los demonios. Los demonios que las brujas lanzan casi siempre afligen a la persona desde afuera, especialmente si son cristianos nacidos de nuevo. Además, los espíritus humanos (como describimos en la figura F del capítulo 14) pueden afligir desde el exterior del cuerpo como los demonios, aunque los demonios son casi siempre la causa excepto cuando hay puertas de odio de por medio. He visto varios casos en que la aflicción del paciente era el resultado del odio dirigido hacia ellos por otra persona. En estos casos una simple unción con aceite y oración por la persona afligida para que el Señor la escude de cualquier odio dirigido a ellas ha sido efectivo cuando las demás medidas han fallado.

Un buen ejemplo de tal dolor es el caso de un joven de algo más de 30 años al que llamaré Juan. Juan llegó a emergencia una noche con un fuerte dolor en el pecho, típico de un ataque al corazón. Lo ingresé y lo sometí a varias pruebas, todas las cuales dieron resultado negativo. Dos semanas después de haber sido dado de alta volvió en medio de una notable agonía. Tenía el mismo dolor. Sospeché que era un satanista sufriendo el postrer resultado de una lucha, pero en ese momento todavía el Señor no me había revelado nada. Como ya le había hecho todas las pruebas que se hacían en el hospital en que yo trabajaba, lo envié a una gran ciudad cercana para que lo examinaran algunos cardiólogos. Lo ingresaron en el hospital y lo sometieron a otros exámenes. Hasta le hicieron lo que llamamos cateterización cardíaca en que se le inyecta tintura en las arterias del corazón para ver si hay alguna obstrucción del flujo sanguíneo. De nuevo, todo dio negativo.

Cuando Juan regresó a verme tras una completa evaluación, se sentía muy desalentado porque todavía estaba incapacitado con frecuentes accesos de dolor en el pecho. Dirigida por el Señor, me senté y lo confronté con el hecho de que yo creía que él era satanista y que su dolor en el pecho era el resultado de una lucha demoníaca entre él y otra persona. Quedó asombrado. Tan asombrado que ni siquiera intentó negar que yo estaba en lo cierto. Conversamos extensamente, le hablé del evangelio y le dije que su única esperanza era Jesucristo. Tristemente aquel joven quería poder a cualquier precio. A pesar de todo lo que le había sucedido estaba determinado a permanecer en el satanismo. Reconocía que su dolor era causado por luchas demoníacas. Por fin, se fue del estado para alejarse del otro satanista más fuerte y establecerse en un nuevo capítulo para tratar de incrementar allí su poder. A menudo oro por aquel joven y me pregunto qué habrá sido de él. ¡Qué triste que una vida como la suya se malgastara por una ambición desmedida de poder!

Los diferentes tipos de problemas emocionales que pueden ser causados por demonios son innumerables. Repito, sin embargo, que no podemos dar por sentado que todos los desórdenes emocionales son demoníacos en su origen. He visto muchos casos tristes de cristianos que han sido muy dañados cuando les han dicho que su problema es demoníaco, y en realidad lo que tenían era una muy natural reacción humana a las tensiones de la vida. No olvidemos que somos seres humanos. Cuando nos convertimos no nos volvemos superseres. Seguimos siendo susceptibles a las debilidades y a los efectos de la tensión.

Creo que debemos comentar uno de los problemas que más afligen a la raza humana: la depresión. Mucho dice la Biblia sobre la depresión.

«¿Por qué te abates, oh alma mía, y te conturbas en mí? Espera a Dios; porque aun le tengo de alabar por las saludes de su presencia. Dios mío, mi alma está en mí abatida: Acordaréme

por tanto de ti desde tierra del Jordán, y de los hermonitas, desde el monte de Mizhar».

Salmo 42:5-6

En los Salmos y otros lugares hay muchísimas referencias a la depresión. La batalla es real, y somos muy humanos. Le agradezco al Señor que haya incluido tales pasajes en la Biblia.

Veamos el siguiente pasaje:

«Despierta; ¿por qué duermes, Señor? Despierta, no te alejes para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro, y te olvidas de nuestra aflicción y de la opresión nuestra? Porque nuestra alma está agobiada hasta el polvo. Nuestro vientre está pegado con la tierra».

Salmo 44:23-25

Si un creyente nacido de nuevo trata de decirme que nunca ha sentido las emociones expresadas en los dos pasajes citados, le diría que o nunca se ha puesto junto al Señor a pelear la batalla espiritual, o está mintiendo. Veamos la sinceridad con que el apóstol Pablo escribió:

«Porque hermanos, no queremos que ignoréis de nuestra tribulación que nos fue hecha en Asia; que sobremanera fuimos cargados sobre nuestras fuerzas de tal manera que estuviésemos en duda de la vida. Mas nosotros tuvimos en nosotros mismos respuesta de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que levanta los muertos».

2 Corintios 1:8-9

Son muchas, muchísimas, las causas de la depresión. Tristemente, muchas personas que participan en ministerios de liberación dicen que toda depresión es demoníaca. Creo que esto es porque los humanos siempre buscamos la solución fácil en cualquier circunstancia. Si todas las depresiones fueran demoníacas en su origen, la solución sería fácil: echar fuera al demonio y sanseacabó. Es mi experiencia que la mayoría de los casos serios de depresión que he visto no han

sido el resultado de que el demonio de la depresión haya entrado en la persona.

Los casos más frecuentes que he visto son el resultado directo de una falta casi completa de control de la mente. (Vea los amplios comentarios sobre el control de la mente que hacemos en el capítulo 16.) La Palabra de Dios nos dice claramente que llevemos cautivos todos nuestros pensamientos a la obediencia a Cristo (2 Corintios 3:5). La gente que está bien deprimida (incluso cristianos) casi nunca obedece este mandamiento directo del Señor. Permiten que cualquier pensamiento que Satanás y sus demonios hayan puesto en sus mentes permanezca allí. Nunca se detienen a evaluar la precisión de sus pensamientos en relación con la realidad de las circunstancias, o con las circunstancias a la luz de la Palabra de Dios. Aceptan cualquier pensamiento como si fuera propio. En otras palabras, ¡son perezosos! Han permitido que la mente se les escurra hacia una perezosa pasividad y en tal estado pueden caer bajo un tremendo tormento emocional producido por fuerzas demoníacas.

La batalla para volver a controlar nuestra mente es una de las batallas más difíciles que se libran, pero vale la pena el esfuerzo. He tratado muchos casos de depresión en mi práctica de la medicina porque pronto se corrió la voz de que yo era una doctora cristiana. Puedo decir que todos los casos de depresión que he tratado, excepto en los pocos que son resultado directo de infección demoníaca, han mejorado dramáticamente al tomarse los pasos para el control de la mente que enumeramos en el capítulo 15. Fíjese cómo David hacía esto en el Salmo 42 al decir: « . . . aún le tengo de alabar . . . ». Decía esto para vencer los pensamientos depresivos de su alma (mente) y decir que llegaría a alabar al Señor. La alabanza juega un papel muy importante en la cura de la depresión. Note mi propia experiencia al final del capítulo 14.

Otras causas comunes de depresión son la pérdida de algo grande como un ser querido, la enfermedad y la debilidad física, los grandes cambios adversos en las circunstancias de la vida y, por supuesto, el mismo

agotamiento, especialmente en personas que están participando en una batalla espiritual. Los que estamos participando en batallas espirituales tenemos que ser siempre *sensibles y obedientes* a la dirección del Señor en estos asuntos. Cuando el Señor nos mande a detenernos y descansar, lo mejor es obedecerlo sin importar lo innecesario que nos parezca en el momento. Si no, no dude que pronto nos desplomaremos. Con esto quiero decir que sufriremos alguna dificultad física o emotiva seria (especialmente en nuestras relaciones con los demás), o que caeremos en algún error o seremos engañados porque ya no podemos estar tan alertas como debiéramos. Demasiadas son las personas que olvidan que son humanos con debilidades y limitaciones humanas. Si dejamos que el Señor nos guíe en estas cuestiones evitaremos muchas dificultades.

Algunos de los demonios más poderosos que he encontrado han entrado a las personas como resultado de incesto u otras perversiones sexuales, y especialmente el sadomasoquismo que es tan popular hoy día gracias al *rock* pesado (*heavy metal rock*).

Estos poderosos demonios son de un tipo que pueden habitar las tres partes del ser humano a la vez: cuerpo, alma y espíritu. Permítame dar un ejemplo.

Una tarde llamó a mi oficina un pastor de una ciudad vecina. Me preguntó si yo era «la doctora que se dedica al ministerio de la liberación». Al contestarle afirmativamente, me dijo que tenía una joven que yo debía ver ese mismo día. Accedí y llegaron a mi oficina al final de mi horario de la tarde.

Jane (no es su verdadero nombre) es una joven de 25 años. Su esposo es un hombre muy inteligente y ligeramente mayor que ella. Ambos habían consagrado sus vidas al Señor como un año antes del matrimonio y habían asistido a la iglesia con regularidad. Habían participado en sesiones de consejería con el pastor y el ayudante del pastor porque Jane era completamente frígida. No habían podido consumir su matrimonio.

Tres días antes de venir a verme, el pastor y algunos otros miembros de la iglesia habían discernido correctamente que el problema era demoníaco y habían tra-

tado de liberarla. No lo habían logrado, y como resultado, durante las últimas 48 horas Jane había perdido completamente sus facultades mentales. Constantemente balbuceaba incoherencias, y no podía controlar las funciones del cuerpo, ni comer o beber. No sabía quién era ni dónde estaba.

Estaban muy asustados porque el esposo había recibido una llamada de los muy dominantes padres de Jane. Le habían dicho que al siguiente día irían a buscar a Jane para «ponerla en un hospital siquiátrico, que era donde debía estar». Que la llevaran a un sanatorio era lo menos que Jane necesitaba en aquel momento. Tratarla con todo tipo de drogas fuertes y quizás electrochoques le iba a hacer más daño que bien. ¡Qué lío! Las implicaciones legales del caso eran tremendas y mi mayor deseo era decirles que se fueran. Pero me impresionó el esposo, que fuera tan consagrado al permanecer atado a un matrimonio que a los dos años todavía no se había consumado. Y se veía que estaba desesperado. Le dije que necesitaba unos veinte minutos para inquirir la voluntad de Dios en cuanto a lo que debía hacer.

Subí al otro piso y me eché sobre mis rodillas ante el Padre para buscar de todo corazón su voluntad. Casi inmediatamente me hizo sentir completa paz por cuanto deseaba liberar a Jane. Entonces me reveló que nuestra Jane estaba poseída por uno de los poderosos demonios que habitan las tres partes del ser humano a la vez. Aquella gente no se había dado cuenta de esto y por eso habían fracasado en su intento de curarla. Más bien, habían incitado al demonio, quien estaba matándola metódicamente para que no pudieran liberarla. El Señor me abrió los ojos espirituales y me dejó ver lo que estaba sucediendo en su cuerpo. Tenía el cerebro destrozado, despedazado, como si algo con enormes garras hubiera tratado de hacerlo trizas. Tenía otras partes del cuerpo en las mismas condiciones. El Señor me dijo que ungiera a Jane con aceite y le impusiera las manos y orara con mis manos en su cabeza hasta que quedara liberada. También me or-

denó específicamente que en este caso en particular no permitiera que nadie más la tocara.

Al regresar a mi oficina traté de explicarles las características de los demonios y por qué no habían podido expulsar a éstos. Entonces hice las cosas como el Señor me dijo. Me senté en el brazo del sillón de Jane, con mis manos en su cabeza. Inmediatamente comenzó la batalla. Primero traté de dominar a un demonio un tanto inferior que la hacía balbucir continuamente y estar tan inquieta. Tan pronto como el Señor lo echó fuera, Jane se quedó tranquila. Todavía estaba totalmente trastornada. Había otros demonios que trataban de interferir y apartar a Jane de mí, pero pronto fueron echados fuera. El último salió chillando:

—Te crees muy lista, pero no podrás sacar a Yurashuha. ¡Es demasiado poderoso y ha estado ahí demasiado tiempo!

—¿Cómo entró Yurashuha? —pregunté con parsimonia.

—Fácilmente, estúpida —dijo riendo el demonio—. Entró mientras el padre tenía relaciones sexuales con ella siendo niña.

Ya el Señor me había revelado que ésa era la puerta por la que el poderoso demonio había entrado en Jane.

Es bien sabido en círculos médicos que los ataques sexuales traumáticos en la niñez, especialmente el incesto, son unas de las causas más comunes de frigidez en la mujer. Se nos enseñó en psiquiatría que el porcentaje de posibilidad de ayudar a esas mujeres es terriblemente bajo.

Después de unos 20 minutos, el pastor y los que lo acompañaban se fueron, diciendo que no podían quedarse más tiempo. Confieso que me sentí aliviada. Fue una experiencia memorable para mí. Sentada allí, con las manos en la cabeza de Jane, sentía que el poder de Dios era canalizado a través de mí y que fluía a lo largo de mis brazos y manos. Sentía tanto calor, especialmente en los brazos y las manos, que me sentía incómoda. Después Jane me dijo que mis manos estaban tan calientes que le habían producido quemaduras

en el cráneo que parecían de primer grado. Estas desaparecieron como en una hora. La batalla rugía y mantuve esa posición por más de dos horas. Como siempre, el Señor fue fiel, y por fin el demonio perdió su agarre y salió gritando blasfemias.

Inmediatamente se produjo un gran cambio en Jane, y volvió a estar casi completamente alerta y cuerda. Todavía le quedaba un poco de confusión intermitente y por eso el esposo dudaba que estuviera completamente liberada. Le expliqué el daño que ella había recibido, y que se demoraría un poco en sanar de sus daños físicos. De todos modos le hice un montón de pruebas médicas en los siguientes días. Quería tranquilizarlos y estar segura de que no se me había quedado nada. Jane mejoraba cada día. Todas las pruebas volvían a ser negativas tal como había esperado. Jane tardó un mes en recuperarse. La última vez que los vi fue como tres meses después de la liberación. Estaban felices y estaban teniendo relaciones sexuales normales . . . y Jane estaba esperando su primer hijo. No me canso de agradecerle a Dios la obra que realizó en aquella joven pareja.

El reino de Satanás está más allá de nuestra comprensión. Tenemos que caminar a diario en completa dependencia del Señor en cuanto a sabiduría y orientación. No hay dos personas iguales, y cada ataque de Satanás es diferente. No tenemos suficiente inteligencia para descubrir por nosotros mismos los engaños de Satanás. Es mi continua oración que el Señor nos dé sabiduría porque esta batalla es real y si no estamos en contacto con nuestro «Capitán» podemos causar mucho daño a quienes tratamos de ayudar. El caso de Jane me lleva a un punto que, tristemente, muchos ministros de liberación tienden a olvidar. Isaías 42 lo expresa mejor que nadie al describir proféticamente a Jesús:

«He aquí mi siervo, yo le sostendré, mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento: he puesto sobre él mi espíritu, dará juicio a las gentes. No clamará, ni alzará, ni hará oír su voz en las plazas. No quebrará la

caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare: sacará el juicio a verdad. No se cansará, ni desmayará, hasta que ponga en la tierra juicio; y las islas esperarán su ley».

Isaías 42:1-4

«Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad». 1 Juan 3:18

He visto muchas personas que no han sido liberadas o que están solo parcialmente liberadas por la falta de amor del ministro de liberación. Pregunto a cualquiera que ejerza el ministerio de la liberación: *¿Cuánto ama a la persona que quiere liberar? ¿Le alcanza el amor para sentarse pacientemente y trabajar horas y horas, quizás en más de una sesión, para verla liberada?*

*¿La ama lo suficiente para llevársela a su propia casa por un tiempo si es necesario continuar la batalla? ¿La ama lo suficiente para dedicar el tiempo y esfuerzo necesarios para llevarla a un lugar *privado* para que la persona no pase vergüenza? Si usted es hombre, ¿la ama lo suficiente para tirar a un lado el orgullo y abandonar la habitación cuando llegue el momento de enfrentarse con ciertos demonios sexuales en una mujer y dejar que sean solo mujeres las que liberen en este caso? ¿Y viceversa en caso de que la persona sea hombre? ¿O dejaremos que el orgullo nos impida ceder ante una petición así de parte del Señor?*

Jesucristo jamás quebrará una caña cascada. El amor siempre protege. ¿Por qué entonces no vamos a procurar por todos los medios proteger a la persona que está siendo liberada de la gran pena que se siente? Ya están demasiado traumatizados para traumatizarlos más. Echar fuera a un demonio más profundo y poderoso no es algo que suele hacerse en cinco o diez minutos en el altar frente a la congregación, ni en frente de las cámaras de televisión. Nuestro Dios es un Dios de amor y compasión. Si usted no siente ese amor y compasión por las personas que está tratando, usted no es apto para el ministerio de la liberación. Si está tan ocupado que no puede gastar tiempo con las personas, no debe participar en un ministerio de liberación.

Los mismos principios se aplican a la sanidad, ya sea que ésta sea de origen demoníaco o puramente física. Santiago 5 y Marcos 16 *no* fijan límites:

«Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán». Marcos 16:17-18

«¿Está alguno enfermo entre vosotros? llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados». Santiago 5:14-15

¿Por qué los humanos estamos siempre de prisa? ¿Por qué pensamos siempre que Dios hace las cosas de prisa? ¿No es la Biblia misma de punta a cabo una demostración de que Dios *nunca anda de prisa*? Lo digo sin rodeos: somos egoístas. Nuestro tiempo es lo que menos queremos entregar. ¿Cuántas personas no van al altar en fe para pedirles a los ancianos que oren por su sanidad y no son sanados? Nos asombraríamos si supiéramos el porcentaje, pero el bajo concepto que el mundo tiene de la iglesia nos da una indicación. En Hechos hallamos que el mundo tenía de la iglesia una opinión muy diferente de la que ahora tiene.

«Y vino un gran clamor en toda la iglesia, y en todos los que oyeron estas cosas. Y por las manos de los apóstoles eran hechos muchos milagros y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón. Y de los otros, ninguno osaba juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente».

Hechos 5:11-13

Ancianos, ¿están dispuestos a gastar media hora, una hora, dos horas en amor y en oración si esto es necesario para que alguien sane? Dios es tan poderoso que puede sanar instantáneamente y a veces lo hace, pero

a menudo no lo hace por el dolor y el trauma que puede causar un reajuste celular en corto tiempo. ¿Cuántas personas quedan sin sanar porque los ancianos que oran por ellas son tan egoístas que no están dispuestos a gastar tiempo en oración mientras el Señor obra?

«Y Jesús le reprendió, y salió el demonio de él; y el mozo fue sano desde aquella hora. Entonces, llegándose los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no lo pudimos echar fuera? Y Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá: y se pasará: y nada os será imposible. Mas este linaje no sale sino por oración y ayuno».

Mateo 17:18-19,21

¿No requieren mucho tiempo y amor la oración y el ayuno? Dios no sana ni libera siempre de la misma forma. Si así fuera, pronto uno dependería más del método que de Dios. Si somos egoístas en cuanto a tiempo, no podremos discernir las directrices del Señor en estos asuntos. ¡La obra de Dios se realiza con la cronometría divina, no con la nuestra!

Hay otro asunto en cuanto a sanidad que pocos están dispuestos a discutir, y mucho menos a poner en efecto de una manera práctica. Veamos lo que dice Isaías:

«¿No es antes el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, deshacer los haces de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa; que cuando vieres al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu carne?».

Isaías 58:6-8

Y Gálatas 6:2 dice:

«Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo».

A la luz de estos pasajes y otros más, estoy absolu-

tamente convencida de que si hay tan pocas curaciones milagrosas en la iglesia de hoy día es por el egoísmo de los cristianos de no querer llevar las cargas de los demás.

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo». Juan 15:12-13

¿Se ha detenido usted a pensar de qué manera podemos poner la vida por un hermano o hermana aparte de saltar frente a una pistola para que el disparo haga blanco en nosotros en vez de en la otra persona? ¡Hay muchas otras formas! Mire la lista que nos da Dios en Isaías 58:6-8 que transcribimos más arriba. ¿Qué de traer a vivir a su casa a otra persona? ¡Eso sí es duro! A la gente le gusta proteger la intimidad del hogar. Nuestros hogares son de Dios y para Su uso. Esto quiere decir que ya no tenemos derecho a la intimidad del hogar porque por ahí hay personas que necesitan que las llevemos a nuestras casas. Son muy pocos los que escuchan la petición del Señor de que llevemos a alguien a nuestras casas porque somos egoístas en cuanto a esto.

Cuando un hermano enferma, ¿está usted dispuesto a decirle al Señor: «Señor, permíteme compartir la carga de mi hermano literalmente: déjame tener alguna de sus debilidades y dolores para que puedas sanarlo más rápidamente»? Sí, oramos que Dios sane y Dios lo hace; sí, reprendemos a Satanás; pero ¿estamos también dispuestos a compartir la carga? Creo, amado hermano, que así es como podemos poner nuestras vidas por los demás y que al hacerlo, Dios estará en mayor libertad de realizar mayores curaciones milagrosas. En Isaías 58 el Señor nos dice que cuando hacemos estas cosas, « . . . nacerá tu luz como el alba . . . » (versículo 8). Ciertamente Dios tiene todo poder en cielo y tierra. Tiene poder para resucitar a los muertos en cualquier circunstancia, pero creo firme-

mente que en muchos casos El se ve impedido de actuar como desea por nuestra egoísta indisposición a llevar la carga de los demás y a «cumplir así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2).

No hace mucho un hermano en Cristo con el que trabajo todos los días sufrió una lesión en la espalda. La lesión fue tan severa que el médico le ordenó total reposo en cama. Sabía que lo necesitaban mucho en el trabajo y al orar por su sanidad le dije al Señor que *si era su voluntad*, yo estaba dispuesta a compartir la lesión de mi hermano. Me olvidé de la oración al abismarme en las actividades del día.

Más tarde, al ir a saltar desde una silla, de prisa como siempre, me quedé muda de sorpresa. ¡Me dolía tanto la espalda que apenas me podía mover! Inmediatamente le pregunté al Señor qué me había pasado y enseguida me recordó lo que había orado aquella mañana. El Señor me estaba permitiendo compartir la lesión de mi hermano. Por la noche aquel hermano me llamó feliz porque podía pararse, aunque todavía tenía dolor.

En los siguientes cinco días el Señor le curó completamente la espalda, para sorpresa de su médico. Déjeme decirle que ni una sola vez dejé de orar por aquel hermano en aquellos cinco días. Cada vez que me movía me acordaba de orar por el dolor que estaba compartiendo. Y el dolor se me quitó completamente cuando el Señor sanó a mi hermano. Este es un ejemplo práctico de lo que estoy diciendo. Como médico sé que la sanación puede ser un proceso doloroso. Creo que a menudo el Señor tiene que retrasar el proceso curativo por el dolor que produce. Si estamos dispuestos a compartirlo, la sanación puede lograrse mucho más rápidamente.

La batalla es real y las heridas son reales. Tenemos que estar dispuestos a ayudarnos mutuamente. Cuando alguien está hablando o está en un proceso de liberación, los demás debemos sentarnos y decir: «Señor, déjame compartir la carga de esa persona».

Permítame dar otro ejemplo. Hace unos dos meses

vino a mi consultorio una bella joven. Había andado en la brujería, pero ya no, y estaba completamente liberada. Ella tiene lo que yo llamo un «noble corazón». Es una persona muy fina. Por haber andado en la brujería, Satanás va a estar molestándola el resto de su vida. Así le sucede a cualquiera que haya servido a Satanás de esa manera. Así es la vida. La joven estaba siendo terriblemente atacada y no es una persona físicamente fuerte. Es fuerte en el Señor, pero es una persona muy tierna. Siente mucho amor por los demás.

Algunas personas por naturaleza son mejores luchadores que otros. Dios tiene una amplia gama de servicios. Aquella joven no es batalladora por naturaleza y tiene que pasar todo su tiempo y gastar todas sus energías en «mantenerse» frente a los ataques demoníacos. Aquella joven fue creada para ser ministradora de bondad y amor, no para luchar.

Me sentí tan turbada después de hablar con ella, que el corazón se me partió. Bañada en llanto fui ante Dios el Padre y le pregunté: «Padre, ¿por qué? Las personas de noble corazón como ella no abundan y tu pueblo está necesitado de su amor. ¿Por qué tiene que gastar tanto tiempo y energía en batallas?» Su respuesta fue: «Porque mi pueblo no está dispuesto a compartir sus cargas». Si la gente de su iglesia estuviera dispuesta a compartir su carga podría tener libertad para impartir bondad y amor en vez de estar luchando tanto. Las personas que Dios levantó con personalidad y vigor para luchar deberían haber estado luchando por ella y ella a su vez habría estado sirviendo con los dones que Dios le ha dado y habría solidaridad y bendiciones para todos. Pronto Satanás hubiera dejado de atacarla tan fuertemente porque hubiera visto que tales ataques fracasaban. No es que ella no tenga el poder de Cristo para resistir los ataques, lo tiene, pero tenemos que participar.

¡Esta es una guerra de desgaste! Aprendamos a compartir las cargas de los demás. Eso es lo que significa ser parte de un cuerpo, el cuerpo de Cristo.

***Directamente a los que
desean salir del
ocultismo***

Habla Rebecca:

DESEO HABLAR directamente a quienes han leído este libro y andan en el ocultismo (i.e. satanismo) y desean salir. Lo que voy a decir parecerá duro, pero es la verdad más sincera basada en la Palabra de Dios. No es fácil salir del ocultismo. Jesucristo no es una puerta de escape fácil. Jesucristo tiene absoluto poder y autoridad sobre Satanás y los demonios, y ese poder puede estar a la disposición de usted. Pero usted decidió un día servir a Satanás, y éste no suelta fácilmente a sus siervos. Es la pura verdad. Usted tendrá que luchar para liberarse. Su única esperanza es luchar con el poder y la autoridad de Jesucristo en la mano. Pero la batalla es *real*. Abandonar el ocultismo es un «todo o nada». Uno no puede salir del satanismo ni parcial ni gradualmente. Tiene que tomar la decisión de salir de una vez y para siempre. Si trata de volver al satanismo probablemente lo matarán y no volverá a tener la oportunidad de salir. Es un asunto serio.

«Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepenti-

miento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, y exponiéndole a vituperio».

Hebreos 6:4-6

Una vez que haya probado el poder y la bondad de Jesucristo y su salvación, si se vuelve al ocultismo *jamás* podrá volver a arrepentirse, y pasará la eternidad en el más espantoso tormento en el infierno.

«Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí».

Juan 14:6

Solo hay un camino para ir a Dios el Padre y liberarse del reino de Satanás: Jesucristo. Si usted desea romper las cadenas que le atan a Satanás, la única manera de hacerlo es confesar que Jesucristo es su Señor, su Salvador y su dueño absoluto. No podemos servir a Jesús y a Satanás a la vez, y si no estamos totalmente sirviendo a Jesucristo, entonces estamos sirviendo a Satanás. Lo que usted tiene que hacer es pedirle perdón a Jesucristo en voz alta. Pídale que le lave sus pecados en la preciosa sangre que derramó en la cruz. Y pídale que tome completamente el timón de su vida. Los demonios que están en usted y alrededor de usted harán cualquier cosa por impedirle que haga esto, pero no pueden impedirselo.

«Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo».

2 Timoteo 2:17

Tiene que romper completa y totalmente con toda iniquidad o maldad. Estoy muy consciente de que es algo bien difícil de hacer, pues casi todo lo que tiene se lo ha dado Satanás. Es necesario que renuncie a todos los poderes de la brujería, y muy especialmente a la facultad de comunicarse con el mundo espiritual. Tiene que pedirle al Señor que le quite todos los poderes que tiene, y que se los quite tan completamente que ni aun rebelándose usted y queriéndolo, pueda volver a tenerlos. Debe pedirle al Señor que corte el nexo entre su alma y su espíritu para que totalmente y para siempre pierda la facultad de comunicarse con Satanás y los demonios, o de utilizar su cuerpo espiritual. Uno no

debe usar brujería, ni siquiera para defenderse.

«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y dis-cierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa criada que no sea manifiesta en su presencia; antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta».

Hebreos 4:12-13

¡Uno no puede ocultarle nada a Dios! Tiene que romper completamente con todo lo que es el mal. Si usted vive con otras personas que están en el sata-nismo, como por ejemplo en una comuna, debe salir de allí a cualquier precio. Tiene que entender que no puede seguir ni siquiera relacionándose con amigos o familia-res que persistan en servir a Satanás. Más que de otros, usted se verá bajo la fuerte influencia y el ataque de sus familiares que permanezcan en el satanismo.

«Mas cuando os persiguieren en esta ciudad,
huid a la otra . . . ».

Mateo 10:23a

Una vez que le halla pedido a Jesucristo que lo perdone y lo limpie y que sea su Señor y Maestro, tendrá Su poder y autoridad sobre los demonios en usted y alrededor de usted.

No trate de engañarse. No crea que solo porque le pida a Jesucristo que lo salve los demonios van a decirle adiós e irse. Usted fue el que los invitó a venir al servir a Satanás. Ahora el Señor espera que *usted* eche mano del poder y la autoridad de Jesucristo que están a su disposición y los eche fuera. Usted tiene que entender que los demonios que habitan en usted están comprometidos aun a matarlo si los satanistas no lo logran físicamente.

No deje que los demonios lo dominen. Ahora usted tiene que dominarlos a ellos. Repréndalos en voz alta en el nombre de Jesucristo y ordéneles que salgan de usted en el nombre de Jesucristo.

«Y estas señales seguirán a los que creyeren:
En mi nombre echarán fuera demonios . . . ».

Marcos 16:17

«He aquí os doy potestad de hollar sobre las
serpientes y sobre los escorpiones, y sobre toda
fuerza del enemigo, y nada os dañará».

Lucas 10:19

Usted necesita ayuda. Ore y pídale al Señor que lo dirija a hermanos cristianos que puedan y estén dispuestos a ayudarlo. Pero tenga cuidado: Satanás tiene muchos siervos en las iglesias cristianas y hay muchos cristianos que no están completamente consagrados al Señor. Procure la confirmación y dirección del Señor antes de confiar en nadie. Lo más probable es que necesite ayuda para lograr una total liberación de los demonios que habitan en usted. La liberación total es posible. No deje que le digan lo contrario. Busque la liberación total lo antes posible. Pídaselo fervientemente al Señor, que él lo escuchará y lo ayudará.

Es *necesario* que lea y estudie la Palabra de Dios. La *obediencia* a Dios es absolutamente necesaria.

«Si me amáis, guardad mis mandamientos».

Juan 14:15

«Si guardareis mis mandamientos, estaréis en
mi amor; como yo también he guardado los
mandamientos de mi Padre, y estoy en su
amor».

Juan 15:10

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará
en el reino de los cielos; mas el que hiciere la
voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Mateo 7:21

La mejor protección contra Satanás es la instantánea obediencia a los mandamientos de Dios; no solo a los que se hallan en la Biblia, sino también a los que el Espíritu Santo nos dé directamente. Tiene que reconocer que usted es una persona fundamentalmente rebelde; si no, no se hubiera metido en el ocultismo. El satanismo atrae a las personas que desean controlar

sus propias vidas y las de los demás. La cuestión del señorío de Cristo en su vida es algo que Satanás atacará con dureza. El pondrá en su mente preguntas como: «¿Por qué tengo que obedecer al Señor en todo? Mi vida es mi vida». Pues, su vida no es suya. Nunca olvide que usted ha sido comprado con un terriblemente alto precio: los sufrimientos de Jesucristo en la cruz. Usted pertenece ahora al Señor. La Biblia es muy clara en cuanto a esto:

«Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría el infringir...».
1 Samuel 15:23

Usted *tiene* que estudiar y memorizar la Palabra de Dios. Ella es su protección. Dios mismo le dará comprensión de la Biblia. No acepte nada a nadie que le diga algo sin comprobarlo con la Biblia y consultarlo con el Señor.

Probablemente experimentará un cambio total en las circunstancias de su vida, especialmente en lo económico. No lo olvide: todo lo que usted tiene se lo ha dado Satanás, le pertenece a él, y él tiene el derecho de quitárselo. Dios es tan absolutamente justo con Satanás como con nosotros. Pero anímese: las riquezas que el Señor le dará serán mucho mayores que todas las que Satanás pueda darle.

«No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde los ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón».
Mateo 6:19:21

El tesoro más firme que uno puede ganar es conocer a Dios personalmente. Pídale que se revele a usted.

Jesús le preguntó a Pedro, y nos lo pregunta a nosotros también hoy día:

«¿Me amas más que estos?». Juan 21:15b

El señorío de Jesucristo es absoluto:

«El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mí». Mateo 10:37-38

Satanás lo va a confrontar a usted en cuanto a esto. ¿Está usted dispuesto a poner al Señor Jesucristo por encima de todo lo demás? Si Jesús no está por encima de sus seres amados, sus esperanzas de escapar del satanismo son nulas. Satanás se valdrá de sus seres amados para mantenerlo a usted atado. Permítame un ejemplo que ilustra lo que estoy diciendo.

Tuvimos el privilegio de trabajar con una bella pareja de color a los que llamaremos «los Black». Ambos tenían casi 30 años de edad, eran muy inteligentes, y habían alcanzado una posición bastante alta en el grupo local de La Hermandad. Un día entregaron sus vidas a Jesucristo y rehusaron seguir sirviendo a Satanás. Les recomendamos que se fueran del estado, pero por razones fáciles de entender no querían hacerlo. La señora tenía un trabajo en el que ganaba mucho. Tenían dos hijos, una niña de cuatro años y un niño de dos. Pasaron por una prueba terrible de su entrega al Señor.

Como a los seis meses de dejar el satanismo, los esposos Black y su hija de cuatro años fueron secuestrados por La Hermandad. Los llevaron a una reunión en que casi desollaron viva a la niña ante sus espantados ojos. Le dijeron varias veces que dejarían de torturar a la niña solo si renunciaban a Jesucristo y proclamaban que Satanás era el Señor y prometían volver a servir a Satanás.

A pesar de la indescriptible angustia que experimentaban al tener que observar cómo torturaban a su adorada hija y escuchar sus gritos de agonía, se mantuvieron firmes. Habían colocado a Jesucristo en el primer plano de sus vidas y no iban a negar su Señorío. Finalmente la pequeña murió y los dejaron en libertad. Una semana más tarde, el hijo cayó violentamente enfermo. Lo hospitalizaron y lo vieron los mejores especialistas de la zona, pero en vano. Murió a las 48

horas, Los médicos no pudieron determinar la causa. Era obvio que lo habían matado con brujerías. De nuevo los Black se mantuvieron firmes y continuaron sirviendo a Jesucristo.

Poco después de la doble tragedia se fueron del estado. Nos mantuvimos en contacto ocasional con ellos. Dos años después tuvieron gemelos, un niño y una niña. El Sr. Black estaba estudiando para el ministerio.

Usted dirá: «¿Por qué el Señor no protegió a sus hijos una vez que se hicieron cristianos?» ¡Esto no es un juego! Cuando uno se entrega completamente a Jesucristo uno se lo entrega todo. Usted puede estar seguro de que Satanás va a pedirle al Señor todo lo que usted le ha entregado al Señor, como lo hizo con Job. Dios puede concederle el permiso a Satanás.

«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos».

Isaías 55:8-9

DIOS ES DIOS. No podemos ni siquiera en principio entender sus pensamientos ni por qué hace lo que hace. Por terrible que fuera, el sacrificio que hicieron los Black por servir a Jesucristo no se compara con lo que Jesús sacrificó y sufrió en la cruz. Jesús lo dice llanamente:

«No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer. He aquí el diablo ha de enviar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

Apocalipsis 2:10

«Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno».

Mateo 10:28

Permítame aclarar algo. Esta es *una batalla de verdad y es a muerte*. Estoy bien consciente de que muchos no estarán de acuerdo conmigo y rechazarán de plano lo que voy a decir. Pero yo, por mi parte, tengo que decir lo que mi Señor Jesucristo me ha ordenado decir, opóngase quien se oponga.

Cualquier cristiano que se enfrasque en una verdadera batalla espiritual, así como *cualquier* siervo de Jesucristo que anteriormente haya servido a Satanás, debe esperar persecución, sufrimiento y heridas de guerra. *Además*, probablemente no recibirá alivio ni sanidad en ninguno de éstos.

«Y también todos los que quieren vivir páfamente en Cristo Jesús padecerán persecución» 2 Timoteo 3:12

¿Cuánto está dispuesto a sufrir por el Señor? (Me refiero a sufrir física, mental, emotiva, espiritual y económicamente.) ¿Qué precio pone usted a un alma? ¿Qué precio está *usted* dispuesto a pagar por la salvación de un alma, por no servir a Satanás y honrar a nuestro Señor Jesucristo, quien le libró de las cadenas de Satanás? Jesús estuvo dispuesto a pagar un precio bien alto: ¡sufrimiento y muerte inconcebibles!

«El cual [Jesucristo], siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: Sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y dióle un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre». Filipenses 2:6-11

«Pero», dirá la gente, «en Cristo tenemos victoria, no derrota». Es cierto. Claro que el propósito de este libro y de nuestras vidas es declarar esa victoria. Pero esa

victoria no siempre es instantánea en nuestro mundo físico del tiempo. Por lo general primero hay muchas contiendas y luchas y sufrimientos. A la postre, al final, tendremos total victoria en Jesús. Dios mismo enjugará nuestras lágrimas y pasaremos la eternidad en jubilosa celebración de esa victoria.

Mientras tanto, cuando estamos en medio de un sufrimiento que excede nuestra capacidad de resistir, ¿cuál es nuestra esperanza? ¿Cómo nos las arreglamos? En circunstancias así la eternidad parece tan nebulosa y lejana que pensar en ella nos conforta poco. Cuántas veces no he escuchado la consabida frase: «No te preocupes. ¡Dios no te dará más de lo que puedes resistir!» Es un error y un pasaje bíblico mal citado.

El pasaje a que se refieren es 1 Corintios 10:12-13:

«Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga. No os ha tomado tentación, sino humana: mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar».

Hay una gran diferencia entre tentación y sufrimiento. Pablo dice claramente en 2 Corintios 1:8:

«Porque, hermanos, no queremos que ignoréis de nuestra tribulación que nos fue hecha en Asia; y que sobremanera fuimos cargados sobre nuestras fuerzas de tal manera que estuviésemos en duda de la vida».

¿Y qué del siguiente pasaje?

«Por lo cual, no pudiendo esperar más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo, nuestro hermano, y ministro de Dios, y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, a confirmaros y exhortaros en vuestra fe, para que nadie se conmueva por estas tribulaciones; porque vosotros sabéis que nosotros somos puestos para esto. Que aun estando con vosotros, os predecíamos que habíamos de pasar tribulaciones, como ha

acontecido y sabéis». 1 Tesalonicenses 3:1-4

Entonces, ¿cuál es la ayuda, esperanza o respuesta? Hablo por experiencia, pues llevo más de tres años en medio de sufrimientos y bajo presiones que están más allá de mi resistencia, y no hay para cuándo acabar. Sé sin una sombra de duda que he de heredar una «corona de la vida» y he de experimentar gran gozo por toda la eternidad. Pero, si soy sincera debo decir que eso no alivia mucho mi dolor. No tengo una respuesta simple. Lo único que puedo decir es que al apoyar mis pies en «la Roca» (Jesucristo), y al pedirle al Señor día tras día con muchas lágrimas que me dé su fortaleza y gracia para continuar luchando, experimento la realidad de esos bellos versículos que dicen:

«Bendito sea el Dios y Padre del Señor Jesucristo, el Padre de misericordias, y el Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquiera angustia, con la consolación con que nosotros somos consolados de Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación».

2 Corintios 1:3-5

Y al continuar firme, el Señor me ayuda a soportar el sufrimiento, las presiones, el dolor, de tal manera que no muera de abatimiento. Así puedo continuar el trabajo que me ha sido asignado en plena certeza,

«porque yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día».

2 Timoteo 1:12b

A veces nos encontramos en una posición donde hemos hecho todo lo que sabemos que tenemos que hacer, pero la situación continúa siendo desesperada. Entonces debemos recordar el sabio consejo de Pablo en Efesios 6:13:

«Por tanto, tomad toda la armadura de Dios,

para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes, habiendo acabado todo».

Lo único que tenemos que hace es resistir, firmes en Cristo Jesús y esperando en El. Resistamos, queridos hermanos en Cristo. Resistamos unidos en el conocimiento de que

«si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás: contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y salvaráme tu diestra. Jehová cumplirá por mí: tu misericordia, oh Jehová, es para siempre». Salmo 138:7-8

Sucedá lo que suceda, el grande y admirable Dios del universo tiene un propósito con usted (¡con *usted!*) como individuo, y lo cumplirá. Las fuerzas de Satanás con todo su vasto ejército no podrán impedir que Dios cumpla el propósito que El tiene con usted. Muchas cosas no entiende usted ni las entenderá jamás mientras esté en esta tierra. Sea como fuere —en vida, en muerte o en continuo sufrir hasta el final— una cosa sabemos y en ella descansamos: día a día, de alguna manera, de alguna forma que quizás no entendamos, Dios está cumpliendo el propósito que tiene con usted, y su amor por usted durará para siempre.

¡No se dé por vencido! El Señor lo libraré del yugo de Satanás. *Solo* el Señor puede librarlo. Usted no es más fuerte ni más inteligente que los demonios. Usted mismo no puede hacer nada, pero *Jesucristo sí, ¡y lo hará!*

¡Jesucristo vino a libertar a los cautivos!

Definiciones

Habla Rebecca:

Quizás sería bueno ofrecer definiciones de algunos de los términos que más se usan en el ocultismo. La lista pudiera ser bien larga, pero hemos decidido limitarnos a los términos más comunes que probablemente los cristianos encuentren.

Objetos familiares

Son objetos a los que los demonios se adhieren. Cualquier cosa que se use para adorar o servir a Satanás pertenece legalmente a los demonios. En otras palabras, los demonios tienen el derecho de adherirse a esos objetos o utilizarlos. Veamos dos pasajes que se refieren a esto:

«Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego: no codiciarás plata ni oro de sobre ellas para tomarlo para ti, porque tropieces en ello, pues es abominación a Jehová tu Dios; y no meterás abominación en tu casa, porque no seas anatema como ello; del todo lo aborrecerás y lo abominarás, porque es anatema».

Deuteronomio 7:25-26

«¿Qué pues digo? ¿Que el ídolo es algo? ¿O que sea algo lo que es sacrificado a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: y no querría que vosotros fueseis partícipes con los demonios».

1 Corintios 10:19-20

Estos dos pasajes afirman que los ídolos representan

demonios. El pasaje de Deuteronomio muestra claramente que todo lo que ha sido usado en el servicio de Satanás es abominación a Dios. Ni siquiera el oro y la plata que haya en ellos pueden ser usados: hay que destruirlos. Dios tiene un propósito con cada mandamiento. No quería que los israelitas llevaran a sus hogares objetos contaminados de demonios por el efecto que les causarían. Dios les advirtió que ellos mismos serían «anatema». ¿Por qué? Porque la poderosa influencia de los demonios los haría caer en adoración de demonios.

La seriedad con que Dios habla de los objetos usados al servicio de Satanás la vemos repetidas veces en la Biblia. Lea la historia de Acán en el capítulo 7 de Josué. Dios ordenó a los israelitas que no tomaran botín de la ciudad de Jericó. La ciudad de Jericó entera participaba en la adoración de Satanás y le servía. Pero Acán tomó algunos artículos de Jericó. Dios le dijo a Josué:

«Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les había mandado; pues aun han tomado del anatema, y hasta han hurtado, y también han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres».

Josué 7:11

Por culpa de Acán el ejército de Israel fue derrotado en la siguiente batalla. Es una advertencia solemne a nosotros. Si no hemos limpiado nuestras casas y nuestra vida, seremos derrotados cada vez que tratemos de pelear contra Satanás.

Los *objetos familiares* más comunes son: cualquier objeto que ha sido usado en la práctica de las artes ocultistas; cualquier disco, caset, cuadro o camisa de *rock and roll*; cualquier material de los juegos de fantasía ocultista en que las personas asumen papeles, cualquier artefacto de las religiones orientales como las estatuillas de dioses que la gente compra como recuerdo de sus viajes, cualquier rosario u objeto utilizado en la práctica del catolicismo, cualquier artículo utilizado en la práctica de la masonería, cualquier literatura o grabación ocultista o de religiones paga-

nas. Y cosas por el estilo. La lista es casi interminable. Tales materiales tienen que ser destruidos. Creo que los efesios nos dejaron un buen ejemplo en el Nuevo Testamento:

«Y esto fue notorio a todos, así judíos como griegos, los que habitaban en Efeso: y cayó temor sobre todos ellos, y era ensalzado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habían creído, venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado vanas artes, trajeron los libros, y los quemaron delante de todos; y echada la cuenta del precio de ellos, hallaron ser cincuenta mil denarios». Hechos 19:17-19

Hay también otro tipo de *objeto familiar*. Los siervos de Satanás pueden conjurar demonios y fijarlos a algún objeto que no sea ocultista, y luego regalar el objeto a alguien. De esa manera están colocando demonios en la casa del que recibió el objeto sin que éste sepa lo que ha sucedido. El propósito de estos demonios es ejercer una fuerte influencia demoníaca que produzca discordias conyugales, pleitos entre los miembros de la familia, enfermedades, depresión, dificultad de orar, dificultad de leer la Biblia, y cosas por el estilo. Estos objetos no hay que destruirlos. Suele bastar ungirlos con aceite y pedirle al Señor que los santifique y limpie. Esto concuerda con el principio que el Señor dio a Moisés en Exodo 40:9:

«Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y le santificarás con todos sus vasos, y será santo».

«Como nubes y vientos sin lluvia, así es el hombre que se jacta de vana liberalidad».

Proverbios 25:14

Los cristianos deben estar alertas y ser precavidos en cuanto a aceptar regalos de personas que no conocen lo suficiente como para saber cómo andan en cuanto al Señor. Este es un asunto en el que tenemos que ser muy sensibles a la dirección del Señor.

Espíritus familiares

«No sea hallado en ti quien haga pasar su hijo o hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos».

Deuteronomio 18:10-11

Un *espíritu familiar* es un demonio con quien una bruja ha establecido íntima comunicación. Tales demonios son utilizados de muchas maneras. En nuestros tiempos, el *espíritu familiar* es usado principalmente para espiar y recoger información. Por ejemplo: el término «familiar de bruja» se suele usar en referencia a algún animal. En este caso el demonio es colocado dentro del animal y la bruja puede entonces, comunicándose con ese demonio, controlar al animal y ver y oír todo lo que el animal ve y oye. La bruja puede también proyectarse astralmente a un animal y controlar al animal para provecho suyo. Los ocultistas a veces establecen una relación íntima con un animal o ave para usarla de esa manera. Tradicionalmente se dice que las brujas utilizan gatos negros. Es una mentira que los siervos de Satanás propagan para confundir a la gente. Las brujas pueden valerse de los gatos y frecuentemente lo hacen, pero prefieren los gatos bien blancos, porque el blanco es símbolo de pureza.

En mi propia oficina ocurrió hace poco un incidente con un espíritu familiar. Me encantan los animales. Tengo un par de gatos a los que les encanta subirse al auto y todo los días llevo a uno de los dos o a los dos a la oficina. Normalmente los mantenemos encerrados en un lugar donde no tienen contacto con los pacientes. Aquella noche, uno de mis últimos pacientes era un brujo de la localidad bastante poderoso. No creo que en aquel momento él se imaginara que yo conocía su verdadera identidad.

De alguna manera, Josué, mi gato, se escapó y entró en el cuarto donde el paciente estaba. Lo agarré antes de que el paciente pudiera tocarlo y dije:

—Perdone, se me escapó Josué. Espero que no le molesten los gatos.

—No, al contrario. Tenemos un gato que queremos mucho.

Mientras sacaba a Josué de la oficina, el Señor me reveló que ya era tarde. El paciente había logrado introducir en él un espíritu familiar demoníaco. ¡Le bastó un segundo!

Cuando todos los pacientes se fueron, me senté en mi despacho a conversar con dos amigas. El cambio en Josué era notable. Normalmente es un gato sumamente tranquilo. Pero mientras conversábamos, iba constantemente de un lado al otro, mirando al que hablara. Expliqué a mis amigas lo que había sucedido. El paciente estaba utilizando los ojos y oídos del gato para monitorizar todo lo que sucedía. Tomé a Josué y mirándolo directamente a los ojos, que ahora le brillaban, dije:

—Escúchame bien, Jimmy (el nombre de mi paciente). Tu amo Satanás es un mentiroso. El no es más fuerte que Jesús. Jesucristo *es Dios* y murió por ti en la cruz y por mí también. Es a Jesucristo a quien debieras estar sirviendo, no a Satanás. Y ahora te voy a demostrar que lo que te digo es verdad. Vamos a echar fuera de este animal a tu espíritu familiar con el poder de Jesucristo. Si Satanás es más fuerte como dice no podremos hacerlo.

Entonces tomé aceite y ungué a Josué y nos unimos en oración para pedirle al Señor Jesucristo que echara fuera al demonio. De nuevo, el cambio fue instantáneo. El brillo de sus ojos desapareció, dejó de forcejear y con un gran suspiro se echó a dormir.

Si usted tiene mascotas, esté alerta a la posibilidad de que tengan espíritus familiares, pero no deje de hablarles del evangelio antes de echar fuera el demonio o pedir al Señor que quite el espíritu humano. Usualmente uno no sabe si se trata solo de un espíritu humano o de un demonio, y uno quiere que el satanista escuche el evangelio. Todos los días oramos que el Señor escude a nuestros animales.

Los animales son fáciles de limpiar porque no pecan, y Satanás no tiene derecho sobre ellos como con los humanos. Si embargo, están afectados por la maldición del pecado. La Biblia lo dice claramente:

«Sabemos que todas las criaturas gimen a una, y a una están de parto hasta ahora».

Romanos 8:22

Al final, la creación entera, incluso los animales, serán renovados cuando Jesucristo quite la maldición del pecado.

«Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por él reconciliar todas las cosas a sí, pacificando por la sangre de su cruz, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos».

Colosenses 1:19-20

En los tiempos bíblicos, el término *espíritu familiar*, que en Reina-Valera se traduce «espíritu de adivinación», parece referirse más a una simple bruja que consulta a un demonio. Un caso muy interesante lo hallamos en 1 Samuel 28. Saúl estaba al final de su carrera. Se había revelado tanto contra Dios que decidió consultar a una mujer con espíritu familiar [como dicen las versiones en inglés] para averiguar cómo terminaría la batalla del siguiente día. Lo interesante de esta historia es que Saúl le pidiera a la mujer que se valiera de sus demonios para llamar al espíritu muerto del profeta Samuel. Es obvio que la mujer no vaciló en hacerlo, pensando que el demonio se presentaría disfrazado de Samuel. ¡Pero Dios envió al mismo Samuel! El versículo 12 del capítulo 28 nos dice que cuando la mujer vio *al verdadero Samuel* en vez del demonio protestó horrorizada.

Las sesiones que celebran para hablar con los muertos son puras mentiras. Los brujos no hablan con los muertos. Este pasaje nos muestra que hablan con demonios que se disfrazan de la persona muerta. Satanás puede matar físicamente a los humanos, pero no puede controlar sus espíritus ni sus almas después de muertos. Jesús dijo:

«Mas os digo, amigos míos: No temáis de los que matan el cuerpo, y después no tienen más que hacer. Mas os enseñaré a quien temáis: temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno: así os digo: a éste temed». Lucas 12:4-5

«El temor de Jehová es el principio de la sabiduría». Proverbios 9:10

Nuestro Señor nos dice llanamente que no temamos la muerte física que Satanás puede causar, sino que temamos a Dios, que puede arrojar el alma y el espíritu al infierno después de la muerte. Creo que estos pasajes y otros nos muestran claramente que Satanás y los demonios no tienen ningún control sobre el alma y el espíritu del que muere. Un pasaje que es muy pertinente lo hallamos en Apocalipsis 1:18. Jesús dice que El es

«el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, Amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte».

Hechizos, conjuros, embrujos y maldiciones

Todos estos logran el mismo propósito: llamar a un demonio o demonios para que hagan algo. Frecuentemente los conjuros se hacen en forma poética, son numerosísimos y han ido pasando de generación en generación. Suelen decirse en voz alta (recuerde que los demonios no pueden leer la mente humana), pero a menudo los pronuncia el espíritu del brujo en el mundo espiritual y no son audibles para el oído físico.

La frase «lanzar un hechizo, embrujo o maldición sobre alguien» se refiere al acto de llamar a un demonio y luego enviarlo a ejercer determinada influencia o causar cierto daño a otra persona. Todos los hechizos, etc., son ejecutados por demonios, aun los que llaman «buenos» como los que estimulan el amor en una persona, etc. Otro término que se usa en algunos países es «embrujado», y se refiere a la persona que está bajo la

influencia o control de los demonios que una bruja ha enviado.

Las brujas más poderosas no tienen que usar conjuros largos y elaborados. Simplemente se comunican directamente con el demonio en el mundo espiritual, o a través de su «espíritu guía».

Espíritu guía

Un espíritu guía es por lo general un demonio poderoso que una bruja o brujo ha llamado para que entre en ella o él. Lo ha llamado para que les dé todo tipo de habilidades y poderes de lo oculto y mejor comunicación con otros demonios. Mann-Chan era el espíritu guía de Elaine. Mann-Chan manejaba su vida. El le dio las capacidades que han sido descritas en este libro.

Fetiches, talismanes y amuletos

Estos tres términos se refieren a lo mismo. Se refieren a objetos, la mayoría de los cuales se llevan puestos o se cuelgan sobre el dintel de la puerta de una casa, que se dicen protegen y le dan suerte al dueño. Los talismanes se usan más con el propósito de obtener «buena suerte».

Frecuentemente se fabrican amuletos y fetiches para proteger a una persona de determinado enemigo, como por ejemplo, otra bruja. En estos casos se suele incorporar al amuleto o fetiche algo del enemigo (por lo general un pelo). Estos varían enormemente en composición, pero el poder proviene de lo mismo: los demonios. El Señor no tiene objetos de este tipo. El poder del cristiano le llega *solo* a través de nuestro Señor Jesucristo y su perfecta obra en la cruz. Cualquier cristiano que acepte o utilice tales cosas está usando demonios directamente. Es sorprendente que muchos cristianos tomen un crucifijo y aun una Biblia como protección a manera de amuleto o fetiche. Esto contradice completamente la Palabra de Dios.

Marcas

Las marcas reciben diferentes nombres en diferentes partes del mundo. Una marca es en esencia un objeto que identifica. Cuando un brujo desea lanzar un demonio contra otra persona, el demonio no sabe automáticamente cuál es la persona. La manera más rápida y efectiva es presentarle al demonio algún objeto marca, como un pelo, un recorte de uña. etc. A veces se usan prendas de vestir, pero no son tan efectivas como partes de la persona. Estas marcas sirven para identificar a la persona de la misma forma que lo hacen las huellas digitales.

En numerosas ocasiones hemos tenido problemas en que los satanistas han tratado de matar con brujería a nuestros animales. En esas ocasiones, hemos notado que les han arrancado un solo lado del bigote del gato o del perro. Hemos perdido algunos animales que los demonios han afligido con enfermedades, pero seguimos alertas a esta posibilidad y oramos por ellos, y los ungimos con aceite pidiéndole al Señor un escudo especial para ellos. Los bigotes que arrancaron a nuestros animales fueron las «marcas» u objetos que los brujos entregan a los demonios para que identifiquen a nuestros animales.

Piedras mágicas

Por lo general son un tipo de ónice, pero pueden estar hechas de cualquier tipo de cristal o gema. El propósito de la piedra mágica es la comunicación. Suelen llevarse como joyas. Se hacen conjuros sobre estas piedras, además de frotarlas de diferentes maneras, para llamar al demonio que hace falta (o a varios) para comunicarse con otra persona. A veces el demonio hace que la piedra brille para indicar su presencia.

Fuerzas y poderes

La magia blanca está llena de referencias a fuerzas

y poderes. Como ejemplo, véase la siguiente cita de un libro de magia blanca llamado *Ritual White Magic Tape Instruction Book* (Manual de instrucciones para los rituales de la magia blanca), por Dick Stephens (Valley of The Sun Publishing Co., 1985).

«La magia blanca actúa de acuerdo con las leyes de la naturaleza y aprovecha y emplea esas fuerzas. Es un medio de hacer de nosotros personas más sabias y mejores y es una extensión de nuestra conciencia. El fin de la magia es que el practicante cree su propia realidad. Y usted está a punto de entrar por las puerta de este increíble poder que puede ayudarlo a lograr exactamente eso» (página 3).

La misma cosa es descrita de muchas otras formas, pero a la postre toda magia blanca tiende a «unificar a la persona con las fuerzas del universo». Claro lo que esos autores omiten siempre decir es el hecho que estos llamados poderes y fuerzas *son demonios*, y la «extensión de nuestra conciencia» o «estado mental alterado» no es más que el establecimiento de comunicaciones con el mundo espiritual.

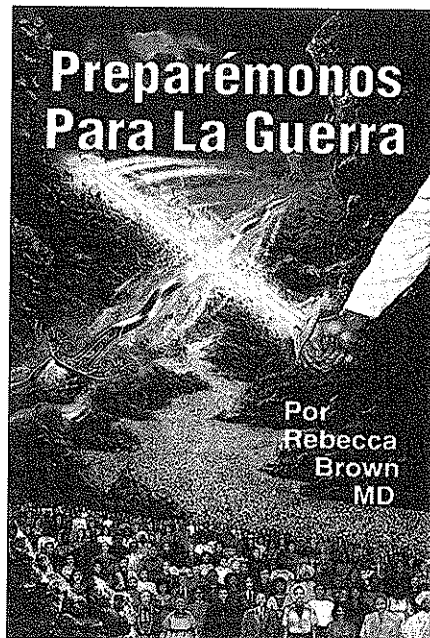
Para el lector incauto todo suena bueno e inofensivo. Pero mucho cuidado: es brujería y la brujería es abominación ante Dios.

En conclusión

Elaine y yo nos unimos para pedir al Señor de señores y Rey de reyes, nuestro amado Jesucristo, que le abra a usted el entendimiento espiritual de todo lo que hemos intentado decir en este libro. Recuerde, no importa lo que le suceda a usted en la batalla, o como resultado de entablar batallas espirituales; no importa que llegue a hastiarse de la vida. Lo que importa es que usted *siempre* esté en el centro del amor de nuestro Dios y guardián. El Salmo 116:15 nos dice: «Estimada es en los ojos de Jehová la muerte de sus santos». Dios guarda celosamente su vida.

Para terminar, deseamos poner este libro, con todo el amor que pueda caber en nuestro corazón, en las manos del Único que amamos por encima de todo lo demás: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. ¡A El sea todo amor, gloria, alabanza, honor y acción de gracia por los siglos de los siglos! Amén.

¡Por favor, ven pronto, Señor Jesús!



Preparémonos para la Guerra

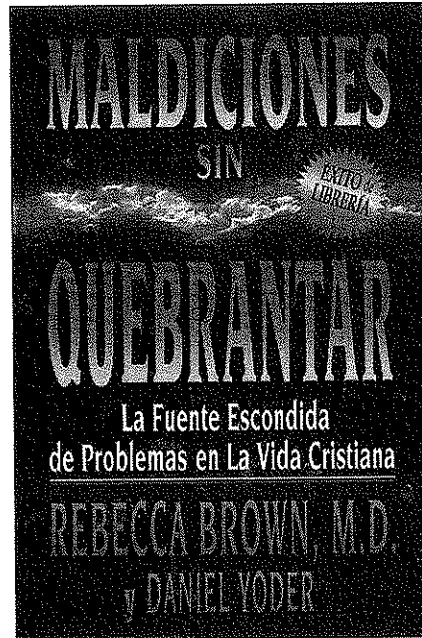
Rebecca Brown, M.D.

Sabía usted que satanás se vale de “puertas” como el yoga, los juegos en que uno toma el papel de un personaje y la meditación para llevar destrucción demoníaca a nuestros hogares? En este manual para la batalla espiritual, la doctora Brown escribe basada en los siete años en que ha ayudado muchos, muchas personas a escapar del satanismo más crudo. Satanás nos aborrece y quiere destruirnos. Para vencerlo, *Preparémonos para la guerra.*

ISBN: 978-0-88368-321-7 • rústica • 328 páginas



www.whitakerhouse.com



Maldiciones sin Quebrantar

Rebecca Brown, M.D., y Daniel Yoder

¿Es usted una de las muchas víctimas de alguna maldición sin quebrantar? Hoy día, innumerables cristianos en todo el mundo están llenos de una inexplicable pobreza, de calamidades y de una variedad de circunstancias adversas. De manera específica, la Biblia instruye cómo el creyente puede evitar, reconocer y quebrantar estas maldiciones. No obstante, un número sorprendente de cristianos o no ha leído o no recuerda estos principios espirituales esenciales. De manera que, muchos creyentes viven bajo la aflicción de maldiciones aún sin romper. Este libro le mostrará los pasos bíblicos necesarios para reconocer, prevenir y quebrantar todo tipo de maldición.

ISBN: 978-0-88368-399-6 • rústica • 176 páginas



www.whitakerhouse.com